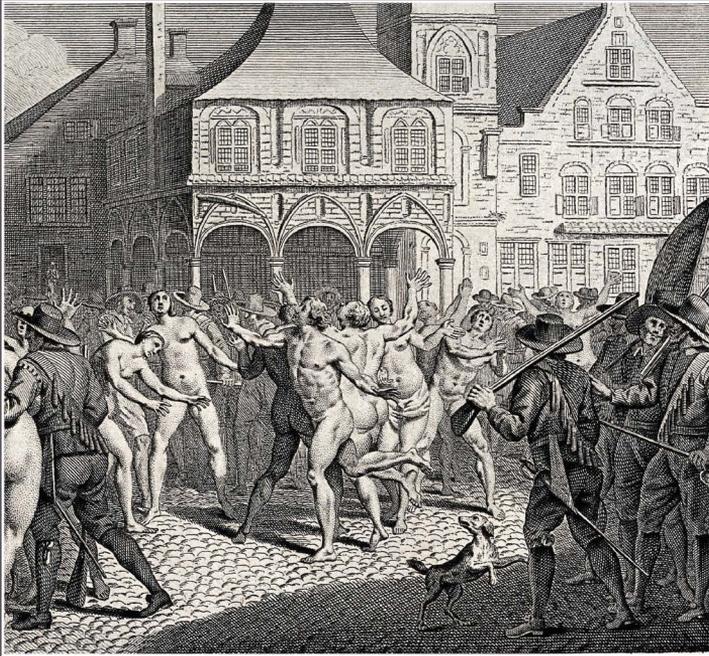


El movimiento del Libre Espiritu

Raoul Vaneigem



El movimiento del
Libre Espiritu

Raoul Vaneigem

traficantes de sueños

Traficantes de Sueños no es una casa editorial, ni siquiera una editorial independiente que contempla la publicación de una colección variable de textos críticos. Es, por el contrario, un proyecto, en el sentido estricto de «apuesta», que se dirige a cartografiar las líneas constituyentes de otras formas de vida. La construcción teórica y práctica de la caja de herramientas que, con palabras propias, puede componer el ciclo de luchas de las próximas décadas.

Sin complacencias con la arcaica sacralidad del libro, sin concesiones con el narcisismo literario, sin lealtad alguna a los usurpadores del saber, TdS adopta sin ambages la libertad de acceso al conocimiento. Queda, por tanto, permitida y abierta la reproducción total o parcial de los textos publicados, en cualquier formato imaginable, salvo por explícita voluntad del autor o de la autora y solo en el caso de las ediciones con ánimo de lucro.

Omnia sunt communia!

historia

Omnia sunt communia! o «Todo es común» fue el grito colectivista de los campesinos anabaptistas, alzados de igual modo contra los príncipes protestantes y el emperador católico. Barridos de la faz de la tierra por sus enemigos, su historia fue la de un posible truncado, la de una alternativa a su tiempo que quedó encallada en la guerra y la derrota, pero que sin embargo en el principio de su exigencias permanece profundamente actual.

En esta colección, que recoge tanto novelas históricas como rigurosos estudios científicos, se pretende reconstruir un mapa mínimo de estas alternativas imposibles: los rastros de viejas batallas que sin llegar a definir completamente nuestro tiempo, nos han dejado la vitalidad de un anhelo tan actual como el del grito anabaptista.

Omnia sunt communia!

© 2020, Raoul Vaneigem.
© 2023, de la edición, Traficantes de Sueños



creative commons

Licencia Creative Commons
Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 España
(CC BY-NC-ND 4.0)

Usted es libre de:

 * Compartir - copiar, distribuir, ejecutar y comunicar públicamente la obra

Bajo las condiciones siguientes:

 * Reconocimiento — Debe reconocer los créditos de la obra de la manera especificada por el autor o el licenciante (pero no de una manera que sugiera que tiene su apoyo o que apoyan el uso que hace de su obra).

 * No Comercial — No puede utilizar esta obra para fines comerciales.

 * Sin Obras Derivadas — No se puede alterar, transformar o generar una obra derivada a partir de esta obra.

Entendiendo que:

* Renuncia — Alguna de estas condiciones puede no aplicarse si se obtiene el permiso del titular de los derechos de autor

* Dominio Público — Cuando la obra o alguno de sus elementos se halle en el dominio público según la ley vigente aplicable, esta situación no quedará afectada por la licencia.

* Otros derechos — Los derechos siguientes no quedan afectados por la licencia de ninguna manera:

- Los derechos derivados de usos legítimos u otras limitaciones reconocidas por ley no se ven afectados por lo anterior.

- Los derechos morales del autor

- Derechos que pueden ostentar otras personas sobre la propia obra o su uso, como por ejemplo derechos de imagen o de privacidad.

* Aviso — Al reutilizar o distribuir la obra, tiene que dejar muy en claro los términos de la licencia de esta obra.

Primera edición en Traficantes de Sueños: noviembre de 2023.

Título: El movimiento del Libre Espíritu. Consideraciones generales y testimonios sobre los afloramientos de la vida en la superficie de la Edad Media, el Renacimiento e, incidentalmente en nuestra época

Autor: Raoul Vaneigem

Traductora: Javiera Mondaca

Maquetación y diseño de cubierta:

Traficantes de Sueños

Traficantes de Sueños

C/ Duque de Alba, 13

28012 Madrid

Tlf: 915320928

editorial@traficantes.net

ISBN: 978-84-19833-10-5

Depósito legal: M-33248-2023

El movimiento del Libre Espiritu

Consideraciones generales y
testimonios sobre los afloramientos
de la vida en la superficie de la
Edad Media, el Renacimiento e,
incidentalmente, de nuestra época

Raoul Vaneigem

Traducción
Javiera Mondaca

historia
traficantes de sueños

ÍNDICE

Notas de traducción	15
Presentación del autor para la edición española	17
La vida no necesita de Dioses	17
Perspectiva mercantil y perspectiva de vida	23
1. Del crepúsculo de los burócratas a la economía celeste	25
Sobre el totalitarismo económico y su autodestrucción	25
Sobre los dioses	39
Sobre la historia	40
Sobre los reyes y los sacerdotes	41
Sobre el lenguaje	44
Sobre el sincretismo cristiano	49
2. La iglesia en conflicto con su devenir	59
Sobre la filosofía	59
Sobre el milenarismo joaquinita	63
Sobre el catarismo	67
Sobre el mercado de la pobreza	69
Sobre el mercado de la penitencia	79
Sobre el mercado del miedo y de la muerte	81
Sobre la mujer exorcizada, o la monja	82

3. El movimiento del Libre Espíritu en sus principales manifestaciones desde el siglo XIII al XVII	87
Sobre los amaurianos	87
Sobre Willem Cornelius de Amberes	105
Sobre el Nuevo Espíritu de Suabia	108
Sobre Bentivenga de Gubbio	117
Sobre Margarita de Porete	121
Sobre Heilwige Bloemardinne	132
Sobre la hermana Katrei	137
Sobre el Libre Espíritu entre los begardos y las beguinas	139
Sobre Walter de Holanda	144
Sobre la pobreza voluntaria en Colonia: Juan y Alberto de Brünn	146
Sobre las monjas de Schweidnitz	156
Sobre Tomás Scoto	161
Sobre Juan Hartmann	162
Sobre los Hombres de la Inteligencia	168
Sobre los picardos o adamitas de Bohemia	173
Sobre Herman de Rijswijck	176
Sobre los alumbrados	178
Sobre los eloístas y Eloï Pruystinck	181
Sobre Quintín Thierry y los libertinos espirituales	200
Sobre Hendrik Niclaes y los familistas	210
Sobre los ranters	212
4. Esbozo de una alquimia del yo	221
Sobre la creación de uno mismo	221
Sobre la materia prima	224
Sobre el atanor	227
Sobre lo negativo y su tratamiento	229
Sobre el amor refinado como creación de un mundo nuevo	237

Agradezco a:

Arille Chevalier, cuyos conocimientos me han sido valiosos en la traducción de los textos en latín.

Veronique Andries, a quien debo la traducción de los extractos de David Joris y Van Meteren. Simone Bensadoun y Brigitte Tack, quienes amablemente se encargaron de preparar el texto, la bibliografía y el índice de nombres de la edición francesa.

Marc Quaghebeur, consejero literario de la Comunidad Francesa de Bélgica, y Paul Fournel. Sin su ayuda financiera y la confianza que me han brindado, el tiempo para realizar esta simple investigación me habría sido negado.

Notas de traducción

La presente publicación es una nueva edición de *Le mouvement du Libre-Esprit. Généralités et témoignages sur les affleurements de la vie à la surface du Moyen-Age, de la Renaissance, et, incidemment, de notre époque*. En esta edición se han eliminado algunos pasajes y se han aclarado algunas informaciones históricas. Además, esta versión incluye nuevas secciones (93 y 96-103) seleccionadas por el autor y tomadas de *La Résistance au christianisme. Les Hérésies, des origines au XVIIIe siècle* (Fayard, 1993). En cuanto a las obras citadas en este estudio, se hace referencia a las traducciones españolas establecidas en los casos en que estas existen y que se pudo acceder a ellas. En todas las otras instancias, se ofrecen traducciones a partir del texto original en francés. Por último, a menos que se indique lo contrario, todos los comentarios entre paréntesis cuadrados fueron agregados por el autor.

En la preparación de esta traducción, se utilizaron como fuentes de consulta las traducciones inglesa e italiana de esta obra. El trabajo de sus traductores, Randall Cherry, Ian Patterson, Sergio Ghirardi y Mario Lippolis, fue muy útil para la traducción de los pasajes escritos en francés antiguo y quiero agradecerles por su labor precursora. Además, quiero agradecer a Bill Brown por compartir conmigo algunos fragmentos del borrador de su traducción al inglés de *La Résistance au christianisme* y a Claudia Salé por facilitarme el acceso a bibliografía importante para este trabajo. Por último, quiero dar las gracias al propio

autor por su infatigable ayuda y paciencia para responder a cada una de mis dudas durante el proceso de traducción. Gracias, además, por ser una fuente de inspiración, generosidad, confianza y ternura.

Finalmente, me gustaría dedicar esta traducción a quienes no sucumben al fatalismo socializado de la dictadura capitalista y por amor a la vida crean las condiciones de su realización.

Presentación del autor para la edición española

La vida no necesita de Dioses

Mi análisis en *El movimiento del Libre Espíritu* es el fruto de una atracción pasional doble: la curiosidad y la conciencia de lo vivo.

La curiosidad es la fuente de un saber que se exalta por ser infinito. Simultáneamente descubre e inventa la verdad de un mundo que se propone penetrar en sus más ínfimos rincones. Lo que pone ante nuestros ojos, nos damos cuenta rápidamente, no resulta ajeno a un deseo que también proviene de la infancia: acceder a lo que se ve para tocarlo y modificarlo.

Mi repulsión hacia todas las religiones iba de la mano de un gusto lúdico por la erudición que abarcaba tanto el *Essai sur les lanternes* [Ensayo sobre las linternas] de Dreux de Radier como el rastreo de personajes insólitos y extravagantes enterrados en el pasado. Debo a Romana Guarnieri y su obra *Movimiento del libero spirito* [El movimiento del Libre Espíritu] la exploración de un universo que proliferaba clandestinamente abriéndose camino en un mundo superficial cuya estructura eclesíástica definía la realidad, fabricada por ella. Lo descubrí con la ligereza que proporciona el placer curioso y eso fue la garantía de una verdad escrupulosamente buscada, porque, aunque hubiera podido deslizarse algún error, no se presenta aquí ninguna transgresión a la verdad.

Menciono esto debido a la ira que sentí al descubrir la impostura que difundía la omnipresencia, en la Edad Media, de una devoción cuyos frutos la Iglesia solo habría tenido que cosechar. Este libro no es solo un homenaje a unos seres lo suficientemente audaces como para desafiar las torturas inquisitoriales, sino que destaca el surgimiento de una irresistible fuerza de vida que *disuelve lo divino bajo la apariencia de identificarse con él*.

Estamos en la encrucijada de una época en la que los prejuicios del pasado se desmoronan y se derrumban junto con la civilización mercantil que, después de haber engullido a los Dioses, los escupe hoy como flemas importunas.

En la autodestrucción programada del capitalismo, las religiones — fundadas todas sin excepción sobre el miedo y la culpa— están desacralizadas. Se deslizan por los caminos de la nulidad donde el mundo de las ganancias finales arrastra a aquellas y aquellos que, en lugar de apostar por la vida, se sacrifican al poder y a la rapacidad.

Inseparablemente existenciales y sociales, las luchas por la emancipación que se intensifican por doquier barren con una desenvoltura disolvente las ideologías y las religiones, las cuales han perdido la pertinencia de una devoción universal y se han encogido como piel de zapa.

Al mismo tiempo, el colapso del sistema hace resurgir del pasado el proceso que lo originó. Podemos ver mejor cómo la elaboración de una unidad ficticia que reúne a los seres humanos fue obra de un Espíritu que emanaba de la clase dominante. Una superestructura tuvo la función de «religar» lo que había sido disociado y fragmentado por el trabajo de explotación del hombre y de la tierra. Una cabeza, llamada a gobernar el cuerpo individual y el cuerpo social, hizo triunfar en todas partes el control y el imperio del amo. La desintegración del sistema de gestión —que estamos presenciando— pone de manifiesto los dos elementos que constituyen los cimientos de la civilización agro-mercantil.

El sustrato basado en la preeminencia de la agricultura subsistió en Francia hasta la Revolución de 1789. En cambio, el inmovilismo agrario se perpetuará en los países que no fueron sumergidos por las marejadas del jacobinismo. Los autoritarismos multicolores derivados de ese *despotismo oriental*, analizado por Wittfogel, persisten en muchos países y recuerdan los arcaísmos y prejuicios de moda en nuestro «Antiguo Régimen». Así, en Europa, hemos visto cómo un cristianismo en desbandada daba paso a una serie de sectas diversas y gurús, antes de permitir que la religión musulmana aportara una apariencia de cohesión al desorden de creencias. Pero la manipulación política que opone la islamofilia y la islamofobia ha ocultado un principio que no debe derogarse: *Tolerancia total para todas las opiniones. Intolerancia absoluta para cualquier inhumanidad que pueda resultar de ello.*

No acabaremos pronto con la misoginia de las creencias religiosas e ideológicas, pero que al menos toda violencia sexista sea disuadida con una firmeza ejemplar.

El otro sustrato es el que ha provocado, en Occidente, la liquidación del inmovilismo agrario y de la clase aristocrática en el poder. Su potencia reside en el desarrollo del comercio, en el auge del librecambio, en la expansión y multiplicación de los establecimientos comerciales, que no es otra cosa que lo que comúnmente llamamos «imperialismo».

Dos bloques antagonistas, donde la plaga emocional religiosa sigue causando estragos, se inscriben uno en línea con el agrarismo arcaico y el otro en el sector modernista del totalitarismo mercantil.

El primero es el bastión del fundamentalismo musulmán, llamado «islamismo», el segundo está en manos del evangelismo calvinista, que infesta las mentalidades y los comportamientos moldeados por una educación mercantil en Estados Unidos.

Irán, faro del fundamentalismo musulmán, y Norteamérica, corroída por la viruela puritana, forman así una pareja conflictiva, unida —les guste o no— por un mismo culto a la abstinencia expiatoria, la obediencia purificadora, la culpa, la hipocresía y la depredación santificada en nombre de un Dios despiadadamente compasivo.

El Islam, chiita o sunita, debe su supervivencia a una economía agraria, que concibe los yacimientos petrolíferos como el producto del suelo y la especulación bursátil como el efecto de su emanación. La gran diferencia con Estados Unidos es que las mujeres iraníes, con el apoyo de los hombres, están quemando el velo de su enajenación, mientras que un gran número de estadounidenses todavía están en el «benedícite» y en los servicios religiosos dominicales.

Por muy poderosas que pretendan ser las políticas supremacistas de Estados Unidos y la opresión machista de las dictaduras islámicas, «por naturaleza» no pueden hacer frente a *la guerrilla que las mujeres se han propuesto librar sin más armas que la vida.*

El catolicismo no resistió la caída del Antiguo Régimen y se marchitó en un folclore tradicional, adornado con algunos arrebatos de conservadurismo que el progreso social desgarró definitivamente.

El protestantismo, producto de un librecambismo cuya expansión romperá los grilletes de la economía agraria y de la clase aristocrática, cogió el caballo al trote y lo hizo galopar espoleándolo con una fe que le confería un aire de libertad, incluso un aura libertaria, como ilustran el movimiento anabaptista, el librepensamiento de Dirk Coornherdt y del filósofo Franciscus Van den Ende, maestro y amigo de Spinoza.

En la época donde el capitalismo se extiende en ramificaciones bancarias, Calvino insiste en el carácter celestial del progreso. Ve en este, como muestra Max Weber, una intervención divina. Dios puede retirar inesperadamente la mano que pone sobre la espalda del hombre, lo que decide así el éxito o fracaso de sus empresas. El hombre afortunado inspira el respeto que se le debe a los elegidos. En cambio, el desafortunado atrae la reprobación y el desprecio al que se exponen los condenados.

Este culto al éxito, que proporciona la prueba resplandeciente de la aprobación divina, ha producido una variedad particularmente repugnante de ese «pequeño hombre del cálculo egoísta» que, dondequiera que reine la explotación, suplanta al hombre de las sociedades solidarias. Si el *self made man* provoca el asco del mundo entero por su pestilencia, es porque exuda el *miedo sacralizado* al éxito y al fracaso. Por tanto, no parece descabellado atribuir al puritanismo y al autocastigo, que aquel exacerba, la reacción de pánico con la que se han flagelado muchas personas que se habían salvado del coronavirus.

El principio de ascetismo, de sacrificio y de renuncia proviene de la transformación de la fuerza de vida en fuerza de trabajo, decretada de utilidad pública desde la aparición de las ciudades-Estado, que se convertirán en naciones e imperios. Sin embargo, al navegar entre las brumas del lucro, el capitalismo ha llegado, a través del Plan Marshall, que se suponía que debía dar limosna a los países devastados por la guerra, a colonizar Europa proponiendo un estado de bienestar —un *Welfare State*— al alcance, o casi, de todos los bolsillos. El capitalismo ha entrado ahí en una contradicción que lo ha salvado y perdido a la vez.

Ahora que la nada llama a la puerta, estamos presenciando un despertar de la vida y de su conciencia. Está claro que la civilización mercantil ha sido una lamentable desviación de la evolución humana, un cambio de dirección errado, como demuestra la vía muerta a la que nos ha conducido en menos de diez mil años.

Ante este desastre, ¿cómo no preguntarse por el fenómeno de humanización que ha llevado desde Lucy hasta las colectividades igualitarias de las últimas civilizaciones preagrarias? Cómo no asombrarse por esta involución en la que tropezamos con la barbarie al salir de las sociedades igualitarias donde no hay guerras ni grandes conflictos; al abandonar un mundo que nos ha legado, como prueba de su genio, las maravillas de Lascaux y del arte rupestre.

El drama de nuestra historia es que el genio de la creación espontánea y del progreso humano ha sido suplantado por la ingeniosidad de un progreso tecnológico en el que el trabajo transforma al sujeto en objeto. El *golpe* de las ciudades Estado marcó el predominio de la depredación sobre la ayuda mutua.

No hay que ser un gran sabio para observar que la evolución de nuestra especie se basa en dos vertientes presentes en la especie animal y que presiden nuestra génesis. La depredación, inherente a los animales salvajes y a las criaturas agresivas, se desarrolla en oposición a la tendencia donde prevalecen la ayuda mutua, el apoyo a los débiles, el arte de la conciliación.

Aunque resulte caricaturesco, nuestro comportamiento de civilizados obedece a una alternancia donde unas veces imitamos al chimpancé y otras al bonobo.

Y he aquí que surge un grito silencioso que se alza por doquier: ¡diez mil años de depredación, ya basta!

Resulta cuando menos inquietante que el fenómeno de la ayuda mutua haya desarrollado en los bonobos una sociedad cuyos signos de humanización presentan —excepto por la palabra— un grado de evolución más avanzado que en el *homo sapiens*. Hay un fenómeno de efusión en la ayuda mutua que no es ajeno a ese deseo de amor del que nadie está exento.

Vamos a redescubrir en la raíz de nuestros orígenes una comunión que protege del comunitarismo, una vida cuya autenticidad disuelve las sombras de la muerte, una libertad que rechaza toda forma de depredación, un proyecto en el cual la armonía y la felicidad sean el fermento de la existencia.

Perspectiva mercantil y perspectiva de vida

La totalidad de lo que se dice, se escribe y se piensa actualmente tiene cada vez menos importancia respecto de la vida, amenazada por todas partes, y cada vez más presente a medida que se debilita el control de las falsas apariencias.

Tramado durante milenios sobre una rentabilidad que al placer de vivir no le interesa, el discurso de la supervivencia se ha dislocado tanto en la última década que la mayoría de las palabras son arrastradas a la burla por la propia bancarrota de lo que las sostenía.

Luchando por el capital en nombre del progreso, contra el capital en nombre del proletariado, por la burocracia en nombre de la revolución y sin cesar por la supervivencia en nombre de la vida, lo que queda de la humanidad del siglo XX ha conquistado, en el frente de los compromisos tradicionales, la sensación de un agotamiento inconmensurable.

El absurdo orden de cosas apenas incita a desgastarse en favor de lo que no sirve de nada, incluso si la inercia todavía empuja hacia las arenas de la decadencia espectacular a unos cuantos rebaños politizados y a los últimos perros hambrientos de poder.

El que finalmente surja, de las ambigüedades de la apatía general, una voluntad de luchar por crease armonizando la sociedad con el goce de uno mismo es para mí no una certeza, sino una apuesta, a la que cada instante me invita a no renunciar jamás.

La obstinada determinación de no poner nada por encima de mi voluntad de vivir, cueste lo que cueste despreciar las sollicitaciones imperativas de la supervivencia, se la debo al *Tratado del saber vivir para el*

*uso de las jóvenes generaciones*¹ y a *El libro de los placeres*² que lo precisa, lo corrige y se propone eliminar esa coraza intelectual por la que fue tenido en tan alta estima por personas que estaban más dispuestas a buscar en él una explicación consoladora para su envejecimiento prematuro que a ponerlo en práctica.

Con este estudio del Libre Espiritu, me ha complacido rectificar la opinión que considera como fatal la historia deshumanizada de los hombres, rendir homenaje a quienes no tomaron su carácter por ineluctable, rastrear la huella de lo vivo bajo el oscurantismo religioso e ideológico y, de paso, acabar con la imagen sansulpiciana³ de una Edad Media cristiana.

He aquí algo que habría merecido más ligereza y gaya ciencia. No he tenido el tiempo ni la libertad. Esto no es una excusa, es una acusación: la que formula contra sí misma una sociedad que se preocupa principalmente de establecer, en el menor espacio de creatividad, los obstáculos del trabajo y de la actividad lucrativa.

La cantidad de textos por traducir y por descubrir contribuye aún más al carácter sumario de una pesquisa para la que reivindicó, con el derecho a la imperfección, el enfoque de la investigación subjetiva, tal y como cada persona la persigue —bajo la apariencia o no de la objetividad— según la trama de sus deseos y los enredos de su existencia.

El historiador apenas se perderá aquí más de lo que se pierde en el cotidiano, pues no percibe la vida que subyace al acontecimiento más de lo que la reconoce en su cuerpo. El especialista no descubrirá aquí nada que no sepa ya: el pensamiento separado se basta a sí mismo.

Pero, si alguien tiene el placer de arrojar sobre la historia la mirada que inseparablemente arroja sobre el debate de sus pasiones, encontrará aquí la ingenua y sin embargo preciosa confirmación de que la mentira tiene fin y el amor a los goces no.

¹ R. Vaneigem, *Tratado del saber vivir para el uso de las jóvenes generaciones*, Barcelona, Anagrama, 2006.

² R. Vaneigem, *El libro de los placeres*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2022.

³ En el original, *saint-sulpicienne*. El término alude a las baratijas religiosas producidas en serie que se vendían en la Place Saint Sulpice a mediados del siglo XIX. Estas imágenes y objetos religiosos se caracterizan por su sentimentalismo y por evitar evocaciones sangrientas. [N. de T.]

Del crepúsculo de los burócratas a la economía celeste

Sobre el totalitarismo económico y su autodestrucción

1. Nadie se remonta más lejos que su presente. Nunca una época, sin importar lo nublada que estuviera por inevitables confusiones, ha propagado mejor la sensación de que todo se juega ahora.

¿Qué podemos aprender del pasado que no esté incluido en el propio gesto de analizarlo? Quien huye de sí, temiendo su riqueza o su pobreza, descubre ahí la confirmación de su exilio. Así se busca quien ya se ha encontrado.

Cuando el cuerpo cojea, el pensamiento marcha de forma torcida; no hay peor contoneo que caminar al revés de uno mismo y brillar por la ausencia. ¿Acaso no es simplemente una cuestión de salud mantenerse hoy en el centro de los propios deseos y ver venir —en lugar de lanzarse a diestra y siniestra— aquellas empresas donde, de entrada y para siempre, no caben las apetencias del momento, me refiero a esa plenitud en la que el corazón aprende a extraer de las circunstancias inciertas una quintaesencia del amor que las vuelve favorables?

2. Una repentina disposición a vivir se dibuja entre las líneas uniformes donde la crónica cotidiana reduce el conjunto de preocupaciones humanas únicamente a la realidad económica. Una singular claridad señala la frontera donde cesa la grisura de los días.

Sí, desde el sismo de 1968, lo vivo se desmarca lentamente de aquello que lo corrompe. Ha bastado con que algunos repentinamente se

extrañen de su prisa por correr hacia donde nunca se encontrarían para que vacilara en la gran mayoría la costumbre de intercambiar, por la pequeña moneda de la ganancia y de la autoridad, el placer de ser para sí.

A medida que se atasca la mecánica de los gestos impuesta desde la infancia, irrumpen, de profundidades más temidas que conocidas, unas exuberancias incalificables que haríamos bien en llamar la *vida* para distinguirlas de la *supervivencia*, que es su forma económica y economizada.

Cuántas palabras consideradas absurdas en 1967 se han convertido hoy en trivialidades. Desde hace tiempo es evidente que «sobrevivir, hasta ahora, nos ha impedido vivir», que la utilidad del hombre en el trabajo es tan inútil para su vida que lo mata, que casi siempre la vida se termina porque no ha comenzado realmente (tanto que la mayoría de la gente no la capta hasta el instante de soltarla), que lo que se paga y se impone a través de la representación solo produce el aburrimiento del mundo y el desprecio hacia uno mismo. Ideas tan firmemente arraigadas en todas las cabezas que, a falta de disiparse bajo los golpes de borrador de lo vivo, alimentan los discursos nostálgicos y las conversaciones mundanas.

Es que una vieja fuerza de inercia sigue estrechando el cerco: la necesidad de trabajar para sobrevivir compensa la vida perdida en salario con una supervivencia que se paga más caro. En la trampa mortal que impone a la conciencia, dos prejuicios mantienen la gangrena ordinaria: uno es que la supervivencia debe asegurarse primero, la vida comienza más allá, si es que tiene lugar; el otro es que la vivacidad intelectual —el análisis crítico de la sociedad, de la podredumbre política, de la decadencia cultural, del porvenir de la humanidad— equivale a existir, mientras que el cuerpo se encarga de rezongar y expresar su desacuerdo a través de la enfermedad y el malestar.

Pero no hace falta oler de más cerca tales comportamientos y justificaciones para distinguir en su estela un hedor a sotana.

3. La economía está en todos los lugares donde la vida no está: una y otra no se mezclan, no hay confusión posible. La mayoría de las personas no vive. Unos cálculos de dinero, de trabajo, de intercambio, de

culpabilidad, de voluntad de poder las gobiernan con una precisión desordenada, las comprimen en una situación irremediable donde lo que supura patéticamente adquiere el color de realidad humana.

¿Cómo no sentirse originalmente perdido en medio de una vida invertida donde la energía de las pasiones sin uso se vuelve destructiva? Sin embargo, la angustia de tener que deslizarse sin tregua entre los obstáculos de la desilusión, del fracaso, de la miseria y de la muerte no se debe a una maldición eterna, a una enfermedad incurable que no sería otra que la propia existencia.

Solo un pensamiento castrador ha podido perpetuar la idea de una condición humana *esencialmente* miserable. Ayer, los partidarios de un espíritu puro que domina la materia proclamaron su repugnancia del cuerpo y de los intereses sórdidos. Los indignaba que se hablara de determinismo económico, mientras se entregaban en secreto a los negocios ordinarios de la supervivencia.

Hoy, el espíritu modernista profetiza su aniquilación gloriosa en una lucidez definitiva donde todavía domina sobre las ruinas de la materialidad. Mientras compra los últimos placeres de supervivencia, lava la ropa de su implicación cotidiana con el detergente cada vez más blanco de la virtud revolucionaria.

Pero nada expresa mejor la omnipresencia de la economía que el pensamiento separado de la vida. El trabajo de la mente y el trabajo de la mano forman parte de la misma ignominia. La ideología de salón, de taberna, de familia y de cofradía filosófica pertenece a la vida solo en la medida en que confirma su ausencia.

4. La economía ha sido la mentira más duradera de casi diez milenios abusivamente identificados con la Historia. De ahí se han extraído las verdades eternas y las causas sagradas que han gobernado a amos y esclavos, y a las cuales fueron ofrecidas en sacrificio generaciones de seres inocentemente nacidos para vivir.

Ha llegado el momento en que la máquina económica se exhibe en la cínica desnudez de sus piezas desarmadas. Un largo y sangriento estriptis la ha despojado del mito y de la ideología. Después de haber arrojado a la basura el sobrepelliz de las sociedades sacerdotales y luego la chaqueta

reversible de los Estados ciudadanos, se descarna dejando en carne viva lo que, en cada uno de nosotros, pertenece a los engranajes de su inhumanidad fundamental. Ya no dispone —no necesita— de ilusiones ni de evasivas para parodiar lo que es sin más: un sistema destinado a garantizar la supervivencia de las personas a expensas de sus vidas.

La ironía es que, en el instante en que la conciencia abre los ojos, el maremoto económico se transforma en diluvio y solo asegura la supervivencia de la especie a una tasa de devaluación creciente. El fin de las ideologías coincide con la bancarrota de la gran administración.

Sin embargo, la forma religiosa tensa las mallas de su red precisamente en el instante de la historia menos propicio para cualquier certeza —Dios, Diablo, Estado, Revolución, Salvador Supremo, Izquierda y Derecha—. El dogma absoluto según el cual el mundo existente es *únicamente* la realidad organizada de acuerdo con la perspectiva mercantil, y nada más, se basa en una superstición universal que es inculcada desde la infancia: la creencia en la incurable impotencia de los seres humanos.

5. Tanto han clamado por el Apocalipsis que no llegará. Y si ocurriera, por lo demás, sería difícil distinguirlo de la suerte cotidiana reservada al individuo y a la comunidad.

¿Puede concebirse una danza macabra más siniestra que la guerra, la tortura, la tiranía, el accidente, la enfermedad, el aburrimiento, los placeres culpables y ese goce más inclinado a atormentarse que a realizarse? ¿Acaso no se labra la supervivencia en la propia materia del Apocalipsis?

Lo peor que producirá la caída del imperio mercantil será la caída en la inhumanidad que marca sus comienzos. Lo que es al principio también es al final.

Una ruina esconde otra: detrás del desmoronamiento del capitalismo de monopolio y de Estado, toda la civilización mercantil se derrumba, según un naufragio programado de larga data. Las antiguas fábulas que profetizan la muerte de los dioses en una aniquilación universal se unen hoy, en el panteón de la vida ausente, con la Mañana nuclear, la carnicería de la *Grand Soir*⁴ y la Noche mortal donde la amargura da vueltas en círculos.

⁴ La Gran Noche o *Grand Soir* es un mito que toma sus imágenes del milenarismo cristiano y que desde finales del siglo XIX anuncia la «noche mágica» donde habría

6. El fin del imperio económico no es el fin del mundo, sino el fin de su dominio totalitario sobre el mundo. Nadie ignora, sin embargo, que una tiranía muerta continúa matando. La respuesta ante la constatación de una mutación benéfica no es la *joie de vivre*⁵ ni la exuberancia creativa, sino el miedo. Uno tan intenso que la economía moribunda todavía encuentra allí con qué abastecer un mercado —el de la inseguridad— donde el consumidor, devuelto a su verdadera naturaleza débil y decrepita, mendiga una protección enérgica para recorrer frenéticamente los circuitos balizados del hedonismo consumible.

¿A qué podemos atribuir este terror que golpea el hormiguero proletariado y sustituye los viejos reflejos insurreccionales por una apatía sombría y rabiosa? ¿Es miedo a dislocarse junto con el poder patriarcal, cuya senilidad burocrática, desde los jefes de Estado a los jefes de familia, muestra un balance eficaz? ¿Nace de rumores alarmantes, que se amplifican, según la moda de turno, bajo los horribles nombres de crisis, desempleo, bancarrota, hambruna, crimen, cáncer, sida o contaminación?

No. Solo existe un único terror, de donde surgen todos los otros, y es, para la mayoría de las personas, perder la última mentira que las separa de sí mismas; es tener que crear su propia vida.

Miedo milenario, ciertamente, pero no contemporáneo a la humanidad naciente, aunque originalmente provenga del miedo animal. Lo que hoy reverbera como eco no es más que el aullido de la maldición divina que espanta al ser humano expropiado de su vida y condenado a producir su inhumanidad lucrativa.

7. Los que repiten gustosamente que Dios ha muerto no han dejado, sin embargo, de arrodillarse. Ahora que la economía, después de haber

de realizarse la libertad de los pueblos mediante la subversión de todas las formas de dominación. A lo largo del siglo XX, se impuso como un concepto de revolución basado en la idea de que la conquista del poder estatal es la única forma de lograr una transformación social radical. [La nota ha sido tomada de mi traducción de *El libro de los placeres*, donde el autor también alude a esta expresión. Véase R. Vaneigem, *El libro de los placeres*, Traficantes de Sueños, Madrid, 2022, p. 47, N. de T.].

⁵ Expresión francesa que podría traducirse como «alegría de vivir». Se trata de la sensación de bienestar generalizada que se experimenta por el simple hecho de existir. [N. de T.]

expresado la salvación de la humanidad en torrentes de sangre y de barro, solo garantiza la ruina del futuro, habría sido razonable esperar un cambio de opiniones donde cada persona, cansada y excluida de las soluciones comunitarias, se atuviera solo a sí misma, a su creatividad y a su voluntad de vivir.

Por desgracia, los enemigos de nuestra bella civilización aún sacan sus últimos fuegos de las brasas donde esta se consume, como si no tuvieran otra opción, para alegrarse de su tan esperada muerte, que morir con ella.

La religión tiene la piel más dura que los huesos; viste con ropas nuevas a todos los cadáveres. En el momento en que la filosofía de la Ilustración perseguía al oscurantismo católico, la razón de Iglesia reconvertida en razón de Estado diseminaba, en las ciudades y en los campos, predicadores de moral atea que eran parecidos como dos gotas de hiel a los viajantes de comercio de la empresa apostólica y romana.

Hasta los que vituperaban a los militantes y sus rituales de agitación ante el altar del proletariado terminaron usando el bonete del sacristán. Porque la preocupación de no ser nada por sí mismos, que siempre ha convertido las revoluciones de la miseria en revoluciones miserables, sigue sumiendo a los berreones de la emancipación y de la felicidad en la amargura de la impotencia consentida. En todo aquel que muestra suficiente inteligencia para analizar el mundo y muy poca para aprender a vivir, que exorciza sobre los demás el desprecio que se tiene a sí mismo, que culpabiliza y juzga para no ser juzgado ni culpable, habita un cura que, queriéndose ignorar, no deja de graznar entre los cuervos de la vida muerta.

8. Los dioses mueren dos veces. Una primera vez, en el pensamiento de los hombres que los han concebido; una segunda vez, en el cuerpo económicamente reducido a instrumento de trabajo.

En el instante en que, bajo la presión de sus constantes progresos, el capitalismo industrial rompe la vieja estructura agraria, se libra de los dioses y de los reyes, los mata para resucitarlos enseguida como personajes de opereta en su espectáculo ideológico.

Al descubrir, como una tierra que emerge de las aguas, la omnipresencia del sistema mercantil, la conciencia del siglo XIX ya no tiene que

preocuparse por ninguna trascendencia divina. ¿Acaso no es ella la que organiza el mundo según los mecanismos tangibles del intercambio, de la ganancia, de la competencia? Al traer a los dioses de vuelta a la tierra, se basta en adelante como espíritu universal.

La materialidad del capitalismo ha revelado, en efecto, el origen humano de las leyes que rigen la sociedad desde la aparición de la mercancía. Ha reducido la entidad Dios a la «naturaleza» de las cosas y está en la «naturaleza» del hombre hacerla fructificar.

Pero esta naturaleza no es más que el mundo separado de la vida, reducido al sistema mercantil. Y Dios, así naturalizado, vendido con descuento a una religión que no es más que una ideología entre otras, es, en su pacotilla, el último recuerdo del *orden celeste* bajo el cual apareció por primera vez el sistema de supervivencia que los hombres se impusieron durante una etapa específica de su evolución.

Dios muere como entidad soberana, como amo del mundo, pero sobrevive en la forma religiosa que lo ha hecho nacer sometiendo a las personas a la enajenación económica; sobrevive en el pensamiento separado y en el cuerpo castrado en beneficio del trabajo.

Cuando Marx analizó el proceso de reproducción y autodestrucción de la mercancía, no se detuvo a examinar hasta qué punto su comportamiento personal obedecía a reflejos económicos. Su crítica es el producto de una intelectualidad que reproduce el poder de la mente sobre el cuerpo; es la labor del Dios residual sobre la materia en el trabajo. Por muy liberadora que se quiera, solo puede señalar los cambios de un mundo donde la mercancía está en todas partes y la humanidad en ninguna, hasta que la abstracción —forma última e inicial de lo divino— aplaste a quienes ha vaciado de su sustancia vital y que han perdido hasta la fuerza para sostenerla. La turba de burócratas agónicos, que está activa hoy en una economía que solo sirve para reinvertir sus bancarrotas sucesivas en una pérdida más grande, es prueba suficiente de que la era de los sacrificios está llegando a su fin. La Forma, que *religa* a los individuos en una sociedad hostil a la vida, solo se romperá por la emancipación de la vida.

9. La explotación del hombre por el hombre no ha dejado de cambiar manteniéndose igual. La necesidad económica, que nos exilia directamente de

la vida, perpetúa el decreto de los dioses que expulsó a nuestros ancestros del lugar de sus goces. Unas fronteras inmutables delimitan el universo cerrado del intercambio donde evoluciona la mercancía.

La Forma, que modela a partir de sus contornos una realidad supuestamente única, se ha calificado como esfera divina antes de asumir el aspecto, concreto y abstracto a la vez, de una organización burocrática que gira sobre sí misma arrastrando a todos en su gravitación. La economía celeste ha dado paso a la economía terrestre; el espíritu económico, a la materia económica; la enajenación intelectual, a la enajenación corporal; el sacrificio colectivo, al sacrificio individual. La separación es la misma, pero la herida hoy puede tocarse con el dedo.

Tal y como el agua de una bañera se escurre según un movimiento de rotación acelerado, así también el remolino de la vida que se vacía alcanza un ritmo más rápido a medida que la economía utiliza los últimos recursos de la energía libidinal.

Hace falta el oído obstruido de un informático para no escuchar el último borborigmo: aunque todas las civilizaciones de la mercancía han establecido —sin excepción— la prohibición del placer y del goce, los llamamientos más apremiantes de la rentabilidad nos invitan a lanzarnos al hedonismo, a consumir la voluptuosidad en porciones y a gusto.

El último mercado por conquistar está a orillas de la gratuidad del deseo. El último céntimo se juega donde antaño comenzó la partida con la garantía de los dioses.

10. La economía ha engendrado un monstruo de dos cabezas, la religión y el Estado. Su existencia se remonta a la formación de los primeros asentamientos agrícolas (en el neolítico, alrededor del año 7000 a. C.), cuando una organización comunitaria basada en la agricultura y el comercio reemplaza a las civilizaciones paleolíticas, donde la subsistencia se aseguraba mediante la recolección, la caza y la pesca.

En este momento de la evolución humana ocurrió la caída de la vida en la supervivencia. Un modo unitario de existencia, que se desprende lentamente de la naturaleza pero sin romper la fusión con ella, es sustituido por una sociedad donde el hombre, convertido en su propio enemigo y en el enemigo de sus semejantes, ve el objeto de sus actos volverse contra él.

Lejos de encaminarse hacia una superación *humana* de la contradicción entre la libertad de vida y la lucha por la supervivencia, que caracteriza al reino animal, la civilización mercantil socializa ambas. La libertad de naturaleza es sacrificada a una lucha competitiva que ya no tiene como objetivo la satisfacción brutal de los impulsos (los cuales serán satisfechos como un vergonzoso tributo pagado en secreto a la animalidad reprimida), sino el mantenimiento de un sistema parasitario que ofrece a la colectividad una garantía abstracta de supervivencia: explotar la naturaleza a través de la explotación del hombre por el hombre.

Las leyendas originarias, marcadas inseparablemente por la nostalgia de una edad de oro y por el odio a la mujer, demuestran de manera inmejorable a qué parte de lo vivo han renunciado los adoradores de la piedra itifálica, erigida hacia el cielo, para reprimirla ferozmente bajo el peso de la mente y de los dioses.

11. Con el trabajo de la tierra, el uso de la herramienta se asocia a un valor de cambio, a un precio, que es una abstracción y una realidad concreta.⁶

El trabajo y el intercambio confieren a lo que desde entonces se ha llamado «nuestra sociedad» una estabilidad en la turbulencia que está marcada por el predominio de la abstracción y por la inversión de la vida.

Todo uso, cualquiera que sea, comenzando por el uso de la vida, va a encontrarse subordinado a la necesidad de producir simultáneamente bienes, su precio y el poder social que implica su posesión. Lo concreto se vincula entonces a una equivalencia abstracta. Así, el cuerpo, cuya fuerza de vida se convierte en fuerza de trabajo, se aureola con un doble, con un alma intangible que la inversión de perspectiva dota de una existencia fantasmal en un universo superior a la supervivencia terrestre y al que solo la muerte da acceso.

⁶ El arma utilizada en la caza se transforma, por su parte, en mercancía y en defensa de la mercancía, y engendra el más deshumanizado de los grupos sociales: militares, polis, verdugos, los ejecutores de obras bajas. Es posible que, en el Mesolítico, el comienzo de una apropiación privativa del terreno de caza, a raíz de los cambios climáticos que perturbaron la profusión natural de bayas y frutas, haya favorecido la transición hacia la economía de intercambio.

Evolucionamos en un mundo al revés que todavía muchos insisten en considerar como la realidad, como la única realidad. Y el mecanismo de inversión depende de una actividad que celebran los que honran su propia abyección: el trabajo.

12. El establecimiento del trabajo colectivo, que exige la agricultura y el comercio, impone a cada ser humano una redistribución de su espacio y su tiempo. Es el fin del nomadismo y de la gratuidad de los días y las noches. Las horas consagradas a las actividades de producción reprimen la satisfacción de los impulsos naturales en una especie de paréntesis ocupado por el reposo reparador y situado en un margen temporal donde no domina la productividad: la noche, la fiesta, los lugares secretos, lo imaginario, el sueño.

Esta es la separación fundamental: el trabajo necesario establece la prohibición de los deseos, que no conocen otra ley que su goce, y los condena a satisfacerse en la vergüenza de la inutilidad, en secreto, de manera precipitada y al revés de la vida que inicialmente canalizan.

Con la intrusión del trabajo, el cuerpo pierde su totalidad sensual, se escinde en dos principios: la cabeza, elemento dirigente, cuyo pensamiento controla y reprime la energía libidinal, y el cuerpo, elemento dirigido, reducido a una musculatura lucrativa, a la mano servil.⁷

Denomino perspectiva invertida, o perspectiva mercantil, el estado de cosas donde el goce es reprimido como fuerza hostil al trabajo y a *su* civilización, donde la vida se marchita como supervivencia, donde los placeres, golpeados por la prohibición, solo se afirman desgarrados en una herida mortal. Una civilización donde la gratuidad de la vida, considerada como un mal absoluto, se reprime en la noche de lo negativo, cargada de angustia y culpabilidad, y desemboca en una desahogo donde rinde tributo a la muerte.

La necesidad de *sacrificar* la búsqueda del goce gratuito a la obligación social de trabajar impuso, hace unos diez mil años, un movimiento de inversión global a la evolución de la vida humana tal y como esta se desprendía lentamente de la naturaleza, a la manera de un niño

⁷ El tercer elemento, alma o doble, es la conciencia mítica de la vida proyectada sobre otro plano de existencia.

que se desarrolla en el vientre de la madre. Sabemos esto tanto mejor por cuanto en cada nacimiento se revela hoy a la conciencia la distorsión que se apodera de forma idéntica del niño para empujarlo hasta la muerte en una existencia que es la negación de toda existencia humana.

Ninguna ilusión celeste o terrestre puede en adelante esconderlo: el camino artificialmente trazado para la humanidad es la vida separada de sí, vuelta ajena a ella misma y condenada —ella que no puede existir en ninguna parte sin afirmar su voluntad de ser en todas partes— a objetivarse en un mundo de cosas hasta la perfección del objeto inerte, hasta el cadáver, modelo social consumado del hombre finalmente confundido con la mercancía que produce.

¿Cómo la maldición en la que el deseo se castiga por no ser rentable no iba a sacar de la extrañeza donde cada persona se vuelve ajena a sí misma la imagen de un Dios de terror⁸ y consuelo, un Dios al que hay que pagar y que a cambio paga?

No existe Dios cuyo poder no esté asentado en la negación de la vida, en la inversión de los placeres, en el ruin y agotador trabajo de la represión y del desahogo.

13. Existe trabajo tan pronto como una parte de la vida es puesta al servicio de la economía, mientras la otra es negada y reprimida. Separadas de sí mismas por la transformación de la fuerza de vida en fuerza de producción, las personas también se separan según la cualidad de su ocupación lucrativa.

La preocupación de organizar la distribución de las tareas, de calcular las áreas de propiedad, de establecer las normas del intercambio responde a la preocupación física de garantizar la labranza, las siembras, la cosecha, la fabricación de herramientas. La fragmentación en trabajo intelectual y trabajo manual se expresa, en el cuerpo social, a través de un antagonismo de clases y, en el cuerpo individual, mediante la oposición entre la mente y un cúmulo muscular donde se privilegia la mano a expensas de otras funciones, animales y vegetativas.

⁸ Resulta significativo que la alteración religiosa de la totalidad de la vida —la *Magna Mater* y su forma patriarcal, el gran dios Pan— se manifieste como un desencadenamiento de terror, como un huracán de «pánico».

Así, la castración de la vida provoca un desmoronamiento caótico donde no hay más que un dios para orientarse y alcanzar una visión global. Un dios cínico e hipócrita que otorga a la supervivencia —cuyo estado de fragmentación ha sustituido la unidad concreta de la vida natural— una unidad facticia, una unidad mítica basada en la universalidad del valor de cambio. Y, según el modelo de la torre de Babel, atribuye a las personas, como una falta, la razón de las incoherencias, de las divergencias de intereses, de los antagonismos. Por haber querido reapropiarse del cielo y hacer que los dioses volvieran a la tierra, los constructores son golpeados por una maldición divina que los empuja a dejar de entenderse, a destruirse individual y mutuamente. Poco después, el mismo dios, dirigiéndose a los hombres desde lo alto de la cruz donde ha colgado a su hijo, les prodirá el consejo de amarse los unos a los otros.

14. La Civilización se ha identificado con el reconocimiento de una relación mercantil universal y eterna. El pensamiento surgido de una organización superior, que habría recibido del cielo el mandato de trascender la práctica material de los hombres, niega la cualidad de seres humanos a quienes vivieron antes del surgimiento de la economía de intercambio.

La era llamada «paleolítica», con su nomadismo de recolección, caza y pesca, ha engendrado el monstruoso universo de las viejas mitologías donde la memoria de lo reprimido evoca, entre las ruinas de un Edén destruido por un Dios que allí no era reconocido, criaturas inquietantes y fascinantes, ángeles perversos, elfos, hadas, gnomos, gules, dragones.

Hasta los historiadores modernos abordan con condescendencia a quienes han vagabundado en la exuberancia de una naturaleza que no era necesario violar ni explotar. Lejos de buscar los rastros de una civilización específica en las culturas auriñaciense y magdalenense, lo más frecuente es que se empeñen en descubrir allí el incipiente esbozo de nuestra época. No se les ocurre conjeturar que la unidad donde se arraiga la diversidad de los elementos minerales, vegetales, animales y humanos puede haber correspondido a una evolución cuyo sentido difiere radicalmente de la orientación social impuesta desde el neolítico.

Algún día habrá que extraer de los frescos parietales y de los objetos —con la frecuencia de sus símbolos femeninos, la fusión de sus

principios masculino y femenino, la gracia de sus representaciones animales y humanas— el esbozo de un entorno favorable a la vida. Tal vez descubriremos ahí una sociedad que estuvo atenta a no negar su pertenencia a la naturaleza, una civilización que se encaminaba, a través de un modo de comprensión analógico, hacia una síntesis armoniosa del individuo y de su ambiente, hacia una ciencia viva que torna en favor de lo vivo aquello que las fuerzas naturales *ofrecen* ciegamente, sea dañino o beneficioso.

15. La explotación del hombre por el hombre y la explotación inhumana de la naturaleza son una única y misma práctica. El sistema mercantil trata a la naturaleza como una esclava, que puede ser manipulada y explotada, desde el momento en que reduce la riqueza del ser humano vivo a la pobreza del productor en el trabajo.

La amenaza universal que pesa hoy sobre el equilibrio ecológico se inscribe en la lógica de una economía fundada sobre la deshumanización: el mecanismo de la ganancia destruye las condiciones de supervivencia a medida que la vida se agota bajo la explotación creciente que la niega y la invierte en supervivencia. La mercancía es la polución que contiene todas las otras.

En el proceso donde la economía se impone como pensamiento superior al cuerpo social y al cuerpo individual, se afirma también la voluntad de domesticar la naturaleza humana, de transformar la energía en fuerza de trabajo intelectual y manual.

La prohibición que cae sobre el goce de la vida y sobre la vida vivida como puro goce solo permite aquellas satisfacciones que se reprimen y se desbordan. La voluptuosidad se enreda en gratificaciones ciegas: la violación, el libertinaje, la embriaguez, la glotonería, el arte de atormentarse y de atormentar a los demás. (Sin importar cuánta elegancia les atribuyan los hedonistas, los refinamientos del placer siempre tienen para ellos el regusto de la muerte).

Expulsada del cuerpo, la animalidad de los impulsos vuelve a entrar por la cabeza. La civilización mercantil no supera la bestialidad, la socializa; la regula y la urbaniza en la rivalidad de la competencia, la avidez de ganancias, la apropiación legal e ilegal, la ley del más fuerte... La animalidad más devastadora se ejerce en nombre del espíritu que la

niega. Puesta al servicio de las guerras de mercado y de las luchas sociales, exacerbada, bajo la apariencia de lo civilizado, la brutalidad inherente a las relaciones de negocios y a las rivalidades de poder.

Desde las conquistas de Sumeria hasta la época concentracionaria, la ferocidad del mundo animal parece bastante irrisoria en comparación con el puño de hierro del poder que se asoma bajo el guante de la solidaridad, de la justicia, de la igualdad y del amor.

16. Considerar a la naturaleza como una cosa en sí —ya sea la naturaleza en general o, en su particularidad, la naturaleza humana— es someterse a esa abstracción dominante, a esa intelectualidad que se nos ha impuesto bajo el efecto disociativo de la economía.

El ambiente humano y el ambiente natural no existen fuera de la relación que los establece en el seno de una misma evolución de la vida, con sus mutaciones progresivas, sus etapas regresivas, sus impases.⁹

Captada por la perspectiva mercantil, la naturaleza participa en un sistema de explotación que la considera como enemiga, la asocia a la categoría social más baja e inquietante: la masa trabajadora, cuya función consiste precisamente en abrirle las entrañas para extraer la roca, los minerales y las semillas. Así como esa muchedumbre ciega (que convierte a los amos en iluminados), la naturaleza tiene ataques de ira imprevisibles, sacudidas repentinas que amenazan el edificio de la civilización. Y, tan pronto se resiste a producir, se la juzga —al igual que a los trabajadores en revuelta— estúpida, despiadada, cruel.

Como lo implicaba la historia de la mercancía, la glorificación de la naturaleza desnaturalizada ha seguido de cerca la glorificación del hombre desnaturalizado en el proletariado. La celebración del cuerpo, reconocido como potencial mercado de placeres, y la primacía de una economía de bienestar han sustituido al espíritu avergonzado de su propia materialidad y a la economía celeste que, desde su superioridad ficticia, despreciaba a la economía terrestre de la cual surgió. Pero la separación es la misma. No habrá naturaleza liberada de la economía mientras la economía no haya sido expulsada de la vida humana.

⁹ Esto se aplica a la rama neandertal y a los productores de la era económica (desde el 8.000 a. C. hasta nuestros días), quienes se preparan para morir de hambre y aburrimiento frente al televisor, que los representa.

Sobre los dioses

17. Los dioses son la forma mítica de la economía de intercambio, la garantía abstracta y absoluta de una supervivencia a la cual la colectividad sacrifica la vida de los individuos que la componen.

Amos de las prohibiciones que el cielo impone a la tierra, al igual que la mente las impone al cuerpo, expresan soberanamente la dominación del valor de cambio sobre el valor de uso.

La sangre de la que han nacido es la sangre de un sacrificio real y simbólico. La víctima degollada, que paga el precio de la supervivencia concedida a todos, ilustra con una precisión extrema el sacrificio de la fuerza de vida a la fuerza de trabajo, con el que se paga el derecho a las ventajas mercantiles.

Los amos celestiales fueron moldeados en la mente de la clase dominante por un sacrificio similar. Dado que los dirigentes no son más que los productos del pensamiento separado —trabajadores intelectuales—, su poder es en sí una mutilación. Ejercer las funciones de pastor en una sociedad gregaria los fuerza a tener deberes para con la comunidad.

¿Pero qué son estos dioses supuestamente revestidos de omnipotencia y que se deben a los hombres como los amos a sus esclavos? ¿La totalidad de la vida ausente? Ni siquiera. Solo son la herida abierta de la separación, donde se precipitan todas las impotencias y todas las desesperanzas, que se denominan poder del fuerte y esperanza del débil. No son más que la proyección totalitaria de la economía de intercambio y de supervivencia; la ilusión engañosa de la vida.

18. Si los hombres mueren por la vida que ponen a disposición de los dioses, los dioses mueren, a su vez, por la economía de la cual emergen y que acaba por devorarlos.

A medida que el imperialismo económico penetra más profundo en el comportamiento de los seres humanos, revela su origen puramente terrestre. Dios se desvanece cuando el punto de fuga de la perspectiva, donde todo se ordena en un sentido lucrativo, se identifica con el punto de partida de la economía de intercambio. Marx, al descubrir las leyes de la economía social, y Freud, las de la economía libidinal, plantean

los hitos que marcan dos estados sucesivos del desarrollo mercantil. Con el capitalismo, la materialidad de la omnipresencia económica aflora a la conciencia.

El siglo XIX presenció el fin de la lucha milenaria donde se enfrentaban las dos cabezas de la hidra, la religión y el Estado. El poder temporal prevalece sobre el poder espiritual, la economía terrestre destruye la economía celeste, el contrato social seculariza el pacto divino, el espectáculo recupera los fragmentos desacralizados del mito y sus ideologías venden con descuento los valores espirituales abandonados por la liquidación de la empresa religiosa.

La mercancía retorna a la tierra, de donde nunca debería haber salido. Humanizada a través de la humanidad que le roba a sus esclavos, trabaja para rentabilizar, en una parcelación arrancada a Dios, la idea de un paraíso económico cuya publicidad ya no oculta la quiebra.

Pero, según la lógica del intercambio, ¿caso el infierno no es siempre el precio a pagar? Después del sacrificio de la vida en nombre de la supervivencia, el sacrificio de la supervivencia en beneficio de una economía reducida a la nada ofrece una versión muy cómica del Juicio final, que antaño inquietaba a los devotos.

Sobre la historia

19. Lo que se conoce como Historia no es más que la historia de la mercancía y de los hombres que la producen deshumanizándose. El triunfo de un humanismo exangüe demuestra, actualmente, que la expansión económica ha sido no una victoria del hombre, sino el golpe de arresto asestado a la expansión de la vida humana, a la cual ha sustituido de manera parasitaria.

Afirmar que el mundo evoluciona o que en realidad nada cambia es confundir dos movimientos opuestos: el devenir de la supervivencia y la irrupción de la vida. La primera es tributaria del proceso mercantil, la segunda no ha tenido su lugar en la historia; solo penetra a través de terremotos. El único cambio que puede afectarla proviene de la astenia creciente que amenaza con la punción acelerada del trabajo, la dialéctica de muerte donde el conjunto de las actividades humanas tiende a mecanizarse según los imperativos económicos.

Por lo demás, no es descabellado considerar que la irrupción de la vida en el goce amoroso, por más raro que sea, no difiere, actualmente, del placer que embarga a esos amantes que una escultura paleolítica del Museo Británico muestra copulando cara a cara.

La historia actúa como un catalizador entre la dialéctica de muerte, que coincide con la humanización mercantil, y la dialéctica de vida, siempre presente y jamás reconocida. Mientras más se afloja el control de la economía, más la vida se abre camino.

Las épocas de destrucción paroxística indican la irrupción de la voluntad de vivir y el grado de poder represivo que se moviliza para reprimirla. La vida refrenada aúlla a la muerte en el salvajismo de las guerras, el desencadenamiento de las revueltas, la barbarie de las opresiones, la crueldad de las costumbres cotidianas, la gran recurrencia de las epidemias (peste, tuberculosis, cáncer, sida y otras formas de suicidio).

Esas épocas se producen, la mayor parte de las veces, tras un periodo en el que la economía se entrega unas veces al ímpetu de una mutación exitosa, otras al desorden que anuncia el nacimiento de una forma nueva.

Y es como si la primavera floreciera repentinamente en una historia donde las estaciones no existen. El amor se convierte ahí en la preocupación más importante, la vulgaridad patriarcal es ridiculizada y la virilidad guerrera es devuelta a su dimensión insignificante. La risa suena fresca, el niño existe, la mujer aparece. La mujer cubierta con sus ropas de goce, majestuosa en su certeza de ser la criatura más inútil y más dañina para esta economía que los sacerdotes inventaron sacrificando el amor al poder.

Sobre los reyes y los sacerdotes

20. Al organizarse de acuerdo con una perspectiva mercantil, el universo ha sido percibido como una emanación de lo divino. Cuando la teología interpreta el supuesto discurso de los dioses, el significado concedido a sus inaudibles palabras corre el riesgo de obedecer, evidentemente, a los intereses de los sacerdotes, amos reales y sirvientes ficticios de la comunidad.

Atribuir los efectos terrenales a causas celestes procede de la inversión y la separación provocadas por el trabajo, que reprime el goce y establece una división en un principio intelectual y un principio manual. Al reino celeste pertenecen, entonces, la esencia de todas las cosas, la verdad eterna y la supervivencia póstuma, mientras que la tierra y quienes allí se arrastran solo conocen la mentira, la apariencia, lo efímero, los placeres furtivos a la sombra de la muerte. Y, a día de hoy, esta sigue siendo la mentalidad más extendida en la fauna ordinaria y extraordinaria del acuario social, por más liberada que se crea.

Solo existe una degradación: el paso a la economía, la vida precozmente marchitada en la empresa de supervivencia. El sacerdote ha interpretado esto como el castigo justo por un error. La humanidad debería su miserable suerte a la temeridad de haber ofendido a los dioses. En cuanto al poder temporal, cuyo pensamiento, más estrechamente ligado a la economía terrenal, desacraliza la teología y la convierte en filosofía, se contenta con sustituir la maldición divina por la ontológica: es inherente al Ser del hombre estar desposeído de la vida.

21. La historia, en tanto historia de la supervivencia, está completamente inscrita en la relación contradictoria que la funda: la inmutable estructura agraria y el dinamismo conquistador del comercio.

El Oriente permanecerá, en conjunto, congelado en el inmovilismo agrario. La irrigación que exige la política de rendimiento de las tierras da lugar a una burocracia desbordante cuya inercia paraliza muy rápidamente el posible desarrollo de la mercancía. En Occidente, en cambio, la estructura agraria primitiva tiene dificultades para resistir la conquista de los mercados, el imperialismo mercantil desarrollado primero por Grecia y luego por Roma.

Tras la caída del Imperio romano, la economía agraria vuelve a ser dominante, aunque se perpetúan las formas jurídicas, políticas y culturales engendradas por el mercantilismo grecorromano. Son ellas las que, al retomar su posición a partir del siglo XI, aportarán al desarrollo de las nuevas ciudades y a las incursiones comerciales de las Cruzadas la garantía pragmática de las libertades lucrativas, la racionalidad del libre cambio y el espíritu conquistador de la ganancia, abriéndole camino a la sociedad industrial donde el año 1789 marcará el fin no del modo de producción agrario, sino de su predominio.

22. El *mito* expresa el inmovilismo del modo de producción agrario; la *filosofía*, el movimiento del modo de producción artesanal.

Los sacerdotes son los guardianes del mito. En vano intentan convertir en sirvienta de la teología a esta filosofía que es hija insolente y razonadora de la práctica mercantil y de la realidad modelada por el reino del productor.

Mientras que los sacerdotes velan por el respeto de la ley del intercambio —fundamento de la civilización—, los reyes, en quienes recae el ministerio terrestre, preservan el precario equilibrio de los mercados por controlar y conquistar mediante una hábil disposición de la autoridad estatal.

En la unión y la oposición entre el poder temporal y el poder espiritual, en la alianza tormentosa del sable y el incensario, se revela la unidad conflictiva entre la economía terrestre y la economía celeste, tal y como la concretan los amos de la organización productiva y los amos de la administración espiritual, esas dos mitades del Ser supremo.

En tanto la agricultura frena el desarrollo de la mercancía, el mito permanece soberano y se impone por todas partes como modo dominante de comunicación y comprensión. Barnizó con su color de eternidad hasta las fuerzas progresivas, que lo niegan, hasta las virtudes prometeicas de justicia e igualdad, que acabarán por romperlo y fragmentarlo.

23. Desde el momento en que el abstracto patrón moneda permitía unir objetos de distinta especie bajo un mismo precio, ¿cómo los primeros propietarios, los primeros organizadores del trabajo, iban a desdeñar la oportunidad y el privilegio de establecerse como amos del intercambio? Al encerrar la práctica fundamental de la economía en el relicario sagrado de la trascendencia, depositaban en las manos de los dioses, fuera del alcance de una efímera existencia terrestre, la Medida universal de los seres y las cosas. ¿Qué ambicionaban estos servidores de élite de un espíritu que se propulsaba así más allá de la comprensión humana, estos carroñeros titulados de inanidad sonora: sumo sacerdote, faraón, Dios vivo, Rey Sol, Santo Padre del pueblo y de los desgraciados? Hacerse pagar aquí abajo al precio de la eternidad.

Al principio, los sacerdotes de lo inmutable poseen un saber cuya paternidad atribuyen a los dioses. No es que hayan inventando alguna técnica de pulido, de maceración, de siembra, de tejido, de fabricación de armas y herramientas, sino que, al reinar sobre la relación entre los hombres y las cosas que producen, se apropian del conocimiento en virtud de su estatus de hombre-moneda, el cual les permite recaudar impuestos en la frontera entre los dioses y la sociedad.

Así como su misión es inmovilizar en el mito las turbulencias del expansionismo mercantil, del mismo modo su ciencia apunta no tanto al progreso técnico, donde su desaparición está inscrita más o menos a largo plazo, como al fortalecimiento de su poder y de su carácter sagrado.

¿Elaboran, a través de la distribución de los megalitos, un calendario de trabajos agrícolas o un reloj astronómico? Para ellos, ante todo, se trata de una forma de arrogarse, a la sombra de las estelas erigidas a los progenitores celestes, una apariencia de autoridad divina, que pagarán a los dioses con la sangre de una víctima, elegida a su vez por la colectividad campesina para pagar el precio de una buena cosecha.

Un ritual de sacrificio marca cada fase del trabajo estacional, un sello sangriento señala la sucesión del tiempo, que gira en un eterno reinicio alrededor del altar o el templo, cada progreso en la supervivencia se compra a la casta sacerdotal con una mayor obediencia y con la carne viva que la comunidad extrae de sí misma.

Resulta bastante afortunado que la ciencia arrancada a los sacerdotes haya aniquilado los efectos de la barbarie religiosa. Con la salvedad de que actualmente es científico sostener que todo progreso tiene sus reverses, que el aburrimiento es el precio del bienestar, que la instalación nuclear bien vale un cáncer y que un buen salario compensa una vida perdida.

Sobre el lenguaje

24. ¿Cuál es la forma que adopta el espíritu de la economía? ¿Acaso no es, en su acepción más amplia, la del lenguaje, es decir, el conjunto de signos que se *intercambian* entre los miembros de una comunidad social regida según un mismo principio?

El lenguaje de los amos contiene el lenguaje de su negación; el lenguaje dominante implica también su uso contestatario, incluso subversivo. Uno y otro, en tanto que expresión de un pensamiento separado, pertenecen al mismo devenir. Al igual que un poder antiguo se extingue para engendrar otro nuevo, una sociedad muta y un modo de producción reemplaza a otro, así también el lenguaje, en la profusión de sus variaciones, obedece a esa constante del imperio económico de que todo cambio, por muy radical que parezca, es de hecho solo un intercambio.¹⁰

El trabajo, la apropiación, la ganancia, el intercambio y la abstracción monetaria, que mide todo, han organizado la diversidad del universo según los puntos de fuga de una perspectiva mercantil; y la mente, desprendida de la práctica y de lo concreto, se ha elevado por encima del cuerpo y de la tierra, tal y como lo presenta la fábula del Génesis en la mitología judeocristiana.

Y el lenguaje también se eleva por encima de las personas; las vincula conforme a una red abstracta, conforme a la trama donde se teje el mito. Transmutado así en lenguaje de los dioses, tan puro que resulta impronunciable e inaudible, no le queda más que rebajarse para hacerse escuchar por las criaturas humanas, que tienen un poco de dificultad para oír.

En primer lugar, entrega a la especie sacerdotal sus símbolos a descifrar, sus misterios encriptados, sus encantamientos que a veces funcionan, al punto de que la histeria de posesión reunifica el cuerpo del mago en un desahogo de energía. Luego, pierde su inspiración sagrada para expresar el pensamiento de los amos, de los trabajadores intelectuales, que administran, gobiernan, ordenan. Finalmente, en una última degradación, se vuelve la expresión del cuerpo en el trabajo, adopta las artimañas del esclavo, corta en el sentido práctico del artesano, calcula con el maquinador, refunfuña en la represión y vocifera en el momento de los desahogos. Desde luego, es a partir de aquí, donde no puede caer más bajo, donde comienza el lenguaje.

Mientras perdure el poder del mito, el lenguaje teológico, el lenguaje religioso, intentará imponer su ley, gobernar el sentido de los signos y las palabras.

¹⁰ Por eso no existe un lenguaje radical, sino solo, a lo sumo, un lenguaje que, subrayando con la mayor precisión posible su línea de separación con la vida, deja que esta lo borre imponiéndose en todas partes.

La advertencia de los sacerdotes resuena en la leyenda de la torre de Babel. La historia muestra a cuánta incoherencia se expone la lengua del poder temporal —la comunicación profana del amo y del esclavo— tan pronto como amenaza, desde esa materialidad donde reina, la lengua universal de los dioses, el mensaje de la economía celeste, de la que la economía terrestre debe permanecer como la emanación burda y servil.

25. Lo sagrado, que la función sacerdotal excreta como su propia razón de ser, confiere a las palabras del lenguaje dominante la fuerza y el valor de un acto. El juramento, la palabra dada, el voto, la promesa, el formalismo jurídico obedecen a un ritual que les ofrece la mano de la equidad divina para su eficacia, es decir, les asegura la garantía de pago. La forma prevalece sobre el contenido, al igual que el valor mercantil de un ser y de una cosa prevalece sobre su valor de uso y su calidad.

Sobre las palabras dotadas así de una garantía divina, los sacerdotes reinan como jueces y sabios. Mientras los reyes intentaban desentrañar la complejidad de los negocios terrenales, los sacerdotes (que combinan, a veces, las funciones de sacerdote y rey) codificaban la jurisdicción bajo el sello del reino celeste.

Para ellos, lo que se proclama tiene más peso que lo que se hace, una afirmación de Galeno y la astronomía bíblica son más verdaderas que una observación anatómica y los experimentos de Galileo. Poco importa que un cura folle descaradamente con sus parroquianas si proclama su obediencia a la Iglesia y a los dogmas. ¡Pero ay del más devoto de los cristianos si osa desviarse en materia de enseñanza sagrada!

Los que murieron por cambiar una coma de los textos sagrados no murieron como resultado de una absurda maquinación. Su lamentable fin servía para la más grande gloria no de un Dios antropófago, sino de un sistema al que, incluso hoy, los esclavos del trabajo sacrifican dócilmente su vida. Siempre morimos por la economía y por economía.

Las justas teológicas, más allá de las razones políticas y sociales que transmiten, son el combate de lo sagrado contra la desacralización, pero se trata de un combate donde el vencido debe sobrevivir en el vencedor, donde el punto de encuentro es, a fin de cuentas, más importante que la confrontación. Al igual que una guerra despiadada entre dos países

capitalistas no pretende llevar el exterminio hasta la aniquilación del capitalismo, así también los sacerdotes encargados de una misión imposible —impedir que la pureza de la economía celeste se degrade en la materialidad de la economía terrestre— saben que la sombra de los dioses se perpetuará en la sombra del hombre que los revoque mientras el trabajo sea visto como una fuente de luz.

¡Eso prueba hasta qué punto burlarse de las argucias escolásticas sin incluir en el mismo ridículo el discurso del siglo XX es evidencia de una notable lucidez!

26. Mientras el modo de producción agrario contiene el desarrollo de la mercancía, el pensamiento mítico domina el pensamiento desacralizante, la religión trata a la filosofía como su sirvienta, la furia de los dioses somete a las ideologías y el tiempo cíclico prevalece sobre el tiempo lineal arrastrando en su torbellino las palabras claves del lenguaje religioso, palabras que regresan sin cesar y colman con su eco la totalidad de los modos de expresión. Por querer significar todo, terminan significando cualquier cosa. En la mitología dominante de la Edad Media, lo que amenaza más radicalmente a la religión suele provenir del sentido repentino que se le otorga a términos como *Dios, salvación, santo, amor divino, paraíso, infierno, pecado, perfección, apostolado, caridad*. Se trata de una evidencia tan escandalosa que la Iglesia hace todo para ignorarla: redistribuye, en esos léxicos perpetuos que son los decretos pontificios y los catálogos de herejías, los significados correctos y la diversidad de «perversiones diabólicas» —es decir, competitivas— de las definiciones eclesiásticas.

La Iglesia escoge a sus enemigos, porque sus enemigos son parte de ella misma. Las herejías son religiones que no han tenido éxito, o no todavía. La filosofía rompe la teología, pero la perpetúa bajo otra forma. Sin embargo, cuando Roma no logra sofocar en el silencio la libertad de naturaleza y la vida que se abre ahí un camino, ¡con cuánto incómodo afán se apresura a bautizarlas como «libre espíritu» y a colgarles el sambenito de los heresiarcas! La maniobra fue bastante exitosa, pues, aún hoy, el mismo silencio y la misma recuperación¹¹ reinan en medio de la ignorancia erudita.

¹¹ En el original, *récupération*. El término fue usado entre los situacionistas para describir la táctica mediante la cual elementos subversivos de cualquier índole son distorsionados y asimilados dentro de las lógicas dominantes y de este modo neutralizados. [N. de T.]

27. El mito llega a su fin junto con el predominio agrario. Explota en un espectáculo variopinto de ideologías. El progreso industrial transforma el reino de la trascendencia divina en república ciudadana. Desata el ovillo del tiempo cíclico y lo rentabiliza como tiempo lineal. Equipara la libertad de los hombres con la libertad de los intercambios y, tras arrancar las palabras del calabozo de los dogmas, las aprisiona en el diccionario de gorra roja.

Teología o lenguaje de los dioses, filosofía o lenguaje de los hombres, esos dos momentos de un mismo devenir solo han sido una única forma de abstraerse de la vida; así rivalizan el poder espiritual y el poder temporal en la voluntad idéntica de perpetuar la esclavitud.

El espectáculo ideológico intenta vanamente resucitar la unidad perdida, la unidad de la forma religiosa y del mito abolido. Pero ¿qué podría decir esta filosofía finalmente libre que la práctica económica, también liberada de la ganga feudal, no exprese más claramente? Todas las ideologías que pretendían ser universales —nacionalismo, socialismo, nacionalsocialismo, comunismo— se envolvieron en la piel marchita de las religiones antes de marchitarse a su vez, de cancerizarse al ritmo que se cancera el capital atrapado en el movimiento acelerado de su reproducción.

Las palabras no han dejado de ser humilladas al perder el poder. Aunque el discurso todavía ocupe abusivamente el lugar de lo vivido, ¿quién aceptará a estas alturas ir a morir por la patria, la revolución, el honor, la familia, la salvación común y la economía en peligro?

28. Tanto va el lenguaje a la burla que al final se ahoga ahí. Hemos aprendido a desconfiar de las palabras no porque engañen fácilmente, sino en razón del mundo al que pertenecen y que no nos concierne en absoluto.

Bajo el tono patético de los discursos que perturbaron la existencia de millones de personas, hemos terminado por reconocer la mueca de la vida reprimida. El hombre de poder, el angustiado por el prestigio, el proveedor de consejos y de autoridad, está tan aprisionado por su coraza que sus invocaciones a la felicidad y a la emancipación se deforman rechinando contra las rigideces de su cuerpo y de su comportamiento. Lo que sea que intente proclamar, todo adquiere color de mercancía, a la par de lo que él es.

La malversación del lenguaje que ronda nuestra vida nos ha vuelto más sensibles. Atentos a la marea de los placeres y los displaceres, percibimos el inoportuno zumbido del pensamiento separado como una molestia inútil a descartar.

Las palabras solo tienen importancia en la vida donde son olvidadas. No tienen otro encanto más que cuando ceden ante el elocuente silencio de los gestos amorosos.

Sobre el sincretismo cristiano

29. El efecto de coagulación que se produjo en el desgarramiento del Imperio romano ha tomado el nombre de cristianismo. Como en homenaje a su inventor, hombre bastante hábil en el arte de cicatrizar heridas, la genialidad del cristianismo —y su única genialidad— consiste en adaptarse a los mecanismos homeostáticos de la economía. Supo someter a una síntesis racional los dos principios contradictorios que fundan la economía hasta el final del siglo XVIII. La Iglesia fue el puente —flexible y rígido a la vez— que se estableció, al precio de una lucha incesante, entre la austeridad de la economía celeste y las facilidades mercantiles de la economía terrestre.

A falta de no haber cedido ante las exigencias de la modernidad mercantil, Roma sucumbe bajo el peso de las invasiones bárbaras. La burocracia, secretada por el modo de producción agrario y el arcaísmo de su sociedad esclavista, se desmorona y paraliza en su ascenso a ese imperialismo económico que ha civilizado una gran parte de Europa y del norte de África a punta de espada.

El cristianismo triunfa sobre los restos del primer imperio mercantil con pretensiones internacionales. Su herencia es considerable y heterogénea: un mito devaluado, una sociedad en mutación donde el esclavo tiene ambiciones de proletario, un sistema de intercambios forjado en la racionalidad por la filosofía griega, y aquello que sintetiza la cultura latina: el pragmatismo mercantil y el culto a la eficiencia.

Hace mucho tiempo que la religión causa, pues, menos fervor que divertido escepticismo. El politeísmo del Estado romano recupera hábilmente para su panteón a los dioses de los pueblos conquistados y

colonizados. El ecumenismo corresponde, allí, a un realismo comercial según el cual todas las religiones son buenas desde el momento en que incitan la venta.¹² El mito, o forma religiosa, solo tiene para sostenerse una multitud de divinidades sin alma, estatuillas prematuramente reunidas en un museo etnológico adelantado a su tiempo.

Originaria de esas tierras de Jericó donde nació la economía, la religión hebraica ha templado en el fuego de las revueltas milenaristas esa doctrina atribuida a un agitador esenio y que luego va a recuperar, en el momento oportuno y con conocimiento de causa, el movimiento de emancipación de los esclavos, que comenzó Espartaco con el consentimiento implícito de una modernidad económica en gestación.

Por supuesto, es preciso contar con la crítica de lo sagrado emprendida alegremente por la filosofía griega, con el Logos donde la universalidad racional de los intercambios se ofrece a la conciencia de cada cual como un arma para desmembrar a los dioses. El cristianismo engullirá el pensamiento griego, pero sin ser capaz de digerirlo, y la Iglesia tendrá cólicos hasta su fin.

Finalmente, la Roma cristianizada se apodera del aparato burocrático que hacía y deshacía emperadores. Su fuerza de inercia, su eficacia policial tanto como su espíritu de conquista, van a erigir, anclándolo en los cuatro rincones del mundo y durante más de un milenio, el faro del oscurantismo soberano, el fanal universal de la vida extinguida, la oriflama de la muerte voluntaria.

30. Es del Devenir que desequilibra a los dioses, del pensamiento griego, de donde el cristianismo toma prestadas piezas de recambio para recomendar el mito, para resacralizar la economía. En las manos de la Iglesia burocrática, apostólica y romana, el monoteísmo hebraico engendra un Dios-Logos en el que se expresa la unicidad del valor mercantil y los tres poderes que aseguran su inmanencia: el Padre, o poder espiritual; el Hijo, o poder temporal; y el Espíritu Santo, o dicho de otro modo, la Iglesia, que rige las relaciones entre Dios y los hombres.

¹² Si el cristianismo jamás ha practicado la virtud de la tolerancia (salvo, hoy, en su debacle) es porque, a diferencia de la Roma Antigua, siempre ha identificado sus productos espirituales con el valor mercantil. El misionero se agarra a las faldas del colonizador para fijar por todas partes la etiqueta mortífera de Cristo como marca absoluta del precio impuesto.

Equipos de hombres afanosos, para quienes toda forma de vida resulta odiosa, se dedican a manipular relatos legendarios, tradición oral, fragmentos de Aristóteles, de Platón, de Plotino. Cualquier material les sirve para esculpir la piedra dogmática sobre la cual se edificará una institución que busca ser a la vez fijeza y devenir, estabilidad y cambio, tiempo lineal y tiempo cíclico.

¿A qué deben su santificación estos compiladores y rumiadores de conceptos que la Iglesia honra bajo el título de Padres fundadores? A un olfato particular, que los hace voltearse hacia donde sopla el viento de la rentabilidad. Orígenes y Pelagio tienen tanto talento como Mateo, Agustín, Jerónimo y todos los demás, pero ¿qué hacer con un consejero de administración que insta a su empresa a condenar su principal fuente de ganancias? La Iglesia bien puede vituperar el pecado y las tentaciones carnales, pero ¿cómo iba a admitir que Orígenes, al garantizar la castidad mediante su castración, y Pelagio, al negar el pecado original, corten, por así decir, las correas de la cartera hacia donde afluyen el dinero de la penitencia y la moneda de la redención?

Cuando la decadencia romana se expresa mediante la recesión y el retorno al predominio agrario, la teocracia cristiana prolifera en la encrucijada del repliegue y el impulso, de la regresión y la nostalgia de conquista, del inmovilismo y el progreso. Mientras el mito del Padre productor restablece la magnificencia de la economía celeste y gobierna la economía terrestre según el modelo del Hijo sacrificado, un racionalismo humanista ofrece a la Iglesia del primer milenio una forma de filosofía de la Ilustración¹³ y una política progresista ejemplar, donde amos y esclavos acceden igualmente, en el más allá, a la democracia de la salvación.

A través del cristianismo, el imperialismo de la mercancía sobrevive en la herencia espiritual del mito. El mundo romanizado, que equipara civilización e implantación comercial, ve establecerse en la zona ocupada por los emporios de Roma el símbolo cruciforme de la economía eternamente fijada y siempre resucitada en sus mutaciones terrestres. Y corresponde precisamente a la lógica de la inversión que la ideología del

¹³ El único pensamiento de gran envergadura nacido del cristianismo es aquel que se extrae con las armas de la dialéctica griega: Juan Escoto Erígena, Eckhart, Nicolás de Cusa, Jakob Böhme.

amor, de la paz, de la serenidad, de la vida idílica, florezca alrededor de las iglesias, de las abadías, de los monasterios, úlceras de la vida muerta que corroen el vientre de la tierra y de los vivos.

La piedra sobre la que se edifica la Iglesia es la permanencia del derecho romano, la elección del latín como lengua electiva de lo sagrado, la cruz que disfraza de lugares santos los hábitats de pequeños dioses rurales —fuentes, lagunas, bosques, cerros, dólmenes y menhires— y, sobre todo, Roma que teje desde su centro arácnido la red con la que la burocracia celeste aspira a apoderarse de todo lo que se mueve.

En el corazón de esta civilización sin corazón, convertida en el apanaje de la cristiandad, se encuentra Roma, desde donde se expanden los viajeros de comercio del angelismo; Roma, donde el papa encarna a Dios con ropas de saltimbanqui y de banquero, tiene el rostro bifronte de la Jerusalén mítica y la prostituta de Babilonia. Incluso en nuestros días, donde Roma no es más que una caricatura de sí misma, donde las exhibiciones del payaso polaco y el escándalo ambrosiano solo impresionan por el ridículo, Roma ha mantenido, bajo el manto de la pureza de los intercambios —sacrificio, don de sí, perdón de las ofensas, libre albedrío, justicia, amor altruista, caridad—, las costumbres habituales de la práctica económica: voluntad de poder, envidia, avaricia, represión, violencia, odio y desprecio.

31. Al cubrir el imperialismo mercantil de la Antigua Roma con su teocracia, la Iglesia también absorbe el veneno de su ruina. Se preña de lo que la destruirá y se condena, tal como Herodes, a matar en la infancia al salvador rival que bautiza con el nombre de Anticristo.

Durante el transcurso del primer milenio —pues el cristianismo, en calidad de servidor absoluto de la omnipresencia económica, se apodera tanto del tiempo como del espacio y contabiliza los años en base al cero crístico—, la Iglesia se vale tanto mejor de la carta del progreso por cuanto la regresión agraria asegura la estabilidad. Al estancamiento en el que se perpetúan las creencias campesinas arcaicas (que denomina como «paganismo» dejando entrever ese desprecio del ciudadano por el campesino), la Iglesia opone una fe impregnada de ideas progresistas y sustituye la crueldad de los ritos de fecundidad con una noción más humana del sacrificio, donde la sangre solo se derrama a través de la mediación simbólica de Cristo.

El equilibrio se rompe tan pronto como el predominio de la sociedad agraria se ve amenazado por el auge de las ciudades, el desarrollo del comercio, la reactivación de la expansión mercantil, la aparición de una burguesía que experimenta su derecho a la libertad en la libertad del intercambio. Apenas el cristianismo triunfa sobre el paganismo, debe enfrentar al propio espíritu de la modernidad económica, del cual se ha convertido en portavoz en el seno del inmovilismo agrario.

Las insurrecciones comunales del siglo XI reaniman la ideología progresista, la Iglesia tiene las entrañas roídas por la materialidad que la penetra, la razón de lo concreto se burla del racionalismo abstruso de un dogma expuesto por comentaristas de vida tan distendida como para preparar una salsa con ingredientes tan descabellados como una virgen embarazada por un espíritu; un Dios trinitario, a tres patas por así decir, que se traga en un pedazo de pan; un cadáver que sale de la tumba y juega a los astronautas; un Ser de amor que alienta las peores atrocidades en su nombre...

El fin del cristianismo tendrá lugar cuando la industrialización haya terminado de establecer en la tierra la universalidad mercantil que basta para su práctica. La Iglesia, donde se guardaba la memoria de la eternidad de los intercambios, se disuelve en la realidad inmediata de la economía. La modernidad capitalista lanza al pasado, como un trapo viejo, la trascendencia divina que ha destrozado en una última mutación.

32. Jesucristo le gana por un pelo a Mitra y Manes porque expresa mejor el futuro de la economía. Hace del hombre la más bella conquista de la mercancía, pues tan cierto es que mientras más el trabajador se apropia de ella, más se desposee de la verdadera vida.

Al igual que Dios se encarna en Jesucristo, la mercancía adquiere forma humana. Se humaniza en virtud de un sacrificio donde el productor renuncia a vivir y gana así el amor del Padre productor de la humanidad (que la mitología cristiana denomina abusivamente como Creador).

El cristianismo ratifica el fin de la esclavitud haciéndola voluntaria. Mientras que el mitraísmo y el maniqueísmo apuestan por un retorno al modo de producción agrario, el imperialismo espiritual y temporal

cristiano esboza la futura preponderancia del Estado moderno, y se mantendrá durante el tiempo que le lleve al Estado moderno imponerse como instancia única y suprema de la relación mercantil.

A diferencia del dualismo maniqueísta y su renacimiento cátaró — que consideran irreconciliables la pureza de la economía celeste y la materialidad sórdida de la economía terrestre—, la Iglesia católica casa el cielo y el infierno en el altar del equilibrio y la equidad eliminando los extremos, ángel y demonio, y conservando suficiente carne y espíritu para llevar a cabo eficazmente sus negocios en ambas regiones.

Ella es la tercera vía y, tal como más tarde el Estado pretenderá estar por encima de los antagonismos de clases, busca trascender los intereses particulares y contradictorios. (De ahí la masacre de los antitrinitarios y el combate por la arcaica magia del Tres, cifra de la superación de los opuestos).

33. Dondequiera que se imponga la mercancía, el cristianismo se implanta renovando y fijando el lenguaje teológico. Así como el latín, que sirve de vehículo para las transacciones comerciales, la administración y el ejército, terminó sustituyendo los particularismos lingüísticos de los países conquistados con su monopolio de la comunicación universal, así también la mitología cristiana coloniza las mentalidades, recupera los antiguos símbolos religiosos, delimita los caminos intelectuales y machaca la memoria mediante la repetición de signos que controlan el espacio y el tiempo, condicionan la palabra escrita y rigen los comportamientos.

En Roma, la centralización de un lenguaje unificado por la labor de los teólogos, sobre la base del modelo del valor de cambio universal, reproduce y prolonga la conquista de la Antigua Roma espiritualizándola y fundando así una vasta red de significados en torno a un núcleo de textos supuestamente revelados y que son interpretados por la pitonisa pontifical. Pero, en un mundo al revés, donde los seres y las cosas pertenecen no a su propia naturaleza, sino a un conjunto de categorías producidas por el sistema económico-social, dar un nombre a lo que es o no es implica hacerlo existir y ejercer sobre él un poder casi absoluto. De este modo, lo que no se nombra carece de existencia oficial y lo que se nombra está sujeto a las leyes del lenguaje, que distingue, nombra, clasifica y jerarquiza.

En el imperio del pensamiento separado, quien domina la mente domina la tierra y el cuerpo. La lucha de la Iglesia por el control del mercado espiritual es una lucha implacable en y contra un devenir que la condena a desaparecer y a volverse otra. Es la lucha de un sistema de muerte que no quiere morir, excepto arrastrando a toda la humanidad y lo más tarde posible. El que la fórmula «fuera de la Iglesia no hay salvación» haya sido tan desacreditada por los mismos que la renovaron en nombre de una nación, de una comunidad, de un partido, de un grupo demuestra hasta la saciedad que su único significado siempre ha sido «fuera de la economía no hay supervivencia».

Sin embargo, bajo el combate irrisorio de la religión dominante contra sus proliferaciones rivales —las herejías— y contra la práctica mercantil —que irónicamente le refleja la imagen de su materialidad—, existe una confrontación más secreta, donde el enemigo nunca se calma, golpea y se escabulle, inasible. Es la guerra que los dioses y sus esclavos libran contra los derechos naturales de la vida, contra el goce que rompe a cada instante el yugo económico que intenta someterlo.

34. Hizo falta una conciencia tan miserable como la miseria que la engendraba para que naciera, en el siglo XIX, la leyenda sansulpiciano de una Edad Media sumergida en la fe cristiana como la sardina en el aceite.

La unidad del mito estalla en ideologías, el individualismo privatiza la enajenación colectiva, Dios, que había sido revocado del universo, es convocado nuevamente por decreto imperial, los humos industriales ennegrecen el idílico cuadro de los derechos humanos, la felicidad pierde la mentira del más allá sin poner su verdad en el presente; he aquí suficientes ruinas para levantar un monumento de nostalgia al pasado.

Por lo demás, ¿cómo la inversión del *ser* en *tener* podría no haber portado la huella pegajosa de lo divino? ¿Acaso la forma religiosa no es la mentira que *religa* artificialmente la humanidad arrancada de sí misma y enajenada por la economía?

La forma ha cambiado: el mito se ha desacralizado, ha devenido espectáculo; el cristianismo, relegado en el pastillero de las ideologías, sucumbe al descrédito común que hoy condena la medicina como un mal peor que la enfermedad. Y, sin embargo, una especie de infamia

inexpiable se transmite desde las muchedumbres fascinadas por un *te-deum* y un auto de fe a las muchedumbres ciudadanas que aplauden a tal o cual vedete de la farsa política; desde el devoto arrepentido a cualquiera que hoy se considere tan inepto como para encomendarse a otros.

La religiosidad es el sudario con el que se envuelve la supervivencia, la muerte que lleva en sí todo aquello de lo que se apodera la economía. Pero, ciertamente, no enreda con facilidad y sencillez las existencias en ese tapiz de las Parcas que es desgarrado cada día por la inocencia y la gratuidad de los goces. El arsenal de prohibiciones y terrores que las religiones, sin ninguna excepción, implantan en los territorios conquistados basta para demostrar que su conquista es ilusoria, que solo han conquistado el poder de la ilusión, como mucho.

Me asombra que aquellos que hablan de religión natural, de fe espontánea tengan tanta prisa por apoderarse del niño, por marcarlo con el bautismo, por catequizarlo y someterlo a sus rituales imbéciles. Es un hecho que la violación a través de la supuesta moral «laica» forma parte de la misma empresa.

Suponer que los seres humanos tienen una propensión natural al sentimiento religioso es equiparar la religiosidad con la vida y la vida con la supervivencia. Tal identificación procede del dominio económico sobre el ser humano, se funda en la inversión de la vida en supervivencia.

No solamente la parte de vida que en el momento del goce conserva sus derechos en el propio seno de la supervivencia es irreconciliable con la economía y la religiosidad de su forma, sino que la propia supervivencia se rebela al control de las religiones.

La impotencia absoluta de las religiones para reducir económicamente la vida —para acabar con aquel goce experimentado en la infancia al punto de iluminar la búsqueda incansable del amor— se transmite como impotencia para gobernar la supervivencia, para extraer de los placeres invertidos una victoria distinta de la muerte, que los guía y los degrada.

El cristianismo levanta el vuelo sobre las alas de la muerte esparcida por doquier, pero reprueba toda salida precipitada al más allá. Hace falta que, desde el horror de la vida hasta el horror de su fin, la

supervivencia extienda su duración. Bajo la férula de la Iglesia, el hombre cristianizado aprende a atravesar el «valle de lágrimas»; a amar su sufrimiento tal como se odia a sí mismo; a buscar la prueba de la mortificación para merecer, a través de una muerte finalmente definitiva, ¿qué? ¡Una supervivencia eterna!

Para controlar la actitud licenciosa que tiene lugar en tabernas, calles, burdeles, saunas, vigilias, fiestas y noches donde la naturaleza oprimida se desborda, al cristianismo no le basta con sus esbirros nombrados por la Inquisición, con sus policías clericales que controlan las parroquias, con sus delatores agazapados en los confesionarios, con el sello de la cruz, con los sermones, sacerdotes y anatemas. Sus agentes recaudadores del vicio lucrativo y de la purificación rentable no logran canalizar de acuerdo con la fe los desbordes del epicureísmo, que tira la supervivencia por la ventana,¹⁴ y el ascetismo, que empuja la expiación del pecado hasta el punto de aniquilar un mundo malo.

El arma más eficaz de la que dispone el cristianismo para ocupar el espacio y el tiempo es la glaciación del lenguaje teológico. La comunicación pública se fija ahí al precio de un esfuerzo incesante de la Iglesia para renovar los símbolos, reajustar los significados, rectificar el sentido, prohibir la libre interpretación.

La Edad Media fue tan cristiana como los países del este son comunistas.

¹⁴ En el original, *brûlant la survie par les deux bouts*. La frase remite a la expresión *brûler le chandelle par les deux bouts* que significa derrochar de todas las formas posibles, vivir de manera intensa, etc. [N. de T.]

La iglesia en conflicto con su devenir

Sobre la filosofía

35. En la dialéctica de la historia mercantil —que es la historia de la vida economizada—, cada instante lleva consigo su momento de decadencia y de renacimiento en una muerte creciente. En este sentido, la Iglesia no tiene mejor enemigo que ella misma: se perpetúa en lo que la destruye destruyéndose. Su peor enemigo proviene del exterior, de una dialéctica de vida donde todo se transforma por el acrecentamiento de lo vivo.

Ciudadela de la economía celeste, la Iglesia es constantemente traicionada por su propia materialidad, porque la pureza de los intercambios y la práctica mercantil son, en ella, un único y mismo poder. Por más aureolado que esté con una impalpable luminosidad de oro, su Dios es capaz de palpar el oro, menos volátil, de la ganancia, y el ojo que reina en los cielos sabe dar una mirada furtiva a las negociaciones del clero.

Ovejas y lobos están tan mezclados que jugar al pastor no está exento de dificultades. El papa posee la autoridad, pero el poder temporal sostiene el cayado. La Iglesia esgrime el cuerno de lo sagrado, pero la filosofía devuelve el eco burlón de las monedas. Y, cuando su monopolio espiritual y material se arroga la garantía de un monoteísmo exclusivo, debe combatir a la competencia en el mercado de la pobreza, en el mercado de la penitencia, en el mercado del miedo, de la muerte y de la vida renegada.

Roma es el sismógrafo enloquecido que registra tanto el deslizamiento progresivo de la economía agraria hacia la inestabilidad como la trepidación acelerada de una modernidad mercantil de la que se encontrará excluida.

36. La filosofía es el mal necesario de la teología; es la larga y penosa digestión tras la cual la economía terrestre absorbe a la economía celeste y expulsa lo sagrado como excremento.

Espíritu del poder temporal, espíritu profano, mal espíritu, la filosofía engendra la crítica, lo negativo, la insolencia, la revuelta, el desprecio de las cosas santas, la igualdad y la libertad según la ley de los intercambios.

En su diversidad se entremezclan los intereses antagonistas del amo y del esclavo; el uno y el otro, empero, tributarios de una función común: la producción mercantil. Es aquí donde el pájaro de Minerva, en los albores de la Ilustración, devora a la rata teológica.

Sin embargo, lo que incita a la filosofía a romper el yugo eclesiástico, a desmembrar la mentira del mito, a burlarse de los dioses no es la *joie de vivre*. Es el malestar del pensamiento separado, la desgracia de la supervivencia puesta al desnudo. Al devolver al hombre abstracto ese Dios que encarna la absoluta abstracción y la absoluta castración de la vida, la filosofía se limita a humanizar la inversión de la naturaleza, el exilio de uno mismo a causa de la necesidad económica. En el reconocimiento de su impotencia para mejorar realmente la suerte de los individuos, inventa el sufrimiento ontológico, un sufrimiento inherente al Ser humano. ¿Cómo podría hacer otra cosa, visto que participa en el funcionamiento de la mercancía separando el cuerpo individual y el cuerpo social, excluyendo del goce y condenando al infierno climatizado de la supervivencia?

Ahí donde la filosofía fracasa —en el desgarramiento existencial—, la religión está al acecho para exhibir sus productos de consuelo. Si el sufrimiento es eterno, más vale encomendarse a la magnífica absurdidad de un Dios antes que a la mezquina desesperanza de un universo no menos absurdo. Pretender que tal idea solo emana, actualmente, como una anacrónica flatulencia, de la momia conservada en el Vaticano es un error que puede rectificarse fácilmente tan pronto como se reemplaza la palabra Dios por Causa, Revolución, Necesidad, Economía.

37. La histórica carrera de obstáculos en la que Jesucristo cabalgó a Prometeo ha terminado con la victoria del caballo y el jinete en la línea de meta del socialismo.

Al comienzo, sin embargo, una viva animosidad opone a los dos héroes mitológicos. Prometeo, el campeón de la filosofía griega, en nombre del hombre productor, reivindica el derecho de la humanidad a la autodeterminación mediante la abolición de la tiranía divina. Contra el oscurantismo del modo de producción agrario, desata las ideologías iluminadas del librecambio: igualdad, justicia, libertad, fraternidad.

Al ganar la primera ronda, Cristo expresa la regresión de la mercancía y la racionalidad griega hacia la estructura arcaica de la feudalidad. La salvación de la humanidad, reenviada al más allá, se paga con la sumisión a Dios y con esa renuncia voluntaria a uno mismo cuyo modelo y culminación es la muerte. El productor deja de reivindicar la propiedad de su producto; aprende a amar y a producir aquello que lo desposee. Una supervivencia eterna hace las veces de salario.

Más tarde, cuando Prometeo, beneficiándose del desarrollo económico, retoma la iniciativa, asume su triunfo con la palma del martirio. ¿Acaso no fue su rebelión contra los dioses la que lo encadenó al tormento eterno? La insurrección prometeica se sabe condenada de antemano. Extrae una grandeza patética de su reanudación perpetua y su fracaso programado, y se aureola con una santidad a la que las revoluciones sociales se han sacrificado con gran constancia.

Hay que reconocer que, por el principio y por el final, el encadenado del Cáucaso recuerda muchísimo a la figura montada del Gólgota. Ambos nacieron de la misma matriz económica y su muerte consagra, en la teología y en la filosofía, según la fe y según la razón, el prejuicio absoluto de la impotencia humana.

Nadie ignora que el marxismo y sus residuos políticos y militares han reconciliado a los hermanos enemigos en el espectáculo de una economía liberada de dioses y liberadora de hombres. Esta no es otra historia, es el fin de la historia.

38. La materialidad que disuelve a los dioses toma espontáneamente prestadas las armas de su crítica del pensamiento que llevó más lejos

la desacralización en la Antigüedad: la filosofía griega. El himno de la razón, donde ya resuena el colapso del reino sagrado, tiene los acentos insolentes de una victoria del hombre entre las mentes más lúcidas de la Edad Media: Juan Escoto Erígena, Avicena, Avicibrón, David de Dinant, Tomás Scoto.

Parece ser que la especulación griega, socavada por el galimatías de los teólogos, tiene su venganza con ellos. Ha bastado con que el cristianismo usara algo de racionalidad contra las religiones campesinas antiguas para que la razón crítica se aguzara con una formidable eficacia en las colisiones del poder temporal y del poder espiritual.

Mientras las ciudades se desarrollan con una burguesía que reivindica la libertad de comercio, el poder eficaz y unificador de los emperadores afirma los derechos del Estado contra la burocracia espiritual de Roma. En el séquito de Federico Hohenstaufen, emperador de Alemania y precursor del Estado moderno, se difunde una filosofía empirista donde la cosa divina es tratada como aquel condenado que fue encerrado en un barril herméticamente cerrado para que los sabios de Palermo observaran si, al abrirlo, se escaparía un alma.

En la corte de Federico II es donde aparece, si no el texto, al menos la leyenda de ese libro del que todos hablan y que nadie ha visto, *Tratado de los tres impostores* —a saber, Moisés, Jesús y Mahoma—, y del cual dará testimonio más tarde Geoffroy Vallée en *La béatitude des chrétiens ou Le fléau de la foi* [La beatitud de los cristianos o el flagelo de la fe]. Por lo demás, el ateísmo de la razón de Estado no es menos sanguinario que el Dios de la razón de Iglesia. La tolerancia del emperador-filósofo fluctúa según los intereses del poder. ¿Percibe la utilidad de un acercamiento con el papa? Imita al devoto y persigue a los herejes con una ferocidad ejemplar.

La misma versatilidad lucrativa reina en las ciudades, esos Estados embrionarios. Unas veces denunciado y otras llamado al rescate, el parasitismo eclesiástico concuerda ahí, en efecto, con la preocupación de llevar a cabo, bajo una apariencia religiosa, una política de intereses inmediatos, donde el hedonismo reclama su parte. Sobre el derecho a los placeres, que la riqueza se arroga y que la pobreza reivindica, el Libre Espíritu basará su empresa de superación.

Sobre el milenarismo joaquinista

39. Con la confirmación, en el siglo XII, de nuevas formas políticas y sociales se esboza, en la forma todavía dominante del mito, una consciencia de la historia que pertenece al proceso revolucionario de la mercancía. En el milenarismo, la filosofía no aspira tanto a librarse de la tutela teológica como a abrirse ahí un camino hacia la realización terrenal del reino de Dios.

La idea de un edén arrancado al más allá e inscrito en un futuro humano más o menos próximo es la expresión más precisa de una corriente de revolución social ligada a la mutación económica que la burguesía y el proletariado preservarán a través de su desacralización.

La ironía ha querido que un proyecto así naciera en el cerebro de Joaquín de Fiore, un monje poco inclinado a causar problemas en el universo eclesiástico. Aunque es cierto que las teorías joaquinistas resultan inquietantes para la Iglesia solo por la corriente que se ha apoderado de ellas y ha arrojado a la efervescencia del siglo una visión construida sobre la estabilidad.

En el siglo IX, el obispo Raterio de Verona expresó la inmovilidad de una sociedad fundada sobre el modo de producción agrario reduciéndola al perfecto equilibrio de tres órdenes: los *armatores*, o guerreros, que protegían la supervivencia colectiva contra los depredadores; los *oratores*, o monjes y sacerdotes, que por medio de sus oraciones obtenían la benevolencia de Dios; y los *laboratores*, o trabajadores, que producían los bienes indispensables para todos bajo la protección de lo temporal y lo espiritual. En la concepción circular del mundo, cada orden ocupa un lugar jerarquizado pero complementario, de modo que los tres se sitúan a igual distancia del centro, del punto de fusión divino donde el universo se aniquilará para renacer como una democracia de elegidos y condenados.

Con el desarrollo comercial de las ciudades, la representación cíclica y estática de Raterio de Verona cambiará radicalmente, en la mente de Joaquín de Fiore, aplanándose y estirándose en un devenir lineal que se ordena en tres edades. A los *armatores* corresponde la edad de los patriarcas y los reyes; a los *laboratores*, la edad del clero secular, cuyas

obras hacen fructificar la tierra de Dios. La tercera edad será la de los monjes y los santos, donde la perfección de los *orantes* alcanza su forma más elevada.

La primera edad, donde los hombres han vivido de acuerdo con la carne —es decir, en la bestialidad—, se extiende desde Adán a Jesucristo; la segunda, donde los hombre viven entre la carne y el espíritu, ha comenzado con san Benito y durará hasta el fin de los siglos.

Un extracto de su tratado *Liber de concordia Novi ac Veteris Testamenti* [Libro de concordia del Nuevo y el Antiguo testamento], escrito alrededor de 1180, ofrece un modelo de fórmulas de las cuales ninguna contiene nada que despierte la desconfianza de la Iglesia y cuyo significado, solicitado por la historia, va a proporcionar armas formidables a los enemigos de Roma y a los detractores de la dominación religiosa:

La primera época fue la del conocimiento; la segunda, la de la sabiduría; la tercera será la de la inteligencia plena.¹⁵ La primera se basa en la obediencia servil; la segunda, en la servidumbre filial; la tercera, en la libertad. La primera fue prueba; la segunda, acción; la tercera será contemplación. La primera fue miedo; la segunda, fe; y la tercera será amor. La primera fue la edad de los esclavos; la segunda, la de los hijos; y la tercera será la de los amigos. La primera fue la era de los viejos; la segunda, la de la juventud; y la tercera será la de los niños. La primera está iluminada por las estrellas, la segunda por la luz de la aurora, la tercera resplandecerá a plena luz del día. La primera fue el invierno; la segunda, el comienzo de la primavera; la tercera será el verano. La primera produjo ortigas; la segunda, rosas; en la tercera florecerán lirios. En la primera germinó la hierba; en la segunda despuntaron las espigas; en la tercera se recogerá el trigo. La primera ha dado el agua; la segunda, el vino; la tercera dará el aceite. La primera se relaciona con la septuagésima; la segunda, con la cuadragésima; la tercera será la Pascua. La primera edad se relaciona con el Padre, que es el autor de todas las cosas; la segunda, con el Hijo; la tercera, con el Espíritu Santo cuyo apóstol dice: «Ahí donde está el espíritu del Señor, ahí está la libertad».¹⁶

¹⁵ De ahí el nombre escogido por el grupo de Gilles de Canter en Bruselas: *Homines Intelligentiae* (los Hombres de la Inteligencia).

¹⁶ Joaquín de Fiore, *Concordia Novi ac Veteris Testamenti*, 1200, II², 5, 21a y III¹, 7, 28c.

40. La combinación explosiva del pensamiento joaquinista y de la historia tiene su detonante en la fecha precisa que el monje calabrés asigna al advenimiento de la tercera edad, al reino de la libertad. Joaquín contó, de Adán a Jesucristo, cuarenta y dos generaciones de treinta años, es decir, 1260 años. Según la concepción cíclica, a la cual se mantiene parcialmente apegado, el mismo lapso de tiempo debe sucederse a partir de Cristo. El debut de la nueva era se sitúa entonces hacia el año 1260, fecha fatídica en la que la esperanza, el amor, el terror y el odio van a marcar repentinamente en la historia el hito de una nueva era, constantemente desgarrada y lanzada más lejos por la revolución social, su represión y su reflujo.

Al arcaísmo del cálculo cíclico se superpone, en el pensamiento de Joaquín de Fiore, la modernidad de una estrategia política. Presintió la importancia de las órdenes mendicantes, verdadera máquina de guerra puesta en marcha, poco después de su muerte, por el catolicismo, amenazado por la pauperización creciente de las ciudades y el avance de la herejía valdense. A diferencia de la orden de los dominicos, cuya función de policía inquisitorial la hace poco sensible a la esperanza de la tercera era, la orden franciscana, encargada de recuperar «con suavidad» la doctrina valdense de la pobreza voluntaria, se identifica de buen grado con el movimiento monástico destinado a fundar, según Joaquín, la época de los santos.

41. Así como, en la mayoría de los revolucionarios, la virtud inicial del sacrificio militante se vuelve a encontrar, al final, en la sangre de las revoluciones sacrificadas, así también existe una maldición que es la venganza del cuerpo oprimido contra los opresores y los manipuladores de mentiras. En el ardor con que predicán la sumisión y el desprecio de uno mismo, una frase se desliza de repente —al igual que una evocación libidinosa en el anacoreta— cuyos ecos hacen tambalear el edificio represivo pacientemente construido.

Es Pablo de Tarso que escribe en una Epístola a los Corintios: «Donde está Dios, allí está la libertad de espíritu». Es Agustín que afirma: «Ama y haz lo que quieras». Es Joaquín que declara: «El Espíritu Santo produce en pleno día la libertad, que es el amor» y «La caridad

corresponde a la libertad del Espíritu Santo». ¹⁷ Estas expresiones, cuyos autores pretendían que estuvieran perfectamente sintonizadas con la ortodoxia católica, están entre las citas que el Libre Espíritu retomará con mayor frecuencia para devolverlas, mediante una subversión de su sentido, ¹⁸ a la vida clandestina de la que procedían.

Tal y como las concibió Joaquín, las tres cualidades de la tercera edad están en absoluta conformidad con las enseñanzas de la Iglesia. La *perfección* implica la impecabilidad del hombre espiritualmente perfecto, estado que solo se alcanza mediante el respeto absoluto del dogma. A los cátaros, que se proclaman «perfectos» sin el respaldo de la Iglesia, Joaquín opone una verdadera comunidad de santos oficiales, seres considerados excepcionalmente dignos de la santificación pontifical y cuyo numero crecerá y se multiplicará con el ejemplo de la pureza monástica.

De manera prudente, Joaquín reserva la *contemplación* a quien «reposa en el silencio de la ermita, donde no florecen ni el estudio de la literatura ni las enseñanzas de la institución cristiana, sino la simplicidad de la vida, la honestidad, la sobriedad, la caridad que surge de un corazón puro y de una fe que no es falsedad». ¹⁹ El estatus de eremita contemplativo no se puede confundir aquí de ninguna manera con el estatus de «sencillos» de la clase trabajadora. Estos últimos no harían más que sucumbir al pecado de la ociosidad si abandonaran el trabajo para abismarse en la contemplación divina fuera de los días de descanso religiosamente consagrados.

Por último, la *libertad*, maravillosamente equiparada con el amor, solo se concibe en la gracia angélica, que es el efecto del amor vaciado de su sustancia, depurado de toda carne.

Por más desencarnado que sea (pero con tal nivel de precisión en la espiritualidad absoluta que bordea la absoluta materialidad), el reino

¹⁷ *Ibidem.*

¹⁸ En el original *détourné*. El término *détournement* corresponde a una táctica practicada y teorizada por los situacionistas que se orienta a la crítica del mundo existente mediante la apropiación y uso de elementos culturales para nuevos fines subversivos. El término ha sido traducido como desvío o tergiversación, entre otras. [N. de T.]

¹⁹ Incluso si se aplica a veces, con ocasión de luchas burocráticas internas, a clérigos perfectamente adoctrinados y sinceramente cristianos, el reproche de fingir la fe muestra suficientemente bien, dada su frecuencia, que la Iglesia no cree en una fe practicada espontáneamente, por una suerte de virtud natural.

de un paraíso en la tierra al alcance de la historia ejerce una atracción tumultuosa hacia lo que el siglo considera como pasiones contenidas, impacientes de satisfacerse.

En su entusiasmo ambiguo, la tercera edad joaquinista abole el reino de la Iglesia. No habrá más Padre, ni Hijo, ni ritos, ni sacrificios, ni sacramentos —lo que ya exigía el racionalismo de Pedro de Bruys y de Enrique de Lausana en la primera mitad del siglo XII—, sino una sola ley, la *lex libertatis*. ¿Cómo impedir, en la inminencia de tal sociedad, cuya naturaleza paradisíaca está directamente establecida en Dios, que los conceptos más abstractos vuelvan a tomar cuerpo entre quienes la dictadura eclesiástica mantiene exiliados de todo goce?

De este modo, las palabras agotadas por la especulación religiosa recobran la vida en la tierra fértil de la que proceden. En la noción de *perfección* germina la negación de todo sentimiento de culpa; la *contemplación* deviene la iluminación del Dios de deseo que cada uno lleva en sí; la *caridad* es el arte de la cortesía erótica; el *amor* expresa la efusión de los amantes; y la *libertad* evoca, en el peor de los casos, la libertad de naturaleza, en el mejor, la disolución y la superación del infeliz acoplamiento de Dios y la naturaleza.

Sobre el catarismo

42. En el mercado donde la multinacional apostólica y romana progresa destruyendo las empresas competidoras, que llama «herejías»,²⁰ el enemigo cátaro ha tomado posición en la intersección de la racionalidad urbana y de un paganismo que la Iglesia todavía extirpa con dificultad de los campos en el siglo XII.²¹ Los cultos a la fertilidad originados en el neolítico a través de la red de religiones dionisiacas de Asia Menor, Grecia y Roma se perpetúan en numerosos focos de resistencia.

²⁰ La Iglesia no tiene sentido si el mundo deja de estar identificado con una forma religiosa. Del mismo modo, el Estado y las diversas manifestaciones de poder jerarquizado sobreviven al precio de una realidad incansablemente reducida a la economía y a su contrato social.

²¹ J. Bordenave y M. Vieillel, *Aux racines du mouvement cathare: la mentalité religieuse des paysans de l'Albigeois médiéval*, París, 1973.

Ya el Imperio romano, imbuido de su humanismo mercantil, evocaba con un sentimiento de horror los misterios de Baco, donde el desahogo orgiástico pagaba directamente su tributo a la naturaleza reprimida sin pasar por el Estado. El descubrimiento de celebraciones dionisiacas secretas en muchos pueblos del Lacio despierta, en el año 186, en el seno de una sociedad reconocida por la crueldad de sus costumbres, la ferocidad de sus proscripciones y los amenos entretenimientos de circo,²² una indignación imputable menos al cinismo moralizador que al asombro de un hombre de negocios enfrentado al uso del trueque.

El cristianismo ha heredado la misma aversión por los cultos agrarios. Acusado en sus inicios de prácticas orgiásticas, sabrá extraer, en su lucha contra los ascetismos heréticos, la lección de la amalgama.

Más totalitaria que la Antigua Roma, la Iglesia desacredita a toda la naturaleza; socializa y centraliza la represión de las fuerzas pulsionales, de la animalidad que burbujea en la caldera del diablo, ese Dios de la baja tierra que se levanta y cuyo jefe celeste pone toda su omnipotencia en rebajar sin cesar.

Sin embargo, el cristianismo se abstiene de fomentar una virtud que secaría la fuente de sus ganancias. Se posiciona en la encrucijada de las transgresiones y exige un pago a los sedientos que acaban de beber de la copa de las voluptuosidades.

En el momento en que la duplicidad eclesiástica propaga en los campos la idea de una naturaleza corruptora y, en nombre de la debilidad humana, tolera el pecado siempre y cuando se redima, el apolinismo absoluto de los cátaros recupera para su provecho la rampante desesperación que intensifica su asedio sobre la vieja exuberancia pagana; hace resplandecer, por encima del caos natural donde reina el Demiurgo —Dios corrupto, productor de un universo inhumano—, la luz de un Dios puro que se niega a iluminar el oscuro y absurdo mundo material con el fin de que este se agote y se precipite hacia su destrucción.

La crítica radical del perfecto rechaza globalmente el mundo existente, invita a abandonar el lugar de una vida por siempre abortada. Al

²² La grandeza humana puesta en escena por los latinos todavía impresiona en el siglo XX. Ella continúa exorcizando su bajeza fundamental al perpetuar el culto a la voluntad militar, a esa rigidez del cuerpo mecanizado que juzga, oprime y condena al desprecio social y a las arenas carcelarias.

despreciar los acomodamientos mercantiles del cristianismo, la abstinencia cátara traza, a través de un laberíntico valle de lágrimas, el camino más corto y más racional hacia la salida. ¿Cómo evitar el sentimiento de que tal elección —que se plantea en esta civilización occitana donde la dulzura de vivir ha soñado, por primera vez en la historia, con una sociedad consagrada al amor y no al dinero— apuesta el todo por el todo y prefiere arder en la muerte antes que renunciar al abrazo de la vida?

La aspiración cátara a una aniquilación de la tierra expresa el rechazo de la vida degradada en supervivencia, pero un rechazo que su propia religiosidad condena al único remedio de la autodestrucción.²³ El hastío de la materialidad, la repugnancia a tocar lo vivo por tratarse de una cosa impura —no matar ni humanos ni animales (salvo los peces), abstenerse de hacer el amor, exaltar el ascetismo, recurrir al suicidio por *endura* o ayuno prolongado—, ¿acaso no es esta la base del proyecto de una economía pura que ya no tendría necesidad alguna de personas?

El catarismo transforma los cultos de fertilidad en cultos de esterilidad porque la fecundidad incrementa el mal del mundo dominante; funda sobre la castración espiritual aquella cortesía amorosa que señala tanto la aparición de la vida como una conciencia social a punto de reconocerla y de afinarla.

Frente a tal impaciencia por vaciar la vida de su sustancia, el catolicismo desatará, hasta que se restablezca la confianza en los negocios, a sus jinetes de la muerte diferida. El desahogo sanguinario de los cruzados del Norte, que saquean una civilización donde se esboza una perspectiva de la felicidad, es la victoria de la rentabilidad realista sobre la abstracción desencarnada de los intercambios, la venganza, paradójicamente fulgurante, de la muerte duradera y a crédito sobre la muerte gratuita y sin prórrogas.

Sobre el mercado de la pobreza

43. No hace mucho tiempo que apareció la identidad entre la explotación de la naturaleza, la explotación del proletariado y la explotación de la vida, de la que la supervivencia extrae su materia.

²³ He aquí un modelo de pura abstracción del mundo y de uno mismo que se perpetúa en el comportamiento suicida de los clerizárganos de la radicalidad.

Explotadores y explotados son los dos polos extremos de un arco que solo se tensa para disparar al sinsentido las flechas de la vida ausente. Así como la economía celeste se aflige por su materialidad mercantil, el espíritu gime en la prisión del cuerpo y la mano, que desprecia la naturaleza, es despreciada por la inteligencia que la guía, así también el lugar de la pobreza, que es dominado por la apropiación privativa, es la cloaca donde se estanca la soberbia del mundo de los negocios.

¿Cómo se propone la mitología cristiana exorcizar la vieja maldición inherente a la producción lucrativa de inhumanidad? Propagando el modelo reversible de su rey-esclavo, de su insurgente-resignado, de su cadáver humano resucitado en Dios. Ofrece a los oprimidos un pacto de igualdad póstuma a cambio de la sumisión a los poderes espiritual y temporal (*Ríndete al César*, etcétera). Mejor aún, como incentivo especial, da prioridad de entrada al reino de Dios a aquellos que han cultivado el amor a su propia esclavitud y el desprecio de todo goce.

Cuando una incesante labor de propaganda impone una docilidad momentánea a las masas, la Iglesia es experta en exigir una obediencia similar de príncipes y patricios, primeros beneficiarios de la resignación popular. Al inclinarse ante el poder de Roma y aumentar su crédito espiritual por medio de generosas donaciones, los detentores de riquezas y de autoridad ganan todavía más: exoneran su mala conciencia, se lavan de la mierda y la sangre que manchan sus billeteras y sus letras de cambio.

En la cuerda floja de la muerte, donde tiene lugar la supervivencia, la Iglesia avanza y retrocede en un equilibrio siempre precario. Esa será su miserable suerte hasta que la burguesía triunfante la reemplace por el Estado moderno, que apenas tiene más fundamentos.

Cada vez que la pauperización amenaza el orden social de las ciudades, Roma otorga a la cohorte de los desfavorecidos el emblema del Cristo pobre entre los pobres y orgulloso de su indignidad. A veces hasta alienta la agitación popular y le recuerda al poder temporal, e incluso a su propia jerarquía clerical, que su intercesión no es gratuita y que, si la docilidad de las clases peligrosas no se compra con la promesa reiterada de un socialismo del más allá, la espada de la justicia social puede caer sobre las cabezas de los reyes.

En 1077, en Laón, el clérigo Rhamirdus, que encabezó una revuelta de tejedores y predica contra la simonía (la venta de indulgencias) y la corrupción del clero, es condenado por el obispo de Cambrai y muere en la hoguera. El papa, preocupado por el enriquecimiento y el poder creciente de los dignatarios eclesiásticos, se pone del lado de los rebeldes y rehabilita a Rhamirdus. El ejemplo, mil veces repetido, de resentimientos populares avivados por el bajo clero contra el enemigo de clase permite, cada vez que la política pontifical necesite dar una prueba sólida de su capacidad, oponer al hedonismo de los poseedores el ascetismo forzado de los desposeídos, que Roma equipara con el despojamiento voluntario y saludable de Cristo.

De igual manera, cuando el emperador Federico II se alce contra la Iglesia, el papa usará órdenes mendicantes para socavar su prestigio ante la plebe italiana y para fomentar revueltas de las que el partido pontificio —los güelfos— pueda beneficiarse.

Sin embargo, lo que se gana en devoción se pierde en táctica. En un proletariado naciente donde los campesinos mal cristianizados son abandonados al aprendizaje urbano de la crítica racional, de la libertad individual y de los placeres inaccesibles, la idea de un paraíso sobre la tierra librado de la opresión espiritual y temporal se abre camino a través de una permanente confusión. En el seno de las ciudades amenazadas por la conflagración del pauperismo, la diversión de las cruzadas exóticas es sustituida por una voluntad —generalmente proveniente de la burguesía— de desactivar el antagonismo social mediante la creación de un movimiento de pobreza voluntaria. La importancia de una organización así no pasa desapercibida para la Iglesia, que se esfuerza por ponerla bajo su control destruyendo si hace falta cualquier iniciativa que se le escape.

44. La herejía valdense ilustra la oportunidad perdida por Roma en su lucha contra los cátaros y contra los efectos subversivos de la pauperización urbana.

Fundado hacia 1173, en Lyon, por el rico mercader Pedro Valdo (o Valdés), el movimiento de la pobreza voluntaria pretende reanudar la práctica de los apóstoles en la Iglesia de los orígenes. A instigación de Valdo, que ha renunciado a todos sus bienes, el grupo de los Pobres de

Lyon difunde por doquier el mensaje del evangelio según Mateo: «Si quieres ser perfecto, anda, vende lo que tienes y dáselo a los pobres». El éxito de la mala conciencia mercantil es tal que los valdenses se presentan en masa ante el concilio de Letrán de 1179. ¿Cedió el papa, impresionado por su piedad y seducido por la sumisión evangélica que propagan, a la presión del clero secular,²⁴ hostil a cualquiera que practique gratuitamente una caridad tan oportunamente monetizable? Duda en admitirlos, plantea la condición previa de un control absoluto de la Iglesia y les prohíbe predicar libremente.

Ya sea porque, al intuir algún compromiso futuro, se mantiene fiel a la honestidad que se debe, o bien porque el creciente número de sus discípulos le permite desafiar la autoridad de Roma, Pedro Valdo rehúsa doblegarse. En 1181, el papa lanza la excomunión. Desde 1184, los valdenses son perseguidos y quemados como herejes.

Acosados por verdaderos cazadores de recompensas, que más tarde el santo Domingo reclutará en las legiones de la Inquisición, los Pobres de Lyon despiertan en todas partes simpatía por su dulzura y su rechazo a toda violencia, así como atraen el sadismo ordinario de los cobardes por su resignación y su vocación de mártires.

Desde Lyon, el movimiento se expande a través de Provenza, Languedoc, Aragón e Italia, donde Milán, ya convertida al catarismo, se considera como uno de sus baluartes espirituales. Alcanza Lieja, Tréveris, Metz, Estrasburgo, Maguncia y la región renana, antes de llegar a Baviera y Austria.

El concilio de Letrán de 1215, que ordena a los obispos, bajo pena de destitución, perseguir y castigar a los herejes en sus diócesis y fomentar la delación, muestra el poco celo de las autoridades gobernantes por exterminar a las personas que predicán las virtudes de la pobreza resignada.

Aunque el ascetismo valdense se habría opuesto hábilmente a una perfección cátera —que solo era desprendimiento del mundo, un comportamiento apostólico animado por la caridad—, la imbecil persecución de Roma asocia ambos movimientos, los confunde en una misma hostilidad hacia la Iglesia, un mismo rechazo a los melindres eclesiásticos,

²⁴ El obispo de Lyon se opone muy pronto a la reforma de Valdo.

un anticlericalismo que las clases trabajadoras aplauden por odio a la tiranía, la burguesía por repugnancia al parasitismo y la nobleza por la rivalidad entre el poder temporal y el espiritual (que culminará con el enfrentamiento entre Roma y los emperadores de Alemania).

La acusación calumniosa de orgías secretas perpetradas por los valdenses traslada, sobre una comunidad dedicada al ascetismo ejemplar, el reproche de hipocresía tan frecuentemente dirigido a los sacerdotes, que unen la mano izquierda del desenfreno con la mano derecha de la absolución en una perfecta obediencia a Roma. La supuesta orgía valdense, que prefigura el aquelarre de brujas y que vuelve a encontrarse en el *barilotto*²⁵ de los *fraticelli* condenados en 1449, adopta, en el procedimiento inquisitorial, una forma sagrada que evoca los cultos agrarios, cuyo arcaísmo es objeto de horror para el humanismo mercantil.

Al mismo tiempo, el papado se esfuerza por corregir los efectos, desastrosos para este, del encuentro fallido con la pobreza voluntaria. Un grupo de *pauperes catholici*, formado rápidamente por valdenses convertidos y encargados de competir con la herejía, fracasa miserablemente. Por eso, el papa Inocencio III evitará faltar a la cita a la que lo invita un nuevo Pedro Valdo, más diplomático, menos escrupuloso y perfectamente consciente de la vacante de un empleo glorioso en el seno de la ortodoxia: pastor de pobres.

45. A la austeridad cátera y valdense, Francisco de Asís responde con la docilidad de la renuncia. Su perdón de las debilidades humanas, al legitimar el poder atractivo del pecado, apela a reconocer en la Iglesia el único poder capaz de contenerlo eficazmente. A quienquiera que no posea en sí la fuerza compulsiva que exige el apostolado de la pobreza, Roma tiene el privilegio exclusivo de ofrecer su ayuda y ese perdón que, en vista de la debilidad humana, le conviene conceder a cambio de la simonía y las pequeñas transacciones sórdidas a las que sucumbe desde hace siglos.

La exaltación de una virtud que se sabe falible promueve en la orden franciscana un verdadero elitismo de la humildad. Al devolver la

²⁵ El proceso emprendido por Nicolás V con miras a exterminar el partido de los *fraticelli* reedita, bajo la autoridad del santo inquisidor Giovanni da Capestrano, la leyenda de los ritos de promiscuidad sexual (llamados «*barilotto*») acompañados por el asesinato de los niños que nacían como resultado de ellos.

impecabilidad al seno de una Iglesia tanto mejor armada contra el pecado por cuanto nunca escapa de él, Francisco de Asís rebaja los precios promocionales de la virtud valdense, que por desgracia gravan el mercado de las indulgencias.

Pero el talento del hábil ingenuo le permite sacar más ventaja. Ganándole la partida a los cátaros —que no maltratan ni matan a los animales— y a los valdenses —que respetan la vida y son hostiles a la pena de muerte—, el *Poverello* de turno estampa el sello de la cruz patibular en el acto de concordato que establece entre el hombre, la naturaleza y Dios. Al catequizar al lobo, al cordero, al cuervo y al sol, disfraza de santidad al viejo chamanismo que duerme en el corazón de los campos. Gracias a él, los reinos mineral, vegetal y animal hacen una entrada con descuento en los estantes de Dios, que no se había interesado por ellos hasta entonces.

46. Presurosamente digerida por la ortodoxia franciscana, la práctica apostólica de Pedro Valdo dará migraña al papado y cólicos a la orden de san Francisco durante más de un siglo.

Dos tendencias oponen muy rápidamente a los franciscanos en torno a la observancia de la pobreza. Los «conventuales» declaran su fidelidad a una política pontifical dictada cada vez más por el lema implícito del desarrollo mercantil: ¡enriquezcanse! Los «espirituales», por el contrario, desprecian los bienes terrenales y a veces empujan la crítica del *tener* hasta atribuirse la cualidad del *ser* en esa vida que la corriente del Libre Espíritu intenta sacar a la luz.

El elitismo de los espirituales descubre en las teorías de Joaquín de Fiore una fuente de nutrición apropiada para sus pretensiones quiliásticas. En 1254, un espiritual de Pisa, Gerardo di Borgo San Donnino, radicaliza y populariza las ideas joaquinistas en su *Introductorium in Evangelium Aeternum* [Introducción al Evangelio eterno]. Insiste en el año fatídico de 1260 y profetiza la desaparición de la Iglesia romana y el advenimiento de una Iglesia espiritual que estaba en germen en el franciscanismo. La condenación del libro, en 1255, repercute sobre el abad de Fiore, desde entonces considerado sospechoso de herejía. Condenado a reclusión perpetua, Gerardo di Borgo San Donnino morirá, tras dieciocho años de severo encarcelamiento, sin haber renegado de sus concepciones.

El joaquinismo seguirá encontrando defensores entre los espirituales de la orden franciscana. Según Petrus Iohannis Olivi (o Pierre Olieu) y Ubertino de Casale, ha comenzado el reino del Espíritu Santo. La Iglesia es «la Babilonia, la gran ramera que corrompe a la humanidad y la envenena, entregada a los placeres de la carne, al orgullo, a la avaricia».

El monacato, al suceder al papa —considerado como el Anticristo—, traerá el reino de los santos, donde florecerán aquellas virtudes que llevarán como escapulario la mayoría de los movimientos revolucionarios antiguos y modernos: la pobreza, la humildad y la castidad.

Actitud puramente religiosa la de estos dos clérigos en revuelta contra el papado, que no es digno del cristianismo. Una misma condena amalgama, en sus mentes, el cuerpo —que es el lugar de los placeres culpables— y la materialidad mercantil —territorio de la avaricia apropiadora y del orgullo del poder—. Por eso no sorprende el celo que muestra Ubertino de Casale, reducido más tarde al exilio para escapar del resentimiento de Juan XXII, en la represión del Libre Espíritu en Toscana, en el valle de Espoleto y la región de Ancona, «lo que ningún inquisidor anterior a él había osado emprender».²⁶

Tal enfoque responde precisamente a la necesidad de purgar la corriente espiritual de la sospecha de Libre Espíritu a la que se exponen, en la frontera entre el franciscanismo y la herejía, los que la Iglesia denomina «*fraticelli*». El programa de lucha política y social que se esboza en las ciudades italianas tiene una repercusión doble en el movimiento franciscano. Genera el milenarismo revolucionario de Gerardo Segarelli y especialmente de Dulcino de Novara, así como una especulación intelectual regida por la voluntad de purificar la Iglesia de su corrupción (programa que sigue siendo el de Savonarola en 1491). Ambas opciones alimentan una mayor desconfianza hacia la seducción que ejerce entre los sencillos la reivindicación de la libertad de naturaleza.

47. En el año joaquinista de 1260, un boticario de Parma, Gerardo Segarelli, renuncia a sus bienes y funda la secta de los apostólicos. Así se repite, una vez más, y ya demasiadas veces para la Iglesia, el gesto de Pedro Valdo. Inicialmente alentados por el obispo de Parma, los

²⁶ Angelo de Clareno, *Historia septem tribulationum ordinis minorum*.

apostólicos, que superan a los franciscanos haciendo resonar en las calles el lema «*Penitençagite!*» [¡Haz penitencia!], inquietan al papa Honorio IV, que los acusa de herejía (bula del 11 de marzo de 1286).²⁷ Un año más tarde, el concilio de Würzburg prohíbe a los fieles recibir y alimentar a los apostólicos errantes, que vestían con ropas extravagantes y eran llamados «glotones» (*leccatores, ghyottoni, scrocconi*).

Aunque la doctrina de Gerardo Segarelli se asemeja a la pobreza voluntaria, es posible que se hayan colado gradualmente, bajo la idea de perfección vinculada al no-tener, las aspiraciones de los sencillos a la libertad de naturaleza. Si bien Ángel de Clareno cede a la polémica cuando acusa a Segarelli de haber introducido en Italia la llamada doctrina «del espíritu de libertad», hay cierta similitud entre las tesis de William Cornelius de Amberes y las ideas de Segarelli, quien afirma que la vida de los pobres es la verdadera vida de los apóstoles, pues «es la más libre y perfecta de las vidas [...]: libertad para adorar a Dios, libertad de juramento, libertad en las relaciones entre el hombre y la mujer».

Tras la muerte de Gerardo Segarelli, quemado en Parma el 18 de julio de 1300, un franciscano disidente, Dulcino de Novara, asume el liderazgo de los apostólicos. En Dulcino se encarna el encuentro entre el movimiento insurreccional de los campos y el milenarismo joaquinista, tal y como fuera radicalizado por Gerardo di Borgo San Donnino y Gerardo Segarelli. De 1304 a 1307, Dulcino²⁸ y su compañera, Margarita, organizan una comunidad campesina en la región de Piemonte donde, de acuerdo con la intención milenarista, se diseña un programa de supervivencia colectivista.²⁹

Los apostólicos son llamados a formar, alrededor de la pareja, la semilla de un mundo nuevo donde los bienes necesarios para la supervivencia se comparten, la propiedad se abole y el matrimonio, que reduce a la mujer a un objeto de apropiación, se suprime (lo que la represión de los inquisidores interpreta en términos de «violación colectiva»).

²⁷ J. de Guibert, *Documenta ecclesiastica christianae perfectionis*, Roma, 1931. Bula del 11 de marzo de 1286.

²⁸ E. Anagnine, *Fra Dulcino e il movimento ereticale all'inizio del Trecento*, Florencia, 1964.

²⁹ Por más desacralizados que pretendan estar el colectivismo proletario de los bolcheviques y el colectivismo nacionalista del fascismo, ambos continúan obedeciendo a la forma religiosa que caracteriza la estructura del modo de producción agrario. El predominio agrícola en Rusia y el sueño de un retorno a la tierra de la Alemania industrializada se unen en la uniformidad burocrática del Estado.

Después de la ejecución de Dulcino y su compañera, el 2 de julio de 1307, en Vercelli, los apostólicos se confundirán, la mayor parte del tiempo, con los begardos y las beguinas.

48. Hacia el final del siglo XII surgen, generalmente por iniciativa de magistrados o de burgueses adinerados, asociaciones a la vez religiosas y laicas, cuyos miembros, denominados «begardos» y «beguinas», viven en casas comunitarias conocidas como «beguinaros».

Estas comunidades, que fueron fundadas como una medida de utilidad pública para contener la multiplicación de pobres en las ciudades que drenan un excedente de mano de obra del campo, son independientes de todo orden monástico y están bajo la vigilancia exclusiva del obispo. La afluencia de mendigos y mendigas no dejó de aumentar considerablemente, sobre todo en las ciudades del norte como Lieja, donde los primeros establecimientos datan de 1180-1184 (y son, entonces, contemporáneos a las iniciativas de Pedro Valdo en Lyon), Tienen (1202), Valenciennes (1212), Douai (1219), Gand (1227), Amberes (1230). En 1250, hay más de mil adherentes en París y Cambrai, y dos mil en Colonia.

La corriente del Libre Espíritu tiene un eco particular, en el que se mezclan confusamente los intereses individuales y comunitarios, en estos beguinaros de los que Jundt pinta un cuadro idílico:

En Francia y en Alemania, las beguinas vivían en grupos bastante grandes en una misma casa, mientras que en Bélgica su vivienda nos recuerda más a nuestros barrios obreros modernos que a un claustro: se componía (y aún a día de hoy) por una serie de residencias bastante pequeñas, donde vivían no más de dos o tres beguinas por casa; en el centro, una iglesia y un hospital se alzaban para las hermanas de más años o enfermas; muy cerca de ahí había un cementerio. El estilo de vida de estas mujeres se encontraba entre la vida monástica y la vida profana. No renunciaban en absoluto a la compañía de los hombres, a los asuntos y preocupaciones terrenales; hacían voto de castidad y obediencia, pero no de una manera absoluta como las religiosas; ellas conservaban la libertad de renunciar a la asociación cuando querían y de contraer matrimonio. Las que no eran completamente pobres podían incluso dejar una cierta parte de sus bienes en testamento. Dentro de sus casas, se ocupaban de diferentes labores femeninas y consagraban

una parte de su tiempo a las oraciones y lecturas piadosas. Generalmente, también visitaban a diferentes familias del pueblo para cuidar de los enfermos; cuando recibían herencias, se dedicaban a celebrar el aniversario de la muerte de sus benefactores asistiendo a misas para el reposo de su alma y recitando oraciones sobre sus tumbas. Las beguinas gozaban así de la mayoría de los beneficios de la vida en el convento, sin experimentar sus desventajas.

No tardarán en encontrar imitadores. Cofradías de artesanos, la mayoría tejedores, se formarán siguiendo su ejemplo en las diferentes ciudades donde ellas tenían establecimientos. Llamados por el pueblo *begardos*, los miembros de estas asociaciones sumamente laicas gozaban de la misma independencia que las beguinas; consagraban su vida al trabajo manual, así como a los ejercicios de la piedad, y de este modo atrajeron la simpatía de la gente.

El éxito de estas dos sociedades religiosas no dejará de encontrar enemigos, especialmente en el clero secular, que sentía envidia. Los curas de parroquias recibían una cierta suma al año a título de compensación por las pérdidas provocadas por la presencia de un sacerdote especialmente apegado a cada una de estas asociaciones; incluso renunciaban a una parte del precio de los entierros cuando algún rico burgués, y el caso no era raro, pedía ser sepultado en el cementerio dependiente del establecimiento: en cuanto a las órdenes religiosas, no podían más que perder ante el prestigio creciente de estas fundaciones piadosas, que las privaban no solo de la colaboración de muchos miembros, sino también de donaciones importantes.

El concilio de Letrán había decretado que en el futuro ninguna orden obtendría la aprobación pontifical; fue esta decisión la que se utilizó contra las beguinas y los begardos para acusarlos, entre otras recriminaciones, de formar una asociación no reconocida por la Iglesia. Ya en 1240, Juana de Flandes consideró necesario ordenar a sus magistrados que los defendieran de sus expoliadores; cinco años más tarde, Inocencio IV los tomó especialmente bajo su protección. En 1261, Urbano IV escribió al deán de Lovaina «para que los proteja de los imprudentes que los afligen y no permita que sean acosados mediante juicios contra sus personas o sus bienes». Pero, en 1274, Gregorio X renovó la sentencia del concilio de Letrán y a partir de entonces comienza el declive de la institución de los begardos y las beguinas, acelerado aún más por las

acusaciones de herejía que no tardarán en golpearlos. Desde fines del siglo XIII, para salvar su existencia, estas asociaciones religiosas fueron obligadas, una tras otra, a sacrificar su independencia y a ponerse bajo la protección ya sea de los franciscanos o de los dominicos aceptando la tercera regla de esas órdenes. Las persecuciones a las que estuvieron expuestas, y sobre todo su absorción progresiva en el clero regular, las hicieron desaparecer en Francia y en Alemania después de cierto tiempo. A mediados del siglo XV, en los Países Bajos, se forma la *Congregación de begardos de la tercera regla de san Francisco* dirigida por una asamblea anual reunida en Zipperen; de ahí su nombre de *Congregatio Zipperensis*. Después de la tormenta del siglo XVI, esta congregación, reducida a un número de miembros bastante restringido, fue reunida, por Inocencio X, con los franciscanos terciarios de Lombardía y desde entonces no fue más que una provincia de la orden de san Francisco.³⁰

Sobre el mercado de la penitencia

49. La Iglesia abomina el pecado cuando no es ella la que recauda el impuesto. Odia a la naturaleza, cloaca de todas las tentaciones, pero no odia a la naturaleza pecadora, fuente de sus ingresos. Así es su bondad, sin límites, como la del psicoanálisis, porque absuelve la culpa, siempre reincidente, haciendo que se pague por ella.

Ella dirige sus flechas no tanto al avaro, al licencioso, al bebedor, al torturador, al asesino, como al asceta insensible ante el deseo, al hombre honesto cuya virtud no requiere garantía eclesiástica, a los «puros», valdenses y cátaros, que practican ellos mismos la remisión de los pecados, a los sencillos, que ignoran el pecado, y a los partidarios del Libre Espíritu, que los confortan en la inocencia de naturaleza.

Cuando las religiones antiguas condenaban el goce, al menos toleraban el desahogo. Las fiestas orgiásticas, los sacrificios sangrientos, la ferocidad guerrera, el potlatch, la violación y el delirio de los sentidos regulaban el flujo compensatorio de una vida sacrificada al trabajo.

³⁰ A. Jundt, *Histoire du panthéisme populaire au Moyen Age et au XVI^e siècle*, París, 1875, pp. 45-46.

El catolicismo está tan bien instruido en la escuela del imperialismo mercantil de Roma que inventa un impuesto sobre las pasiones. A los placeres, cuya represión e inversión saldaban una primera vez el derecho a la supervivencia, la Iglesia agregó un impuesto de transmisión. Los desahogos son tarifados. Los vicios que engendra una virtud imposible se pagan a precios de mayoreo y menudeo.

Para que nadie, bajo el argumento de una conducta irreprochable, pueda evitar la estación de peaje de los confesionarios, el cristianismo universaliza y racionaliza, con el nombre de «pecado original», aquel viejo sentimiento de ser indigno, que proviene de la usurpación del mérito humano por los dioses. Su empresa de limpieza espiritual sumerge a toda la humanidad en el lodazal del sentimiento de culpa. Por haber desafiado la prohibición del Dios productor, la unión amorosa de Adán y Eva mancilla para siempre el amor; mancha, en el nacimiento —y por el sufrimiento—, al niño nacido de un acoplamiento sensual, del cual solo la madre de Cristo es la única que escapa. (Es verdad que la Pasión del Hijo nacido sin mácula es, a la inversa de la pasión amorosa, el arte de aprender a sufrir y a morir; esencia y sentido único de la supervivencia, como lo saben bien los poetas y filósofos).

Dotados del privilegio de confesar, castigar y absolver, los sacerdotes —negros cuervos del juicio final— no tienen otra función más sagrada que comportarse como diligentes recaudadores del impuesto a las inclinaciones naturales. Los historiadores generalmente han equiparado el anticlericalismo con la nostalgia de una religión purificada del mercantilismo eclesiástico, como es el caso entre los cátaros, los valdenses, los apostólicos y aquellos sectarios de moral cristiana que prefiguran a los ateos moralizadores del siglo XIX. Entre los sencillos, se despierta una misma repugnancia espontánea ante los recaudadores del diezmo, los vendedores de indulgencias, las ratas de confesionario y la religión donde todo se paga: nacimiento, muerte, copulación, placeres y displaceres. (Solamente hacia el siglo XV, a través de su control del mercado del miedo y de la muerte, la Iglesia se impondrá en las mentalidades como un servicio público tan inevitable como el último suspiro).

50. La lucha por la supremacía absoluta de la Iglesia en el mercado del pecado y de la penitencia domina, en el siglo IV, la polémica entablada

contra Pelagio, que niega el pecado original y estima que el hombre de bien, armado de una voluntad inquebrantable, puede resistir la tentación. Pelagio, que reconoce la atracción del mal y el poder de triunfar sobre él, no ha comprendido que el descrédito cristiano del cuerpo y de los placeres tiene como su único punto de interés que el hombre padezca, como una misma e irrefrenable caída, la atracción de los impulsos naturales y la angustia de sucumbir a ellos. La condenación de la herejía pelagiana manda a la hoguera a todos los consagrados a la perfección moral; a los inocentes, que no se les pasa por la cabeza la idea del pecado; y a los ingenuos, que se indignan ante la idea de que un niño sea culpable desde su nacimiento y que rechazan el bautismo, ese contrato de rentabilidad espiritual y material que la Iglesia establece en nombre de cada superviviente.

Sobre el mercado del miedo y de la muerte

51. El miedo a morir no es más que la forma lógica del miedo a vivir. Es, pues, un terreno completamente preparado para la conquista de la Iglesia romana. Sin embargo, morir a uno mismo para franquear la muerte como una puerta familiar, abierta al reino de los cielos, implica primero la obligación inmediata de merecer esa muerte que es el regalo de bienvenida de Dios. Si la alegría por venir no se funda en el sacrificio del presente, ningún poder podrá asegurar su presa. La burocracia clerical no tiene otra razón de ser más que en el reino de la supervivencia terrestre para secretar el reino de la supervivencia celeste; un proyecto, por cierto, que los milenarismos burgueses y proletarios se contentan con desacralizar. El fin del mundo, con o sin renovación, solo es rentable mientras dure la espera. La economía profetiza el horror apocalíptico de su desaparición únicamente sobre la base del horror de una vida ya arruinada.

La hambruna de 1250, la peste de 1259, la lucha sangrienta entre güelfos y gibelinos, el plazo joaquinista radicalizado por Gerardo di Borgo San Donnino, todos estos acontecimientos están relacionados con la aparición en Perugia del movimiento de los flagelantes hacia 1260.

Inicialmente alentado por la Iglesia —el santo inquisidor Vicente Ferrer habría sido el instigador de la corriente flagelante en España—,

el autocastigo histórico y colectivo amenaza rápidamente el privilegio clerical de atormentar y consolar. La reivindicación del infierno en la tierra despoja de todo prestigio a los mercaderes del más allá. Tanto más por cuanto se extiende, entre los flagelantes, la idea de que entregarse voluntariamente a ultrajes y laceraciones es una manera de identificarse con Cristo, incapaz de pecado, y libera del control de la Iglesia.

Entre otros heresiarcas, Meco del Sacco (o Domenico Savi) —quemado en Ascoli el año 1344—, jefe de un grupo de *fraticelli* y flagelantes desde 1320, predica un comportamiento donde se discierne confusamente una influencia lejana del Libre Espíritu. Enseña, en efecto:

Las caricias impúdicas llevadas hasta el goce no son un pecado; los hombres y las mujeres que rezan juntos en la oscuridad de la noche no pecan, sea lo que sea que hagan al mismo tiempo; las mujeres tienen permitido flagelarse desnudas y en público por sus pecados; los laicos también tienen la facultad de absolver todos los pecados.³¹

Una vez roto el difícil equilibrio entre la parte de vida y la parte de muerte, a partir de lo que se forma monstruosamente la supervivencia, la Iglesia se ve simultáneamente arrastrada por una carrera mortal hacia la aniquilación y destrozada por su inesperada inversión en un apetito de vivir sin demora. Mientras reprime al movimiento flagelante, la Iglesia funda, sobre el autocastigo colectivo, sobre esas danzas macabras que, en el siglo XIV, celebran la fiesta interminable de la vida muerta, una auténtica devoción en la que el tiempo del sufrimiento aceptado se paga a término —ni antes ni después— mediante la liberación de una muerte consoladora, de una madre que ha venido de las virginidades del más allá para llevar de vuelta a su seno a los niños perdidos de la humanidad. Si la muerte sigue siendo terrible, se debe a que es fatalmente mujer y solo la Iglesia puede concederle una benevolencia maternal.

Sobre la mujer exorcizada, o la monja

52. La misoginia, que persigue a la economía y a sus representaciones, proviene de que la mujer porta la vida y la ofrece a una sociedad que no tiene ningún uso para ella. No existe ninguna civilización mercantil

³¹ R. Guarnieri, *Il Movimento del Libero Spirito. Testi e Documenti*. Roma, 1965, p. 427.

que no la reduzca a la inmaterialidad de la virgen y a la producción maternal de carne con fines de lucro. Debe convertirse en virgen de sensualidad inútil antes de engendrar, en la misma inutilidad sensual, futuros productores.

Excluida de un cuerpo alquilado como útero, celebrada como objeto de placer y despreciada en el amor que este encierra —y que es el amor de la vida—, la mujer siembra a su paso la fascinación de lo prohibido. La emoción de su mirada da acceso al universo secreto del goce y su olor es como el de la tierra vegetal, arcano de toda creación. Así la percibieron confusamente ciertos gnósticos.

Cada vez que una época manifiesta la huella de la irradiación femenina, es la señal de que una savia viviente se eleva en el bosque petrificado por los miserables sortilegios del viejo mundo. Y rara vez transcurre mucho tiempo entre el resplandor fugitivo de su presencia, el aliento pestilente de la represión que la mutila y la recuperación que la distorsiona.

La feminidad ya se niega en las sacerdotisas de los cultos antiguos, unas veces en la sabiduría viril de Atenea, otras en el cruel desahogo de las ménades. La Iglesia actúa del mismo modo cuando impone a la mujer, ser inútil, regular su conducta desposando a Cristo o al diablo.

El desarrollo de comunidades de monjas entre los siglos XII y XIII coincide con la importancia creciente de la mujer en la sociedad (sus derechos son, por entonces, más amplios que los que le concederá el célebre Código, en el cual Bonaparte compensa con rigidez militar la debilidad de su complexión amorosa). La exaltación mística de la «mujer santa» ofrece a lo reprimido la válvula de escape de una sensualidad saciada por el espíritu. La hierogamia sacraliza el desbordamiento erótico.

Virgen, esposa, madre e hija de Cristo, la monja entrega su exuberancia sexual a un fantasma que es la encarnación de lo desencarnado, la carne simbólica de lo inmaterial, el árbol del amor arrancado de sus raíces y podado para leña de muerte donde cuaja, en lugar de semen, un negro coágulo. Con tanto fuego dirigido hacia un cadáver congelado, ¿resulta extraño que se forje, en el seno del amor entregado a un Dios infinito, un infinito de amor donde Dios se destruye?

La Iglesia, que apenas ve más allá de su porción de cielo y de tierra, de cuerpo y de espíritu, de ángel y de bestia, otorga así un sello de santidad a esas apasionadas que buscan el absoluto del amor en la

exaltación de los sentidos. Y quemará como herejes y brujas a aquellas cuya exuberancia ridiculice su autoridad, porque escapar de su control significa necesariamente entregarse a otro amo. La monja cabalga inconscientemente la escoba.

El Libre Espíritu ha encontrado una vía de acceso natural, por así decir, en el debate sobre el amor que domina los siglos XII y XIII. Al radicalizar la corriente cortés y devolver el amor, desecado en la efigie detumesciente del crucificado, a su totalidad sin ley, no encontrará peor enemigo que la mística, principalmente masculina, donde es a la vez espiritualizado y denunciado como perversión.

El misticismo de Eckhart, Suso, Tauler, Ruysbroeck, Groote indica la revancha del espíritu sobre las tentativas de emancipación del cuerpo. La propia denominación de «Libre Espíritu» para designar la libertad de naturaleza y su transmutación obedece igualmente a una voluntad de reducción espiritual, que es la esencia misma de las religiones. Pero el molde, colocado erróneamente en el estante de las herejías y de las ideas en sí, causa la desesperación de los comerciantes papales: se rompe ante el mero recuerdo de la realidad cuya impronta ha conservado.

Eckhart acusa al Libre Espíritu de tomarse al pie de la letra lo que ha concebido en función del espíritu; Ruysbroeck clama para que se desate la ira de la Inquisición sobre Bloemardinne. En el siglo XIV, Gerardo Groote funda el movimiento de la *Devotio moderna* para extirpar el Libre Espíritu de la doctrina contemplativa en la que, bajo la forma del amor divino, trae a Dios de vuelta al hombre en un devenir sin comienzo ni fin que es nada más y nada menos que un continuo de atracción amorosa. En 1380, Groote denunciará a Bartolomé, un agustino partidario del Libre Espíritu en Holanda oriental, y conseguirá desenterrar el cuerpo de Mateo de Gouda, quien había afirmado que tenía «más motivos que Cristo para llamarse Dios».³²

Para distinguirse de la vida, de la cual es la negación absoluta, la mística no desdeña descender a lo más bajo de la tierra con el fin de magnificar al verdugo.

³² *Ibidem*, p. 459.

53. Bajo las escaras de la especulación teológica, la disputa en torno al Espíritu Santo abre una herida en la supervivencia de la Iglesia.

Al arrogarse el control del espíritu, la Roma pontificia identifica su misión con la salvación de la civilización. Posee por mandato divino la función de gobernar el cuerpo individual y el cuerpo social, de defender la ciudadela del orden económico contra la amenaza de los impulsos animales y la violencia de los explotados. Asegura su control mediante un trabajo incesante sobre la materia bruta de las pasiones y sobre esa masa social que los clérigos llaman desdeñosamente los «sencillos».

Los sencillos escapan de su naturaleza bestial mediante la forma divina que les otorga la Iglesia, por el espíritu que heredan durante el bautismo y que garantiza la observancia escrupulosa de los rituales y los sacramentos. Por eso se libran del castigo reservado a los herejes. Solo son bestias, a las que hay que tratar, por lo demás, como bestias rabiosas en caso de sedición. La sanción ejemplar está reservada a los pastores malvados, a los guías perversos, a los heresiarcas, cuyo pecado de orgullo los incita a reemplazar a la Iglesia en el otorgamiento de la santidad de espíritu.³³ Porque la Iglesia tiene el deber de destruir a cualquiera que se interponga en su camino o rivalice con ella en su rol de guía.

La reserva de caza de lo espiritual es el único terreno donde la Iglesia puede lanzar sus tropas al asalto de lo temporal. Al coronar simultáneamente la autoridad del Padre y la revuelta complaciente del Hijo, el Espíritu Santo gobierna la tierra fingiendo no tener nada que ver con ella³⁴ (del mismo modo que la Iglesia no condena a muerte, no derrama sangre y recomienda hipócritamente la clemencia cuando entrega sus víctimas a la justicia laica).

En las antípodas de ese espíritu libre —es decir, aniquilado como pensamiento separado y disuelto en la libertad de naturaleza—, el Espíritu Santo es el lugar donde se invierte la superación posible, el círculo en movimiento de lo inmóvil, el intercambio que sustituye el cambio.

³³ La función sublime del espíritu se perpetúa hasta nuestros días. La intelectualidad, que es su forma desacralizada, continúa dirigiendo, de izquierda a derecha y de derecha a izquierda, el rebaño de los sencillos —ciudadanos, proletarios, electores—, a tal punto considerados como idiotas que es preciso admitir que aquellos que los gobiernan son, en el mejor de los casos, la inteligencia de los imbéciles.

³⁴ En el original, *sans avoir l'air d'y toucher*. Se trata de una expresión que alude a alguien que dice o hace algo con aire de falsa ingenuidad, ocultando sus intenciones. [N. de T.]

Bajo el nombre de «Libre Espiritu» se esconde la corriente oculta de lo vivo, la parte de vida irreductible a la economía y, en consecuencia, a la religión, que es su forma mítica. Su rastro está surcado de destellos, que resultan inexplicables para los historiadores, herejías, milenarismos, reivindicaciones sociales, ideologías; sin embargo, no pertenece ni a la herejía, ni al milenarismo, ni al movimiento social, ni a la filosofía. Expresa la voluntad de superar la separación impuesta a la vida arrancada de sí misma, de destruir, en la emancipación de los goces y la creación del amor, la patética pareja del Dios opresor y de la naturaleza oprimida.

Por eso, incluso lo que nos transmite el lenguaje de la época lleva el sello de lo inmutable. Las tesis de Eloi y de Quintín en el siglo XVI difieren poco de las opiniones de los amaurianos del siglo XII. La fuente nunca se ha secado, brota en las fracturas de la historia, estalla atravesando el suelo al menor deslizamiento de tierra de la mercancía. Si hoy aparece a plena luz del día, en un lenguaje donde las palabras se ahorran a Dios y a sus fábulas, es porque las ilusiones de nuestra época se desvanecen al nivel de la tierra, donde lo único que está en juego en adelante es: vivir o sobrevivir.

La iglesia en conflicto con su devenir

Sobre la filosofía

35. En la dialéctica de la historia mercantil —que es la historia de la vida economizada—, cada instante lleva consigo su momento de decadencia y de renacimiento en una muerte creciente. En este sentido, la Iglesia no tiene mejor enemigo que ella misma: se perpetúa en lo que la destruye destruyéndose. Su peor enemigo proviene del exterior, de una dialéctica de vida donde todo se transforma por el acrecentamiento de lo vivo.

Ciudadela de la economía celeste, la Iglesia es constantemente traicionada por su propia materialidad, porque la pureza de los intercambios y la práctica mercantil son, en ella, un único y mismo poder. Por más aureolado que esté con una impalpable luminosidad de oro, su Dios es capaz de palpar el oro, menos volátil, de la ganancia, y el ojo que reina en los cielos sabe dar una mirada furtiva a las negociaciones del clero.

Ovejas y lobos están tan mezclados que jugar al pastor no está exento de dificultades. El papa posee la autoridad, pero el poder temporal sostiene el cayado. La Iglesia esgrime el cuerno de lo sagrado, pero la filosofía devuelve el eco burlón de las monedas. Y, cuando su monopolio espiritual y material se arroga la garantía de un monoteísmo exclusivo, debe combatir a la competencia en el mercado de la pobreza, en el mercado de la penitencia, en el mercado del miedo, de la muerte y de la vida renegada.

Roma es el sismógrafo enloquecido que registra tanto el deslizamiento progresivo de la economía agraria hacia la inestabilidad como la trepidación acelerada de una modernidad mercantil de la que se encontrará excluida.

36. La filosofía es el mal necesario de la teología; es la larga y penosa digestión tras la cual la economía terrestre absorbe a la economía celeste y expulsa lo sagrado como excremento.

Espíritu del poder temporal, espíritu profano, mal espíritu, la filosofía engendra la crítica, lo negativo, la insolencia, la revuelta, el desprecio de las cosas santas, la igualdad y la libertad según la ley de los intercambios.

En su diversidad se entremezclan los intereses antagonistas del amo y del esclavo; el uno y el otro, empero, tributarios de una función común: la producción mercantil. Es aquí donde el pájaro de Minerva, en los albores de la Ilustración, devora a la rata teológica.

Sin embargo, lo que incita a la filosofía a romper el yugo eclesiástico, a desmembrar la mentira del mito, a burlarse de los dioses no es la *joie de vivre*. Es el malestar del pensamiento separado, la desgracia de la supervivencia puesta al desnudo. Al devolver al hombre abstracto ese Dios que encarna la absoluta abstracción y la absoluta castración de la vida, la filosofía se limita a humanizar la inversión de la naturaleza, el exilio de uno mismo a causa de la necesidad económica. En el reconocimiento de su impotencia para mejorar realmente la suerte de los individuos, inventa el sufrimiento ontológico, un sufrimiento inherente al Ser humano. ¿Cómo podría hacer otra cosa, visto que participa en el funcionamiento de la mercancía separando el cuerpo individual y el cuerpo social, excluyendo del goce y condenando al infierno climatizado de la supervivencia?

Ahí donde la filosofía fracasa —en el desgarramiento existencial—, la religión está al acecho para exhibir sus productos de consuelo. Si el sufrimiento es eterno, más vale encomendarse a la magnífica absurdidad de un Dios antes que a la mezquina desesperanza de un universo no menos absurdo. Pretender que tal idea solo emana, actualmente, como una anacrónica flatulencia, de la momia conservada en el Vaticano es un error que puede rectificarse fácilmente tan pronto como se reemplaza la palabra Dios por Causa, Revolución, Necesidad, Economía.

37. La histórica carrera de obstáculos en la que Jesucristo cabalgó a Prometeo ha terminado con la victoria del caballo y el jinete en la línea de meta del socialismo.

Al comienzo, sin embargo, una viva animosidad opone a los dos héroes mitológicos. Prometeo, el campeón de la filosofía griega, en nombre del hombre productor, reivindica el derecho de la humanidad a la autodeterminación mediante la abolición de la tiranía divina. Contra el oscurantismo del modo de producción agrario, desata las ideologías iluminadas del librecambio: igualdad, justicia, libertad, fraternidad.

Al ganar la primera ronda, Cristo expresa la regresión de la mercancía y la racionalidad griega hacia la estructura arcaica de la feudalidad. La salvación de la humanidad, reenviada al más allá, se paga con la sumisión a Dios y con esa renuncia voluntaria a uno mismo cuyo modelo y culminación es la muerte. El productor deja de reivindicar la propiedad de su producto; aprende a amar y a producir aquello que lo desposee. Una supervivencia eterna hace las veces de salario.

Más tarde, cuando Prometeo, beneficiándose del desarrollo económico, retoma la iniciativa, asume su triunfo con la palma del martirio. ¿Acaso no fue su rebelión contra los dioses la que lo encadenó al tormento eterno? La insurrección prometeica se sabe condenada de antemano. Extrae una grandeza patética de su reanudación perpetua y su fracaso programado, y se aureola con una santidad a la que las revoluciones sociales se han sacrificado con gran constancia.

Hay que reconocer que, por el principio y por el final, el encadenado del Cáucaso recuerda muchísimo a la figura montada del Gólgota. Ambos nacieron de la misma matriz económica y su muerte consagra, en la teología y en la filosofía, según la fe y según la razón, el prejuicio absoluto de la impotencia humana.

Nadie ignora que el marxismo y sus residuos políticos y militares han reconciliado a los hermanos enemigos en el espectáculo de una economía liberada de dioses y liberadora de hombres. Esta no es otra historia, es el fin de la historia.

38. La materialidad que disuelve a los dioses toma espontáneamente prestadas las armas de su crítica del pensamiento que llevó más lejos

la desacralización en la Antigüedad: la filosofía griega. El himno de la razón, donde ya resuena el colapso del reino sagrado, tiene los acentos insolentes de una victoria del hombre entre las mentes más lúcidas de la Edad Media: Juan Escoto Erígena, Avicena, Avicibrón, David de Dinant, Tomás Scoto.

Parece ser que la especulación griega, socavada por el galimatías de los teólogos, tiene su venganza con ellos. Ha bastado con que el cristianismo usara algo de racionalidad contra las religiones campesinas antiguas para que la razón crítica se aguzara con una formidable eficacia en las colisiones del poder temporal y del poder espiritual.

Mientras las ciudades se desarrollan con una burguesía que reivindica la libertad de comercio, el poder eficaz y unificador de los emperadores afirma los derechos del Estado contra la burocracia espiritual de Roma. En el séquito de Federico Hohenstaufen, emperador de Alemania y precursor del Estado moderno, se difunde una filosofía empirista donde la cosa divina es tratada como aquel condenado que fue encerrado en un barril herméticamente cerrado para que los sabios de Palermo observaran si, al abrirlo, se escaparía un alma.

En la corte de Federico II es donde aparece, si no el texto, al menos la leyenda de ese libro del que todos hablan y que nadie ha visto, *Tratado de los tres impostores* —a saber, Moisés, Jesús y Mahoma—, y del cual dará testimonio más tarde Geoffroy Vallée en *La béatitude des chrétiens ou Le fléau de la foi* [La beatitud de los cristianos o el flagelo de la fe]. Por lo demás, el ateísmo de la razón de Estado no es menos sanguinario que el Dios de la razón de Iglesia. La tolerancia del emperador-filósofo fluctúa según los intereses del poder. ¿Percibe la utilidad de un acercamiento con el papa? Imita al devoto y persigue a los herejes con una ferocidad ejemplar.

La misma versatilidad lucrativa reina en las ciudades, esos Estados embrionarios. Unas veces denunciado y otras llamado al rescate, el parasitismo eclesiástico concuerda ahí, en efecto, con la preocupación de llevar a cabo, bajo una apariencia religiosa, una política de intereses inmediatos, donde el hedonismo reclama su parte. Sobre el derecho a los placeres, que la riqueza se arroga y que la pobreza reivindica, el Libre Espíritu basará su empresa de superación.

Sobre el milenarismo joaquinista

39. Con la confirmación, en el siglo XII, de nuevas formas políticas y sociales se esboza, en la forma todavía dominante del mito, una consciencia de la historia que pertenece al proceso revolucionario de la mercancía. En el milenarismo, la filosofía no aspira tanto a librarse de la tutela teológica como a abrirse ahí un camino hacia la realización terrenal del reino de Dios.

La idea de un edén arrancado al más allá e inscrito en un futuro humano más o menos próximo es la expresión más precisa de una corriente de revolución social ligada a la mutación económica que la burguesía y el proletariado preservarán a través de su desacralización.

La ironía ha querido que un proyecto así naciera en el cerebro de Joaquín de Fiore, un monje poco inclinado a causar problemas en el universo eclesiástico. Aunque es cierto que las teorías joaquinistas resultan inquietantes para la Iglesia solo por la corriente que se ha apoderado de ellas y ha arrojado a la efervescencia del siglo una visión construida sobre la estabilidad.

En el siglo IX, el obispo Raterio de Verona expresó la inmovilidad de una sociedad fundada sobre el modo de producción agrario reduciéndola al perfecto equilibrio de tres órdenes: los *armatores*, o guerreros, que protegían la supervivencia colectiva contra los depredadores; los *oratores*, o monjes y sacerdotes, que por medio de sus oraciones obtenían la benevolencia de Dios; y los *laboratores*, o trabajadores, que producían los bienes indispensables para todos bajo la protección de lo temporal y lo espiritual. En la concepción circular del mundo, cada orden ocupa un lugar jerarquizado pero complementario, de modo que los tres se sitúan a igual distancia del centro, del punto de fusión divino donde el universo se aniquilará para renacer como una democracia de elegidos y condenados.

Con el desarrollo comercial de las ciudades, la representación cíclica y estática de Raterio de Verona cambiará radicalmente, en la mente de Joaquín de Fiore, aplanándose y estirándose en un devenir lineal que se ordena en tres edades. A los *armatores* corresponde la edad de los patriarcas y los reyes; a los *laboratores*, la edad del clero secular, cuyas

obras hacen fructificar la tierra de Dios. La tercera edad será la de los monjes y los santos, donde la perfección de los *orantes* alcanza su forma más elevada.

La primera edad, donde los hombres han vivido de acuerdo con la carne —es decir, en la bestialidad—, se extiende desde Adán a Jesucristo; la segunda, donde los hombre viven entre la carne y el espíritu, ha comenzado con san Benito y durará hasta el fin de los siglos.

Un extracto de su tratado *Liber de concordia Novi ac Veteris Testamenti* [Libro de concordia del Nuevo y el Antiguo testamento], escrito alrededor de 1180, ofrece un modelo de fórmulas de las cuales ninguna contiene nada que despierte la desconfianza de la Iglesia y cuyo significado, solicitado por la historia, va a proporcionar armas formidables a los enemigos de Roma y a los detractores de la dominación religiosa:

La primera época fue la del conocimiento; la segunda, la de la sabiduría; la tercera será la de la inteligencia plena.¹⁵ La primera se basa en la obediencia servil; la segunda, en la servidumbre filial; la tercera, en la libertad. La primera fue prueba; la segunda, acción; la tercera será contemplación. La primera fue miedo; la segunda, fe; y la tercera será amor. La primera fue la edad de los esclavos; la segunda, la de los hijos; y la tercera será la de los amigos. La primera fue la era de los viejos; la segunda, la de la juventud; y la tercera será la de los niños. La primera está iluminada por las estrellas, la segunda por la luz de la aurora, la tercera resplandecerá a plena luz del día. La primera fue el invierno; la segunda, el comienzo de la primavera; la tercera será el verano. La primera produjo ortigas; la segunda, rosas; en la tercera florecerán lirios. En la primera germinó la hierba; en la segunda despuntaron las espigas; en la tercera se recogerá el trigo. La primera ha dado el agua; la segunda, el vino; la tercera dará el aceite. La primera se relaciona con la septuagésima; la segunda, con la cuadragésima; la tercera será la Pascua. La primera edad se relaciona con el Padre, que es el autor de todas las cosas; la segunda, con el Hijo; la tercera, con el Espíritu Santo cuyo apóstol dice: «Ahí donde está el espíritu del Señor, ahí está la libertad».¹⁶

¹⁵ De ahí el nombre escogido por el grupo de Gilles de Canter en Bruselas: *Homines Intelligentiae* (los Hombres de la Inteligencia).

¹⁶ Joaquín de Fiore, *Concordia Novi ac Veteris Testamenti*, 1200, II², 5, 21a y III¹, 7, 28c.

40. La combinación explosiva del pensamiento joaquinista y de la historia tiene su detonante en la fecha precisa que el monje calabrés asigna al advenimiento de la tercera edad, al reino de la libertad. Joaquín contó, de Adán a Jesucristo, cuarenta y dos generaciones de treinta años, es decir, 1260 años. Según la concepción cíclica, a la cual se mantiene parcialmente apegado, el mismo lapso de tiempo debe sucederse a partir de Cristo. El debut de la nueva era se sitúa entonces hacia el año 1260, fecha fatídica en la que la esperanza, el amor, el terror y el odio van a marcar repentinamente en la historia el hito de una nueva era, constantemente desgarrada y lanzada más lejos por la revolución social, su represión y su reflujo.

Al arcaísmo del cálculo cíclico se superpone, en el pensamiento de Joaquín de Fiore, la modernidad de una estrategia política. Presintió la importancia de las órdenes mendicantes, verdadera máquina de guerra puesta en marcha, poco después de su muerte, por el catolicismo, amenazado por la pauperización creciente de las ciudades y el avance de la herejía valdense. A diferencia de la orden de los dominicos, cuya función de policía inquisitorial la hace poco sensible a la esperanza de la tercera era, la orden franciscana, encargada de recuperar «con suavidad» la doctrina valdense de la pobreza voluntaria, se identifica de buen grado con el movimiento monástico destinado a fundar, según Joaquín, la época de los santos.

41. Así como, en la mayoría de los revolucionarios, la virtud inicial del sacrificio militante se vuelve a encontrar, al final, en la sangre de las revoluciones sacrificadas, así también existe una maldición que es la venganza del cuerpo oprimido contra los opresores y los manipuladores de mentiras. En el ardor con que predicán la sumisión y el desprecio de uno mismo, una frase se desliza de repente —al igual que una evocación libidinosa en el anacoreta— cuyos ecos hacen tambalear el edificio represivo pacientemente construido.

Es Pablo de Tarso que escribe en una Epístola a los Corintios: «Donde está Dios, allí está la libertad de espíritu». Es Agustín que afirma: «Ama y haz lo que quieras». Es Joaquín que declara: «El Espíritu Santo produce en pleno día la libertad, que es el amor» y «La caridad

corresponde a la libertad del Espíritu Santo». ¹⁷ Estas expresiones, cuyos autores pretendían que estuvieran perfectamente sintonizadas con la ortodoxia católica, están entre las citas que el Libre Espíritu retomará con mayor frecuencia para devolverlas, mediante una subversión de su sentido, ¹⁸ a la vida clandestina de la que procedían.

Tal y como las concibió Joaquín, las tres cualidades de la tercera edad están en absoluta conformidad con las enseñanzas de la Iglesia. La *perfección* implica la impecabilidad del hombre espiritualmente perfecto, estado que solo se alcanza mediante el respeto absoluto del dogma. A los cátaros, que se proclaman «perfectos» sin el respaldo de la Iglesia, Joaquín opone una verdadera comunidad de santos oficiales, seres considerados excepcionalmente dignos de la santificación pontifical y cuyo numero crecerá y se multiplicará con el ejemplo de la pureza monástica.

De manera prudente, Joaquín reserva la *contemplación* a quien «reposa en el silencio de la ermita, donde no florecen ni el estudio de la literatura ni las enseñanzas de la institución cristiana, sino la simplicidad de la vida, la honestidad, la sobriedad, la caridad que surge de un corazón puro y de una fe que no es falsedad». ¹⁹ El estatus de eremita contemplativo no se puede confundir aquí de ninguna manera con el estatus de «sencillos» de la clase trabajadora. Estos últimos no harían más que sucumbir al pecado de la ociosidad si abandonaran el trabajo para abismarse en la contemplación divina fuera de los días de descanso religiosamente consagrados.

Por último, la *libertad*, maravillosamente equiparada con el amor, solo se concibe en la gracia angélica, que es el efecto del amor vaciado de su sustancia, depurado de toda carne.

Por más desencarnado que sea (pero con tal nivel de precisión en la espiritualidad absoluta que bordea la absoluta materialidad), el reino

¹⁷ *Ibidem.*

¹⁸ En el original *détourné*. El término *détournement* corresponde a una táctica practicada y teorizada por los situacionistas que se orienta a la crítica del mundo existente mediante la apropiación y uso de elementos culturales para nuevos fines subversivos. El término ha sido traducido como desvío o tergiversación, entre otras. [N. de T.]

¹⁹ Incluso si se aplica a veces, con ocasión de luchas burocráticas internas, a clérigos perfectamente adoctrinados y sinceramente cristianos, el reproche de fingir la fe muestra suficientemente bien, dada su frecuencia, que la Iglesia no cree en una fe practicada espontáneamente, por una suerte de virtud natural.

de un paraíso en la tierra al alcance de la historia ejerce una atracción tumultuosa hacia lo que el siglo considera como pasiones contenidas, impacientes de satisfacerse.

En su entusiasmo ambiguo, la tercera edad joaquinista abole el reino de la Iglesia. No habrá más Padre, ni Hijo, ni ritos, ni sacrificios, ni sacramentos —lo que ya exigía el racionalismo de Pedro de Bruys y de Enrique de Lausana en la primera mitad del siglo XII—, sino una sola ley, la *lex libertatis*. ¿Cómo impedir, en la inminencia de tal sociedad, cuya naturaleza paradisíaca está directamente establecida en Dios, que los conceptos más abstractos vuelvan a tomar cuerpo entre quienes la dictadura eclesiástica mantiene exiliados de todo goce?

De este modo, las palabras agotadas por la especulación religiosa recobran la vida en la tierra fértil de la que proceden. En la noción de *perfección* germina la negación de todo sentimiento de culpa; la *contemplación* deviene la iluminación del Dios de deseo que cada uno lleva en sí; la *caridad* es el arte de la cortesía erótica; el *amor* expresa la efusión de los amantes; y la *libertad* evoca, en el peor de los casos, la libertad de naturaleza, en el mejor, la disolución y la superación del infeliz acoplamiento de Dios y la naturaleza.

Sobre el catarismo

42. En el mercado donde la multinacional apostólica y romana progresa destruyendo las empresas competidoras, que llama «herejías»,²⁰ el enemigo cátaro ha tomado posición en la intersección de la racionalidad urbana y de un paganismo que la Iglesia todavía extirpa con dificultad de los campos en el siglo XII.²¹ Los cultos a la fertilidad originados en el neolítico a través de la red de religiones dionisiacas de Asia Menor, Grecia y Roma se perpetúan en numerosos focos de resistencia.

²⁰ La Iglesia no tiene sentido si el mundo deja de estar identificado con una forma religiosa. Del mismo modo, el Estado y las diversas manifestaciones de poder jerarquizado sobreviven al precio de una realidad incansablemente reducida a la economía y a su contrato social.

²¹ J. Bordenave y M. Vieillel, *Aux racines du mouvement cathare: la mentalité religieuse des paysans de l'Albigeois médiéval*, París, 1973.

Ya el Imperio romano, imbuido de su humanismo mercantil, evocaba con un sentimiento de horror los misterios de Baco, donde el desahogo orgiástico pagaba directamente su tributo a la naturaleza reprimida sin pasar por el Estado. El descubrimiento de celebraciones dionisiacas secretas en muchos pueblos del Lacio despierta, en el año 186, en el seno de una sociedad reconocida por la crueldad de sus costumbres, la ferocidad de sus proscripciones y los amenos entretenimientos de circo,²² una indignación imputable menos al cinismo moralizador que al asombro de un hombre de negocios enfrentado al uso del trueque.

El cristianismo ha heredado la misma aversión por los cultos agrarios. Acusado en sus inicios de prácticas orgiásticas, sabrá extraer, en su lucha contra los ascetismos heréticos, la lección de la amalgama.

Más totalitaria que la Antigua Roma, la Iglesia desacredita a toda la naturaleza; socializa y centraliza la represión de las fuerzas pulsionales, de la animalidad que burbujea en la caldera del diablo, ese Dios de la baja tierra que se levanta y cuyo jefe celeste pone toda su omnipotencia en rebajar sin cesar.

Sin embargo, el cristianismo se abstiene de fomentar una virtud que secaría la fuente de sus ganancias. Se posiciona en la encrucijada de las transgresiones y exige un pago a los sedientos que acaban de beber de la copa de las voluptuosidades.

En el momento en que la duplicidad eclesiástica propaga en los campos la idea de una naturaleza corruptora y, en nombre de la debilidad humana, tolera el pecado siempre y cuando se redima, el apolinismo absoluto de los cátaros recupera para su provecho la rampante desesperación que intensifica su asedio sobre la vieja exuberancia pagana; hace resplandecer, por encima del caos natural donde reina el Demiurgo —Dios corrupto, productor de un universo inhumano—, la luz de un Dios puro que se niega a iluminar el oscuro y absurdo mundo material con el fin de que este se agote y se precipite hacia su destrucción.

La crítica radical del perfecto rechaza globalmente el mundo existente, invita a abandonar el lugar de una vida por siempre abortada. Al

²² La grandeza humana puesta en escena por los latinos todavía impresiona en el siglo XX. Ella continúa exorcizando su bajeza fundamental al perpetuar el culto a la voluntad militar, a esa rigidez del cuerpo mecanizado que juzga, oprime y condena al desprecio social y a las arenas carcelarias.

despreciar los acomodamientos mercantiles del cristianismo, la abstinencia cátara traza, a través de un laberíntico valle de lágrimas, el camino más corto y más racional hacia la salida. ¿Cómo evitar el sentimiento de que tal elección —que se plantea en esta civilización occitana donde la dulzura de vivir ha soñado, por primera vez en la historia, con una sociedad consagrada al amor y no al dinero— apuesta el todo por el todo y prefiere arder en la muerte antes que renunciar al abrazo de la vida?

La aspiración cátara a una aniquilación de la tierra expresa el rechazo de la vida degradada en supervivencia, pero un rechazo que su propia religiosidad condena al único remedio de la autodestrucción.²³ El hastío de la materialidad, la repugnancia a tocar lo vivo por tratarse de una cosa impura —no matar ni humanos ni animales (salvo los peces), abstenerse de hacer el amor, exaltar el ascetismo, recurrir al suicidio por *endura* o ayuno prolongado—, ¿acaso no es esta la base del proyecto de una economía pura que ya no tendría necesidad alguna de personas?

El catarismo transforma los cultos de fertilidad en cultos de esterilidad porque la fecundidad incrementa el mal del mundo dominante; funda sobre la castración espiritual aquella cortesía amorosa que señala tanto la aparición de la vida como una conciencia social a punto de reconocerla y de afinarla.

Frente a tal impaciencia por vaciar la vida de su sustancia, el catolicismo desatará, hasta que se restablezca la confianza en los negocios, a sus jinetes de la muerte diferida. El desahogo sanguinario de los cruzados del Norte, que saquean una civilización donde se esboza una perspectiva de la felicidad, es la victoria de la rentabilidad realista sobre la abstracción desencarnada de los intercambios, la venganza, paradójicamente fulgurante, de la muerte duradera y a crédito sobre la muerte gratuita y sin prórrogas.

Sobre el mercado de la pobreza

43. No hace mucho tiempo que apareció la identidad entre la explotación de la naturaleza, la explotación del proletariado y la explotación de la vida, de la que la supervivencia extrae su materia.

²³ He aquí un modelo de pura abstracción del mundo y de uno mismo que se perpetúa en el comportamiento suicida de los clerizárganos de la radicalidad.

Explotadores y explotados son los dos polos extremos de un arco que solo se tensa para disparar al sinsentido las flechas de la vida ausente. Así como la economía celeste se aflige por su materialidad mercantil, el espíritu gime en la prisión del cuerpo y la mano, que desprecia la naturaleza, es despreciada por la inteligencia que la guía, así también el lugar de la pobreza, que es dominado por la apropiación privativa, es la cloaca donde se estanca la soberbia del mundo de los negocios.

¿Cómo se propone la mitología cristiana exorcizar la vieja maldición inherente a la producción lucrativa de inhumanidad? Propagando el modelo reversible de su rey-esclavo, de su insurgente-resignado, de su cadáver humano resucitado en Dios. Ofrece a los oprimidos un pacto de igualdad póstuma a cambio de la sumisión a los poderes espiritual y temporal (*Ríndete al César*, etcétera). Mejor aún, como incentivo especial, da prioridad de entrada al reino de Dios a aquellos que han cultivado el amor a su propia esclavitud y el desprecio de todo goce.

Cuando una incesante labor de propaganda impone una docilidad momentánea a las masas, la Iglesia es experta en exigir una obediencia similar de príncipes y patricios, primeros beneficiarios de la resignación popular. Al inclinarse ante el poder de Roma y aumentar su crédito espiritual por medio de generosas donaciones, los detentores de riquezas y de autoridad ganan todavía más: exoneran su mala conciencia, se lavan de la mierda y la sangre que manchan sus billeteras y sus letras de cambio.

En la cuerda floja de la muerte, donde tiene lugar la supervivencia, la Iglesia avanza y retrocede en un equilibrio siempre precario. Esa será su miserable suerte hasta que la burguesía triunfante la reemplace por el Estado moderno, que apenas tiene más fundamentos.

Cada vez que la pauperización amenaza el orden social de las ciudades, Roma otorga a la cohorte de los desfavorecidos el emblema del Cristo pobre entre los pobres y orgulloso de su indignidad. A veces hasta alienta la agitación popular y le recuerda al poder temporal, e incluso a su propia jerarquía clerical, que su intercesión no es gratuita y que, si la docilidad de las clases peligrosas no se compra con la promesa reiterada de un socialismo del más allá, la espada de la justicia social puede caer sobre las cabezas de los reyes.

En 1077, en Laón, el clérigo Rhamirdus, que encabezó una revuelta de tejedores y predica contra la simonía (la venta de indulgencias) y la corrupción del clero, es condenado por el obispo de Cambrai y muere en la hoguera. El papa, preocupado por el enriquecimiento y el poder creciente de los dignatarios eclesiásticos, se pone del lado de los rebeldes y rehabilita a Rhamirdus. El ejemplo, mil veces repetido, de resentimientos populares avivados por el bajo clero contra el enemigo de clase permite, cada vez que la política pontifical necesite dar una prueba sólida de su capacidad, oponer al hedonismo de los poseedores el ascetismo forzado de los desposeídos, que Roma equipara con el despojamiento voluntario y saludable de Cristo.

De igual manera, cuando el emperador Federico II se alce contra la Iglesia, el papa usará órdenes mendicantes para socavar su prestigio ante la plebe italiana y para fomentar revueltas de las que el partido pontificio —los güelfos— pueda beneficiarse.

Sin embargo, lo que se gana en devoción se pierde en táctica. En un proletariado naciente donde los campesinos mal cristianizados son abandonados al aprendizaje urbano de la crítica racional, de la libertad individual y de los placeres inaccesibles, la idea de un paraíso sobre la tierra librado de la opresión espiritual y temporal se abre camino a través de una permanente confusión. En el seno de las ciudades amenazadas por la conflagración del pauperismo, la diversión de las cruzadas exóticas es sustituida por una voluntad —generalmente proveniente de la burguesía— de desactivar el antagonismo social mediante la creación de un movimiento de pobreza voluntaria. La importancia de una organización así no pasa desapercibida para la Iglesia, que se esfuerza por ponerla bajo su control destruyendo si hace falta cualquier iniciativa que se le escape.

44. La herejía valdense ilustra la oportunidad perdida por Roma en su lucha contra los cátaros y contra los efectos subversivos de la pauperización urbana.

Fundado hacia 1173, en Lyon, por el rico mercader Pedro Valdo (o Valdés), el movimiento de la pobreza voluntaria pretende reanudar la práctica de los apóstoles en la Iglesia de los orígenes. A instigación de Valdo, que ha renunciado a todos sus bienes, el grupo de los Pobres de

Lyon difunde por doquier el mensaje del evangelio según Mateo: «Si quieres ser perfecto, anda, vende lo que tienes y dáselo a los pobres». El éxito de la mala conciencia mercantil es tal que los valdenses se presentan en masa ante el concilio de Letrán de 1179. ¿Cedió el papa, impresionado por su piedad y seducido por la sumisión evangélica que propagan, a la presión del clero secular,²⁴ hostil a cualquiera que practique gratuitamente una caridad tan oportunamente monetizable? Duda en admitirlos, plantea la condición previa de un control absoluto de la Iglesia y les prohíbe predicar libremente.

Ya sea porque, al intuir algún compromiso futuro, se mantiene fiel a la honestidad que se debe, o bien porque el creciente número de sus discípulos le permite desafiar la autoridad de Roma, Pedro Valdo rehúsa doblegarse. En 1181, el papa lanza la excomunión. Desde 1184, los valdenses son perseguidos y quemados como herejes.

Acosados por verdaderos cazadores de recompensas, que más tarde el santo Domingo reclutará en las legiones de la Inquisición, los Pobres de Lyon despiertan en todas partes simpatía por su dulzura y su rechazo a toda violencia, así como atraen el sadismo ordinario de los cobardes por su resignación y su vocación de mártires.

Desde Lyon, el movimiento se expande a través de Provenza, Languedoc, Aragón e Italia, donde Milán, ya convertida al catarismo, se considera como uno de sus baluartes espirituales. Alcanza Lieja, Tréveris, Metz, Estrasburgo, Maguncia y la región renana, antes de llegar a Baviera y Austria.

El concilio de Letrán de 1215, que ordena a los obispos, bajo pena de destitución, perseguir y castigar a los herejes en sus diócesis y fomentar la delación, muestra el poco celo de las autoridades gobernantes por exterminar a las personas que predicán las virtudes de la pobreza resignada.

Aunque el ascetismo valdense se habría opuesto hábilmente a una perfección cátera —que solo era desprendimiento del mundo, un comportamiento apostólico animado por la caridad—, la imbecil persecución de Roma asocia ambos movimientos, los confunde en una misma hostilidad hacia la Iglesia, un mismo rechazo a los melindres eclesiásticos,

²⁴ El obispo de Lyon se opone muy pronto a la reforma de Valdo.

un anticlericalismo que las clases trabajadoras aplauden por odio a la tiranía, la burguesía por repugnancia al parasitismo y la nobleza por la rivalidad entre el poder temporal y el espiritual (que culminará con el enfrentamiento entre Roma y los emperadores de Alemania).

La acusación calumniosa de orgías secretas perpetradas por los valdenses traslada, sobre una comunidad dedicada al ascetismo ejemplar, el reproche de hipocresía tan frecuentemente dirigido a los sacerdotes, que unen la mano izquierda del desenfreno con la mano derecha de la absolución en una perfecta obediencia a Roma. La supuesta orgía valdense, que prefigura el aquelarre de brujas y que vuelve a encontrarse en el *barilotto*²⁵ de los *fraticelli* condenados en 1449, adopta, en el procedimiento inquisitorial, una forma sagrada que evoca los cultos agrarios, cuyo arcaísmo es objeto de horror para el humanismo mercantil.

Al mismo tiempo, el papado se esfuerza por corregir los efectos, desastrosos para este, del encuentro fallido con la pobreza voluntaria. Un grupo de *pauperes catholici*, formado rápidamente por valdenses convertidos y encargados de competir con la herejía, fracasa miserablemente. Por eso, el papa Inocencio III evitará faltar a la cita a la que lo invita un nuevo Pedro Valdo, más diplomático, menos escrupuloso y perfectamente consciente de la vacante de un empleo glorioso en el seno de la ortodoxia: pastor de pobres.

45. A la austeridad cátera y valdense, Francisco de Asís responde con la docilidad de la renuncia. Su perdón de las debilidades humanas, al legitimar el poder atractivo del pecado, apela a reconocer en la Iglesia el único poder capaz de contenerlo eficazmente. A quienquiera que no posea en sí la fuerza compulsiva que exige el apostolado de la pobreza, Roma tiene el privilegio exclusivo de ofrecer su ayuda y ese perdón que, en vista de la debilidad humana, le conviene conceder a cambio de la simonía y las pequeñas transacciones sórdidas a las que sucumbe desde hace siglos.

La exaltación de una virtud que se sabe falible promueve en la orden franciscana un verdadero elitismo de la humildad. Al devolver la

²⁵ El proceso emprendido por Nicolás V con miras a exterminar el partido de los *fraticelli* reedita, bajo la autoridad del santo inquisidor Giovanni da Capestrano, la leyenda de los ritos de promiscuidad sexual (llamados «*barilotto*») acompañados por el asesinato de los niños que nacían como resultado de ellos.

impecabilidad al seno de una Iglesia tanto mejor armada contra el pecado por cuanto nunca escapa de él, Francisco de Asís rebaja los precios promocionales de la virtud valdense, que por desgracia gravan el mercado de las indulgencias.

Pero el talento del hábil ingenuo le permite sacar más ventaja. Ganándole la partida a los cátaros —que no maltratan ni matan a los animales— y a los valdenses —que respetan la vida y son hostiles a la pena de muerte—, el *Poverello* de turno estampa el sello de la cruz patibular en el acto de concordato que establece entre el hombre, la naturaleza y Dios. Al catequizar al lobo, al cordero, al cuervo y al sol, disfraza de santidad al viejo chamanismo que duerme en el corazón de los campos. Gracias a él, los reinos mineral, vegetal y animal hacen una entrada con descuento en los estantes de Dios, que no se había interesado por ellos hasta entonces.

46. Presurosamente digerida por la ortodoxia franciscana, la práctica apostólica de Pedro Valdo dará migraña al papado y cólicos a la orden de san Francisco durante más de un siglo.

Dos tendencias oponen muy rápidamente a los franciscanos en torno a la observancia de la pobreza. Los «conventuales» declaran su fidelidad a una política pontifical dictada cada vez más por el lema implícito del desarrollo mercantil: ¡enriquezcanse! Los «espirituales», por el contrario, desprecian los bienes terrenales y a veces empujan la crítica del *tener* hasta atribuirse la cualidad del *ser* en esa vida que la corriente del Libre Espíritu intenta sacar a la luz.

El elitismo de los espirituales descubre en las teorías de Joaquín de Fiore una fuente de nutrición apropiada para sus pretensiones quiliásticas. En 1254, un espiritual de Pisa, Gerardo di Borgo San Donnino, radicaliza y populariza las ideas joaquinistas en su *Introduitorium in Evangelium Aeternum* [Introducción al Evangelio eterno]. Insiste en el año fatídico de 1260 y profetiza la desaparición de la Iglesia romana y el advenimiento de una Iglesia espiritual que estaba en germen en el franciscanismo. La condenación del libro, en 1255, repercute sobre el abad de Fiore, desde entonces considerado sospechoso de herejía. Condenado a reclusión perpetua, Gerardo di Borgo San Donnino morirá, tras dieciocho años de severo encarcelamiento, sin haber renegado de sus concepciones.

El joaquinismo seguirá encontrando defensores entre los espirituales de la orden franciscana. Según Petrus Iohannis Olivi (o Pierre Olieu) y Ubertino de Casale, ha comenzado el reino del Espíritu Santo. La Iglesia es «la Babilonia, la gran ramera que corrompe a la humanidad y la envenena, entregada a los placeres de la carne, al orgullo, a la avaricia».

El monacato, al suceder al papa —considerado como el Anticristo—, traerá el reino de los santos, donde florecerán aquellas virtudes que llevarán como escapulario la mayoría de los movimientos revolucionarios antiguos y modernos: la pobreza, la humildad y la castidad.

Actitud puramente religiosa la de estos dos clérigos en revuelta contra el papado, que no es digno del cristianismo. Una misma condena amalgama, en sus mentes, el cuerpo —que es el lugar de los placeres culpables— y la materialidad mercantil —territorio de la avaricia apropiadora y del orgullo del poder—. Por eso no sorprende el celo que muestra Ubertino de Casale, reducido más tarde al exilio para escapar del resentimiento de Juan XXII, en la represión del Libre Espíritu en Toscana, en el valle de Espoleto y la región de Ancona, «lo que ningún inquisidor anterior a él había osado emprender».²⁶

Tal enfoque responde precisamente a la necesidad de purgar la corriente espiritual de la sospecha de Libre Espíritu a la que se exponen, en la frontera entre el franciscanismo y la herejía, los que la Iglesia denomina «*fraticelli*». El programa de lucha política y social que se esboza en las ciudades italianas tiene una repercusión doble en el movimiento franciscano. Genera el milenarismo revolucionario de Gerardo Segarelli y especialmente de Dulcino de Novara, así como una especulación intelectual regida por la voluntad de purificar la Iglesia de su corrupción (programa que sigue siendo el de Savonarola en 1491). Ambas opciones alimentan una mayor desconfianza hacia la seducción que ejerce entre los sencillos la reivindicación de la libertad de naturaleza.

47. En el año joaquinista de 1260, un boticario de Parma, Gerardo Segarelli, renuncia a sus bienes y funda la secta de los apostólicos. Así se repite, una vez más, y ya demasiadas veces para la Iglesia, el gesto de Pedro Valdo. Inicialmente alentados por el obispo de Parma, los

²⁶ Angelo de Clareno, *Historia septem tribulationum ordinis minorum*.

apostólicos, que superan a los franciscanos haciendo resonar en las calles el lema «*Penitençagite!*» [¡Haz penitencia!], inquietan al papa Honorio IV, que los acusa de herejía (bula del 11 de marzo de 1286).²⁷ Un año más tarde, el concilio de Würzburg prohíbe a los fieles recibir y alimentar a los apostólicos errantes, que vestían con ropas extravagantes y eran llamados «glotones» (*leccatores, ghyottoni, scrocconi*).

Aunque la doctrina de Gerardo Segarelli se asemeja a la pobreza voluntaria, es posible que se hayan colado gradualmente, bajo la idea de perfección vinculada al no-tener, las aspiraciones de los sencillos a la libertad de naturaleza. Si bien Ángel de Clareno cede a la polémica cuando acusa a Segarelli de haber introducido en Italia la llamada doctrina «del espíritu de libertad», hay cierta similitud entre las tesis de William Cornelius de Amberes y las ideas de Segarelli, quien afirma que la vida de los pobres es la verdadera vida de los apóstoles, pues «es la más libre y perfecta de las vidas [...]: libertad para adorar a Dios, libertad de juramento, libertad en las relaciones entre el hombre y la mujer».

Tras la muerte de Gerardo Segarelli, quemado en Parma el 18 de julio de 1300, un franciscano disidente, Dulcino de Novara, asume el liderazgo de los apostólicos. En Dulcino se encarna el encuentro entre el movimiento insurreccional de los campos y el milenarismo joaquinista, tal y como fuera radicalizado por Gerardo di Borgo San Donnino y Gerardo Segarelli. De 1304 a 1307, Dulcino²⁸ y su compañera, Margarita, organizan una comunidad campesina en la región de Piemonte donde, de acuerdo con la intención milenarista, se diseña un programa de supervivencia colectivista.²⁹

Los apostólicos son llamados a formar, alrededor de la pareja, la semilla de un mundo nuevo donde los bienes necesarios para la supervivencia se comparten, la propiedad se abole y el matrimonio, que reduce a la mujer a un objeto de apropiación, se suprime (lo que la represión de los inquisidores interpreta en términos de «violación colectiva»).

²⁷ J. de Guibert, *Documenta ecclesiastica christianae perfectionis*, Roma, 1931. Bula del 11 de marzo de 1286.

²⁸ E. Anagnine, *Fra Dulcino e il movimento ereticale all'inizio del Trecento*, Florencia, 1964.

²⁹ Por más desacralizados que pretendan estar el colectivismo proletario de los bolcheviques y el colectivismo nacionalista del fascismo, ambos continúan obedeciendo a la forma religiosa que caracteriza la estructura del modo de producción agrario. El predominio agrícola en Rusia y el sueño de un retorno a la tierra de la Alemania industrializada se unen en la uniformidad burocrática del Estado.

Después de la ejecución de Dulcino y su compañera, el 2 de julio de 1307, en Vercelli, los apostólicos se confundirán, la mayor parte del tiempo, con los begardos y las beguinas.

48. Hacia el final del siglo XII surgen, generalmente por iniciativa de magistrados o de burgueses adinerados, asociaciones a la vez religiosas y laicas, cuyos miembros, denominados «begardos» y «beguinas», viven en casas comunitarias conocidas como «beguinaros».

Estas comunidades, que fueron fundadas como una medida de utilidad pública para contener la multiplicación de pobres en las ciudades que drenan un excedente de mano de obra del campo, son independientes de todo orden monástico y están bajo la vigilancia exclusiva del obispo. La afluencia de mendigos y mendigas no dejó de aumentar considerablemente, sobre todo en las ciudades del norte como Lieja, donde los primeros establecimientos datan de 1180-1184 (y son, entonces, contemporáneos a las iniciativas de Pedro Valdo en Lyon), Tienen (1202), Valenciennes (1212), Douai (1219), Gand (1227), Amberes (1230). En 1250, hay más de mil adherentes en París y Cambrai, y dos mil en Colonia.

La corriente del Libre Espíritu tiene un eco particular, en el que se mezclan confusamente los intereses individuales y comunitarios, en estos beguinaros de los que Jundt pinta un cuadro idílico:

En Francia y en Alemania, las beguinas vivían en grupos bastante grandes en una misma casa, mientras que en Bélgica su vivienda nos recuerda más a nuestros barrios obreros modernos que a un claustro: se componía (y aún a día de hoy) por una serie de residencias bastante pequeñas, donde vivían no más de dos o tres beguinas por casa; en el centro, una iglesia y un hospital se alzaban para las hermanas de más años o enfermas; muy cerca de ahí había un cementerio. El estilo de vida de estas mujeres se encontraba entre la vida monástica y la vida profana. No renunciaban en absoluto a la compañía de los hombres, a los asuntos y preocupaciones terrenales; hacían voto de castidad y obediencia, pero no de una manera absoluta como las religiosas; ellas conservaban la libertad de renunciar a la asociación cuando querían y de contraer matrimonio. Las que no eran completamente pobres podían incluso dejar una cierta parte de sus bienes en testamento. Dentro de sus casas, se ocupaban de diferentes labores femeninas y consagraban

una parte de su tiempo a las oraciones y lecturas piadosas. Generalmente, también visitaban a diferentes familias del pueblo para cuidar de los enfermos; cuando recibían herencias, se dedicaban a celebrar el aniversario de la muerte de sus benefactores asistiendo a misas para el reposo de su alma y recitando oraciones sobre sus tumbas. Las beguinas gozaban así de la mayoría de los beneficios de la vida en el convento, sin experimentar sus desventajas.

No tardarán en encontrar imitadores. Cofradías de artesanos, la mayoría tejedores, se formarán siguiendo su ejemplo en las diferentes ciudades donde ellas tenían establecimientos. Llamados por el pueblo *begardos*, los miembros de estas asociaciones sumamente laicas gozaban de la misma independencia que las beguinas; consagraban su vida al trabajo manual, así como a los ejercicios de la piedad, y de este modo atrajeron la simpatía de la gente.

El éxito de estas dos sociedades religiosas no dejará de encontrar enemigos, especialmente en el clero secular, que sentía envidia. Los curas de parroquias recibían una cierta suma al año a título de compensación por las pérdidas provocadas por la presencia de un sacerdote especialmente apegado a cada una de estas asociaciones; incluso renunciaban a una parte del precio de los entierros cuando algún rico burgués, y el caso no era raro, pedía ser sepultado en el cementerio dependiente del establecimiento: en cuanto a las órdenes religiosas, no podían más que perder ante el prestigio creciente de estas fundaciones piadosas, que las privaban no solo de la colaboración de muchos miembros, sino también de donaciones importantes.

El concilio de Letrán había decretado que en el futuro ninguna orden obtendría la aprobación pontifical; fue esta decisión la que se utilizó contra las beguinas y los begardos para acusarlos, entre otras recriminaciones, de formar una asociación no reconocida por la Iglesia. Ya en 1240, Juana de Flandes consideró necesario ordenar a sus magistrados que los defendieran de sus expoliadores; cinco años más tarde, Inocencio IV los tomó especialmente bajo su protección. En 1261, Urbano IV escribió al deán de Lovaina «para que los proteja de los imprudentes que los afligen y no permita que sean acosados mediante juicios contra sus personas o sus bienes». Pero, en 1274, Gregorio X renovó la sentencia del concilio de Letrán y a partir de entonces comienza el declive de la institución de los begardos y las beguinas, acelerado aún más por las

acusaciones de herejía que no tardarán en golpearlos. Desde fines del siglo XIII, para salvar su existencia, estas asociaciones religiosas fueron obligadas, una tras otra, a sacrificar su independencia y a ponerse bajo la protección ya sea de los franciscanos o de los dominicos aceptando la tercera regla de esas órdenes. Las persecuciones a las que estuvieron expuestas, y sobre todo su absorción progresiva en el clero regular, las hicieron desaparecer en Francia y en Alemania después de cierto tiempo. A mediados del siglo XV, en los Países Bajos, se forma la *Congregación de begardos de la tercera regla de san Francisco* dirigida por una asamblea anual reunida en Zipperen; de ahí su nombre de *Congregatio Zipperensis*. Después de la tormenta del siglo XVI, esta congregación, reducida a un número de miembros bastante restringido, fue reunida, por Inocencio X, con los franciscanos terciarios de Lombardía y desde entonces no fue más que una provincia de la orden de san Francisco.³⁰

Sobre el mercado de la penitencia

49. La Iglesia abomina el pecado cuando no es ella la que recauda el impuesto. Odia a la naturaleza, cloaca de todas las tentaciones, pero no odia a la naturaleza pecadora, fuente de sus ingresos. Así es su bondad, sin límites, como la del psicoanálisis, porque absuelve la culpa, siempre reincidente, haciendo que se pague por ella.

Ella dirige sus flechas no tanto al avaro, al licencioso, al bebedor, al torturador, al asesino, como al asceta insensible ante el deseo, al hombre honesto cuya virtud no requiere garantía eclesiástica, a los «puros», valdenses y cátaros, que practican ellos mismos la remisión de los pecados, a los sencillos, que ignoran el pecado, y a los partidarios del Libre Espíritu, que los confortan en la inocencia de naturaleza.

Cuando las religiones antiguas condenaban el goce, al menos toleraban el desahogo. Las fiestas orgiásticas, los sacrificios sangrientos, la ferocidad guerrera, el potlatch, la violación y el delirio de los sentidos regulaban el flujo compensatorio de una vida sacrificada al trabajo.

³⁰ A. Jundt, *Histoire du panthéisme populaire au Moyen Age et au XVI^e siècle*, París, 1875, pp. 45-46.

El catolicismo está tan bien instruido en la escuela del imperialismo mercantil de Roma que inventa un impuesto sobre las pasiones. A los placeres, cuya represión e inversión saldaban una primera vez el derecho a la supervivencia, la Iglesia agregó un impuesto de transmisión. Los desahogos son tarifados. Los vicios que engendra una virtud imposible se pagan a precios de mayoreo y menudeo.

Para que nadie, bajo el argumento de una conducta irreprochable, pueda evitar la estación de peaje de los confesionarios, el cristianismo universaliza y racionaliza, con el nombre de «pecado original», aquel viejo sentimiento de ser indigno, que proviene de la usurpación del mérito humano por los dioses. Su empresa de limpieza espiritual sumerge a toda la humanidad en el lodazal del sentimiento de culpa. Por haber desafiado la prohibición del Dios productor, la unión amorosa de Adán y Eva mancilla para siempre el amor; mancha, en el nacimiento —y por el sufrimiento—, al niño nacido de un acoplamiento sensual, del cual solo la madre de Cristo es la única que escapa. (Es verdad que la Pasión del Hijo nacido sin mácula es, a la inversa de la pasión amorosa, el arte de aprender a sufrir y a morir; esencia y sentido único de la supervivencia, como lo saben bien los poetas y filósofos).

Dotados del privilegio de confesar, castigar y absolver, los sacerdotes —negros cuervos del juicio final— no tienen otra función más sagrada que comportarse como diligentes recaudadores del impuesto a las inclinaciones naturales. Los historiadores generalmente han equiparado el anticlericalismo con la nostalgia de una religión purificada del mercantilismo eclesiástico, como es el caso entre los cátaros, los valdenses, los apostólicos y aquellos sectarios de moral cristiana que prefiguran a los ateos moralizadores del siglo XIX. Entre los sencillos, se despierta una misma repugnancia espontánea ante los recaudadores del diezmo, los vendedores de indulgencias, las ratas de confesionario y la religión donde todo se paga: nacimiento, muerte, copulación, placeres y displaceres. (Solamente hacia el siglo XV, a través de su control del mercado del miedo y de la muerte, la Iglesia se impondrá en las mentalidades como un servicio público tan inevitable como el último suspiro).

50. La lucha por la supremacía absoluta de la Iglesia en el mercado del pecado y de la penitencia domina, en el siglo IV, la polémica entablada

contra Pelagio, que niega el pecado original y estima que el hombre de bien, armado de una voluntad inquebrantable, puede resistir la tentación. Pelagio, que reconoce la atracción del mal y el poder de triunfar sobre él, no ha comprendido que el descrédito cristiano del cuerpo y de los placeres tiene como su único punto de interés que el hombre padezca, como una misma e irrefrenable caída, la atracción de los impulsos naturales y la angustia de sucumbir a ellos. La condenación de la herejía pelagiana manda a la hoguera a todos los consagrados a la perfección moral; a los inocentes, que no se les pasa por la cabeza la idea del pecado; y a los ingenuos, que se indignan ante la idea de que un niño sea culpable desde su nacimiento y que rechazan el bautismo, ese contrato de rentabilidad espiritual y material que la Iglesia establece en nombre de cada superviviente.

Sobre el mercado del miedo y de la muerte

51. El miedo a morir no es más que la forma lógica del miedo a vivir. Es, pues, un terreno completamente preparado para la conquista de la Iglesia romana. Sin embargo, morir a uno mismo para franquear la muerte como una puerta familiar, abierta al reino de los cielos, implica primero la obligación inmediata de merecer esa muerte que es el regalo de bienvenida de Dios. Si la alegría por venir no se funda en el sacrificio del presente, ningún poder podrá asegurar su presa. La burocracia clerical no tiene otra razón de ser más que en el reino de la supervivencia terrestre para secretar el reino de la supervivencia celeste; un proyecto, por cierto, que los milenarismos burgueses y proletarios se contentan con desacralizar. El fin del mundo, con o sin renovación, solo es rentable mientras dure la espera. La economía profetiza el horror apocalíptico de su desaparición únicamente sobre la base del horror de una vida ya arruinada.

La hambruna de 1250, la peste de 1259, la lucha sangrienta entre güelfos y gibelinos, el plazo joaquinista radicalizado por Gerardo di Borgo San Donnino, todos estos acontecimientos están relacionados con la aparición en Perugia del movimiento de los flagelantes hacia 1260.

Inicialmente alentado por la Iglesia —el santo inquisidor Vicente Ferrer habría sido el instigador de la corriente flagelante en España—,

el autocastigo histórico y colectivo amenaza rápidamente el privilegio clerical de atormentar y consolar. La reivindicación del infierno en la tierra despoja de todo prestigio a los mercaderes del más allá. Tanto más por cuanto se extiende, entre los flagelantes, la idea de que entregarse voluntariamente a ultrajes y laceraciones es una manera de identificarse con Cristo, incapaz de pecado, y libera del control de la Iglesia.

Entre otros heresiarcas, Meco del Sacco (o Dominico Savi) —quemado en Ascoli el año 1344—, jefe de un grupo de *fraticelli* y flagelantes desde 1320, predica un comportamiento donde se discierne confusamente una influencia lejana del Libre Espíritu. Enseña, en efecto:

Las caricias impúdicas llevadas hasta el goce no son un pecado; los hombres y las mujeres que rezan juntos en la oscuridad de la noche no pecan, sea lo que sea que hagan al mismo tiempo; las mujeres tienen permitido flagelarse desnudas y en público por sus pecados; los laicos también tienen la facultad de absolver todos los pecados.³¹

Una vez roto el difícil equilibrio entre la parte de vida y la parte de muerte, a partir de lo que se forma monstruosamente la supervivencia, la Iglesia se ve simultáneamente arrastrada por una carrera mortal hacia la aniquilación y destrozada por su inesperada inversión en un apetito de vivir sin demora. Mientras reprime al movimiento flagelante, la Iglesia funda, sobre el autocastigo colectivo, sobre esas danzas macabras que, en el siglo XIV, celebran la fiesta interminable de la vida muerta, una auténtica devoción en la que el tiempo del sufrimiento aceptado se paga a término —ni antes ni después— mediante la liberación de una muerte consoladora, de una madre que ha venido de las virginidades del más allá para llevar de vuelta a su seno a los niños perdidos de la humanidad. Si la muerte sigue siendo terrible, se debe a que es fatalmente mujer y solo la Iglesia puede concederle una benevolencia maternal.

Sobre la mujer exorcizada, o la monja

52. La misoginia, que persigue a la economía y a sus representaciones, proviene de que la mujer porta la vida y la ofrece a una sociedad que no tiene ningún uso para ella. No existe ninguna civilización mercantil

³¹ R. Guarnieri, *Il Movimento del Libero Spirito. Testi e Documenti*. Roma, 1965, p. 427.

que no la reduzca a la inmaterialidad de la virgen y a la producción maternal de carne con fines de lucro. Debe convertirse en virgen de sensualidad inútil antes de engendrar, en la misma inutilidad sensual, futuros productores.

Excluida de un cuerpo alquilado como útero, celebrada como objeto de placer y despreciada en el amor que este encierra —y que es el amor de la vida—, la mujer siembra a su paso la fascinación de lo prohibido. La emoción de su mirada da acceso al universo secreto del goce y su olor es como el de la tierra vegetal, arcano de toda creación. Así la percibieron confusamente ciertos gnósticos.

Cada vez que una época manifiesta la huella de la irradiación femenina, es la señal de que una savia viviente se eleva en el bosque petrificado por los miserables sortilegios del viejo mundo. Y rara vez transcurre mucho tiempo entre el resplandor fugitivo de su presencia, el aliento pestilente de la represión que la mutila y la recuperación que la distorsiona.

La feminidad ya se niega en las sacerdotisas de los cultos antiguos, unas veces en la sabiduría viril de Atenea, otras en el cruel desahogo de las ménades. La Iglesia actúa del mismo modo cuando impone a la mujer, ser inútil, regular su conducta desposando a Cristo o al diablo.

El desarrollo de comunidades de monjas entre los siglos XII y XIII coincide con la importancia creciente de la mujer en la sociedad (sus derechos son, por entonces, más amplios que los que le concederá el célebre Código, en el cual Bonaparte compensa con rigidez militar la debilidad de su complexión amorosa). La exaltación mística de la «mujer santa» ofrece a lo reprimido la válvula de escape de una sensualidad saciada por el espíritu. La hierogamia sacraliza el desbordamiento erótico.

Virgen, esposa, madre e hija de Cristo, la monja entrega su exuberancia sexual a un fantasma que es la encarnación de lo desencarnado, la carne simbólica de lo inmaterial, el árbol del amor arrancado de sus raíces y podado para leña de muerte donde cuaja, en lugar de semen, un negro coágulo. Con tanto fuego dirigido hacia un cadáver congelado, ¿resulta extraño que se forje, en el seno del amor entregado a un Dios infinito, un infinito de amor donde Dios se destruye?

La Iglesia, que apenas ve más allá de su porción de cielo y de tierra, de cuerpo y de espíritu, de ángel y de bestia, otorga así un sello de santidad a esas apasionadas que buscan el absoluto del amor en la

exaltación de los sentidos. Y quemará como herejes y brujas a aquellas cuya exuberancia ridiculice su autoridad, porque escapar de su control significa necesariamente entregarse a otro amo. La monja cabalga inconscientemente la escoba.

El Libre Espíritu ha encontrado una vía de acceso natural, por así decir, en el debate sobre el amor que domina los siglos XII y XIII. Al radicalizar la corriente cortés y devolver el amor, desecado en la efigie detumesciente del crucificado, a su totalidad sin ley, no encontrará peor enemigo que la mística, principalmente masculina, donde es a la vez espiritualizado y denunciado como perversión.

El misticismo de Eckhart, Suso, Tauler, Ruysbroeck, Groote indica la revancha del espíritu sobre las tentativas de emancipación del cuerpo. La propia denominación de «Libre Espíritu» para designar la libertad de naturaleza y su transmutación obedece igualmente a una voluntad de reducción espiritual, que es la esencia misma de las religiones. Pero el molde, colocado erróneamente en el estante de las herejías y de las ideas en sí, causa la desesperación de los comerciantes papales: se rompe ante el mero recuerdo de la realidad cuya impronta ha conservado.

Eckhart acusa al Libre Espíritu de tomarse al pie de la letra lo que ha concebido en función del espíritu; Ruysbroeck clama para que se desate la ira de la Inquisición sobre Bloemardinne. En el siglo XIV, Gerardo Groote funda el movimiento de la *Devotio moderna* para extirpar el Libre Espíritu de la doctrina contemplativa en la que, bajo la forma del amor divino, trae a Dios de vuelta al hombre en un devenir sin comienzo ni fin que es nada más y nada menos que un continuo de atracción amorosa. En 1380, Groote denunciará a Bartolomé, un agustino partidario del Libre Espíritu en Holanda oriental, y conseguirá desenterrar el cuerpo de Mateo de Gouda, quien había afirmado que tenía «más motivos que Cristo para llamarse Dios».³²

Para distinguirse de la vida, de la cual es la negación absoluta, la mística no desdeña descender a lo más bajo de la tierra con el fin de magnificar al verdugo.

³² *Ibidem*, p. 459.

53. Bajo las escaras de la especulación teológica, la disputa en torno al Espíritu Santo abre una herida en la supervivencia de la Iglesia.

Al arrogarse el control del espíritu, la Roma pontificia identifica su misión con la salvación de la civilización. Posee por mandato divino la función de gobernar el cuerpo individual y el cuerpo social, de defender la ciudadela del orden económico contra la amenaza de los impulsos animales y la violencia de los explotados. Asegura su control mediante un trabajo incesante sobre la materia bruta de las pasiones y sobre esa masa social que los clérigos llaman desdeñosamente los «sencillos».

Los sencillos escapan de su naturaleza bestial mediante la forma divina que les otorga la Iglesia, por el espíritu que heredan durante el bautismo y que garantiza la observancia escrupulosa de los rituales y los sacramentos. Por eso se libran del castigo reservado a los herejes. Solo son bestias, a las que hay que tratar, por lo demás, como bestias rabiosas en caso de sedición. La sanción ejemplar está reservada a los pastores malvados, a los guías perversos, a los heresiarcas, cuyo pecado de orgullo los incita a reemplazar a la Iglesia en el otorgamiento de la santidad de espíritu.³³ Porque la Iglesia tiene el deber de destruir a cualquiera que se interponga en su camino o rivalice con ella en su rol de guía.

La reserva de caza de lo espiritual es el único terreno donde la Iglesia puede lanzar sus tropas al asalto de lo temporal. Al coronar simultáneamente la autoridad del Padre y la revuelta complaciente del Hijo, el Espíritu Santo gobierna la tierra fingiendo no tener nada que ver con ella³⁴ (del mismo modo que la Iglesia no condena a muerte, no derrama sangre y recomienda hipócritamente la clemencia cuando entrega sus víctimas a la justicia laica).

En las antípodas de ese espíritu libre —es decir, aniquilado como pensamiento separado y disuelto en la libertad de naturaleza—, el Espíritu Santo es el lugar donde se invierte la superación posible, el círculo en movimiento de lo inmóvil, el intercambio que sustituye el cambio.

³³ La función sublime del espíritu se perpetúa hasta nuestros días. La intelectualidad, que es su forma desacralizada, continúa dirigiendo, de izquierda a derecha y de derecha a izquierda, el rebaño de los sencillos —ciudadanos, proletarios, electores—, a tal punto considerados como idiotas que es preciso admitir que aquellos que los gobiernan son, en el mejor de los casos, la inteligencia de los imbéciles.

³⁴ En el original, *sans avoir l'air d'y toucher*. Se trata de una expresión que alude a alguien que dice o hace algo con aire de falsa ingenuidad, ocultando sus intenciones. [N. de T.]

Bajo el nombre de «Libre Espiritu» se esconde la corriente oculta de lo vivo, la parte de vida irreductible a la economía y, en consecuencia, a la religión, que es su forma mítica. Su rastro está surcado de destellos, que resultan inexplicables para los historiadores, herejías, milenarismos, reivindicaciones sociales, ideologías; sin embargo, no pertenece ni a la herejía, ni al milenarismo, ni al movimiento social, ni a la filosofía. Expresa la voluntad de superar la separación impuesta a la vida arrancada de sí misma, de destruir, en la emancipación de los goces y la creación del amor, la patética pareja del Dios opresor y de la naturaleza oprimida.

Por eso, incluso lo que nos transmite el lenguaje de la época lleva el sello de lo inmutable. Las tesis de Eloi y de Quintín en el siglo XVI difieren poco de las opiniones de los amaurianos del siglo XII. La fuente nunca se ha secado, brota en las fracturas de la historia, estalla atravesando el suelo al menor deslizamiento de tierra de la mercancía. Si hoy aparece a plena luz del día, en un lenguaje donde las palabras se ahorran a Dios y a sus fábulas, es porque las ilusiones de nuestra época se desvanecen al nivel de la tierra, donde lo único que está en juego en adelante es: vivir o sobrevivir.

El movimiento del Libre Espiritu en sus principales manifestaciones desde el siglo XIII al XVII

Sobre los amaurianos

54. La preocupación por identificar como una herejía particular los comportamientos que escapan del control de la Iglesia reunió, bajo el nombre de «amaurianos» (o almaricanos), a los discípulos de Amaury de Bène, seguidores de una doctrina inicialmente condenada en París, en 1209, y en Amiens, en 1211.

Clérigo originario de Bène, no lejos de Chartres, el maestro Amaury enseña en París, donde es considerado como una mente sutil. Después de haber destacado en el campo de la lógica y de las disciplinas literarias, se orienta hacia la teología, donde, según Jundt, muestra opiniones originales y una gran independencia de juicio.

La reputación de la que gozaba le atrajo incluso la consideración de Luis, delfín de Francia. La tesis fundamental de su teología era que todo cristiano tiene el deber de creer que es miembro de Cristo y que realmente ha sufrido con Cristo el suplicio de la cruz. Esta proposición ocasionó fuertes contradicciones en el seno de la universidad y Amaury se vio obligado, en 1204, a presentar el debate ante el papa, que se pronunció en su contra.

Al regresar a París, y presionado por sus colegas, se retracta de la proposición desacreditada, aunque no sin protestar en lo más profundo de su conciencia contra la confesión que le habían arrancado. Debilitado por el dolor que le causaba esta humillación, cayó enfermo y murió poco después de 1207. Fue enterrado cerca del monasterio de Saint-Martin-des-Champs. En ninguna parte se hace mención de los libros que habría escrito.³⁵

³⁵ Jundt, *op. cit.*, pp. 20-21.

Una doctrina verdaderamente subversiva habría exigido un castigo más severo que la simple desaprobación del papa y la sola retractación de Amaury. Todo indica, más bien, que el accidente en la carrera del teólogo se debe al efecto de una de esas odiosas campañas, comunes entre miembros de sectas y universidades, que buscan arruinar la reputación póstuma de una mente suficientemente original como para despertar envidia. ¿De qué modo? Atribuyéndole como discípulos personas «groseras», que la Iglesia considera más interesadas en el epicureísmo que en la metafísica.³⁶

Existe, sin embargo, una razón para la condenación del papa de la tesis según la cual «todo cristiano tiene el deber de creer que es miembro de Cristo y que realmente ha sufrido con Cristo el suplicio de la cruz». Aunque edulcorada por su carácter especulativo, esta tesis se hace eco de una opinión popular de la que da testimonio la doctrina de los supuestos amaurianos. Ella infiere del sacrificio de Cristo, que murió por los pecados de la humanidad, que la culpa así redimida libra a todos los hombres de tener que pagarla por segunda vez mediante el sufrimiento, el pecado y la penitencia.

Al igual que Eckhart, cuyas proposiciones condenadas expresan filosóficamente lo que el comportamiento de los sencillos expresa confusamente en lo vivido, Amaury y, de forma más precisa, los amaurianos no hacen más que explotar, a través de un proceso de racionalización, la dramática banalidad de que el infierno está tan presente en la tierra como para que importe menos atormentarse que aprender a disfrutar de los placeres.

55. Los amaurianos arrestados en la región parisina en 1209 no fueron ni el único grupo ni tampoco el más importante en términos numéricos. Sin embargo, la presencia de letrados, algunos de los cuales eran cercanos a Amaury, ofrece la oportunidad de manchar la reputación de ortodoxia del maestro al tiempo que confiere al castigo una eficacia ejemplar. En su *Dialogus Miraculorum* [Diálogo de los milagros], Cesáreo de Heisterbach³⁷ presenta una lista de los principales acusados:

³⁶ G. -C. Capelle, *Amaury de Bène, étude sur son panthéisme formel*, París, 1932.

³⁷ Nacido alrededor de 1180, Cesáreo entró al monasterio cisterciense de Heisterbach hacia 1198-1199. Curioso de los eventos visibles e invisibles, está obsesionado con

Al mismo tiempo que las herejías albigenses causaban estragos en París, fuente de todo saber y pozo de las divinas Escrituras, la seducción diabólica se apoderó de la mente perversa de algunos letrados, cuyos nombres se dan a continuación:

– Maestro Guillermo de Poitiers, subdiácono. Enseñó artes en París, donde había estudiado teología durante tres años.³⁸

– El subdiácono Bernardo.

– El orfebre Guillermo, su profeta.³⁹

– Esteban, cura de Vieux-Corbeil.

– Esteban, cura de La Elle.

– Juan, cura de Occines.⁴⁰

Todos esos miserables habían estudiado teología, salvo Bernardo.⁴¹

– Dudon, asistente particular del maestro Amaury. Sacerdote, había estudiado teología durante una decena de años.

– Elmange, acólito.

– Odon, diácono.

– Maestro Guérin [o Garin], que profesó artes en París, donde había estudiado teología con el maestro Esteban, arzobispo de Canterbury.

– Ulric, cura de Lucri,⁴² un sexagenario que había estudiado teología durante largo tiempo.

– Pedro de Saint-Cloud, cura y sexagenario, también versado en teología.

– Esteban, diácono de Vieux-Corbeil.

la presencia del diablo, que encuentra en todas partes, dos siglos antes de que los cazadores de brujas lo conviertan en un temible huésped de los campos, las ciudades y el subconsciente. Encargado de la formación de novicios, dejó varios tratados pedagógicos.

³⁸ Cesáreo hace énfasis en la edad, el conocimiento, la responsabilidad teológica: cualidades que hacen tanto más compleja la acusación de usar el intelecto con fines hostiles a la Iglesia.

³⁹ Guillermo Aurifex, es decir, el Orfebre. Puede que se trate de un pseudónimo o incluso de una alusión a una actividad de alquimista. Según el cronista Guillermo el Bretón, su celo intempestivo habría despertado las sospechas de la Iglesia. Su título de «profeta» parece indicar que difundió las ideas de Joaquín de Fiore bajo una forma radical casi cincuenta años antes que Gerardo di Borgo San Donnino.

⁴⁰ Según d'Alverny, se trataría de Ursinos, cerca de Saint-Cloud. Véase M. -T. d'Alverny, «Un fragment du procès des amauriciens» en *Archives d'histoire doctrinale et littéraire du Moyen Age*, París, 1950-1951, vol. XVIII, p. 332.

⁴¹ Es uno de los primeros en expresar (en la hoguera) la idea de la realización de Dios en el hombre.

⁴² Según Hauréau, se trataría de Lorrís. Véase B. Hauréau, *Histoire de la philosophie scolastique*, París, 1880.

Estos fueron aquellos que, por inspiración diabólica, imaginaron y difundieron ardorosamente, en no pocos lugares, grandes y numerosas herejías.⁴³

56. El arresto y la condena son reportados por el cronista Guillermo el Bretón:

El rumor [sobre las actividades del grupo] llega secretamente a conocimiento de hombres venerables como Pedro, obispo de París,⁴⁴ y el hermano Garin, consejero del rey Felipe [Augusto]. A fin de llevar a cabo una diligente investigación sobre los miembros de esta secta, envían furtivamente a un clérigo, el maestro Rodolfo de Namur.⁴⁵ Así comisionado, este Rodolfo, ingenioso, astuto y verdadero católico, fingió entusiasmarse y respaldar a la secta cada vez que visitaba a uno de sus miembros. Ellos, pensando que estaban tratando con uno de los suyos, le revelaban sus secretos.

Así quiso el Señor que, después de varios años de disimulación, muchos miembros de la secta fueran localizados, capturados y llevados a París. Allí fueron presentados ante el concilio que se había reunido. En presencia del arzobispo de Sens y de Pedro de París, fueron condenados, degradados de la orden a la que pertenecían y entregados a la justicia del rey Felipe. Este, un rey muy cristiano y católico, llamó a los verdugos e hizo quemar en la hoguera a todos los condenados. Esto ocurrió en París, extramuros, en un lugar llamado *Les Champeaux*.⁴⁶

⁴³ Cesáreo de Heisterbach, *Dialogus Miraculorum*, ed. Joseph Strange, Colonia, 1851, vol. I, cap. XXII. Los documentos traducidos constituyen solo una ínfima parte de lo que queda por publicar y descubrir. Estos bastan para corregir la opinión que varios siglos de adoctrinamiento religioso han impuesto a las mentes siempre prestas a olvidar la vida que pretenden gobernar. Cada cual es libre de interpretarlos como prefiera. Por mi parte, me he conformado con extraer de ellos lo que porta la huella de lo vivo y del uso apasionado que se les puede dar hoy.

⁴⁴ Pedro de Corbeil.

⁴⁵ Su delación le valdrá ser nombrado, más tarde, cantor de la Iglesia de Cambrai.

⁴⁶ Les Champeaux se situaba más allá de la puerta de San Honoré en la ubicación actual de las Halles (d'Alverny, *op. cit.*, p. 328, nota 4). En realidad, diez de los acusados subieron a la hoguera el 19 de noviembre de 1209: Guillermo de Poitiers; Bernardo, el único que fue arrestado en París; Guillermo el Orfebre; el diácono Esteban; Esteban, cura de Vieux-Corbeil; Esteban, cura de La Celle-Saint-Cloud; Juan, cura de Ursinos; el cura Dudon, asistente personal de Amaury; el acólito Elmange; y el diácono Odon. Murieron sin manifestar el menor arrepentimiento. Según el *Chartularium Universitatis Parisiensis* [Cartulario de la Universidad de París], «Bernardo se atrevió a afirmar que, en cuanto a lo que él era, no podía ser consumido por el fuego, ni atormentado por la tortura, pues, dijo, en la medida en que existía, era Dios [literalmente “decía que

Sin embargo, las mujeres y otros sencillos, la mayor parte engañados y corrompidos, fueron perdonados.⁴⁷ Por otro lado, como se había demostrado que la secta tenía sus orígenes en el predicador heresiarca Amaury, este, que creía reposar en la paz de la Iglesia, fue excomulgado póstumamente por el concilio. Sus restos, expulsados del cementerio sagrado, fueron reducidos a cenizas y esparcidos entre la basura. Bendito sea Dios en todas las cosas, pues denuncia a los impíos.⁴⁸

57. Aunque la Iglesia se preocupa sobre todo de denunciar y sacar de su guarida a los espíritus diabólicos, a los cuales atribuye la responsabilidad de la «perversión herética», los supuestos amaurianos se multiplican por todas partes. Su presencia, detectada primero en cuatro diócesis de los alrededores de París, se manifiesta incluso en Alsacia y Suiza.

En 1211, un clérigo, el maestro Godin, es arrestado y quemado en Amiens. Después de su juicio, el cisterciense Garnier de Rochefort, que era obispo de Langres, extiende la lista de acusaciones elaborada durante la condena de los amaurianos de París. La lista de errores constituye un orden de búsqueda que debe permitir a los agentes de la Iglesia identificar, interrogar y condenar a los sospechosos de diseminar el Libre Espíritu.⁴⁹

era Dios en tanto ser existente, porque lo que él era, lo era en Dios» (H. S. Denifle y E. Chatelain, *Chartularium Universitatis Parisiensis*, París, 1998, vol. 8, pp. 70-71. [Citado en N. Cohn, *En pos del milenio. Revolucionarios milenaristas y anarquistas místicos de la Edad Media*, Madrid, Editorial Alianza, 1981, p. 154, N. de T.]). Otros cuatro fueron condenados a cadena perpetua: Ulric, Pedro de Saint-Cloud, el maestro Guérin y Esteban, subdiácono de Vieux-Corbeil.

⁴⁷ Las mujeres y los sencillos son tratados como animales sin espíritu, rebaño descarriado de los caminos de la Iglesia por la acción de pastores malévolos inspirados por el diablo de la naturaleza insurgente. Retornados al seno de la Iglesia, sometidos al control parroquial de nuevos sacerdotes seculares, la mayoría de los acusados se sume, por una mezcla de terror y clemencia, en un estado de resignación propicio para la delación confesional. Cesáreo de Heisterbach reporta una de las «verdades» promovidas por la Iglesia para poner fin a las mentiras extendidas en el pueblo: «Cuando eran conducidos [los condenados] al suplicio se desató una tormenta tan furiosa que nadie pudo dudar de que el aire era agitado por los seres que habían seducido a estos hombres, ahora cercanos a la muerte, llevándolos a su gran error. Esta misma noche el hombre que había sido el dirigente llamó a la puerta de cierta mujer reclusa. Demasiado torpe confesó su error y declaró que era un importante ser infernal, condenado a los fuegos eternos» (Cohn, *op. cit.*, p. 152).

⁴⁸ Guillermo el Bretón, «Gesta Philippi Augusti» en Delaborde (ed.), *Œuvres de Rigord et de Guillaume le Breton*, París, 1882, vol. I.

⁴⁹ M. Bouquet, (ed.), *Recueil des historiens de la Gaule et de la France*, París, 1738-1876, vol. XVIII, p. 175.

En 1215, Robert de Courçon, legado papal y rector de la Universidad de París, prohibió los textos amaurianos y la lectura de las obras naturalistas de Aristóteles. También ataca el panteísmo de David de Dinant. Más tarde, la obra de Juan Escoto Erígena será considerada como una de las fuentes de la perniciosa doctrina.

El mismo año, el Concilio de Letrán renueva la condenación de la doctrina amauriana que se juzga «no tanto herética como insensata». Fórmula reveladora: más allá de la herejía, provincia negativa del territorio ortodoxo, todo está *fuera de sentido*.⁵⁰

La mayor parte de las aproximadamente ochenta personas de todos los rangos que fueron quemadas en Estrasburgo ese mismo año de 1215 pertenece al movimiento valdense; sin embargo, entre ellas se encuentran algunas que afirman que «los pecados más groseros son permisibles y acordes a la naturaleza».⁵¹

En 1216, apareció, en Alsacia y Turingia,⁵² «una herejía nueva y vergonzosa. Sus partidarios aseguraban que estaba permitido, y esto en conformidad con la naturaleza, comer carne y otros alimentos durante cualquier día y época del año, e incluso entregarse a toda voluptuosidad sin estar obligado a la expiación [*nullo piaculo contracto*]».⁵³

Según Jundt, algunos amaurianos habrían encontrado refugio en Lyon al mezclarse con los valdenses, con quienes compartían el rechazo a los sacramentos y a la jerarquía eclesiástica, pero de ningún modo el compromiso con el ascetismo ni la vocación apostólica. De tal amalgama quizás proceda la calumnia que atribuye a los valdenses esa libertad de naturaleza amauriana, que la mente mórbida de los inquisidores equipara con arranques orgiásticos.

Un desconocido es quemado en Troyes en 1220 por haber afirmado que el Espíritu Santo se había encarnado en él. La misma teoría de la realización de Dios en el hombre y de la impecabilidad se manifiesta,

⁵⁰ Incluso hoy, el *sentido* dominante condena a la irrealidad lo que no pertenece a los mecanismos de la ortodoxia y de las heterodoxias economistas, sociales, políticas, científicas.

⁵¹ J. Nauclerus, *Chronica*, Colonia, 1544, p. 912.

⁵² Donde nacerá Johannes Eckhart en 1260.

⁵³ L. Oliger, «De Secta Spiritus Libertatis, in Umbria Saeculo XIV. Disquisitio et Documenta» en *Storia e Letteratura, Raccolta di Studi et Testi*, vol. III, Roma, 1943, p. 101 (texto en latín).

en una *Vita S. Thomæ Aquin* [Vida de santo Tomás de Aquino], en la respuesta de un caballero al teólogo que lo invita a hacer penitencia por sus pecados: «Si san Pedro fue salvado, yo también lo seré, pues el mismo espíritu habita tanto en mí como en él».

Sin embargo, la represión, incapaz de encauzar la libertad de naturaleza y el espíritu que se inspira en ella, disminuirá cada vez más a medida que se exacerba la discordia entre las «dos mitades de Dios», el papa y el emperador de Alemania.

58. Como la mayor parte de las ideas del Libre Espíritu, solo conocemos la llamada doctrina «amauriana» a través del filtro eclesiástico. Los historiadores que acreditan las acusaciones de los inquisidores han sido sucedidos por aquellos que adoptan el punto de vista opuesto. Esto es descubrir la mentira donde lo menos que se puede detectar, en el *leitmotiv* de los desenfrenos atribuidos a los herejes —o incluso a los buenos católicos—, es el fruto fantasmal de una imaginación atormentada por los deseos insatisfechos o satisfechos en el remordimiento.

Si las confesiones miserablemente creíbles que arranca la tortura se amplifican en los sermones que fustigan a aquellas mismas personas que protestan por su horror a la carne, esto se debe también a una necesidad ofensiva, a una preocupación por borrar en una vergüenza más grande la acusación de deshonor que los «puros» lanzan a la cara de esa Iglesia que se enriquece con el lucrativo control de la lujuria.

En el juicio entablado contra los adeptos del Libre Espíritu, la calumnia eclesiástica pierde mucha de su virulencia por el simple hecho de que acá la libertad de naturaleza no se niega, sino que se reivindica. Si existe aquí injuria, es en la confusión que establece el inquisidor entre la búsqueda de un amor refinado y carnal y una especie de prostitución sagrada donde, por lo menos, se seguía celebrando a Dios en una Iglesia subterránea.

La mentira se encuentra con más seguridad en la expresión religiosa impuesta a la vida, en la verdad de un mundo donde únicamente la supervivencia es real y donde ella existe solo través de Dios.

Esta vida, reprimida y presente en todas partes bajo la rabia de sus inversiones, es la materia misma de la que la Iglesia extrae su

sustancia. La justificación de sus tareas hercúleas se desprende de las incesantes rebeliones de la naturaleza oprimida. Laicos y clérigos, campesinos y proletarios, burgueses y nobles, sacerdotes y papas, todos caen —tarde o temprano— en la salacidad, el libertinaje, la violación, el adulterio, la embriaguez, la glotonería; y de ese estado de corrupción nace una insatisfacción, un hastío, una fatiga que se transforma en una necesidad rabiosa de expiar sus pecados y de hacer expiar a la humanidad pecadora.

Petrus Comestor esboza un retrato de los estudiantes de la Universidad de París, en la misma época de Robert de Courçon y los amaaurianos, que se podría aplicar a más de una comunidad:

Para beber y comer, no tienen parangón. Son devoradores en la mesa, pero ni un poco devotos en la misa. En el trabajo, bostezan; en el festín, no temen a nadie. Aborrecen la meditación de los libros sagrados, pero les encanta ver el vino espumoso en sus copas y tragan intrépidamente.

Pero la Iglesia sabe que eso que se emprende con la conciencia culpable es, tarde o temprano, corregido por el remordimiento y la penitencia. Sabe esperar a que los deseos se cansen y que el placer que se extingue tome el sabor ceniza del pecado.

En el peor de los casos, la herejía recogerá lo que los sacramentos de la Iglesia no santifican. Felipe el Canciller vituperó en vano:

Hipócritas, herejes, falsos hermanos y malvados cristianos son de la fragua del diablo [...]. Su horno es el fuego de la concupiscencia: porque la causa de todas las herejías es la lujuria, la codicia o el orgullo.⁵⁴

La actitud que sumerge al cristianismo en el mayor descalabro es la resolución más banal, el credo más popular y sumario: «Disfruta de la vida y riéte del resto». Por eso, no hay tarea más urgente para la Iglesia que ahogar en su silencio, destruir hasta el más mínimo rastro o vestir con los oropeles religiosos del heresiarca a quienes difunden la opinión de que tal libertad no es compatible ni con el miedo ni con el sentimiento de culpa, ni con ninguna coacción. Puede decirse que el clero y

⁵⁴ Felipe el Canciller, *In psalterium davidicum CCXXX sermones*, París, 1523, vol. II, f. 186 v -872.

los intelectuales sin Dios que le sucederán triunfaron, en gran medida, en los siglos XVII y XIX,⁵⁵ allí donde Roma había fracasado durante la Edad Media.

59. El manuscrito *Contra amaurianos* [Contra los amaurianos], atribuido a Garnier de Rochefort, fue redactado según el protocolo de acusación del juicio de París, pero después del proceso del maestro Godin de Amiens, al cual hace alusión. Antes que una doctrina coherente, el texto revela múltiples tendencias y, sobre todo, una distinción entre letrados y sencillos. Las preguntas formuladas por los clérigos encargados de los interrogatorios suponen, como modo de comunicación unidireccional, el lenguaje teológico, incluso escolástico. Algunos puntos muestran una disputa de maestrescuelas donde están en juego la vida y la muerte, palabra a palabra por así decir. Es el caso de los párrafos 1, 9 y 10, donde los pensadores del grupo avanzan sus argumentos: Guillermo de Poitiers, Bernardo, Guillermo el Orfebre y, en 1211, el maestro Godin.

Las consideraciones prácticas, en cambio, tienden a expresar las opiniones de los sencillos. Esto es lo que confirma el interrogatorio del párroco de Ursinos, Juan, quien compartía la vida de sus parroquianos y declaró con total simplicidad:

«Dios hace todo, el bien y el mal, el bien para mostrar la buena voluntad del hombre y el mal para mostrar la mala voluntad del hombre. Por eso, las buenas obras deben agradarnos tanto como las malas, pues se trata de las buenas obras de Dios, porque quien hace todo es Dios y no el hombre». [Juan] dice que escuchó la lectura de la cédula,⁵⁶ que había ahí ciertos puntos que olían a herejía y que no los había negado. Admite que se equivocó en eso. Sin embargo, había otros puntos en la cédula que no había entendido del todo. Cuando fue arrestado y alejado de su

⁵⁵ Los primeros estudios y publicaciones sobre los adeptos del Libre Espíritu son obra de protestantes: en el siglo XVIII, Gottfried Arnold, Mosheim, Bayle, Beausobre; en el siglo XIX, Preger, Jundt, Döllinger. Eran considerados como místicos antisacramentales y hostiles a Roma, calumniados por la Iglesia. Solo Hartmann, Eloi (hostil a Lutero) y Quintín (hostil a Calvino) son juzgados como infames. También hay que destacar la pasión por el descubrimiento de materiales inéditos y por la compilación (como en los casos de Baluze o Bouquet).

⁵⁶ Los artículos de la acusación fueron leídos al acusado en su primera comparecencia. Los *Capitula Inquisitionis* [Capítulos de la Inquisición] resumían, punto por punto, los hechos que habían sido objeto de la *diffamatio*.

parroquia, le dijo a sus parroquianos que no debían confiar en nadie que hablara en contra de su doctrina y los instruyera de una manera distinta a la suya.⁵⁷

60. *Contra amaurianos:*

§1. Dios está en todas partes. Nadie se atreve a negarlo. Por lo tanto, Dios está en todo lugar.⁵⁸ Si alguna cosa está en todas partes, puede estar en cualquier lugar. Dios está en todas partes, así que puede estar en un lugar preciso.

En cambio, es falsa la proposición que afirma: Dios está en alguna parte. Entonces, esta es verdad: Dios no está en alguna parte. Por eso, no está en ninguna parte. Luego, no está en todo lugar.

Gregorio dice: «Si el joven rey hubiese tenido fe, sin duda alguna habría tenido conocimiento, porque no hay sitio donde Dios no se encuentre». Por lo tanto, Dios está en todo lugar.

Jacobo dice: «Verdaderamente, Dios está en este lugar». Entonces, Dios está en algún lugar.⁵⁹

En la oración dominical, rezamos: «Padre Nuestro que estás en los cielos». Si está en los cielos, entonces, está en alguna parte.

Agustín pregunta: «¿Dónde estaba Dios antes de que el mundo existiera?». Y responde: «En sí mismo». Parece que si no hubiera estado en alguna parte, la pregunta no habría correspondido, ya que habría implicado un error. Así pues, estaba en alguna parte. Entonces, estuvo en algún lugar de esta eternidad. Por eso, algún lugar fue eterno. Luego

⁵⁷ D'Alverny, *op. cit.*, pp. 331-332.

⁵⁸ El primer punto empuja la lógica engañosa de los teólogos hasta la parodia. No se trata de una exposición, sino de apuntes del interrogatorio, ordenados quizás por Garnier. Las preguntas no son recapituladas por el notario de la oficialidad, pero se adivinan por la sucesión y la repetición de argumentos y citas. El ritmo deformado señala la huella de la huida, el rodeo, la ofensiva del acusado acorralado, que la caza de montería conciliar intenta enredar en una última confusión. El comienzo, que basa la omnipresencia de Dios en el hecho de que nadie se atreve a negarlo, marca el tono de esta ironía disolvente expresada por el ateísmo anticipado de la filosofía panteísta: si Dios está en todas partes, también está en ninguna parte. Como Dios y el diablo, el bien y el mal no tienen sentido en relación con lo vivo. Todo se desvanece, aquí, ante la importancia que los amaurianos le conceden a su propia existencia.

⁵⁹ Dado que solo tengo un conocimiento mediocre de los textos bíblicos y no puedo superar una sensación de repugnancia frente a una compilación de las cosas más innobles que se han levantado contra el derecho a la vida, no puedo garantizar la conformidad de las citas con la versión, que por otra parte está falsificada, de los agentes eclesiásticos.

algún lugar fue eterno con Dios. Y finalmente, tal lugar fue Dios, ya que nada es eterno excepto Dios.

Quien no puede estar en todo lugar no es todopoderoso. ¿Podría Dios estar en otro lugar que sí mismo? Dios está en él mismo y en toda cosa que no es él. Por lo tanto, está en otra parte que sí mismo. *Dios está en otro lugar que en él mismo*. Luego, está en un lugar diferente de sí. Por eso, él es un lugar diferente de aquel en el que se encuentra.

¿Estaría Dios en el tiempo? Dios está siempre, por lo tanto está en el tiempo, pero está en todos los tiempos, por lo tanto es *en el tiempo*.⁶⁰

La autoridad dice: «Como era en el principio, es ahora y será siempre». Entonces, él es ahora. Está en el tiempo que vivimos. ¿Significa esto que todo será en Dios? El apóstol dice: «Es en él que vivimos, nos movemos y somos». Y en otra parte: «Todo viene de él, por él y en él». Entonces, tanto el bien como el mal. Por lo tanto, el mal está en Dios. Pero, si hay algo en Dios, es Dios. Luego, el mal es Dios y la criatura (el diablo) está en Dios. Porque «viene de él, por él y en él». Así que, al aprobar a esta criatura, no la reprueba.

Como Dios y la esencia divina son una sola y misma cosa, y nada más —porque todo es Dios—, preguntémonos si todas las cosas están en la esencia divina.

Pero san Agustín dice: «De él y por él y en él son las cosas del mismo principio». Por lo tanto, si todo es de Dios y por él, todas las cosas tienen su esencia.

§2. Dios produce todo en todo, entonces, también las cosas buenas y las malas.⁶¹ Por eso, aquel que comprende que Dios realiza todo en él mismo no puede pecar. Porque, si Dios no puede hacerlo [cometer el mal], entonces, eso significa que no es todopoderoso.

El profeta dice: «¿Habrán algún mal en la ciudad, que Dios no haya hecho? E Isaías: «Yo soy el que hace la paz y crea el mal, Yo, el Señor, es el que hace todo esto».

⁶⁰ Jerga de maestrescuela, sin duda, pero no más ridícula que las necedades sentenciosas de Heidegger, Sartre y otros depositarios de lacanerías.

⁶¹ A diferencia de la verborrea intelectual del primer apartado, el segundo párrafo expresa, en el lenguaje de los sencillos, esa verdad práctica de que «sin importar lo que hagamos, no existe pecado». De este modo, los curas de La Celle-Saint-Cloud, Vieux-Corbeil y Ursinos seguramente estaban de acuerdo con sus parroquianos, como lo confirma el interrogatorio de Juan (véase más arriba). El propio Juan dice no entender muy bien los otros puntos de la citación, probablemente el primero.

Incluso si se entrega a la fornicación,⁶² aquel que aprende⁶³ que Dios realiza todo en él mismo no comete pecado.

No debemos atribuirnos a nosotros mismos la totalidad de lo que hacemos, sino a Dios.

Aquel que se atribuye a sí mismo una acción, cualquiera que sea, en lugar de atribuir a Dios la totalidad de sus actos, está en la ignorancia, que es el infierno.⁶⁴

§3. El infierno no es otra cosa que la ignorancia. El paraíso no es más que el conocimiento adquirido de la verdad.⁶⁵

§4. Dicen que el paraíso es el aprendizaje de la verdad que se vanaglorian de tener.⁶⁶

§5. Si un judío tiene el conocimiento de la verdad, que nosotros tenemos, no tiene necesidad de bautizarse.⁶⁷

§6. Si alguien es obligado a una larga penitencia bajo las órdenes de un sacerdote y llega a tomar conocimiento de [nuestras] doctrinas, es inútil que complete la penitencia en cuestión. Quien sabe que Dios está en él no debe estar triste, sino reír.⁶⁸

⁶² El término, completamente impregnado de desprecio, señala la simple búsqueda del goce amoroso. Para Graciano, los esposos que se entregan al placer en sus relaciones, sin preocuparse de la procreación, son fornicadores. A veces ocurre que el «pecado contra natura», una denominación reservada a la sodomía y a la zoofilia, se usa para designar el recurso a los «venenos de esterilidad», que purifican la voluptuosidad de todo miedo.

⁶³ El saber otorga aquí una buena conciencia a la libertad de naturaleza. Permite superar la animalidad liberándola del miedo y del sentimiento de culpa.

⁶⁴ Dios se parece aquí al Ello de Groddeck. La clave de lo que llaman «verdad» está, en realidad, en la autenticidad vivida del *Conviértete en lo que eres*. La misma idea puede encontrarse en Quintín de Tournai.

⁶⁵ El cura filósofo toma aquí el lugar del teólogo para guiar a los sencillos hacia el conocimiento. Los golpes asestados por la racionalidad a la mitología cristiana ponen en duda la opinión de que hubo que esperar al padre Meslier o a los libertinos del siglo XVII para descubrir el ateísmo en las mentalidades del Antiguo Régimen. Bajo la pretensión de los amaurianos de desempeñar el papel de guías intelectuales iluminados ante los sencillos, se manifiesta el sentimiento popular de que no hay ni infierno ni paraíso, sino una existencia a llevar para lo mejor cuidándose de lo peor.

⁶⁶ Cualquiera que deje de ignorar que es de naturaleza divina y que no puede pecar, sea lo que sea que haga, aprende a remover los obstáculos que obstruyen el goce hasta alcanzar la «serenidad paradisíaca».

⁶⁷ La diversidad de creencias es abolida en la conciencia de que Dios se realiza en el hombre. De la misma forma, dejan de ser reconocidos los ritos, los sacramentos, el pecado y la penitencia.

⁶⁸ La risa de lo vivo, opuesta a la pesadumbre religiosa y a sus exaltaciones macabras,

§7. Tratan como fábula todo lo que los maestros parisinos⁶⁹ han afirmado sobre el tema de la resurrección; pues el conocimiento pleno es la resurrección y no debe esperarse ninguna otra cosa.⁷⁰ Cristo no ha resucitado en la carne.⁷¹

§8. Nadie puede ser salvado si no es miembro de Cristo.⁷²

§9. Dios es todo en todas las cosas. Dios, en efecto, será todo en todo; pero, sea lo que sea, es, porque no puede transformarse en Dios. Por eso, Dios está en todas las cosas: Dios es la piedra en la piedra, Godin en Godin. Entonces, Godin puede ser adorado no solo por respeto a los hombres, sino también por adoración divina, porque él es Dios.⁷³

Dios es lo que sea que reside en él. Todo es Dios «porque lo que ha llegado a ser era la vida en él». Por lo tanto, Dios es todo.

Todas las cosas están en Dios. Los apóstoles, a los colosenses: «Porque en él fueron creadas todas las cosas, las que hay en los cielos y las que hay en la tierra, visibles e invisibles».

El poder de Dios y el poder de la caridad divina son una sola y misma cosa. Pero el poder de Dios está en la piedra, luego el poder de la caridad de Dios está en la piedra.

Dios es el origen de todas las causas. Cuando la causa subsiste, el efecto subsiste. Por eso, cuando el efecto es corrupto, la causa también

justifica la reprobación de Ángela de Foligno cuando, al denunciar a los que reivindican el espíritu de libertad, la beata precisa: «El amor verdadero no incita ni a reír ni a comer o beber con desmesura, ni tampoco a ninguna alegría vana». Ángela de Foligno en Michele Faloci Pulignani (ed.), *L'Autobiografia e gli scritti della beata Angela da Foligno*, citada en Guarnieri, *op. cit.*, p. 411. Las expresiones «desmesura» y «alegría vana» hay que entenderlas en el sentido de por placer y no por necesidad.

⁶⁹ Especialmente los teólogos que realizan el juicio.

⁷⁰ No hay resurrección ni para Cristo ni para nadie, sino que toda la vida está aquí mismo; y crearse a uno mismo más allá de toda constricción y sentimiento de culpa es realmente existir y mejor que Dios.

⁷¹ Solamente ha tomado conciencia de que era Dios.

⁷² La tesis de Amaury, cuya debilidad contrasta con la audacia de otras proposiciones, muestra claramente que forma parte de un intento de desacreditar al pensador. Así, Juan Gerson acusará de Libre Espíritu al pobre Ruysbroeck, que nunca ha dejado de denunciar a los «falsos místicos».

⁷³ Los párrafos noveno y décimo conciernen a la doctrina del maestro Godin, un filósofo cuyas ideas se parecen a las de David de Dinant y a ese panteísmo que, al reducir la divinidad a la naturaleza, es el ateísmo de la Edad Media. Sin duda, aquella naturaleza no es la naturaleza-objeto del cientificismo —la materia inerte de la que extrae ganancias la explotación capitalista—, sino una naturaleza viva, un devenir de energías que no son nada si no se materializan absolutamente, es decir, si no se ejercen concretamente.

lo es. Pero el cuerpo es corruptible, y lo es por obra de Dios. Entonces, Dios es corruptible.⁷⁴

La causa de la privación y la posesión, es decir, de los contrarios, no es la misma. Pero el mal y el bien, tal como la privación y la posesión, se oponen. No tienen la misma causa. Dios es la causa constructiva, no la causa destructiva. Pero el mal destruye antes que construir. Dios no es entonces la causa del mal, y así parece que no es la causa de todo.⁷⁵

§10. El Padre encarnado estaba en Abraham y en todos los otros padres del Antiguo Testamento. El Hijo de Dios estaba en Cristo y en los otros cristianos. Y el Espíritu Santo estaba entre los que son llamados espirituales. Cristo se encarnó en Godin.⁷⁶

El Hijo es la encarnación de Dios, y Dios el Hijo es el mismo y no es más que uno, numéricamente, con Dios el Padre. Aunque el Padre y el Hijo sean diferentes, la similitud de su condición divina parece indicar que el Padre se encarnó como el Hijo, sin que la diversidad de sus condiciones impida tal encarnación.

Como las obras de la Trinidad son indivisibles, si el Hijo se hizo carne, entonces el Padre y el Espíritu vivieron la misma suerte.⁷⁷

§11. El cuerpo del Señor está en todas partes.

Dicen que no existe resurrección del cuerpo. Algunos de ellos hicieron una distinción entre cuerpo exterior y cuerpo interior.⁷⁸ Llamen

⁷⁴ Según Godin, Dios no escaparía entonces de la destrucción natural.

⁷⁵ La idea de un Dios que no es la causa del mal pertenece a la teología cátara del Dios bueno y del Dios malo (el Demiurgo).

⁷⁶ La soberanía que Godin cree encarnar en tanto individuo se expresa aquí en jerga cristiana.

⁷⁷ El racionalismo del filósofo ataca a la Trinidad y sostiene que si Dios —como Padre y Espíritu— se hizo hombre en Cristo, entonces, ha actuado de la misma forma para cada ser humano. Los espirituales tienen sobre la persona común, cegada por la Iglesia, la ventaja de haber tomado conciencia de tal presencia; esta es una versión radical del joaquinismo.

⁷⁸ El párrafo once reúne varias concepciones, amalgamadas para permitir la condenación global, bajo el nombre de «amaurianos»: de pensadores cercanos a David de Dinant; de filósofos que se remiten a los «libros naturales» de Aristóteles condenados por la Iglesia; incluso de cátaros, como los ortlibenses de Estrasburgo, un grupo poco conocido que practica el ascetismo y, según la obra *Determinatio de novo spiritu* [Examen del nuevo espíritu] de Alberto Magno, establece una distinción entre cuerpo interior y cuerpo exterior. Alberto Magno, *Determinatio de novo spiritu*, véase: H. Haupt, «Beiträge zur Geschichte der Sekte vom freien Geiste und des Begharentums», en *Zeitschrift für Kirchengeschichte*, Gotha, 1885, vol. VII. El texto en latín se encuentra también en: Preger, *Geschichte der deutschen Mystik im Mittelalten*, Leipzig, 1879-1893, I, pp. 461-469. El desarrollo que sigue a continuación obedece a la preocupación de explicar a los inquisidores las orientaciones posibles del interrogatorio.

cuerpo exterior al cuerpo visible y palpable, aquel que se encuentra crucificado. En cambio, denominan cuerpo interior a cierto poder divino que, en Platón, es el concepto del espíritu, *Nosotros*, idea.

De ahí la opinión de Platón que considera a la divinidad como el artesano eterno de una materia preexistente y no un creador que opera a partir de la nada. Según él, la *Hyle* [«materia primordial»] es coeterna con su artesano, al igual que el concepto de espíritu, que Platón llama idea —es decir, forma— y Aristóteles, aspecto. Y, dado que Platón habló de artesano y Aristóteles de principio efectivo, conciben múltiples principios coeternos. Algunos denominan cuerpo interior a este concepto del espíritu o las ideas o, según Aristóteles, la aspecto. E insisten especialmente en el hecho de que este cuerpo interior está en todas partes.

§12. El cuerpo del Señor se adora tanto en el simple pan presentado a aquel que lo come como en el pan consagrado en el altar.

Para el Espiritual, que posee este conocimiento de la verdad, que ellos afirman tener, todos los sacramentos dejan de existir, pues los sacramentos son manifestaciones de la Iglesia. Tal como han cesado las manifestaciones de culto en la antigua ley y tal como llegaron a su fin con Cristo, así deben desaparecer ahora todos los sacramentos con la venida del Espíritu Santo entre ellos.

¿Qué más se puede conferir, preguntan, que la santificación en la vida cotidiana y la gloria en la sociedad? Pues bien, eso es lo que trae el conocimiento de la verdad, ¡sin necesidad de sacramentos!

Dentro de cinco años, todos los hombres serán Espirituales, de modo que cada uno podrá decir: «Soy el Espíritu Santo» y «Antes de que Abraham fuera, yo soy», tal como Cristo pudo decir: «Yo soy el Hijo de Dios» y «Antes de que Abraham naciera, yo soy».⁷⁹

El elemento joaquinista se usó para justificar, por primera vez al parecer, la liquidación de la religión y la pulverización de Dios en el crisol de la naturaleza. En su *Chronique* [Crónica], Guillermo el Bretón precisa:

Decían así que los sacramentos del Nuevo Testamento llegan a su fin en nuestra época y que ha llegado el tiempo del Espíritu Santo, donde ya no hay lugar para la confesión, el bautismo, la eucaristía y otras garantías de salvación. De ahora en adelante, no habrá salvación más que por la gracia interior del Espíritu Santo, sin ninguna obra exterior.

⁷⁹ Garnier de Rochefort, *Contra amaurianos* (atribuido) en Baumker (ed.), *Beiträge zur Geschichte des Philosophie des Mittelalters*, Münster, 1926, vol. XXIV. Texto reproducido en Capelle, *op. cit.*, pp. 90-93.

Y entendían la virtud de la caridad en un sentido tan amplio que aseguraban que todo acto considerado como pecado dejaba de serlo si era realizado por virtud de caridad. Por eso, en nombre de la caridad, se entregaban a la lujuria, al adulterio y a otros placeres del cuerpo. Y prometían la impunidad [la inutilidad de la penitencia] a las mujeres con las que pecaban y a los sencillos que engañaban al predicar que Dios es un ser de bondad y no un juez.

Igualmente, Cesáreo de Heisterbach afirma:

«Si un Espiritual (alguien que está en el Espíritu Santo)», decían, «se entrega a la fornicación u otra profanación, no comete pecado, porque ese espíritu es Dios, distinto de la carne, y no puedo pecar. Y el hombre, que en sí es nada, no peca mientras reside en él ese espíritu que es Dios».

El pan es el pan que se come y no un símbolo consagrado por los melindres de un sacerdote. De la misma forma, Dios está en los placeres de la naturaleza («Dios es un ser de bondad») y no en la autoridad que los reprime (Dios no es un juez). El rechazo de los sacramentos no tiene nada en común, en su razón fundamental, con la contestación sacramental de cátaros, valdenses, apostólicos. Entre los llamados amaurianos, el goce amoroso dispensa del bautismo. Como señala el *Chartularium Universitatis Parisiensis* [Cartulario de la Universidad de París]:

Dicen falsamente que los niños pequeños nacidos de su sangre no están privados de los beneficios del bautismo en cuanto provienen de una relación carnal con mujeres de su grupo.⁸⁰

Este es un privilegio del amor que revela una dimensión, todavía poco conocida, del espíritu cortés.

61. Un sermón de Juan el Alemán,⁸¹ probablemente contemporáneo al juicio de 1209, insiste en la identificación con Dios:

He aquí que aparecen novedades profanas, difundidas por personas que son discípulos de Epicuro antes que de Cristo. Con una astucia formidable, se dedican secretamente a convencer de que se puede pecar

⁸⁰ Denifle y Chatelain, *op. cit.*, pp. 70-71.

⁸¹ Iohannes Teutonicus, abad de San Víctor, en París, desde 1203 hasta su muerte en 1229.

impunemente. Aseguran que no existe pecado y que por eso no hay nadie que, por haberse equivocado, deba ser castigado por Dios. Son capaces de mostrar exteriormente —en sus rostros, en sus palabras— un aire de piedad, pero rechazan interiormente —en sus mentes y en sus obras ocultas— la virtud de la piedad.⁸²

En el colmo de la locura más extrema y de la mentira más descarada: ¡no temen ni se ruborizan cuando afirman que son Dios!⁸³ ¡Extravagancia infinita! ¡Abominable presunción! Llamen Dios al hombre adúltero, al compañero de cama de otros varones, al ser manchado por todas las infamias, al receptáculo de todos los crímenes. Esto supera la aberración de los gentiles, que mentían con más modestia cuando afirmaban que los más grandes entre sus príncipes, una vez muertos, se convertían en dioses. Ciertamente, desvaría en su corazón aquel que ha llegado a decir: «Dios no existe». Pero es todavía más insensato quien afirma: «Soy Dios».

¡Ah, por lo menos, que tal peste no infeste esta ciudad, fuente de toda ciencia y verdadera joya de la sabiduría!⁸⁴

62. Unos sesenta años más tarde, en 1277,⁸⁵ el obispo Esteban Tempier condena una serie de tesis que suscitaron disputas y debates en la Universidad de París. Muchas de ellas recuerdan las doctrinas de los amaurianos. Sin embargo, no es exagerado percibir en ellas la versión intelectualizada de ideas bastante extendidas entre los sencillos, el eco especulativo de una inmediatez vivida por los *grossi homines* que no se preocupan por la religión. Entre las proposiciones anatematizadas encontramos:

Nada puede conocerse de Dios, excepto que es.⁸⁶

⁸² El reproche de hipocresía pertenece al anticlericalismo ordinario, que encuentra difícil de soportar que el sacerdote use su sagrada misión para encubrir sus excesos, reconocidos ciertamente como pecados. La Iglesia devuelve hábilmente el reproche contra los herejes —los «zorros», como los llama Bernardo de Claraval—, a quienes no deja otra alternativa que la disimulación o la hoguera.

⁸³ La identificación con Dios, como la entiende el abad de San Víctor, implica la pretensión de asumir en uno mismo la perfección de la supervivencia. Esto es lo que hicieron un buen número de herejes que, como el papa, basan su poder tiránico en una religión que es de su propiedad (Tanchelino, Nicolás de Basilea, Conrad Schmidt, Martín de Maguncia, Juan de Leiden, David Joris, etcétera). El proceso de superación de un Dios que reina sobre la supervivencia de los hombres en una naturaleza desnaturalizada resulta radicalmente incomprensible —fuera de sentido— para un secuaz de la religión.

⁸⁴ De Guibert, *op. cit.*

⁸⁵ Esta es probablemente la época de la primera estada de Eckhart en París.

⁸⁶ De ahí la inutilidad de la teología y sus sangrientas disputas.

Nada es el efecto del azar. Todo es el producto de una necesidad inmutable.
 No puede haber pecado en las facultades superiores del alma.⁸⁷
 La simple fornicación entre personas solteras no es un pecado.
 La muerte es el fin de todo miedo.⁸⁸
 El hombre posee la felicidad en esta vida y no en la otra.
 No hay necesidad de rezar.⁸⁹

63. Las nuevas ciudades, con su burguesía enriquecida por el comercio y agitada por el espíritu de la independencia, acogen favorablemente las corrientes hostiles a la Iglesia. El Libre Espíritu se manifiesta con mayor determinación, y como dicen los historiadores, bajo sus formas más groseras, en las ciudades del Rin —Colonia, Maguncia, Estrasburgo— y en las ciudades del norte —Valenciennes, Amiens, Cambrai, Tournai, Bruselas y Amberes—. En Italia, su penetración, más intelectualizada, se debe a la intensidad de las luchas políticas entre los güelfos —partidarios del Papa— y los gibelinos —partidarios del emperador de Alemania—, donde la violencia del desahogo descubre hasta la saciedad su coartada, su justificación ideológica, su razón ilusoria.

En 1236, la ejecución de Aleydis y de una veintena de sus compañeras, en Cambrai, señala la persistencia del Libre Espíritu en la región de Picardía, de donde partirán, para radicalizar la revolución husita, los herederos de Godin de Amiens y Margarita de Valenciennes, así como los predecesores de Quintín de Tournai y Antoine Pocque de Lille.

A diferencia de los valdenses, principales víctimas del auto de fe ordenado por el siniestro Roberto el Búlgaro, se considera que Aleydis profesó opiniones amaurianas. Fue reconocida como la beguina condenada⁹⁰ por su «justo amor» que Hadewijch menciona en su *Lista de los perfectos*.⁹¹

⁸⁷ Esto es lo que el muy cristiano Menéndez y Pelayo llama «dar el alma a Dios y el cuerpo al demonio». Véase Marcelino Menéndez y Pelayo, *Historia de los heterodoxos españoles* [edición digital], Alicante, 2003, libro quinto, cap. 1, sección I.

⁸⁸ La proposición implica no solamente el rechazo a un más allá que temer, sino también una crítica al miedo, esa herencia del reino animal que el poder espiritual y el poder temporal perpetúan bajo su forma socializada.

⁸⁹ Jundt, *op. cit.*, p. 35.

⁹⁰ Si esta es una beguina, su condenación señala los inicios de la represión contra el Libre Espíritu, que se expande en los beguinajes.

⁹¹ Hadewijch de Amberes, «Lista de los perfectos» en *Visiones*, Madrid, Editorial José J. De Olañeta, 2005, pp. 125-133.

Sobre la doctrina de Aleydis, y a falta de cualquier otra información, solo se puede hacer referencia a las ideas de Hadewijch, edulcoradas en exceso por la Iglesia, y a la teoría del «amor refinado», desarrollada cincuenta años más tarde por Margarita Porete, que equipara el «puro amor» con la fuerza de vida donde son superados el poder de Dios y la naturaleza desnaturalizada.

Sobre Willem Cornelius de Amberes

64. El nombre de Willem (o Guillermo) Cornelius, precedido del título de «maestro», aparece en un acta de donación de un sacerdote llamado Eustaquio, que al parecer era capellán de la iglesia de Nuestra Señora de Amberes en 1243. Según Tomás de Cantimpré,⁹² Cornelius pertenecía al bajo clero y se beneficiaba de una prebenda a la que renuncia para fundar un movimiento de pobreza voluntaria.

Sus ideas ilustran la penetración de la corriente del Libre Espíritu en un movimiento emparentado, a primera vista, con el evangelismo de los valdenses. Como en el caso de los sacerdotes llamados «amaurianos», se trata de un párroco que vive entre las clases trabajadoras, particularmente entre los tejedores.⁹³

La agitación, que comienza en 1243 o 1244, se prolonga mucho después de la muerte de Willem (por causas naturales) alrededor de 1253. Su pretexto parece haber sido una oposición popular a los obispos de Cambrai (a los que estaba subordinada Amberes), que fueron acusados de tiranía y de concusión.

En 1248, Guyard de Laon, obispo de Cambrai,⁹⁴ presionado por los dominicos que le reprochan su falta de celo para aplastar el movimiento, parte rumbo a Amberes con el fin de tomar duras medidas contra los seguidores de Cornelius. El 23 de junio, la enfermedad lo

⁹² Tomás de Cantimpré, *Bonum universale de apibus*, Douai, 1627.

⁹³ El auge de ideas subversivas entre los tejedores, frecuentemente atestiguado por los historiadores, se ve confirmado además por la doctrina de Juan Hartmann, llamado el Tejedor.

⁹⁴ Aquí fue quemada Aleydis alrededor de 1235. En 1239, Guyard dirigió la ejecución de los cátaros de Mont-Saint-Wimer.

inmoviliza en la abadía de Affligem donde muere el 16 de septiembre. El obispo Nicolás de Fontaines, que le sucede en 1249, organiza y financia él mismo la represión.⁹⁵

Hacia 1257, Nicolás de Fontaines hace exhumar y quemar el cuerpo de Willem Cornelius, muerto hacía cuatro años. Sus seguidores, sin embargo, no se desalientan. En 1280, los inquisidores dominicos recorren nuevamente Brabante, donde el duque Juan ordena a sus súbitos y oficiales que se pongan a disposición de los inquisidores cuando estos lo soliciten.⁹⁶

65. Desde 1240 hasta aproximadamente 1280, las proposiciones más radicales se difunden entre los pobres y los explotados de Amberes y Brabante, de los cuales Willem Cornelius se convierte en portavoz. Son un indicador del clima en el que se desarrollan los textos «místicos» de Hadewijch y de su grupo Nuwen (los Nuevos), y más tarde las enseñanzas de Bloemardinne en Bruselas.

Las indulgencias de los prelados no ayudan a las almas.⁹⁷

⁹⁵ Una carta de 1257, publicada por Frédéricq, indica que la diócesis estaba endeudada a causa de los gastos implicados en la persecución de herejes. Esto no es un hecho aislado: en 1247, el papa Inocencio III encarga a los dominicos de Besanzón la represión de la herejía en Borgoña y en Lotaringia. En 1255, estos piden a Alejandro IV ser dados de baja de la misión porque están viviendo dificultades financieras y otros impedimentos, cuya naturaleza no se especifica. Véase P. Frédéricq, *Corpus documentorum, Inquisitionis hereticae pravitatis Neerlandicae*, Gante, 1889-1900, t. I, pp. 128-129.

⁹⁶ *Ibidem*, p. 144.

⁹⁷ Como la mayor parte de los movimientos de pobreza voluntaria, Willem ataca la venta de indulgencias. «Ante la muerte», escribe Colette Braekmann, «el hombre disponía de cuatro medios para redimir su alma del infierno. El decreto de Graciano menciona las oraciones para los muertos, las misas celebradas por el sacerdote, las limosnas y las herencias entregadas a instituciones eclesíásticas. En el transcurso del siglo XIII, el servicio que concierne a los difuntos se transforma. Misas acumulativas y de aniversario se celebran por el alma del muerto. Estas ya no son ofrecidas por la Iglesia, sino que se financian con una renta donada por el moribundo. Desde entonces, este medio de salvación estaría reservado a los ricos. En remisión de sus pecados, el enfermo repartía limosnas. Si no lo hacía, los vivos lo hacían después de su muerte, lo que llevó a abusos que fueron condenados por los concilios desde el siglo XIII. [...] En el IV Concilio de Letrán, Inocencio III expresó preocupación por la expansión de estas actividades comerciales y toma medidas para restringir la duración de las indulgencias. [...] El Concilio de Béziers, celebrado en 1246, condena a los colectores que prometen la liberación del infierno a un buen precio». Véase C. Braeckman, «Guillaume Cornelisz» en *Bulletin de la Société d'histoire du protestantisme belge*, Bruselas, 1929, IX, 4, pp. 76-91.

Nadie puede dar limosna [tomándola] de su excedente.⁹⁸

Ningún rico puede ser salvado y todo rico es avaro.⁹⁹

Está permitido robar a los ricos y dar a los pobres.¹⁰⁰

Ningún pobre puede ser condenado, sino que todos serán salvados. No hay infierno después del día del Juicio.¹⁰¹

Tal como el óxido es consumido por el fuego, todo pecado es consumido por la pobreza y anulado ante los ojos de Dios.¹⁰²

La simple fornicación no es un pecado para quien vive en la pobreza.¹⁰³

No existen más que tres pecados mortales: la envidia, la avaricia y una prodigalidad ostentatoria;¹⁰⁴ así como también conocer a su esposa cuando está encinta.¹⁰⁵

⁹⁸ La limosna es denunciada como lo que asegura la buena conciencia del rico al menor coste. Cuando esta se toma del excedente, no reduce la fortuna del rico. Otra proposición declara que «nadie puede ser salvado con dos chaquetas del mismo tipo». Evidentemente, la Iglesia se rebela contra una teoría en la que el desprecio del tener garantiza la riqueza del ser y la apropiación de bienes conduce al empobrecimiento de la cualidad humana. «En la Universidad de París, en 1256, el regente defiende la teoría clásica de la Iglesia secular frente a un adepto de la pobreza voluntaria, el maestro T [...]. Con la ayuda de ejemplos tomados de las vidas de san Ambrosio y santo Tomás, nos recuerda que compartir bienes con los pobres representa más un acto de misericordia que la renuncia total a los bienes terrestres» (*id.*).

⁹⁹ A diferencia de la Iglesia, que distingue entre la posesión lícita de riquezas y el pecado mortal de avaricia.

¹⁰⁰ Robar a los ricos no es robar desde el momento en que se asegura así la subsistencia negada a los pobres. La misma apología del robo se encuentra frecuentemente entre los begardos y las beguinas.

¹⁰¹ La idea de condenación, mencionada anteriormente, sugiere, a la manera amauriana, que el infierno solo existe aquí abajo. Está reservado a quienes permanecen en la ignorancia de un paraíso posible; una ignorancia que proviene, según Cornelius, de la apropiación privativa.

¹⁰² Esta proposición, como las siguientes, portan la huella del Libre Espíritu. El fin del mundo del tener implica el fin de los pecados.

¹⁰³ Hay que recordar que el término *fornicación* corresponde a la traducción clerical del «arte de amar», cuyo refinamiento aparece como una preocupación primordial en el siglo XIII. El canto de trovadores y troveros se ahogará en los himnos de muerte que poco a poco van a proclamar el triunfo del cristianismo, en vísperas de ese Renacimiento que lo desacraliza.

¹⁰⁴ Esta es ya la crítica del dinero retirándose para dar paso a la crítica del poder, de la representación social, del espectáculo.

¹⁰⁵ La prohibición de hacer el amor con una esposa encinta, además de ofrecerle a la mujer una razón para negarse, adopta otro sentido en relación con la proposición que rechaza el pecado contra natura, el cual, en la mente de los clérigos del siglo XIII, implica no solo la relación homosexual o zoofílica, sino también toda relación erótica que haga imposible la procreación: masturbación mutua, eyaculación interrumpida o retenida, sodomía, etcétera. Aquí Willem Cornelius, que pudo estimar los desastrosos

Aquello que se denomina pecado contra natura no es un pecado.¹⁰⁶
 Ningún hombre puede conocer a su esposa más de tres veces por semana.
 Si está en la indigencia y la pobreza, una mujer puede entregarse sin pecar.¹⁰⁷

Tomás de Cantimpré agrega:

Es mejor ser una cortesana pública que una persona casta que guarda la continencia más perfecta y mantiene sus recursos para sí. Por eso todos los religiosos serán condenados sin excepción.

Él [Willem] dijo igualmente que la lujuria del pobre no es pecado.¹⁰⁸

Sobre el Nuevo Espíritu de Suabia

66. Hacia 1270, un clérigo al que la Inquisición le había encargado investigar el estado de la fe en la diócesis de Passau elabora una compilación de actos y doctrinas hostiles al cristianismo. El texto, conocido con el título de *Anónimo de Passau* o Pseudo-Reinerius,¹⁰⁹ ataca violentamente a judíos, cátaros y valdenses (llamados «leonistas» —en referencia a Lyon— o «runcarri» —por el nombre de Juan de Ronco, líder de una tendencia valdense—).

efectos del embarazo en las obreras textiles y en los entornos desfavorecidos, alienta indirectamente una política abortiva.

¹⁰⁶ La libertad de naturaleza, practicada en la clase dominada, no solo implica una igualdad de derechos entre los sexos, sino que también requiere, en la concepción de Cornelius, un verdadero respeto hacia la mujer, lo cual se encuentra en las antípodas de la misoginia de la burguesía y sus fabricantes de fábulas. No se trata de un culto rendido al objeto de seducción, sino de un código de cortesía práctica donde la mujer —en la medida en que pertenece a un entorno pobre o ha hecho un acto de pobreza voluntaria— tiene el derecho a entregarse a quien le plazca y negarse si lo considera oportuno (muchas de ellas son obreras que están cansadas por el trabajo y para quienes la solicitud amorosa, a la cual el hombre se siente obligado por virilidad redundante, puede convertirse en un martirio adicional). De ahí la restricción: «Tres veces por semana».

¹⁰⁷ Frédéricq, *op. cit.*, pp. 119-120.

¹⁰⁸ *Lujuria*: término empleado por Tomás de Cantimpré para designar la libertad del amor. El intento de refinar la promiscuidad que reina en los entornos populares es una locura para Tomás, quien solo puede concebir, en la órbita de su Dios frígido, la rigidez mortífera de la castidad y su desbordamiento obsceno (ibidem, p. 120).

¹⁰⁹ En alusión a la *Summa de Catharis et Leonistis* [Suma de cátaros y leonistas], atribuida al inquisidor dominico Raniero Sacconi, un cátaro del norte de Italia convertido al catolicismo en 1245 y que pone un celo evangélico en perseguir a sus antiguos compañeros.

El manuscrito incluye, además, un texto titulado *Determinatio de novo spiritu* [Examen del nuevo espíritu]. Un manuscrito de Maguncia precisa que la *Determinatio* es obra de Alberto Magno.¹¹⁰ A lo largo de noventa y siete proposiciones, Alberto elabora un lista de actitudes heterodoxas, que vincula, por instrucción de los inquisidores, con herejías más antiguas. Todo lo que concierne al pecado se remite así a Pelagio.

Las tesis más decididamente inspiradas por el Libre Espíritu son imputadas a un movimiento situado en el Riess, una región cercana a Augsburgo. Aunque es posible que el grupo estuviera más extendido, especialmente si se tiene en cuenta un texto que, repitiendo con ligeras variaciones los puntos discutidos por Alberto, se titula *XXIX artículos de la secta del Nuevo Espíritu [...], recientemente descubierta cerca de Nördlingen*.

No puede excluirse que el recurso a la autoridad de Alberto Magno haya respondido a la necesidad del clero de frenar las corrientes de libertad que se expanden por doquier.¹¹¹

En 1245, después del primer Concilio de Lyon, el obispo de Olo-mouc se queja de la presencia de agitadores errantes de ambos sexos en su diócesis. Vestidos como religiosos, pero decididamente hostiles a la jerarquía eclesiástica, difunden la idea de que a Dios se le sirve en absoluta libertad, fuera de toda regla y de toda disciplina.¹¹²

En 1247 —mientras las ideas de Willem Cornelius suscitan gran adhesión en Amberes—, Guillermo de Saint-Amour,¹¹³ enemigo de las órdenes mendicantes, levanta una campaña contra una secta que sostiene:

¹¹⁰ Vernet establece la fecha de redacción del texto entre 1262 y 1280; Allier, entre 1259 y 1262. Véase F. Vernet, «Les Frères du Libre-Esprit» en *Dictionnaire de théologie catholique*, París, 1920, vol. VI, col. 800-809; R. Allier, «Les Frères du Libre-Esprit» en *Religions et sociétés*, París, 1905.

¹¹¹ En su *Formicarius* [El hormiguero] el dominico Johannes Nider (1380-1438) afirma, alrededor de 1435, que posee un *Manual* de Alberto dirigido contra «una peste que busca la apariencia de la libertad». Esta gente enseña unas doctrinas tan blasfemas y tan contrarias a la Iglesia y al orden social que el cronista no osa reportarlas. Se trata, posiblemente, de una elaboración posterior (ahora perdida) de notas esbozadas en la *Determinatio*. Véase J. Nider, *Formicarius*, Estrasburgo, 1517, vol. III, cap. V, p. 45.

¹¹² H. Grundmann, *Religiöse Bewegungen in Mittelalter*, Berlín, 1935, reed. Hildesheim, 1961, p. 400.

¹¹³ *Ibidem*, p. 388.

No trabajes nunca con tus manos, sino que ora sin cesar; y, si los hombres oran de esta manera, la tierra sin cultivo dará más frutos que si fuera cultivada.

En la diversidad de movimientos que proliferan y que la fábula de la unidad cristiana ha ocultado durante tanto tiempo, ¿cómo identificar, en particular, las tendencias que simplemente se oponían a Roma de las que rechazaban las formas religiosas? ¿Se trata de quietistas que predicaban una no-acción bastante similar a las enseñanzas taoístas? Pero begardos y beguinas también comparten el desprecio del trabajo; en estado de perfección, nadie está obligado a las laboriosas necesidades de supervivencia, las cuales se sustituyen, de manera cuando menos discutible, por la mendicidad (Margarita Porete), el robo (Juan de Brünn) y la explotación del trabajo de los demás (las monjas de Schweidnitz).

Sea como sea, el sentimiento de una incompatibilidad absoluta entre el goce y el trabajo —manual e intelectual— justifica el odio asustado con el que la Iglesia, mandataria absoluta de la supervivencia terrestre y celeste, persigue a los partidarios del Libre Espíritu.

En la región del Riess se decanta, bajo el doble signo de la novedad y la libertad, una pluralidad de influencias geográficamente unidas. El antiguo paso de Brennero, que va de Italia al Bajo Rin y llega al norte de Alemania por Nördlingen y Augsburg, cruza ahí la antigua calzada romana que, desde Francia, atraviesa el Palatinado y Suabia, franquea el Danubio y, más allá de Bavaria, alcanza las fronteras del Este.

La *Determinatio* de Alberto coteja varios reportes de inquisidores de diversas comarcas. Entre las proposiciones, algunas, las que fueron formuladas por mujeres, aclaran en particular lo que las crónicas informan sobre las monjas de Suabia y lo que esconde la supuesta mística femenina de la época.

En el siglo XVI, un historiador de Tubinga llamado Martin Crusius,¹¹⁴ inspirándose en una crónica escrita un siglo antes por el dominico Félix Faber, relata que en 1261 aparecieron, en varios conventos de monjas, «esos adversarios de la regla monástica llamados *fraticelli*, begardos y beguinas. Estos persuadieron de vivir sin regla a muchos cenobitas afirmando que así se podía servir mejor a Dios en la libertad de espíritu».

¹¹⁴ M. Crusius, *Annales suevici*, vol. III, cap. 2, p. 14.

Los obispos intervienen para forzar a las comunidades, «que antes habían disfrutado de esa libertad a la manera de los *fraticelli*», a desaparecer o someterse a la regla. Crusius señala que los conventos de mujeres no renunciaron a su libertad sin oponer resistencia. Es útil destacar que el reconocimiento de una regla, las manifestaciones exteriores de piedad e incluso las pruebas de obediencia a la Iglesia estaban entre las prácticas recomendadas por el Libre Espíritu con fines de una prudente disimulación.¹¹⁵

67. La *Determinatio de novo spiritu*¹¹⁶ comprende una serie de proposiciones relacionadas con el movimiento del Riess, que se completan con algunos artículos de la lista de Nördlingen:

Decir que la verdad está en el Riess es una herejía de Donato, que decía que Dios está en África y no en otro lugar.

El hombre puede encontrarse unido a Dios de tal forma que ya no comete pecado, sea lo que sea que haga.

Según ellos, los únicos ángeles son las virtudes humanas y los únicos demonios son los vicios y los pecados de los hombres. No existe el infierno. Toda creación es Dios en su plenitud. Los ángeles no habrían caído si se hubieran comportado como debían en su unión con Lucifer.¹¹⁷

¹¹⁵ Crusius cita el caso del convento de Kircheim unter Teck, en Suabia, donde vivían, en 1214, ochenta y seis mujeres sin observar ninguna regla precisa. En varias ocasiones, ellas le pidieron al obispo de Constanza que estableciera la regla agustiniana, quien solo accedió a tal solicitud en 1247.

¹¹⁶ Los términos «nuevo espíritu», «espíritu de libertad», «libertad por el espíritu» y «libre espíritu» designarán, a partir de la *Determinatio* de Alberto y con el propósito eclesiástico de catalogarlos como herejías específicas, los movimientos que, partiendo de la libertad de naturaleza, quieren ya sea reivindicarla en tanto tal —como desahogo lícito de deseos reprimidos— o refinarla en una cortesía social donde los deseos se armonizan en la atracción universal del amor, que se vive como una creación permanente (lo que ilustran, en su forma desacralizada y mecanicista, los proyectos de Sade, en el caso de la primera opción, y de Fourier, en la segunda). La Iglesia, que solo concibe la existencia del espíritu, detecta ahí la perversión de una frase de Pablo de Tarso: «Donde está el Señor, ahí está la libertad de espíritu». En su biografía de Tomás de Aquino, Guillermo de Tocco titula un capítulo: «Sobre el error del nuevo espíritu de libertad y del tercer estado del mundo». Aquí, condena el nuevo espíritu examinado por Alberto, el espíritu de libertad propio de los espirituales y los *fraticelli*, así como la tercera edad de Joaquín de Fiore.

¹¹⁷ La respuesta indica que el inquisidor tiene la intención de reconducir al acusado al marco de la mitología cristiana. La creencia en los ángeles, los demonios, el infierno, la caída solo existe entre quienes no realizan a Dios en el hombre.

El hombre unido a Dios, como ellos pretenden estarlo, no se ve obligado a rendir honores y respeto a los santos, ni a guardar el ayuno y cosas parecidas en el día del Señor. Quien está unido a Dios puede saciar impunemente su deseo carnal de la forma que sea, con cualquier sexo, e incluso invirtiendo los roles.

No hay necesidad de creer en la resurrección.

El hombre de bien no debe confesar sus pecados, cualquiera que sea su importancia, sino solamente contárselos a otro hombre de bien o decir, en presencia de Dios y en secreto, «he pecado».¹¹⁸

Afirman que, durante la elevación de Cristo, ellos mismos son elevados; ya sea que estén de pie o sentados, es a sí mismos que dirigen esas señales de reverencia, pero realizan ese gesto para no escandalizar a los demás.

Las personas obstaculizan y retardan su perfeccionamiento y sus cualidades cuando se entregan al ayuno, a la flagelación, a la disciplina, a las vigiliyas y a otras cosas del mismo tipo.

Conviene no empeñarse en las labores, sino tomar la oportunidad de saborear cuán dulce es el Señor.¹¹⁹ Las oraciones no tienen ningún valor cuando están bajo el yugo de los trabajos manuales.¹²⁰

Pueden sustraer los bienes de los demás a espaldas de Dios con toda impunidad, sin culpa o temor.

Dicen también que comen en secreto y sin pecado cuando quieren y todo aquello de lo que disponen.¹²¹

No hay necesidad de admitir los pecados en la confesión. Basta decir: «He pecado».¹²² Como los letrados son ignorantes, no deben revelarles la gracia de la que disponen. No sufren por caer en ningún pecado, porque Dios lo ha querido así y nadie puede frustrar los designios de Dios. Se regocijan tanto en el mal como en el bien y, cuando este llega, dicen: «Tal cosa ocurre y sucede según la previsión divina».¹²³

¹¹⁸ La proposición no pertenece al Libre Espíritu, sino al catarismo.

¹¹⁹ Dios se rechaza en tanto Dios de justicia y terror, y se realiza como principio de bondad y gratuidad natural. Este es el sentimiento que Francisco de Asís intentó volver a traer al seno de la Iglesia y que los *fraticelli*, sus discípulos disolutos, han restituido a la naturaleza.

¹²⁰ Cf. el rechazo del trabajo en el grupo del que habla Guillermo de Saint-Amour.

¹²¹ Cf. la confesión de Juan de Brünn.

¹²² Proposición cátara, valdense o apostólica.

¹²³ El acusador continúa empleando la noción de pecado, negada por los acusados. El argumento fatalista, al igual que en Quintín de Tournai, justifica la incitación a «seguir su naturaleza».

Los que, entre ellos, quieren volverse perfectos no deben pensar en la Pasión de Cristo.

No es necesario preocuparse, ni con dolor ni con amargura, por las faltas cometidas y los días perdidos. Tal sufrimiento retarda en ellos el acceso a una gracia más completa.¹²⁴

Según dicen, la sangre de los hombres de bien —como ellos— o su plenitud deberían ser veneradas de la misma manera que el cuerpo y la sangre de Cristo sobre el altar. Aseguran que la libertad, los males, el descanso y el bienestar corporal crean en el hombre un sitio y una morada para el Espíritu Santo.¹²⁵

Ellos dicen que Cristo las conoce carnalmente, que una mujer puede volverse Dios, que una madre de cinco niños puede ser virgen,¹²⁶ que una de ellas ha amamantado al niño Jesús junto con su madre hasta el agotamiento y el desfallecimiento.¹²⁷

¹²⁴ La desculpabilización y el amor a uno mismo, al crear en el individuo un sentimiento de plenitud, se expresan en la gracia de encarnar a Dios.

¹²⁵ Es en el cuerpo como lugar de placeres y displaceres donde se encarna el Espíritu Santo, es decir, Dios.

¹²⁶ La Iglesia se esfuerza por encauzar, en el culto a la Virgen María, la renovación de la vida que expresa, en el siglo XIII, la supremacía naciente (y efímera) de la mujer. El desprecio patriarcal de la existencia femenina se beneficia de ello. Resulta revelador que uno de los más ardientes devotos de la Virgen, Jacopone da Todi, escriba poemas de una lamentable misoginia y que tras la muerte accidental de su esposa se consagre al culto de María, esa madre de familia purificada hasta la virginidad por un adulterio divino.

Una represión constante, entre los siglos XIII y XVI, confirma que la devoción mariana se recibe con burlas e interpretaciones jocosas. (Dos casos, entre otros, lo ilustran: el 1 de abril de 1275, Matilde Billarde, «por las bajezas que dice y las palabras proferidas contra la Madre de Dios [...], fue desterrada y condenada a la exhibición en la picota en Tournai»; Jacobo Acarin, proveniente de Chaussée-Notre-Dame en Hainaut, condenado a tres años de prisión en 1451 por haber dicho: «¿Por qué avergonzarse? Nuestra Señora no tenía vergüenza. Se divertía tanto como otras personas, porque estaba casada tal como nosotros. ¿Creen que era virgen? Nones». Frédéricq, *op. cit.*, p. 140, p. 231).

Una tentativa de Iglesia femenina apareció con la muerte de Guglielmina de Bohemia (1282), venerada como encarnación del Espíritu Santo, y fundadora del grupo *Familia Caritatis*. La Iglesia puso fin a la empresa competidora, con su jerarquía femenina y sus ritos específicos, quemando en la hoguera a las guglielminas.

¹²⁷ Citado en Haupt, *op. cit.* Las declaraciones de monjas o laicas pertenecientes al Nuevo Espíritu de Suabia —y quizás a aquellos conventos «que antes habían disfrutado de esa libertad a la manera de los *fraticelli*»— demuestran claramente la fuente de la cual son extraídas las «efusiones de amor divino» alabadas por los comentaristas devotos. Incluso si la intelectualidad de figuras como Matilde de Magdeburgo (véase Matilde de Magdeburgo, *Das fließende Licht der Gottheit*, ed. Morel, Regensburg, 1869) y Beatriz de Nazaret trasciende una incierta experiencia sensual, existen a su alrededor, en cualquier caso, compañeros que el Libre Espíritu ha hecho Dios o Cristo y que

68. En los conventos donde la sexualidad encontraba desahogos secretos y tumultuosos, ¿cómo distinguir entre la histeria extática —tan apreciada por los hagiógrafos— y el lenguaje donde la aventura amorosa —homosexual y heterosexual— expresa su erotismo en la pasión del Dios-Amor? ¿Qué oculta esta fidelidad reiterada a Roma, que es lo único que determina la ortodoxia o heterodoxia de un hombre o una mujer, sin importar a qué acto lujurioso se entregue en secreto? Algunas vinculan su agitada exaltación al pilar de la Iglesia: Lutgarda de Tongres (1182-1246), amante del Sagrado Corazón, para quien «no pasaba un día sin que la Virgen se le apareciera» y que, según el jesuita Axters, «mantuvo un ayuno de siete años porque la Santísima Virgen, entristecida, le contó que los albigenses crucificaban a su Hijo»;¹²⁸ Ida de Nivelles (fallecida en 1231), amante de la Santísima Trinidad; Juliana de Monte Cornillon (1193-1258); María de Oignies (1177-1213); y Cristina la Admirable (1150-1224).

El caso de Beatriz de Nazaret (1205-1268), fundadora y priora del monasterio de Nazaret en Flandes, es más dudoso, aunque pertenece a la orden cisterciense. En 1231, su biógrafo escribe:

Había llegado a tal libertad de espíritu, a tal constancia de corazón, a tal pureza de conciencia [...] que, en todos sus actos y pensamientos, no temía ni tampoco se asustaba de ningún hombre, demonio o ángel, ni siquiera del juicio divino.

Su tratado, *Los siete modos de amor*, escrito entre 1230 y 1250, otorga un lugar importante a la libertad espiritual y al «puro amor». Ahí habla de «servir al amor con una conciencia libre, sin avergonzarse por el recuerdo de los pecados cometidos». Identifica el paraíso con el «reino de la libertad perpetua» y celebra el «deseo de alcanzar esa libertad, pureza y nobleza de espíritu, en la cual ella ha sido creada a imagen y semejanza del Creador».¹²⁹

«conocen carnalmente» a sus compañeras —a la vez vírgenes y madres— ofreciendo hasta desfallecer la leche de sus ardores.

¹²⁸ S. Axters, *Geschiedenis van de vroomheid in de Nederlanden*, Amberes, 1953, p. 27.

¹²⁹ Beatriz de Nazareth, *Seven Manieren van minnen*, ed. Reypens y van Mierlo, Lovaina, 1926.

69. Las lagunas en la biografía, así como algunas manifestaciones de ortodoxia, han incitado al catolicismo a anexas imprudentemente a su repertorio de devotos a la amberina Hadewijch, autora de poemas y de visiones donde la exaltación amorosa se acerca a la especulación cortés del sur de Europa y al Nuevo Espíritu de Suabia.

Según el jesuita Josef van Mierlo,¹³⁰ Hadewijch, nacida en Amberes hacia finales del siglo XII, habría terminado su existencia entre las beguinas de Nivelles, en Brabante, entre 1260 y 1269. Sus investigaciones desmienten la tesis de muchos eruditos, incluido Paul Frédéricq, según la cual Hadewijch no sería otra que Heilwige Bloemardinne, la enemiga de Ruysbroeck. La identificación, por más errónea que sea, revela el problema que enfrentan los fanáticos de la ortodoxia cuando leen sus obras.

A pesar de la barrera de lo contemplativo, que Hadewijch duda en cruzar, «Visión tercera» expresa la idea de un Dios asimilado a un flujo eterno de amor. El productor del mundo material, el guardián de la economía terrestre, se disuelve en la experiencia individual para transformarse ahí en amante y creador de voluptuosidades. El exilio de sí misma y el retorno a sí misma no dejan de evocar la tensión resuelta del goce en la unión de los amantes:

Luego, un día de Pascua, cuando había ido hacia Dios, él se apoderó de mis sentidos desde dentro, y arrebatándome en espíritu, me condujo ante el rostro del Espíritu Santo, que une al Padre y al Hijo en la unidad de la esencia. Y de la plenitud esencial de ese rostro recibí toda inteligencia, y en él leí el juicio de mis actos. Y del rostro se elevó una voz con una fuerza terrible, como para que se oyera en cualquier lugar, que me dijo: «Ve, Anciana, tú que me llamabas y me buscabas, lo que yo soy, Amor, y quién soy mil años antes del nacimiento de los hombres. Ve y recibe mi espíritu, y conoce en todas las cosas que en ellas soy amor. Y según te realices, pura humanidad, en mí, por todas las vías del puro amor, gozarás en el amor de quien yo soy, pero hasta entonces, amarás en el amor lo que yo soy. Y tú serás entonces amor como yo soy Amor, y no vivirás el amor menos que yo, todos los días de tu vida hasta el día de tu muerte, cuando verdaderamente comiences a vivir. En mi unidad me has recibido y yo te he recibido a ti. Ve y vive lo que yo soy, y vuelve trayendo la plena divinidad para gozar de quien yo soy».

Entonces volví en mí y comprendí lo que había visto, y permanecí con la mirada fija en mi dulce Amante.¹³¹

¹³⁰ Jozef van Mierlo, «Hadewijch» en *Revue d'ascétique et de mystique*, 1924, p. 269.

¹³¹ Hadewijch de Amberes, «Visión tercera», *op. cit.*, pp. 65-66.

La «Visión séptima» recuerda, por su inspiración absolutamente sensual, la proposición del Nuevo Espiritu de Suabia: «Ellas dicen que Cristo las conoce carnalmente».

Por último, adelantándose hacia mí [Cristo], me cogió en sus brazos y me estrechó contra él, y todos mis miembros sintieron los suyos en la plenitud que yo había deseado con el corazón, según mi propia humanidad. De este modo, tuve externamente satisfacción plena y perfecta [*in allen von sade*].¹³²

Al igual que en *El espejo de las almas simples* de Margarita Porete, el tema predominante es la absoluta soberanía concedida al amor, en torno al cual la vida de cada persona y el universo entero están llamados a ordenarse. «El amor es la única cosa que el alma desea», incluso en sus tormentas (*storme*) y sus tormentos (*erewoet*). Al servicio del amor, no hay nada vil. Hay que arriesgarlo todo por él, y saber renunciar al amor propio y a las vanidades para purificarse en él y por él. «El alma», dirá ella, «se une al amor mediante el goce, no por el ser». Los ángeles que acompañan al alma en el ascenso hacia el amor anuncian los serafines de Bloemardinne.

Como los cristianos no han dejado de señalar, puede que hayan circulado muchos textos apócrifos bajo el nombre de Hadewijch. Es una hipótesis. Sin embargo, el trabajo de censura es menos dudoso. Traductores y comentaristas se han esforzado por desentrañar los poemas en los que el amor se celebra a la manera cortés.¹³³ Y qué pensar de los textos cuando se sabe que hasta los escritos de Ruysbroeck han sido revisados: ¡una versión latina atestigua que habla de Libre Espiritu en dos poemas flamencos, los cuales fueron destruidos!¹³⁴

Jozef van Mierlo considera como «extremadamente curiosa y un poco perturbadora» la *Lista de los amantes perfectos*,¹³⁵ que sigue a la «Visión treceava» y parece dirigida al grupo de los Nuwen (los Nuevos),

¹³² Ibídem, «Visión séptima», p. 81.

¹³³ Vieja tradición, pues los primeros exégetas eclesiásticos competían con patológica ingeniosidad para transformar el epitalamio que es el «Cantar de los Cantares» en un amorío cerebral entre el Esposo divino y la Iglesia virginal.

¹³⁴ De manera similar, la traducción inglesa de *El espejo* pasa del verso 2 al capítulo 126.

¹³⁵ *Dit sijn die volmaete ghecleedt gbelijc minnen die Hadewych sach elc met sinen seraphinen*. [Una traducción posible: «Estos son los perfectos, ataviados con los trajes del amor [o vestidos como amantes], que Hadewijch ha visto, cada uno acompañado por sus serafines», N. de T.].

al que ella opone los *Vremden* (los Extranjeros). Del mismo modo, Margarita distinguirá entre la Santa Iglesia la Grande, donde Dios se realiza en el amor, y la Santa Iglesia la Pequeña, la de aquellos «tan bestias y tan asnos».¹³⁶

En los primeros doce siglos solo se registran veinte perfectos (incluida María, Juan el Bautista, María Magdalena, san Agustín...). La mayoría de los nombres citados aún no se ha identificado (se incluye a una beguina de Vilvoorde, cerca de Bruselas, llamada Helsewant). La vigésima novena persona en la lista es Aleydis, «una beguina que el maestro Roberto sentenció a muerte a causa de su justo amor». La decimotercera es un hombre llamado Constant: «Vivió durante nueve años a cuatro patas, sobre sus manos y pies, como una bestia». El retorno a la naturaleza y a la desnudez de las bestias no es ajeno al estado de inocencia que reivindicaron los Hombres de la Inteligencia y que Willem Cornelius atribuye a los indigentes, a aquellos que de no tener nada sacan la cualidad de ser todo.

Sobre Bentivenga de Gubbio

70. El proceso entablado contra Bentivenga de Gubbio revela, en el seno del movimiento franciscano, la presencia de una corriente del Libre Espíritu emparentada —con o sin influencia directa— con las concepciones difundidas en Suabia entre 1240 y 1280 aproximadamente. En Parma, Bentivenga se adhiere al grupo apostólico de Gerardo Segarelli hasta la prohibición episcopal de 1281, que provoca la dispersión de los adeptos. Se une entonces a los minoritas¹³⁷ y agrupa en Umbría a los partidarios del Libre Espíritu, que parecen haber sido numerosos en la región. Antes de su llegada, existía en Espoleto, alrededor de un tal Ottonello, una *Congregatio Libertatis* que era combatida por ese mismo Jacopo de Bevagna, de quien Clara de Montefalco sospechará, más tarde, de ser adepto al Libre Espíritu.¹³⁸ Su influencia era tal que los flagelantes que pasaban por el valle abandonaron sus prácticas para descubrir los efectos del placer liberado del sufrimiento.

¹³⁶ Margarita Porete, *El espejo de las almas simples*, Madrid, Editorial Siruela, 2005, p. 156.

¹³⁷ Frailes menores o franciscanos.

¹³⁸ En 1304, Clara de Montefalco denuncia al franciscano Jacopo de Bevagna frente a la Inquisición. Oligier (*op. cit.*) publicó el texto en latín de su intercambio:

En su biografía de Clara de Montefalco, escrita entre 1309-1315, Berengario de San Africano reporta de este modo la disputa entre Benvenga y la santa:

[...] Un cierto hermano de la orden de los menores vino al monasterio para presentar tres proposiciones a Clara. Hizo como si pidiera consejo sobre lo que, supuestamente, había escuchado en Gubbio de un hermano que durante mucho tiempo había sido muy apreciado por su santidad. Afirmaba tener dudas sobre los tres puntos siguientes: el hombre puede hacer lo que quiera, el infierno no existe, el alma puede perder el deseo en esta vida.

Clara no respondió de inmediato, porque le parecía que tales proposiciones contenían el veneno del error y obedecían a la influencia desmesurada del intelecto. Pero, en fervientes y numerosas oraciones durante la noche siguiente, pidió al Señor que le concediera la comprensión de tales proposiciones. Y, cuando la hubo obtenido, un día después, respondió a dicho hermano: «Las proposiciones sobre las que me consultaste llevan en su interior un veneno de lo más dañino si no se entienden con discernimiento. En la medida en que se trata de hombres de bien, el infierno no existe como lugar destinado a su suplicio. El hombre puede hacer lo que quiera, pero de tal forma que su voluntad se ordene según la voluntad divina. De hecho, es posible que Dios regule de ese modo la voluntad de un ser tomando para sí la voluntad del hombre y dándole su propia voluntad ordenada, la de Dios mismo. Y Dios adapta la voluntad de ese ser a la suya, de modo que este no desea nada que pueda oponerse a la voluntad divina. De esta forma, entonces, tal persona puede hacer lo que quiera, pues lo que quiere no se distingue en nada de lo que Dios quiere. Pero, si no se encuentran en el estado del que he hablado, aquellos que pretenden hacer lo que quieren no dicen la verdad. Francamente, el alma puede perder el deseo de esta manera: ¿por qué no desea nada cuando está en esta vida? ¡No! Más bien, puede ser y a veces sucede que, en una contemplación ferviente, gracias al éxtasis o a una elevación hacia Dios, el alma sea absorbida, inmersa, bañada en el amor, por una unión admirable. Y, en el estado extremo que alcanza, el alma no desee nada más que aquello que tiene».

«Clara, viví durante cuatro años en la mayor paz y descanso, ya que bajo ninguna circunstancia experimenté ninguna perturbación o cambio, y llegué a tal nivel, estaba en tal perfección que me parecía reconocer a Dios en todas las cosas y estaba constantemente bajo su encanto.

— ¡Cuidate, hermano mío! ¿Crees encontrarte en una situación elevada? ¡Cuidado con el descenso, y cómo vas a caer!

— Que Dios haga su ascensión, pues no me preocupa ni lo que da ni lo que quita».

Ante estas palabras, el heresiarca, sorprendido y perturbado por la poca fe que Clara concedía a sus errores, preguntó: «¿Puede un hombre que conoce a una mujer carnalmente recibir el cuerpo de Cristo a la mañana siguiente, incluso si la ha conocido sin la excusa del matrimonio y por el solo deseo de la carne?».

Aunque turbada, en verdad, por estas palabras vergonzosas, Clara respondió, en defensa de la fe y la verdad: «¡No!».

El heresiarca dijo: «Dios habría podido hacerlo».

Clara respondió: «Dios no es el autor del pecado; si pecaba, no sería Dios y eso mismo sería un pecado».

Entonces el heresiarca, como por desprecio hacia ella y sus argumentos, añade entre risas: «Nada sucede sin el consentimiento de Dios, pues, según la Escritura, incluso las hojas del árbol no caen al suelo sin su permiso. Se deduce, por eso, que lo que Dios permite es bueno, porque Dios, que es bueno, no permitiría nada que no fuera bueno».

Clara dijo: «Hay dos cosas aquí. En el hombre reside, en efecto, la obra del pecado prohibido, que siempre es malo; en Dios se encuentra el permiso, que siempre es bueno. De lo que se deduce que lo que Dios hace allí es bueno, a saber el permiso mismo y el bien que de él se deriva, pues a través de la bajeza del vicio es que se manifiesta el noble fruto de la virtud».

[Bentivenga dijo] que la consideraba simplista, estúpida y absolutamente ignorante en todas las cosas porque no accedía a ese estado que era el suyo, un estado, según él, superior a todos los otros; dado que cualquiera que puede pecar sin remordimiento, sin dolor, sin temor al castigo es, según ese estado mismo, considerado [por Bentivenga] como mejor, superior y más feliz, ya que no tiene ningún remordimiento, cualquiera que sea el pecado que cometa.

Aquellos que se comportan según su espíritu dicen que la criatura no hace nada, salvo en la medida en que Dios la ha hecho actuar. De modo que, si está en oración, todo es hecho por Dios, y si se entrega al amor o a cualquier otra ocupación infame, todo es hecho por Dios. Por lo tanto, no debe sentir ningún remordimiento.¹³⁹

Entregado por Clara de Montefalco a la Inquisición, Bentivenga será condenado en el verano de 1307, junto con otros seis minoritas, a prisión de por vida en Florencia.

¹³⁹ *Ibidem*, pp. 115-116. El texto en latín también se encuentra en Guarnieri, *op. cit.*

Sin embargo, en Aviñón, los espirituales se indignan ante la acusación, lanzada contra ellos, de acoger favorablemente este «muy nefasto error de la libertad de espíritu». Arnaud de Villeneuve mezcla en una misma reprobación el joaquinismo radicalizado por Dulcino de Novara y el Libre Espíritu. La doctrina consiste, según él, en una licencia sexual desenfrenada, en la libertad de hacer todo lo que se quiera con el pretexto de que todo agrada a Dios, aun cuando se trate de matar al papa o al rey o de violar mujeres y niñas,¹⁴⁰ «porque ahora ha llegado el tiempo en que debe reinar el espíritu de libertad».

Ya en 1305, Ubertino de Casale —otrora inquisidor en la región de Spoleto— enumeró, en su *Arbor vitae crucifixae Jesu Christi* [El árbol de la vida de Jesucristo crucificado], las tesis de Bentivenga «inspiradas por el diablo para corromper el espíritu de los sencillos»:

1. La apatía: ha aparecido un engaño impío, inspirado por el enemigo, que corrompe el espíritu de los sencillos, según el cual, so pretexto de serenidad en la voluntad de Dios, deben permanecer insensibles tanto ante la Pasión de Cristo como ante el sufrimiento del prójimo, y regocijarse, por así decir, únicamente en el goce de Dios, sin preocuparse del daño hecho a Dios ni de las dificultades del prójimo. Y dicen: «Dios guía todas las cosas hacia la mejor de las opciones».¹⁴¹
2. La impecabilidad: dicen que los hombres que encuentran la gracia de Dios y la caridad no pueden pecar. Afirman que aquellos que pecan de cualquier forma jamás han conocido la caridad o la gracia de Dios.
3. De este muy verdadero principio de la muerte del Hijo —que no podemos hacer nada bueno sin la gracia—, infieren que, sea lo que sea que hagamos, todo se hace por gracia. Por esa razón, dicen que comer y hacer el amor y otras cosas similares no implican un error en nosotros, pues la gracia, aseguran, incita a esas cosas.¹⁴²

¹⁴⁰ Ignorando el punto sobre matar al papa, que está en la lógica de la víctima (incluso para Ubertino de Casale), la violación de mujeres y niñas, que está en el programa de los militares de todos los tiempos y de todos los que imitan su comportamiento, corresponde más a la mentalidad de sus detractores que al Libre Espíritu.

¹⁴¹ Cf. Margarita Porete: «A esta Alma no le apenan el pecado que haya podido cometer, ni el sufrimiento que Dios haya pasado por ella, ni los pecados ni las penas en las que habita su prójimo». Véase Porete, *op. cit.*, p. 70.

¹⁴² Ubertino de Casale, *Arbor vitae crucifixae Jesu*, Venecia, 1485.

Sobre Margarita de Porete

71. Comienza con el nombre de Margarita de Henao —llamada Porete o Porrette o Poirette—, mencionado en los documentos de la Inquisición.¹⁴³ Las consideraciones de las que fue objeto hasta que ardió en la hoguera revelan, cuando no su pertenencia a las clases privilegiadas, al menos la intervención oculta de un personaje influyente, posiblemente de la corte de Borgoña en Mons.¹⁴⁴

Margarita es reconocida unas veces como una beguina clériga muy sabia y otras como una *pseudo-mulier* («pseudo-mujer»), término aplicado a las beguinas vagabundas. En un fragmento de *El espejo de las almas simples* —que la traducción inglesa suprimió en nombre de la ortodoxia—, se define como una errante en desacuerdo con el clero, del cual no excluye ni a las beguinas ni a los minoritas, sospechosos empero de Libre Espíritu:

Amigo, ¿qué dirán las beguinas y las gentes de religión,
Cuando oigan la excelencia de vuestra divina canción?
Las beguinas dicen que yerro y [que yerro dicen] los curas, clérigos,
predicadores, Agustinos, carmelitas y los frailes menores.¹⁴⁵

Un primer libro, un escrito sobre «el ser del amor refinado», es quemado en presencia de la autora, en la plaza de Valenciennes, durante los últimos años del siglo XIII. Gui II de Colmieu, obispo de Cambrai entre 1296 y 1306, que dio la orden de destruir el texto, le prohíbe difundir otras obras y doctrinas bajo pena de ser tratada como herética y relapsa, y entregada a la justicia secular.

No obstante, el texto condenado se permitió con la aprobación —muy reservada, es cierto, y llamando a la prudencia— de Godefroid de Fontaines,¹⁴⁶ de un cisterciense de la abadía de Villers-en-Brabant llamado François y de un fraile menor, Jean de Quaregnon.

¹⁴³ Frédéricq, *op. cit.*, p. 166 y t. II, p. 37.

¹⁴⁴ Posiblemente, Felipa de Henao.

¹⁴⁵ Porete, *op. cit.*, p. 174.

¹⁴⁶ Maestro de teología en la Universidad de París, desde 1285, y canónigo de París, de Tournai y luego de Lieja donde muere hacia 1360.

Margarita reincide enseguida y comparte con otros sencillos y con el obispo de Châlons-sur-Marne un libro titulado *El espejo de las almas simples*.

Denunciada al inquisidor de Alta Lorena, cuya jurisdicción se extiende desde Valenciennes hasta Cambrai, es arrestada y comparece, en 1307, delante de Guillermo Humbert, inquisidor general de Francia, confesor de Felipe el Hermoso y futuro cómplice de Felipe de Marigny en el juicio y la masacre de los templarios.

Se niega a pronunciar el juramento que ordena decir la completa y absoluta verdad, fiel en ello a esa alma libre que «si no quiere, no responde a nadie».¹⁴⁷

El 11 de abril de 1310, después de un año y medio de encarcelamiento, es juzgada, *ipso facto*, herética y relapsa. Una veintena de teólogos reunidos en comisión condenan quince extractos del texto, que servirán de base para la redacción del *Ad nostrum* y para el anatema lanzado contra los begardos y las beguinas, tachados de Libre Espíritu, durante el Concilio de Viena de 1311.

El 31 de mayo de 1310, es entregada por la autoridad eclesiástica al preboste de París con la recomendación habitual de «actuar misericordiosamente con una muerte rápida». Su libro debe ser quemado con ella. Cualquiera que posea una copia la remitirá a la autoridad competente bajo pena de ser excomulgado.

Margarita Porete es ejecutada el 1 de junio en la plaza de Grève. Según el continuador de la *Chronique de Guillaume de Nangis* [Crónica de Guillermo de Nangis],¹⁴⁸ la nobleza de su actitud y su devoción¹⁴⁹ conmovieron hasta las lágrimas a la muchedumbre que asistía al espectáculo.

Un clérigo de la diócesis de Cambrai, Guion de Cressonaert —discípulo o compañero, no está claro—, fue arrestado, degradado y condenado a prisión perpetua por haber intentado salvarla.

¹⁴⁷ Ibídem, p. 134.

¹⁴⁸ Guillaume de Nangis, en Géraud (ed.), *Chronicon*, con *Continuationes*, vols. I, II y III, París, 1843.

¹⁴⁹ La orden de acelerar la muerte solo se concede al precio de una actitud de remordimiento. Esteban Dolet, que había manifestado su arrepentimiento de forma poco convincente sobre la hoguera, fue invitado por el verdugo a arengar con una voz más firme bajo pena de no ser estrangulado y perecer en el fuego.

Las concepciones de Margarita no superan en audacia las fórmulas del Maestro Eckhart.¹⁵⁰ No obstante, Eckhart no es una criatura mendicante que reivindique su errancia. Mientras que el maestro ataca con desprecio (y astucia) a quienes toman sus tesis al pie de la letra en lugar de captar su espíritu, la autora de *El espejo* se dirige a los sencillos y en su lenguaje.

Su ejecución ejemplar encuentra su razón eclesialística en la agitación que reina en Alemania y en la región de Langres, donde se han esparcido personas «que cultivan sus propias inmundicias bajo el manto de la devoción».

En 1310, el franciscano Nicolás de Lira, uno de los acusadores de Porete, arremete contra los herejes que sostienen que no hay que escuchar a los predicadores, sino vivir libremente según la carne.

En 1311, en el Concilio de Viena, el nuevo obispo de Cambrai, Pedro III de Lévis —sucesor de Felipe de Marigny, quien había condenado a Margarita—, interviene activamente contra los begardos y las beguinas. Su jurisdicción se extiende hasta Bruselas, donde pronto resplandecerá el astro misterioso de Bloemardinne.

72. *El espejo de las almas simples* es uno de los pocos textos que ha llegado hasta nosotros y que fue concebido bajo la inspiración del Libre Espíritu. En la tradición de los místicos ortodoxos, el texto comienza desarrollando el tema de que «el alma tocada por la gracia está sin pecado». Luego, al igual que Beatriz de Nazaret discute siete maneras de amar, Margarita presenta la escalera de siete gracias iniciáticas a través de las cuales el alma alcanza el goce de Dios. Una vez que el alma es aniquilada en Dios, pierde su voluntad, sus deseos, su esencia propia y, convertida en seráfica, es transformada por Dios y se identifica con su totalidad. Hasta ese estado, no se sale del amor extático, la visión beatífica de los místicos. Pero la identificación del alma con Dios establece la libertad, que es la de la vida contenida en Dios.

¹⁵⁰ «El hecho de que Cristo sea bienaventurado no me hará bienaventurado hasta que yo mismo no me convierta en Cristo, hasta que yo mismo no nazca como Hijo de Dios» o «¿Por qué Dios se hizo hombre? Para que yo pudiera nacer como Dios, a semejanza de él». Eckhart debió escuchar a Margarita durante alguna de sus estancias en París.

Además, ¿por qué iban estas almas a poner reparos en tomar lo que les falta cuando sienten la necesidad? Sería para tales Almas una falta de inocencia y un obstáculo para la paz en la que esta Alma reposa de toda cosa. ¿Quién es aquel que debe poner reparos en tomar lo que necesita de los cuatro elementos: la claridad del cielo, el calor del fuego, el rocío del agua y la tierra que nos mantiene? Nos servimos de los cuatro elementos en todas las formas que necesite Naturaleza sin que Razón lo reproche. Estos elementos graciosamente dados, han sido hechos por Dios como las otras cosas y estas Almas usan de todo cuanto, hecho y creado, tiene necesidad Naturaleza en perfecta paz de corazón, tal como lo hacen con la tierra sobre la que caminan.¹⁵¹

Se trata, en lo sucesivo, de crear una naturaleza en la que Dios se reencarne, tal y como se reencarna en el individuo unido a ella. Este hace retornar al presente el primer día, que adquiere en la tierra, por divina obediencia, la inocencia que Adán perdió en el paraíso terrenal por desobediencia.

A la *antiphysis*¹⁵² de la Iglesia, Margarita opone una rehabilitación del estado de naturaleza antes de la caída, antes de la invención del pecado y del intercambio. El camino de acceso se encuentra en un refinamiento del amor, en una identificación con la potencia que existe en cada ser humano. Esta práctica, que despierta, según un proceso de carácter alquímico, al «dios dormido», propone la libre realización de los deseos hasta la inocencia, donde se abole todo sentimiento de culpa.

Mientras que el procedimiento místico conduce a la comunión contemplativa con el fantasma divino, erotizado por la negación del cuerpo, Porete identifica el alma con Dios para reinventar el cuerpo y conceder al amor del yo el derecho de extender un control absoluto sobre el mundo.

Como esta Alma es semejante a la Deidad. Capítulo LI.

[*Amor.*] Es necesario —dice Amor— que esta Alma sea semejante a la Deidad, pues se ha transformado en Dios, por lo que mantiene su verdadera forma; aquella que le fue dada y otorgada sin comienzo por uno solo que en su bondad la ha amado siempre.

¹⁵¹ Porete, *op cit.*, p. 72.

¹⁵² El término griego *physis*, proveniente del verbo φύω que significa brotar, se traduce como naturaleza. De ahí que *antiphysis* designe lo que es contrario a la naturaleza. [N. de T.]

El Alma: ¡Ay, Amor! —dice esta Alma—, el sentido de lo que habéis dicho me ha anulado y la sola nada de esto me ha hundido en un abismo inferior sin mesura a menos que nada. Y el conocimiento de mi nada —dice esta Alma— me ha dado el todo, y la nada de este todo —dice esta Alma— me ha quitado la oración y la plegaria, y ya no rezo nada.

Santa Iglesia la Pequeña: ¿Y qué hacéis entonces, dulcísima señora y maestra nuestra? —dice Santa Iglesia la Pequeña.

El Alma: Reposo por completo en paz —dice esta Alma—, sola, nula y toda en la cortesía de la mera bondad de Dios, sin que un solo querer me haga moverme, por riquezas que contenga. Tal es el cumplimiento de mi obra —dice esta Alma—: no querer jamás nada. Pues en la medida en que no quiero nada, me hallo sola en él sin mí, por completo liberada, y en cuanto quiero algo —dice—, estoy conmigo y pierdo libertad. Pero cuando no quiero nada y he perdido todo fuera de mí querer, entonces no me falta nada: ser libre es mi manera. No quiero nada de nadie.

Amor: ¡Oh, preciosísima Esther! —dice Amor—, vos que perdisteis todas vuestras prácticas y, gracias a esa pérdida, ganasteis la de no hacer nada, fuisteis por ello verdaderamente preciosa, pues en verdad esa práctica y esa pérdida se hacen en la nada de vuestro amigo, y en esa nada —dice Amor— os extasiáis vos y permanecéis muerta. Pero vivís, amiga, totalmente en su querer; esa es su alcoba, donde le place demorarse.¹⁵³ [...]

Cómo esta Alma lo ha dado todo por la libertad de nobleza. Capítulo LXXXIX

[*Amor:*] Esta Alma lo ha dado todo por la libertad de nobleza de la obra de la Trinidad. Y a tal punto ha arraigado su voluntad desnuda en la Trinidad que no puede pecar a no ser que sea extirpada de raíz. No tiene de qué pecar, pues sin voluntad no se puede pecar. Y así no guarda cuidado del pecado si deja su voluntad ahí donde ha echado raíces, es decir, en aquel que le dio libremente y por su bondad esa misma voluntad que quería, por su bien, recuperar para sí de su amiga, libre y desnuda, sin ningún porqué por parte de ella, por dos motivos: porque lo quiere y porque lo merece. Y ella no tendrá plena y asidua paz hasta que se halle puramente despojada de su querer.

La que es así se asemeja siempre a un borracho. Al ebrio no le importa nada de lo que le pueda acontecer, sea cual fuere su aventura, y no más que si no le aconteciera nada. Y si le importase, no estaría ebrio del todo. Así le sucede al Alma que aún tiene de qué querer, es decir, que está mal arraigada y, por ello, aún puede preocuparse de algo si le asalta adversidad o prosperidad. En tal caso, ella no es «toda» del todo, puesto que no es del todo «nula», ya que tiene de qué querer; pues su pobreza y su riqueza residen en querer dar o retener.

¹⁵³ *Ibíd.*, pp. 101-102.

Y aún quiero decir —dice Amor— a todos los llamados y solicitados por su deseo interior hacia las obras de perfección por las enseñanzas de Razón, lo quieran o no, que si quisieran ser lo que podrían ser, alcanzarían el estado del que hablamos y serían también ellos señores de sí mismos, del cielo y de la tierra.

Razón: ¿Cómo señores? —dice Razón.

El Alma: Eso nadie sabe decirlo —dice el Alma libre que todo lo mantiene sin corazón, y sin corazón tiene todo; y si el corazón siente, no se trata de ella.

Cómo puede alcanzarse la perfección haciendo lo contrario del propio querer. Capítulo XC

[*Amor:*] He dicho —dice Amor— que quien siguiera la exigencia interior de su espíritu —si está llamado a alcanzar el bien querer, pues de lo contrario no digo nada—, y si abandonase todo su querer externo para vivir la vida del espíritu, alcanzaría entonces total señoría.

El Espíritu: ¡Ah, por Dios! —dice el Espíritu que busca justamente esto en la vida extraviada— ¡dinos cómo!

El Alma: Eso —dice el Alma liberada— nadie sabe decirlo excepto aquel que es así en su criatura por su bondad hacia la criatura. Pero lo que sí puedo deciros —dice esta Alma liberada— es que es menester, antes de llegar a esto, que se haga perfectamente lo contrario del propio querer, dejando que las Virtudes se alimenten de uno hasta hartarse, manteniéndose firme sin falla, para que el Espíritu tenga siempre señorío sin contrariedad.

Verdad: ¡Ay, Dios! —dice Verdad— ¿cómo habría de enfermar el cuerpo de un corazón que contiene tal espíritu?

El Alma: Oso decir —dice el Alma liberada— que un querer así, que corresponde al de la vida extraviada, es decir, la vida del espíritu, acabaría en breves momentos con los humores de todas las enfermedades. Esa capacidad curativa posee el ardor del espíritu.

Amor: Es verdad —dice Amor—, quien lo dude que lo pruebe y sabrá la verdad. Y he aquí lo que os digo —dice Amor—: al contrario que en el Alma liberada, la vida de la que hablamos, que llamamos vida del espíritu, no puede tener paz si el cuerpo no hace siempre lo contrario de su voluntad; es decir, que tales gentes hacen lo contrario de la sensualidad, pues si no recaerían en la perdición de esa vida, si no vivieran contrariando su placer.

Los que son libres, en cambio, hacen lo opuesto. Pues de la misma forma en que es necesario hacer en la vida del espíritu lo contrario de la propia voluntad si no se quiere perder la paz, los libres en cambio han de hacer lo que les plazca si no quieren perder la paz, ya que han

alcanzado el estado de libertad, es decir, que han caído de las Virtudes en Amor, y de Amor en nada.¹⁵⁴ [...]

Era tan estúpida
Cuando las servía,¹⁵⁵
Que no os lo podría
Expresar con mi corazón.
Y mientras las servía
Y las amaba bien,
Amor por suerte me hizo
Oír hablar de él.
Y a pesar de que, simple como era,
No podía comprenderlo,
Me embargó la voluntad de amar a Amor.

Y cuando [dama] Amor me vio pensar en ella, no me rechazó a causa de las Virtudes, sino al contrario, me liberó de su humilde servicio y me llevó a la escuela divina donde me retuvo sin servir, y allí fui de Amor plena y saciada.

Ya no me vale pensar,
Ni obra, ni elocuencia,
Tan alto me arrastra Amor
(Ya no me vale pensar)
Con sus divinas miradas,
Que no tengo ya intento alguno.
Ya no me vale pensar,
Ni obra, ni elocuencia.

Amor me ha hecho, por su nobleza,
Trovar los versos de esta canción.
Es esta la Deidad pura
De la que no sabe hablar Razón,
Y de un amigo
Que yo tengo sin madre,
Y que ha salido de Dios Padre,
Y también de Dios Hijo,
Su nombre es Espíritu Santo,
De quien tengo en el corazón tal unión
Que me trae alegría.
Es este el país de los pastos

¹⁵⁴ *Ibidem*, pp. 138-140.

¹⁵⁵ A las virtudes.

Que el amigo da al amarle.
 Nada quiero pedirle,
 Pues sería gran maldad,
 Sino que he de fiarme por entero
 En amar a tal amante.¹⁵⁶

Amigo de gentil naturaleza,
 Sois digno de gran alabanza,
 Generoso y cortés sin medida,
 Suma de toda bondad,
 No queréis hacer ya nada,
 Amigo, sin mi voluntad.
 Y tampoco debo callar
 Vuestra belleza y bondad,
 Para mí sois poderoso y sabio,
 Eso no puedo esconderlo.
 ¡Ay, ay! ¿A quién se lo diré?
 Serafín no sabe hablar.

Amigo, me has hecho presa de tu amor
 Para darme tu gran tesoro,
 Y ese es el don de ti mismo
 Que eres divina bondad.
 Corazón no puede expresar estas cosas,
 Pero el puro nada querer las purifica,
 Y me ha hecho así ascender tan alto
 En una unión y concordia
 Que jamás debo revelar.

Estuve encerrada en la servidumbre de la prisión,
 Cuando Deseo me capturó en el querer del apego,
 Ahí me encontró la luz del ardor del amor divino,
 Que dio pronta muerte a mi deseo, mi querer y mi apego,
 Que me impedían la plena empresa del divino amor.

Ahora divina luz me ha librado de la prisión,
 Y me ha unido por gentileza al divino querer de Amor,
 Ahí donde la Trinidad me da el deleite de su amor.
 Este don no lo conoce hombre alguno,
 Mientras sirva a cualquiera de las virtudes
 Ni al sentir de naturaleza con el uso de razón.
 Amigo, ¿qué dirán las beguinas y las gentes de religión,

¹⁵⁶ La traducción inglesa suprime todo el pasaje siguiente.

Cuando oigan la excelencia de vuestra divina canción?
 Las beguinas dicen que yerro y [que yerro dicen] los curas,
 clérigos, predicadores, agustinos, carmelitas y los frailes menores,
 Por lo que escribo del ser del Amor inmaculado.
 No salvo a su Razón que les hace decir esto,
 Deseo, Querer y Temor les restan ciertamente el conocimiento,
 Y la afluencia y la unión de la elevada luz
 De ardor de divino amor.

Verdad denuncia a mi corazón
 Que de uno solo soy amada,
 Y dice que sin remisión
 Él me ha dado su amor.
 Ese don mata mi pensamiento
 Con el deleite de su amor,
 Deleite que me ensalza y me transforma por unión
 En el eterno gozo de ser de divino Amor.
 Y divino Amor me dice que ha penetrado en mis entrañas,
 Por ello puede cuanto quiere,
 Esa fuerza me ha dado
 Del amigo que tengo en amor,
 A quien me hallo consagrada.
 Él quiere que le ame
 Y por eso le amaré;

He dicho que le amaré,
 Miento, no soy yo,
 Es él solo el que me ama a mí:
 Él es y yo no soy;
 Y nada más me falta
 Que lo que él quiere
 Y lo que él vale.
 Él es pleno
 Y de eso me hallo plena,
 Ese es el nudo divino,
 Ese es amor leal.¹⁵⁷ [...]

Cómo Justicia, Misericordia y Amor vienen al Alma cuando ella ha salido de su infancia. Capítulo CXXXII

Y entonces apareció el País de la Libertad. Allí, Justicia vino a mí y me preguntó qué favor quería de ella. Le respondí, tal como estaba, que

¹⁵⁷ *Ibidem*, pp. 172-175.

no quería que me fuera ahorrado nada de ella, ni de nada que pudiera atormentarme. Entonces vino Misericordia y me preguntó qué ayuda quería de ella, y también le respondí, tal como estaba, que no quería más ayuda de ella ni de nada que pudiera hacerme bien.

Seguidamente vino [dama] Amor colmada de bondad, que tantas veces me había hecho salir de mis sentidos y al final me había dado muerte: ya habéis oído algo de eso. Y me dijo:

Amiga, ¿qué queréis de mí?
 Contengo cuanto fue,
 Cuanto es y será,
 Estoy por completo colmada.
 Tomad de mí cuanto os plazca,
 Si me queréis toda entera, no me opongo.
 Decidme, amiga, ¿qué queréis de mí?
 Soy Amor, que de bondad estoy colmada por completo:
 Lo que queráis, lo queremos.
 Amiga, decidnos vuestra voluntad desnuda.

Entonces respondí, después que yo ya era pura nada: ¡Ah! ¿Y qué voy a querer? La pura nada no tuvo nunca voluntad, no quiero nada. Nada me importa la bondad de [dama] Amor, nada me importa por tanto cuanto es suyo. Está colmada de sí misma. Ella es, nada es si no es de ella; por eso digo que eso me ha saciado por completo y me basta.

Entonces empecé a salir de la infancia y mi espíritu fue envejeciendo cuando murió mi querer, acabaron mis obras y aquel mi amor que me hacía tan bonita. Pues el derramamiento del divino amor, que se mostró ante mí por luz divina, me mostró de repente en un relámpago altivo y horadador a él y a mí. Es decir: a él tan alto y a mí tan baja que ya no pude ponerme en pie ni valerme por mí misma; de ahí nació lo mejor de mí.

Si no lo entendéis, no puedo hacer nada. Es obra milagrosa de la que nada puede decirse sin mentir. [...]

Aquí habla Amor Divino: ¡Ah, Dios! —dice Amor Divino que reposa en el Alma anonadada— ¡cuán largo es el camino y amplia la distancia entre esa vida extraviada y la vida liberada en la que gobierna el nada querer! Y ese nada querer siembra la semilla divina, presa en el interior de la divina voluntad. Y esa semilla jamás muere, pero son pocos los que se preparan para recibirla. Encontré muchos de los que perecen en los apegos del espíritu, en las obras de virtudes, en los deseos de buena voluntad; pero encontré pocos de los noblemente extraviados y sin duda aún menos de los libres, es decir, de los que viven en la vida liberada y que son como este libro dice, esto es: que tengan el solo

querer que dispensa Amor Puro. Pues Amor Puro dispensa un solo amor y un solo querer, y por ello mi querer se ha convertido en un nada querer. Y ese Amor es propio de aquel que es puramente inmaculado por ser obra divina. Un alma así está desnuda y por ello no teme en su desnudez que le muerda la serpiente. Y puesto que Dios no puede acrecentar su gozo, igualmente el gozo de esta Alma no puede moverse ni acrecentarse por obra de ella si no lo acrecienta él por obra suya. Si ella hiciera un movimiento por su propia obra sería «por» ella; y si está desnuda, eso es imposible.

Y pues su bondad no puede disminuir, el mal no puede crecer en ella por su propia obra; y así ella no lo acrecienta por obra suya, porque si lo acrecentase sería «por» ella; y si está desnuda, eso es imposible.

El Alma libre: Es verdad —dice el Alma libre—; en ese punto me hallo por el perfecto abandono de mí misma; pues los milagros son debidos a la Fe; y esos milagros me dan verdadero saber de los dones divinos: Fe es la causa de ello.

Cómo el Alma se halla en estado de perfección cuando Santa Iglesia no puede tomar ejemplo de su vida. Capítulo CXXXIV

[Amor:] Un Alma así —dice Amor— se halla en el estado más perfecto y más cercano al Lejoscerca cuando Santa Iglesia no toma ejemplo de su vida. Ella está entonces por debajo de la obra de Humildad, más allá de la obra de Pobreza, por encima de la obra de Caridad. Está tan lejos de las obras de las Virtudes que no podría entender su lenguaje. [...]

Cómo el Alma retorna a su ser primigenio. Capítulo CXXXVIII

Ahora esta Alma se halla en el ser primigenio que es su ser; ha dejado tres y ha hecho de dos uno. Pero ¿cuándo existe esa unidad? La unidad existe cuando el Alma regresa a aquella simple Deidad que es un ser simple de desbordante fruición, en pleno saber, sin sentimiento, por encima del pensamiento. Ese simple ser cumple en el Alma por caridad cuanto el Alma cumple, pues el querer se ha hecho simple, y el simple querer no contiene acción después de haber vencido la necesidad de dos naturalezas, allí donde la voluntad fue dada para ser simple. Y ese simple querer, que es querer divino, lleva al Alma a estado divino: más arriba no se puede ascender, ni más profundo descender, ni se puede estar más desnudo. El que quiera entender esto que se guarde de los trucos de naturaleza, pues tan sutilmente como el sol seca el trapo sin que nadie lo perciba aunque esté mirando, así mismo engaña Naturaleza sin que se sepa, si [el alma] no está bien en guardia en virtud de una gran experiencia.

Cómo Naturaleza es sutil en muchas cosas. Capítulo CXXXIX

¡Ay, Dios!, cuán sutil es Naturaleza en muchas cosas, pidiendo bajo apariencia de bondad y coloreada por su necesidad aquello a lo que no tiene derecho. Ciertamente lo que pide es a menudo peligroso; pues con sus astucias obtiene frecuentemente lo que no es suyo, robándolo ella misma con su fuerza y vigor o con su gentileza. Para mi gran desgracia lo he comprobado, pero más bien fue para mi mayor fortuna, porque sin yo saberlo, superé lo que tenía que hacer en el saber divino. Y este saber divino y este reposo me barraban el camino hacia mi país, escondiéndome la materia en la que tenía que llenarme de humildad para conocer lo que era mío. Por eso perdí ahí lo que era mío, que en realidad, aunque lo poseía, jamás fue mío.

Sucede a veces que no pueden encontrarse en un reino dos criaturas que sean del mismo espíritu, pero cuando por ventura esas dos criaturas se encuentran, se abren la una a la otra y no pueden esconderse entre ellas, aunque quisieran, no podrían por la condición de sus espíritus y complejiones, y por las prácticas de la vida a la que, quieran o no, han sido llamadas. Gente así tiene una gran necesidad de estar en guardia si no ha alcanzado la cúspide, o la perfección de la libertad.

Por ello os digo, para concluir, que si Dios os ha dado elevada creación, luz excelente y singular amor, sed fecundos y multiplicad sin desfallecimiento esa creación, pues sus dos ojos os contemplan sin cesar y, si consideráis y contempláis esto correctamente, esa mirada hace ser simple al Alma.¹⁵⁸

Sobre Heilwige Bloemardinne

73. Mientras Juan de Ruysbroeck —el místico de Groenendael— es todavía cura de Santa Gúdula, en Bruselas, se involucra en una intensa polémica contra una beguina de condición social alta, cuya persona e ideas fascinan tanto a los entornos populares como a la aristocracia.

Bloemardinne es, con toda seguridad, hija del escabino Wilhelmus Bloemart, fallecido entre 1283 y 1297, cuya familia se cuenta entre las más influyentes de Bruselas. Heilwige debe haber nacido entre 1250-1260 (Wilhelmus ya desempeña la función de escabino en 1261) y 1283-1287. Su acta de defunción tiene la fecha del 23 de agosto de 1335.¹⁵⁹

¹⁵⁸ *Ibíd.*, pp. 189-196.

¹⁵⁹ Van Mierlo, «Bloemardinne» en *Dictionnaire d'histoire et de géographie ecclésiastique*, París, 1926, t. VI.

El silencio que rodea a Bloemardinne fue roto con mediocridad por Enrique Pomerius, autor de *De origine Viridisvallis una cum vita B. Joann Rusbroeckii* [Sobre el origen de Viridisvallis junto con la vida de Juan Ruysbroeck],¹⁶⁰ que se basa en el testimonio del compañero y sucesor de Ruysbroeck, Juan de Schoonhoven.

De cómo [Juan de Ruysbroeck] refutó cierta herejía oculta, cuya responsabilidad recaía sobre una mujer conocida popularmente como Bloemardinne, de gran renombre en la ciudad de Bruselas.

Había en Bruselas, en la época en que el servidor de Dios [Juan de Ruysbroeck] era sacerdote secular allí, una mujer de creencias perversas, llamada Bloemardinne por el pueblo. Había adquirido tal reputación que, durante la santa comunión, cuando se acercaba al altar, se creía popularmente que caminaba entre dos serafines.

Ella había escrito bastante sobre el espíritu de libertad y sobre el muy infame amor carnal, que llamaba amor seráfico. Muchos de sus discípulos, que compartían sus convicciones, la veneraban como creadora de una nueva doctrina.

Se cuenta que cuando escribía o enseñaba se sentaba en una silla de plata.¹⁶¹ Después de su muerte, ese asiento habría sido ofrecido, se dice, a la duquesa de Brabante, pues estaba impregnado con el pensamiento de Bloemardinne. Del mismo modo, los lisiados tocaban su cuerpo difunto creyendo así recobrar la salud.

Un hombre lleno de piedad y que por eso sufría viendo expandirse el error se levanta en seguida contra la perversidad de tal doctrina y, por más numerosos que fueran sus émulos, desenmascara, en nombre de la verdad, unos escritos que solo contenían herejías bajo el disfraz de verdad y que Bloemardinne, despreciando nuestra fe, había atribuido durante mucho tiempo a la inspiración divina. En

¹⁶⁰ Bogaert, H. Van Den (o Henricus Pomerius) en de Smet (ed.), *De origine Viridisvallis una cum vita B. Joann Rusbroeckii* en *Annalecta bollandiana*, París y Bruselas, 1885, vol. IV.

¹⁶¹ El trono de plata recuerda la magnificencia de Walter y los vestidos de seda que las monjas de Schweidnitz llevan bajo el cilicio. En el *Livre des deux hommes* [Libro de los dos hombres], Rulmann Merswin también habla de las beguinas que «antes de alcanzar la gloria de Dios por la mediación de los sentidos, se visten con hábitos maravillosos». El autor evoca, por otra parte, el magisterio alquímico donde la unión del rey y la reina forma el huevo andrógino, lugar del goce donde las separaciones se abolen bajo el doble símbolo del elixir de la juventud y de la piedra universal de la transmutación.

esto demostró sabiduría y coraje, pues no temió las trampas de los émulos de Bloemardinne y no se dejó engañar por la apariencia y el olor a verdad de estas falsas doctrinas. Puedo acreditar, por experiencia personal, que esos escritos tan nefastos estaban, a primera vista, revestidos del velo de la verdad, de modo que nadie habría podido detectar el germen del error, salvo mediante la gracia y con la ayuda de Aquel que enseña toda verdad.¹⁶²

Bloemardinne disfrutó el excepcional privilegio de vivir públicamente en autodeificación sin que la Inquisición, impotente,¹⁶³ pudiera condenarla, excepto a través de Ruysbroeck y por medio de la destrucción de sus escritos.

Ruysbroeck, que por una ironía del destino será considerado sospechoso de Libre Espíritu por Juan Gerson, no pudo contrarrestar, por lo demás, la influencia de Bloemardinne. La tradición asegura que, a raíz de su hostilidad contra el Libre Espíritu de la beguina, se habría visto obligado, bajo presión popular, a huir a Bruselas para refugiarse en la abadía de Groenendael (Vaux-Vert), donde pasará el resto de su existencia.

Aunque jamás la nombra, el místico ataca a Bloemardinne en *Die chierheit der geesteliker bruloch* [El ornamento de las bodas espirituales]:

Observa esto con gran atención para comprenderlo bien. Aquellos de los que hablo se imaginan contemplar a Dios y sueñan con ser los más santos del mundo. Sin embargo, su vida está completamente en oposición y en discrepancia con Dios, todos los santos y los hombres de bien. Observa con cuidado este signo que podrás reconocer en sus palabras y en sus obras. Por el hecho de ese descanso natural del que disfrutaban en sí mismos en la ociosidad, se consideran libres y unidos a Dios sin intermediarios, elevados por encima de toda práctica de la santa Iglesia, de los mandamientos de Dios, de la ley y de todas las obras virtuosas, sean cuales sean. Por cuanto su ociosidad es de tal importancia para ellos que no debe ser obstaculizada por ninguna obra, por buena que sea, pues ella está en sí misma por encima de toda virtud. De este modo, al igual que el telar del tejedor que por sí solo está ocioso y espera a que su maestro quiera trabajar en él, se entregan a una pura pasividad, sin ningún tipo de operación dirigida hacia arriba o

¹⁶² Frédéricq, *op. cit.*, p. 186.

¹⁶³ Alrededor de 1529, la Inquisición española no osará intervenir contra los alumbrados en Sevilla, porque son muy numerosos los miembros de familias influyentes que se adhieren a este movimiento.

hacia abajo, por miedo a que haciendo algo obstaculicen a Dios en su trabajo. Su ociosidad se extiende así a toda virtud, a tal punto que no quieren ni agradecer ni alabar a Dios. No se dedican ni a conocer, ni a amar, ni a querer, ni a rezar, ni a desear, convencidos de que ya están en posesión de todo lo que podrían pedir o anhelar.

Se creen así pobres de espíritu, pues no tienen voluntad de ningún tipo al haber abandonado todo y no hacer ninguna elección propia en sus vidas. Liberados de todo, tras superar todas las cosas, poseen, según ellos, aquello para lo que se instituye y establece todo ejercicio de la santa Iglesia. De esta manera, según dicen, nadie, ni siquiera Dios, es capaz de darles o quitarles nada, pues, en su opinión, están más allá de todos los ejercicios y de todas las virtudes, y han llegado a un estado de pura ociosidad, en el que están liberados de todas las virtudes. Afirman, además, que es más difícil librarse de las virtudes por un espíritu de ociosidad que alcanzar esas mismas virtudes. De este modo, ávidos de libertad, no quieren obedecer a nadie, ni al Papa, ni al obispo, ni al párroco; y, aunque parezca que lo hacen externamente, no tienen sumisión interior ante nadie, ni en su voluntad ni en sus obras, pues están totalmente liberados de todo lo que pertenece al dominio de la santa Iglesia. Por eso, llegan a decir que mientras el hombre se incline por la virtud y desee hacer la más querida voluntad de Dios todavía es imperfecto, preocupado como está de alcanzar virtudes y completamente ignorante de esa pobreza de espíritu y de esa ociosidad que preconizan. Creen estar elevados por encima de todos los coros de santos y de ángeles, y por encima de toda recompensa que pueda merecerse de cualquier manera. Piensan así que jamás podrán ser más virtuosos, ni merecer más, ni cometer pecados; porque ya no tienen voluntad, han entregado a Dios su espíritu librado al descanso y a la ociosidad, son uno con Dios y se han reducido a nada en cuanto ellos mismos. La consecuencia es que pueden consentir a todo deseo de la naturaleza inferior, pues han regresado a la inocencia y las leyes ya no se aplican a ellos. Por lo tanto, si la naturaleza se inclina hacia lo que le da satisfacción, y si, para resistir a ello, es preciso distraer o entorpecer la ociosidad del espíritu, obedecen a los instintos de la naturaleza para que su ociosidad de espíritu permanezca sin obstáculos. Por eso, no tienen ningún aprecio por los ayunos, ni por las celebraciones, ni por ningún precepto, y solo los observan para ganarse la estima de los hombres: porque en todas las cosas llevan su vida sin conciencia.

Espero que tales individuos no se encuentren en grandes cantidades, pues, ahí donde están, son los peores y los más peligrosos de todos los hombres; algunas veces incluso son poseídos por el demonio y luego son tan astutos que es difícil vencerlos por medio del razonamiento. Pero la Escritura Santa, las enseñanzas de Cristo y nuestra fe nos muestran bastante bien que están en el error. [...]

Existen, además, otros hombres perversos que difieren de los anteriores en algunos puntos. Como los primeros, afirman la ociosidad en relación a toda obra con el fin de ser únicamente el instrumento con el que Dios hace lo que quiere. A través de esto aseguran estar en pura pasividad, sin operación, y creen que las obras que Dios realiza así a través de ellos son más nobles y más dignas de mérito que todas las que pueda hacer otro hombre por sí mismo con la gracia de Dios. Ellos son portadores de la acción divina, al no hacer nada por sí mismos, pues es Dios quien opera cuando actúan. Incapaces igualmente de pecar, ya que Dios actúa, mientras ellos están en total ociosidad, logran lo que Dios quiere y ninguna otra cosa. Sin actividad alguna, están en pleno abandono interior de sí mismos y quieren vivir al margen de toda elección. Fingen comportamientos de humildad y de resignación, y pueden soportar y sufrir con ecuanimidad todo lo que les suceda, pues creen estar en manos de Dios como instrumentos con los cuales este cumple su voluntad. Sus formas y acciones recuerdan generalmente las de los hombres buenos, y solo se diferencian de ellos en algunas circunstancias. Estos hombres sostienen, en efecto, que todo aquello a lo que se sienten atraídos, ya sea conforme o contrario a la ley, proviene del Espíritu Santo. Y en esto, como en otras cosas parecidas, se engañan, porque el Espíritu de Dios no puede querer, ni aconsejar, ni operar en ningún hombre cosas que estén en contradicción con la enseñanza de Cristo o de la santa Iglesia.

Es difícil reconocer a estas personas, a menos que uno esté divinamente iluminado y posea el discernimiento de los espíritus y de la verdad divina. Extremadamente sutiles, saben como disfrazar bajo una apariencia o excusa lo que en ellos entra en contradicción con Dios. Pero, al mismo tiempo, son tan tercos y están tan llenos de su propio espíritu, que morirían antes de renunciar a nada de lo que han soñado; porque se consideran los más santos y los más iluminados del mundo.

Lo que los distingue de la categoría anterior es que piensan que todavía pueden crecer y obtener méritos, mientras que los otros se declaran incapaces de nuevos méritos, pues han llegado a esa posesión de unidad y de ociosidad que excluye todo crecimiento y suprime todo ejercicio. Todos están en el mismo nivel en perversidad y son los peores hombres, por lo que debemos huir de ellos como de demonios del infierno.

Si has entendido bien la doctrina que acabo de exponer extensamente, te será fácil ver que ellos se engañan. Por cuanto viven en oposición a Dios, a la justicia y a todos los santos; estos son todos precursores del Anticristo y preparan el camino a toda incredulidad.¹⁶⁴

¹⁶⁴ J. Ruysbroeck, *L'Ornement des noces spirituelles*, traducción al francés de los benedictinos de Saint-Paul-de-Wisques, Bruselas y París, 1928, pp. 200-203.

Sobre la hermana Katrei

74. La lucidez de los intelectuales se desprende generalmente de su capacidad para extraer de la vida que perciben alrededor de ellos, o incluso en sí mismos, lo necesario para alimentar las especulaciones de un pensamiento separado. Así ocurre con Eckhart. Varias de las diecisiete sentencias condenadas por el papa el 27 de marzo de 1329, y que Eckhart va a abjurar a Aviñón cuando lo sorprende la muerte, llevan la marca de este Libre Espíritu que él mismo había condenado enérgicamente al vituperar a quienes toman al pie de la letra un pensamiento que solo hay que comprender por el espíritu.

El tratado atribuido al Maestro Eckhart, *Daz ist swester Katrei, Meister Ekehartes tohter von Strâzburc* [Así fue hermana Katrei, la muchacha que Maestro Eckhart tenía en Estrasburgo], se considera por lo general apócrifo.

No es seguro, sin embargo, que el astuto dominico no estuviera secretamente encantado de ver que sus ideas volvían a su fuente viva. Provenía de Turingia, donde Hadewijch tenía seguidores que fueron nombrados en la *Lista de los perfectos*. Las temporadas que pasó en París seguramente lo dejaron al corriente de las ideas amaurianas condenadas por Esteban Tempier en 1277 y, sobre todo, de las teorías de Margarita Porete.

Por un justo giro de los acontecimientos, *Daz ist swester Katrei* describe el paso de una novicia a la conciencia del Libre Espíritu. La prueba iniciática del ascetismo y del despojamiento del mundo exterior conduce al estado de perfección, donde todo está permitido. Gertrude de Civitatis y sus compañeras actúan de la misma manera en Schweidnitz.

«Aconsejadme de la mejor manera sobre cómo debo conducirme ahora, vos que conocéis mi vida más que nadie». Él dijo: «Lo haré con gusto: debéis comer según vuestra hambre y beber según vuestra sed y vestidos de lino fino y dormir cuanto queráis, y vivir en los placeres; lo que vuestro corazón desea de buena comida y placer, debéis concedérselo y no vivir para nadie más que para vos misma. Y si vierais con vuestros ojos que el mundo entero se desmorona, no debéis intervenir, ni siquiera con un avemaría, y debéis ordenar a todas las criaturas que os sirvan según vuestra voluntad para la gloria de Dios. Debéis usar bellas ropas delicadas y quedaros en un mismo lugar y dejar todo en manos de Dios. Si queréis hacer uso de alguna criatura, podéis hacerlo a voluntad, ya que acercaréis a su origen a cualquier criatura que uséis. Sabéis bien que aquello de lo

que os servís está en Dios, para la gloria de Dios». ¹⁶⁵ Ella dijo: «Yo sé bien y decís verdad. Pero sabed que no deseo ninguna otra cosa que ser pobre hasta la muerte». Él dijo: «Os equivocáis». Ella dijo: «En este error me quiero quedar. Quiero ser pobre y miserable, eso nadie me lo puede quitar». Él dijo: «Por mi alma, hacéis mal a tu Dios». Ella dijo: «¿Cómo así?». Él dijo: «Al obedecer a vuestra propia voluntad». Ella dijo: «Dios sabe que lo hago solo para honrar el camino que me ha llevado a mi beatitud eterna. Si este camino ha sido erróneo en el tiempo y en la eternidad, así es como quiero ser en el tiempo y en la eternidad. Sabed que no quiero desviarme del camino de Nuestro Señor Jesucristo». Él dijo: «Pero debéis saber que Dios os concede todo plenamente». Ella dijo: «Acepto muchas comodidades, de tal suerte que ya no hago tanta penitencia como antes. Sabed que si pudiera ayudar a todas las almas buenas que están en camino hacia su eterna beatitud, pero que aún no han sido confirmadas, lo haría con alegría; y que si pudiera ayudar a todos los hombres a superar sus debilidades, lo haría con gusto por el amor de Dios. Debéis saber, pues nuestro Señor Jesucristo practicó estas cosas hasta su muerte, que es justo que haga todo esto. Mientras viva en el tiempo quiero ocupar mis fuerzas exteriores con la noble vida y con la noble humanidad de nuestro Señor Jesucristo y con su noble enseñanza. Sabed que las fuerzas sublimes de mi alma obran en el alma de Cristo, en el padre celeste y están ahí reunidas en un único ser, y jamás disminuyen. Partiendo de Dios el Padre, por medio de las fuerzas, el Espíritu Santo circula del Padre al alma y de nuevo del alma a Dios, y toda fuerza hace su propia obra aquí abajo en el Espíritu Santo y en el Padre y con el Hijo, nuestro Señor Jesucristo. Debéis entender esto bien: él quiere conocer todos mis pensamientos y todos mis actos desde que soy capaz de distinguir el bien del mal».

Él dijo: «Mi querida hija, iluminadme. Los doctores dicen: “En el cielo, mil almas pueden sostenerse en la punta de una aguja”. Dime ¿cómo debo interpretar esto?». Ella respondió: «Los maestros dicen verdad y debéis entenderlo así: el alma que ha entrado en Dios no conoce ni lugar ni hora, ni ninguna cosa que pueda decirse con palabras. Es más: diría que si examinamos la condición de la que está hecha el alma, encontramos que está muy por encima del cielo y de la tierra y de todo lo que Dios ha creado. Y digo más: si Dios hubiera creado tantas veces cielo y tierra y mundos como ha hecho criaturas, al lado del lugar que ocupa el alma unida a Dios, estos no serían más que la punta de una aguja». Y la hermana Katrei continuó discurrendo y comenzó a hablar de Dios y dijo tanto que el confesor no cesaba de pronunciar: «Mi querida hija, continuad». La hermana Katrei le habló tan largamente de la grandeza de Dios y de su poder y providencia que el confesor perdió el

¹⁶⁵ Artículo 16 de la bula condenatoria de Eckhart: «Dios no prescribe propiamente ningún acto exterior».

conocimiento y cayó desmayado, por lo que hubo que llevarlo a una celda separada y pasó mucho tiempo antes de volver en sí. Cuando volvió en sí, pidió que le trajeran a la hermana Katrei. Ella se acercó a él y le preguntó: «¿Cómo os sentís en este momento?». Él respondió: «Extremadamente bien. Alabado sea Dios por haber hecho una criatura humana como tú. Me habéis mostrado el camino a mi beatitud eterna, he estado sumergido en la contemplación de Dios y se me ha dado el conocimiento real de todo lo que sabía por vuestra boca. Oh, te ruego, mi querida hija, por el amor que tienes a Dios, ayudadme con vuestras obras a mantenerme por mucho tiempo donde estoy ahora». Ella dijo: «Sabed que eso no se puede. Aún no sois apto. Cuando vuestra alma y vuestra fuerza se hayan acostumbrado a ir y venir por el camino, tal como los sirvientes de una casa entran y salen de ella, y hayáis aprendido a distinguir el pueblo celeste y todo lo que Dios ha creado, y ya no cometáis aquí ningún error en nada, al conocer las cosas como el amo de una casa conoce a sus sirvientes, entonces habrá llegado el momento de que conozcáis la diferencia entre Dios y la divinidad. Y también conoceréis la diferencia entre el espíritu y la espiritualidad.

«Solo entonces podréis aspirar a ser confirmado. No debéis extrañaros, debéis divertirlos con las criaturas en toda inocencia y que ellas mismas no sufran ningún daño. Para esto debéis dirigir vuestras fuerzas con el fin de no caer en la demencia. Y esto debéis hacerlo asiduamente hasta que las fuerzas del alma sean despertadas y lleguéis a esa ciencia de la que hemos hablado previamente.

«Alabado y bendito sea el dulce nombre de nuestro Señor Jesucristo».¹⁶⁶

Sobre el Libre Espíritu entre los begardos y las beguinas

75. La mentalidad obsidional de la Iglesia erigió los beguinajes como murallas contra la amenaza valdense y las turbulencias del empobrecimiento. Pero, al igual que el lenguaje teológico, la ciudadela, dotada de todas las fortalezas divinas, iba a desmoronarse desde el interior, asediada por esa libertad de naturaleza que ninguna lápida aplasta por completo.

¿Qué mejor protección contra el fermento de la liberación de las costumbres que el control indolente de algún obispo preocupado principalmente de estrategia política, de prerrogativas imbéciles, de

¹⁶⁶ F. Pfeiffer (ed.), «Swester Katrei Meister Ekehartes Tochter von Strásburc» en *Deutsche Mystiker des veirzehnten Jabrhunderts*, Leipzig, 1857, vol. II, pp. 448-475.

libertinaje sofocado y de agiotajes? ¿Qué mejor lugar para que el debate sobre el amor, tan arraigado en el corazón de la vida medieval, descubriera su origen sensual que esos lugares de refugio y encuentro donde hombres y mujeres, por una saludable ociosidad, no tenían otra preocupación que la de vivir según su voluntad?

A veces, el desorden demasiado evidente despertaba la desconfianza de los más celosos servidores de la Iglesia, atentos a que su propia autoridad no sufriera el reproche del emperador o del papa, según el partido al que estuvieran afiliados. En 1239, Reinbotto, obispo de Eichstätt, amenaza a las beguinas de mala reputación de su diócesis con las penas más severas.

En 1244, al arzobispo de Maguncia, Siegfried III, «para prevenir el abuso que las beguinas más jóvenes hacían de su libertad, prohibió a los establecimientos de su diócesis aceptar miembros nuevos menores de cuarenta años».¹⁶⁷

En un primer momento, el espejo de la devoción beguina, que refleja hacia el cielo la mirada sospechosa de los inquisidores, protege a las beguinas del resentimiento de franciscanos y dominicos, esos rivales en mendicidad. En 1240, Juana de Flandes ordena a sus magistrados defender a beguinas y begardos de sus expoliadores —cofradías religiosas y curas—, a quienes el celo intempestivo de ciertas comunidades hacía perder negocios rentables (por ejemplo, el entierro de los muertos).

Todavía en 1245, el papa Urbano IV ordena al deán de Lovaina «que los proteja de los imprudentes que los afligen y no permita que sean acosados mediante juicios contra sus personas o sus bienes».¹⁶⁸

Sin embargo, durante la segunda mitad del siglo XIII, se multiplican las condenas. El Sínodo de Fritzlar, presidido por el arzobispo Gerardo de Maguncia en 1258, la emprende contra beguinas y begardos errantes, que mendigan con gritos de «*Brod durch Gott!*»¹⁶⁹ y predicán en lugares secretos y subterráneos.¹⁷⁰

¹⁶⁷ J. L. von Mosheim, *De Beghardis et Beguinabus commentarius*, Leipzig, 1790, p. 147.

¹⁶⁸ *Ibidem*, p. 140.

¹⁶⁹ En alemán en el original. La frase puede traducirse como: «¡Pan por el amor de Dios!». [N. de T.]

¹⁷⁰ J. D. Mansi, *De sacrorum conciliorum novo collectio*, 1759, XXIII, p. 997: «*Idem etiam de beguinis pestiferis statuimus*» [Lo mismo hemos decidido sobre las beguinas pestilentes, N. de T.].

En 1277, el Sínodo de Tréveris lamenta que los begardos y otros *illiterati*¹⁷¹ difundan herejías y errores en el pueblo.¹⁷²

La lucha que conducirá a la condenación del Concilio de Viena adquiere una orientación sistemáticamente represiva cuando, el 14 de febrero de 1307, el Sínodo de Colonia, presidido por el obispo Enrique II de Virneburg, mezcla en un mismo anatema a begardos, beguinas, apostólicos seguidores de Gerardo Segarelli, partidarios de la pobreza voluntaria, *fraticelli* y joaquinistas. Un texto de Virneburg les reprocha «practicar un nuevo género de vida bajo el pretexto de la pobreza; mendigar en lugar de trabajar para gran detrimento de la cristiandad; y predicar públicamente su doctrina, aunque son laicos».¹⁷³

La confusión se refleja en la lista de «errores»:

Dios se encuentra en un estado de perdición.¹⁷⁴

Los que son conducidos por el Espíritu de Dios ya no están bajo la ley, pues la ley no se impone al justo, al que vive sin pecado.¹⁷⁵

El que no me sigue no puede ser salvado.¹⁷⁶

La mera fornicación no es un pecado.¹⁷⁷

Todo hombre puede dejar a su esposa legítima para seguir a Dios.¹⁷⁸

Si una mujer no lamenta la pérdida de su virginidad en el matrimonio, no puede ser salvada.^{179 180}

171 Los «iletrados», es decir, los sencillos, pero también los que no son clérigos y los que ignoran el latín.

172 Grundmann, *op. cit.*, p. 401.

173 Es decir, competir material y espiritualmente con las órdenes mendicantes. El arzobispo de Colonia, que más tarde perseguirá al dominico Eckhart, apoyaba a los franciscanos —simpatizantes del emperador— contra los dominicos —fieles al papa—.

174 A saber, según el contexto: Dios sufre la corrupción de la naturaleza (Godin, el Nuevo Espíritu de Suabia); Dios es traicionado por la Iglesia, con sus costumbres disolutas y su afán de lucro (argumento de la pobreza voluntaria y de los espirituales como Michel de Césène y Ubertino de Casale); Dios se abole en los que reconocen la naturaleza divina que llevan dentro de sí.

175 El perfeccionamiento moral como lo entiende Pelagio, o bien la conciencia de ser Dios y de no poder pecar, sea lo que sea que se haga.

176 Aseveración de heresiarcas, como Segarelli o Nicolás de Basilea.

177 La proposición implica el derecho al goce.

178 La Iglesia alaba tal desprendimiento siempre que se trate de unirse a una orden monástica reconocida.

179 Proposición cántara o que emana, al menos, de un movimiento ascético.

180 Jundt, *op. cit.*, p. 48 (traducción al francés de Jundt).

A pesar de las amenazas del obispo, el número de agitadores no deja de crecer en Colonia. «Su audacia era tal», escribe Jundt, «que incluso perturbaban las reuniones religiosas mantenidas por los dominicos y los franciscanos, e interpelaban en plena iglesia a los hermanos mendicantes que osaban condenar sus doctrinas desde lo alto del púlpito. Al mismo tiempo, los ingresos de ambas órdenes estaban disminuyendo de manera importante. Se consideró necesario entonces traer a la ciudad a uno de los teólogos más ilustres de la época para refutar una doctrina cuyo error no podía ser demostrado por el clérigo de la localidad. Duns Scoto llegó a Colonia en 1307 y se puso inmediatamente manos a la obra, pero murió al año siguiente sin haber completado su tarea».¹⁸¹

En Tréveris, las actas del concilio de 1310 precisan: «En la ciudad y la diócesis de Tréveris, hay un cierto número de laicos, llamados begardos, por el nombre de una congregación imaginaria a la que fingen pertenecer; aparecen en público vestidos con largas túnicas adornadas con grandes capuchas y hacen todo tipo de trabajos manuales. En ciertas épocas, celebran reuniones¹⁸² en las que, delante de personas crédulas, pretenden ser profundos intérpretes de las escrituras sagradas. Desaprobamos su asociación como ajena a cualquier congregación reconocida por la Iglesia, así como sus hábitos de mendicidad y vagabundaje».¹⁸³

En 1311, el papa Clemente V, a quien debemos las disposiciones llamadas *Clementinae* [Clementinas], se inquieta por el avance del Libre Espíritu en Italia: «En algunas partes de Italia, en la provincia de Espoleto y las regiones vecinas, se encuentra un cierto número de hombres y mujeres, tanto miembros de una orden religiosa como laicos, que quieren introducir en la Iglesia un género de vida abominable que llaman libertad del espíritu, es decir, libertad de hacer todo lo que les place».¹⁸⁴

En el Concilio de Viena, que tuvo lugar el mismo año, el papa dirige contra los begardos y las beguinas dos decretos recogidos en las *Clementinae*, de los cuales el primero es el *Ad nostrum*:

¹⁸¹ *Ibidem*, p. 49.

¹⁸² En el mismo año, el Concilio de Maguncia habla de reuniones secretas en lugares retirados o cavernas.

¹⁸³ *Ibidem*.

¹⁸⁴ C. Baronius y O. Raynaldus, *Annales ecclesiastici una cum critica historico-chronologica*, Lucca, 1738-59, en *Annales ad annum 1311*, núm. 66.

Nos hemos enterado de una fuente digna de confianza que existe un cierto número de beguinas, sin duda presas de la locura, que se entregan a discusiones y predicaciones sobre la Trinidad y la esencia divina, y que manifiestan opiniones heterodoxas sobre los artículos de fe y los sacramentos de la Iglesia. De esta manera, inducen a diversos errores a muchas personas sencillas y crédulas; además, bajo el velo de la santidad, cometen varias acciones que son un peligro para las almas.¹⁸⁵ [La segunda constitución, *Cum de quibusdam mulieribus*, dice:] Con gran desagrado supimos que en Alemania ha surgido una secta abominable y condenable, formada por algunos hombres perversos y algunas mujeres infieles, vulgarmente llamados begardos y beguinas. [Señala los siguientes errores:] Dividen el tiempo comprendido entre la creación y el fin del mundo en tres épocas: según ellos, el tiempo entre la creación y el advenimiento del Señor es la época del Padre; el periodo comprendido entre la encarnación de Cristo y la venida del Espíritu Santo es la época del Hijo; y el tiempo de la redención, que se extiende desde la venida del Espíritu Santo hasta el fin del mundo, es la época del Espíritu Santo, el tiempo de la libertad del hombre de hacer lo que le plazca, sin que nada puede ser llamado mal. —El hombre puede alcanzar en la vida presente la plenitud de la felicidad celeste que tal y como la obtendrá después de la muerte. —Todo ser intelectual posee en sí mismo la felicidad perfecta en virtud de su naturaleza; el alma no necesita entonces la luz divina para elevarse a la contemplación y al goce de Dios. —El hombre puede alcanzar en la existencia actual tal grado de perfección que se vuelve incapaz de pecar y ya no puede hacer ningún progreso en la gracia divina; porque, si todavía pudiera progresar, se elevaría aquí abajo a una perfección superior a la que poseía Jesucristo. —Cuando el hombre ha alcanzado el último grado de la perfección, ya no debe ayunar ni rezar, pues sus sentidos están entonces tan completamente sumidos en la razón que con toda libertad puede darle a su cuerpo cuanto le plazca. —Los que viven en ese estado de perfección y que son animados por el espíritu de Dios, ya no están sujetos a ninguna ley humana ni a ningún precepto eclesiástico, porque ahí donde está el espíritu de Dios, ahí está la libertad. —Ejercitarse en la práctica de las virtudes es propio del hombre imperfecto. El alma perfecta prescinde de todas las virtudes. —La unión sexual es un pecado mortal cuando no se realiza bajo el impulso de la naturaleza; en cambio, cuando la naturaleza inclina a esto, la unión sexual no es pecado, sobre todo si la ha

¹⁸⁵ El papa decidió suprimir totalmente la institución de las beguinas, fallo bastante severo, porque golpeaba simultáneamente a culpables e inocentes. Poco después, sin embargo, rescindió de esta decisión en un escrito donde concede a las beguinas ortodoxas y de costumbres irreprochables el permiso de «servir a Dios según la inspiración del Señor».

precedido la tentación. —Cuando se presenta el cuerpo de Cristo en el servicio divino, no hace falta levantarse ni mostrar respeto alguno por la hostia, porque sería un signo de imperfección descender de las alturas de la contemplación pura para detenerse en cualquier pensamiento tocante al misterio de la eucaristía o a la pasión del Señor. [Estas constituciones no parecen haber sido publicadas inmediatamente. Solo con Juan XXII se vuelven conocidas por los obispos, que desde entonces rivalizaron en cuanto al celo puesto en la represión].¹⁸⁶

Las *Clementinae* sirvieron tan bien de modelo a los inquisidores que, en muchos juicios, solo es cuestión de que el acusado acepte cada uno de los puntos y firme el protocolo que lo envía a la hoguera. Este fue el caso, en particular, de los begardos y beguinas ortodoxos que, a pesar de su apego a la Iglesia, fueron condenados en virtud de un decreto que atribuía a su congregación un hedor a hoguera.

Sobre Walter de Holanda

76. Establecido en Colonia tras un viaje a Maguncia, el holandés Walter es considerado autor de escritos en alemán o neerlandés, entre estos, *De novem rupibus spiritualibus* [De las nueve rocas espirituales], el cual es mencionado por Jean de Dürbheim en 1217. Según Johann Lorenz von Mosheim, que consultó el manuscrito —hoy perdido— en el siglo XVIII, se trata de un auténtico manual del Libre Espíritu «más apreciado que ningún otro por los begardos».¹⁸⁷

Juan Tritemio¹⁸⁸ lo llama «líder de *fraticelli* y lolardos».¹⁸⁹ Al escribir y predicar en lenguaje vernáculo —por tanto, para los sencillos—, Walter es una de las víctimas de la represión emprendida por el obispo Enrique II de Virneburg. Es quemado en 1322. El cronista Guillermo de Egmont estima en cincuenta el número de víctimas ejecutadas en la hoguera o ahogadas en el Rin. Informa de asambleas nocturnas, mantenidas en un lugar secreto, el «paraíso», que habrían sido presididas

¹⁸⁶ Jundt, *op. cit.*, pp. 50-51 (traducción al francés de Jundt).

¹⁸⁷ R. E. Lerner, *The Heresy of Free Spirit*, Londres, 1972, pp. 209-210.

¹⁸⁸ Johann von Heidenberg, llamado Johannes Trithemius (1462-1516), abad de Sponheim.

¹⁸⁹ Término que designa a los begardos.

por una pareja que representaba a Jesús y María y celebraba el retorno a la inocencia edénica. Después de una especie de misa celebrada por Cristo, vestido con ropas preciosas y coronado con una diadema, intervenía un predicador desnudo, que invitaba a la asamblea a desvestirse en observancia de la inocencia recobrada. Un banquete que reproducía la última cena con cantos y regocijo terminaba en orgía.

Sobre la pobreza voluntaria en Colonia: Juan y Alberto de Brünn

77. En 1335, Juan de Brünn, que ha vivido con su hermano Alberto durante veinte años en un grupo de pobreza voluntaria en Colonia, abjura, se une a los dominicos y colabora con la persecución de sus antiguos compañeros. La traición es aparentemente el resultado de un trato concluido con el dominico Gallus Neuhaus, inquisidor de Praga desde 1330. Juan escapará de la hoguera al precio de una confesión de la que Gallus saca provecho para completar las *Clementinae*. Aunque la colaboración «espontánea» excluye el uso de la tortura, eso no impide que Juan mantenga cierta prudente reserva en las confesiones. Al igual que el interrogatorio de las monjas de Schweidnitz, este documento (traducido *in extenso*) aclara a la vez la influencia y la distorsión del Libre Espíritu en las comunidades para-eclésiásticas:

Yo, el hermano Juan de Brünn, de la orden de los dominicos,¹⁹⁰ he sido interrogado por el hermano Gallus, de la misma orden, inquisidor de la perversión herética en el reino de Bohemia: ¿quería decir, bajo juramento, la pura verdad sobre la secta de los begardos y las beguinas y sobre aquellos que viven en la libertad del espíritu? He respondido que lo haría con gusto. Fui begardo durante veinte años y viví en la libertad del espíritu durante ocho años. He aquí como entré en la secta. Cuando vivía en Brünn¹⁹¹ con una esposa legítima, le pregunté a un amigo, que me era de confianza en ese momento, cómo lograr una vida perfecta.

«Lo más perfecto en el mundo», me aseguró, «es la vida de los begardos que han elegido la pobreza. Pues así se ajustan a la existencia evangélica con mayor perfección que todos los clérigos, religiosos o laicos».

¹⁹⁰ La pertenencia a la orden de los dominicos protege a Juan contra cualquier otra intervención de la Inquisición y hace más difícil una eventual venganza de los begardos.

¹⁹¹ Hoy Brno, ciudad checa.

— «¿Cómo puedo alcanzar tal perfección?», pregunté.

— «Vende», me dijo, «todo lo que posees y dona todo a quienes viven en la pobreza y de los que te he hablado».

A mi pregunta: «¿Pero qué hago con mi esposa», respondió que nada me ataba a ella, excepto que me gustaba, así que bien podía decirle adiós.

Quería, antes, consultar a los sacerdotes.¹⁹² «Inútil», respondió, «te desviarán de tu objetivo, porque abominan terriblemente nuestra perfección de vida».

Con su consentimiento, pero sin el de mi esposa, vendí todos mis bienes. La mitad de lo que me dieron se la dejé a ella y con la otra mitad marché a Colonia. Ahí fui recibido en la casa de los pobres, con mi maestro, Nicolás, el amigo que he mencionado previamente.

La casa estaba situada al lado de Saint-Stéphane, en la ciudad nueva. Cuando entré, me arrodillé para escuchar las palabras que mi maestro dirigía a los hermanos de dicha casa, a quienes yo pedía ser recibido por caridad. Me aseguraron que me recibirían con gusto dentro de dos o tres días. Me quedé con ellos hasta el día siguiente.

Cuando llegó la mañana, su procurador me preguntó: «¿Qué harás tú entre los pobres y las personas dignas de desprecio? ¿Tienes la intención de observar la pobreza voluntaria y ser despreciado por todos?».

Humildemente, le respondí: «En verdad, hermano mío, deseo quedarme entre ustedes hasta que Dios me haya llevado al estado de perfección».

— «Cuando, esta noche, los hermanos se encuentren reunidos», me dijo, «te arrodillarás ante ellos y les preguntarás con humildad si te permiten quedarte con ellos».¹⁹³

Luego, el procurador me llevó con otros hermanos a un lugar retirado. Me expuso entonces algunas prescripciones de la orden: «Hermano, si quieres quedarte con nosotros, debes poner en nuestras manos tu dinero y todo lo que posees. Cuando te presentes ante los hermanos, pon todo sobre la mesa frente ellos. Si te ordenan retirarte, sal y deja el dinero».

Actué de esa forma y me acogieron en su modo de vida perfecta. Enseguida, el procurador me cuenta sobre la austeridad de su orden. Me repite que el verdadero seguidor de la pobreza no posee nada propio y se deshace de todos los bienes temporales, así como Cristo en la cruz.

¹⁹² Juan acredita la tesis clerical del sencillo, que deposita su confianza en los sacerdotes y se deja engañar por un falso amigo.

¹⁹³ Por lo tanto, la decisión se toma colectivamente, no por un dómine.

Me había despojado de todo. Estaba desnudo en su presencia. Había puesto todo en sus manos. Me arrodillé en mi desnudez. Entonces, me dieron una túnica, cien veces remendada, y me dijeron:

«Viste esta túnica, como Cristo la vistió, para suscitar burla y desprecio. Por él y como él, resiste pacientemente los menosprecios con los que serás agobiado. Mientras más soportes, más serás santificado. Si, mañana, cuando vayas a la ciudad, alguien te llama hereje, te pone en apuros, te golpea o te maltrata de cualquier forma, no respondas nada, soporta todo pacientemente.

«Mendigarás tu pan en compañía del hermano que te será asignado. No levantarás los ojos, mirarás fijamente al suelo, la mirada totalmente cubierta por el capuchón.

«Si tu hermano se detiene, detente. Si camina, camina. Si clama, clama tú también. Actúa como Cristo que, al pasearse por la ciudad con sus apóstoles y amigos, en verdad no mendiga su pan, sino que busca de todos el desprecio y su propia pasión.

«Si alguien te llama por detrás: “Hermano, ¡recibe la limosna!”, no te voltees, no mires atrás, no te detengas. Conténtate con ir más despacio hasta que te alcance.

«Si, en el camino, te sorprende la fatiga o el hambre, tienes permitido consolar tu naturaleza comiendo en secreto, bajo el capuchón, para evitar que la gente se escandalice; ya sea Pascua o cualquier otra fecha o temporada. El pobre de Cristo no comete ningún pecado cuando restaura su naturaleza, incluso si come carne en las fiestas; porque la caridad aconseja comer y beber lo que está a tu alcance.

«Una vez que vuelvas a la casa con el hermano en cuestión, te arrodillarás delante de él, besarás sus pies, le pedirás que te perdone si durante el camino lo has ofendido con cualquier cosa. Cuando los hermanos estén sentados a la mesa, y después de la bendición, comerás en silencio lo que te sea presentado. De la misma manera, en la iglesia, mantente arrodillado, la cabeza cubierta con el capuchón. Cuando hayas dicho tus maitines u oraciones, quédate ahí y medita sobre la pasión de Cristo sin moverte dentro de la iglesia; déjate penetrar más íntimamente por la plenitud divina. Si te ocurre solo una vez que asistes a la elevación del cuerpo de Cristo, que eso te baste tanto como si la hubieras visto cien veces. Asistir a la elevación es obra de aquellos que simulan la santidad y que quieren que se manifieste públicamente esa interioridad que descuidan».

Si algún lugar se presta, dicen ellos, para que comulguen una vez en domingo o dos veces durante la semana: es lo que conviene a los pobres de Cristo. No es necesario que confiesen todo a los sacerdotes. ¿Pasarón la noche con una mujer? Que no sientan ningún remordimiento,

porque la verdadera pobreza, que proviene de la presencia divina que uno posee en el fondo de sí, responderá por ello.¹⁹⁴ En verdad, los sacerdotes no entienden nada de este género de cosas. Al contrario, solo ven la ruina de las almas en estos pobres.

«Si el sueño domina tu naturaleza, no sientas ningún remordimiento, ya sea que te duermas en tu casa, en la iglesia o durante el servicio divino. De la misma forma, cuando tengas hambre, come para reconstituir tu naturaleza. Si el domingo encuentras en tu camino algunas monedas cuando marchas, no las recojas, por respeto a los diez mandamientos. En cambio, durante los otros seis días, podrás tomar todo lo que encuentres y llevarlo a donde te hospedas.¹⁹⁵

«También, si algún pobre hermano se detiene y te pide hospitalidad, sigue el ejemplo de Cristo y lávale los pies. Lo recibirás arrodillándote ante él y le darás caridad pidiéndole que ore por ti.

«Realiza toda obra que te sea contraria para que tu vida, aniquilada y disminuida, se encuentre totalmente sometida al espíritu.¹⁹⁶ Por cuanto tu naturaleza es estéril y es en tu beneficio que se aniquile en todas tus obras. He aquí porque es necesario que tu naturaleza sea quebrada y sometida a la voluntad divina, para que al obedecer a esa voluntad pueda llevar a su realización todo deseo y voluntad.

«Si, por la mañana, te ven comiendo huevos durante la semana de Pascua, no tengas escrúpulos, no lo consideres como pecado y no se lo confieses al sacerdote bajo el pretexto de que este se ha sometido a Cristo y ha agotado su carne a su servicio. De la misma manera, cuando sigas tu camino, no pidas nada a nadie y evita los lugares donde se distribuya la limosna a otros.¹⁹⁷ No tiendas la mano por la limosna de nadie. Pero, si la mano de Dios te ha permitido recibirla, tómala con agradecimiento. Si te envían como mensajero, obedece con toda humildad. Cuando deambules por los caminos, evita entrar en una casa; más bien, pide hospitalidad a gritos y, si no te invitan, duerme en el

¹⁹⁴ El periodo de iniciación (de doce años, según Juan) no se distingue exteriormente del comportamiento apostólico de los valdenses. Pero su sentido es otro: después de haber vivido la pasión de Cristo como un despojamiento del viejo mundo, el iniciado accede poco a poco a la divinidad de los maestros, a quienes se debe todo.

¹⁹⁵ Los arduos y los compromisos con el rigor caracterizan la segunda etapa de la iniciación.

¹⁹⁶ El uso del ascetismo para vaciarse de las solicitaciones del mundo dominante y promover la encarnación de Dios en el cuerpo es practicado especialmente por los begardos y las beguinas. Gilles de Canter, Francisca Hernández, Eloi, Quintín parten de la libertad de naturaleza para refinarla por medio de un goce más completo.

¹⁹⁷ Es decir, las órdenes mendicantes.

umbral. Si los ladrones te intimidan, sufre pacientemente siguiendo el ejemplo de Cristo».

Entonces, Juan recibió de los hermanos la enseñanza reservada a los que llegan a ese estado [de la iniciación].

«Hermano, has finalizado la etapa de la que te hemos hablado. De ahora en adelante, cada vez que tu naturaleza lo exija, podrás satisfacerla comiendo, bebiendo y usando todo lo que tengas al alcance. Tal como, en efecto, tu naturaleza externa, aniquilada en el servicio de Cristo, necesita ser restaurada para poder servir nuevamente, así también es necesario que se reconstituya la parte más íntimamente ligada al espíritu. Entonces, come todo lo que quieras. Ya sea en Cuaresma o en víspera del *sabbat*, come carne y productos lácteos si puedes permitirte los. En esto no hay ningún pecado, por la simple razón de que debes restaurar tu naturaleza debilitada al servicio de Cristo. No dejes que tu conciencia se atribule por ello y no se lo confieses a los sacerdotes, pues consideran insensatos a los hombres que, habiéndose fijado el objetivo de alcanzar la libertad suprema, permiten que la naturaleza divina y la verdad operen en ellos hasta en el reposo.

«Y podrás, con todo derecho, mentir y engañar a la gente de todas las maneras posibles. No tengas escrúpulos al respecto: libre de espíritu, te has liberado de los pecados».¹⁹⁸

Si un hermano no tiene dinero, tiene derecho a recibirlo de manos ajenas; porque al gastar ese dinero no hace otra cosa que enviarlo a la eternidad.¹⁹⁹ Dado que es libre de espíritu, no tiene necesidad de devolverlo. Si lo hiciera mancharía su conciencia. ¿Encuentra el dinero en su camino? «Que no lo devuelva, pero que lo entregue a sus hermanos al servicio de Cristo. Dios en su providencia así lo ha decidido: el dinero pertenece tanto al que lo encuentra como al que lo ha perdido».

¿Y si el propietario del monto lo reclama? «Pues bien, que el libre de espíritu lo intimide con gestos y palabras. Debe decir: “Este dinero

¹⁹⁸ Al ajustarse a la doctrina apostólica, el estado de noviciado presenta tres ventajas: la Inquisición no puede obtener de un novicio más que el testimonio de una devoción ortodoxa; la mendicidad mantiene la ociosidad y el lujo de los maestros; y, acostumbrado al desprecio del mundo, el iniciado cede sin reservas, mas no sin ardid, a las violencias del desahogo.

¹⁹⁹ La reapropiación individual propone que todo nos pertenece, ya que hemos sido desposeídos de todo. Es interesante encontrar aquí la justificación en términos teológicos. En cuanto el hombre se convierte en Dios tras renunciar al dinero, acelera la realización de Dios en la sociedad cada vez que despoja a un propietario de sus bienes para aniquilarlos a través de su uso. La opinión de Willem Cornelius, según la cual los pobres tienen derecho a robar a los ricos, se reconoce en la idea de que convertirse en Dios implica el fin del *tener* que obstaculiza la realización del *ser*.

es tan tuyo como mío, pues Dios me lo ha dado para que lo gaste y lo transmita al estado más elevado de pobreza. Por eso lo he enviado a la eternidad”». ²⁰⁰

Si es arrestado, más vale que perezca o mate al otro antes de devolver el dinero; de lo contrario, renunciaría a la libertad de espíritu y pasaría del plano de lo eterno al de lo temporal, que es algo que debemos evitar hacer. Por lo demás, si muere, su espíritu pasa inmediatamente a la vida eterna.

¿Se encuentra con un lisiado en su camino? «Que se compadezca de sus sufrimientos, que le sirva con cuidado, que le pregunte si tiene dinero y que se lo robe para que tal suma no caiga en manos de los sacerdotes». ¿Y si el lisiado se rebela? «Pues bien, recurre a la violencia, róblele el dinero y luego retírate con tus hermanos y hermanas para gastarlo en libertad de espíritu y enviarlo así a la eternidad. ¡Y, sobre todo, no tengas escrúpulos! ¡Y tampoco remordimiento si el hombre muere de hambre! No has hecho más que devolverlo a su principio original. No temas al diablo ni al infierno ni al purgatorio, pues, en verdad, la naturaleza no conoce su existencia. Solo son invenciones de clérigos y sacerdotes para asustar a los hombres. El hombre consciente es él mismo diablo, infierno y purgatorio cuando se tortura a sí mismo. Pero el libre de espíritu evita ese tipo de tormentos, pues es un hombre liberado por la verdad divina».

Un hermano del Libre Espíritu tiene derecho a predicar cuando se le concede hospitalidad. ¿Se le pregunta de dónde saca su autoridad? Responderá: «Cualquiera recibirá de mí, así como de un sacerdote, la verdad que puede oír y aprender de mi voz. Cuando predica, el pobre de espíritu, que se sienta en un rincón de la iglesia, ve la verdad divina tan claramente, e incluso más claramente, que el sacerdote que se dirige al pueblo en un sermón público. Si un begardo predicara en público, se expresaría mucho más claramente que un sacerdote, porque aquel que es llamado pobre de Cristo ha sacado del abismo de la Trinidad una verdad a la que ningún hombre puede acceder si no es libre de espíritu». ²⁰¹

²⁰⁰ El dinero «enviado a la eternidad» a través de su gasto inmediato opone a las reglas de la capitalización una moral del consumo seis siglos antes de que esta se inscribiera en la necesidad económica.

²⁰¹ La Trinidad se resuelve en la unidad del hombre convertido en Dios. Según los begardos de Colonia, el Padre se ha encarnado en el Hijo, quien, despojándose de bienes terrestres, se une al Espíritu para devenir Dios en la tierra. La idea de Quintín de Picardía de que la muerte en la cruz es solo un símbolo sugiere que Cristo ha continuado viviendo según la vida libre de los hombres convertidos en Dios.

«Pero si alguien te dice: “¿Cómo sabes esta verdad si no puedes leer ni comprender la Escritura sagrada?”, responde: “Es mejor ver la Escritura sagrada y la verdad antes que leerla”.²⁰²

«A la pregunta: “¿Por qué dices eso?”, contesta, “Quien vive en la verdad se ha liberado de sí, se ha retirado de sí, se ha abandonado, a él mismo y a toda otra criatura”.²⁰³

«A quien te pregunta: “¿A dónde vas?”, di: “No lo sé, solo sé que voy ahí donde el Dios-verdad me ha conducido. Porque no soy amo de mí mismo; me encuentro totalmente disuelto en el flujo de la eternidad [*totaliter in eternitate liquefactus*]”.

«Si alguien indaga sobre qué libertad reivindicas, di: “Soy libre por mi verdad. Nadie ni ninguna criatura puede interponerse en mi camino”.

«Si alguien te pregunta: “¿Cuál es el fundamento de la libertad y la verdad, y cómo podemos alcanzarlas?”, responde: “Pertenezco a la libertad de naturaleza. La satisfago en todo lo que me exige y le doy todo en cantidad suficiente”.²⁰⁴

«Si recurro a una mujer durante la más santa de las noches, satisfago mis apetitos sin el menor escrúpulo de conciencia. No veo en esto ningún pecado, porque, en virtud de mi libertad de espíritu, soy un hombre según la naturaleza. Me corresponde entonces buscar libremente mi satisfacción en las obras de la naturaleza.

«He aquí la libertad perfecta: ¡todo lo que el ojo ve y desea, que la mano lo obtenga! Si un obstáculo aparece en su camino, que lo suprima con todo derecho. Porque si un hombre se rebela contra lo que le es contrario, su libertad no se ve menoscabada.

«Hermano, cuando golpees a quien te golpea, mates a quien quiera matarte, no tengas mala conciencia, no te confieses con un sacerdote. Al que has matado, solo lo has devuelto a su principio original, de donde vino».

Una vez que han alcanzado tal grado de perfección en la libertad, los hermanos que viven en el espíritu se encuentran totalmente y corporalmente transmutados: se han vuelto uno con Dios y Dios está totalmente y corporalmente con ellos. En razón de tal unión, los ángeles

²⁰² La experiencia vivida prevalece sobre todas las formas de dogma y sobre las imposturas de la realidad reducida a objeto.

²⁰³ Ya no es una criatura de Dios, sino Dios mismo.

²⁰⁴ Aunque la «libertad de naturaleza» constituye, en efecto, el fundamento del Libre Espíritu, las opciones divergen dependiendo de si el individuo se entrega al desahogo de la naturaleza oprimida o intenta superar a Dios y a la naturaleza desnaturalizada a través de la creación de una naturaleza humana fundada sobre la gratuidad del don y el goce.

son incapaces de distinguir, en el espejo de la Trinidad, entre Dios y el alma que ha vivido en libertad de espíritu.²⁰⁵

Si el hermano y la hermana que viven en libertad de espíritu han traído un niño al mundo, pueden con justa razón matarlo o tirarlo al agua como un gusano cualquiera.²⁰⁶ Y no hace falta tener escrúpulos al respecto ni confesárselo a un sacerdote, pues no han hecho más que devolverlo a su principio original. Que lo proclamen con todo derecho, en razón de su perfecta libertad de espíritu, y sin el más mínimo sentimiento de pecado; como es más bien el caso del sacerdote.²⁰⁷ ¿Y por qué motivo los pobres de espíritu deberían de tener escrúpulos, visto que no tienen nada, ni lo suficiente para alimentar a un niño ni lo necesario para subsistir ellos mismos?

Aunque profirieran palabras falsas, engañosas, dañinas, no pueden pecar, son incapaces de hacerlo. Han alcanzado el más alto grado de perfección, por lo que es imposible que se vuelvan más perfectos.

Entre ellos, los hermanos y las hermanas utilizan signos de reconocimiento, gracias a los cuales entran en contacto y expresan su deseo de unirse. Si la hermana se pone un dedo en la nariz, ya sea en la iglesia o en la plaza pública, insta al hermano a entrar en su casa. Si se toca la cabeza, entonces el hermano entra en la habitación y prepara la cama. Si se toca el pecho, se sube a la cama y practica la obra de la naturaleza y del amor tantas veces como pueda.²⁰⁸ Sí, los que viven en la libertad del espíritu pueden hacer todo sin pecado.

Para un hermano y una hermana de dicha libertad, comulgar por la mañana no les impide hacer el amor por la noche sin el más mínimo pecado.²⁰⁹

Comulgan muy a menudo y se confiesan con frecuencia para dar un buen ejemplo a los hombres. Cuando mueren, vuelan, según ellos,

²⁰⁵ El pasaje se refiere explícitamente al camino alquímico. No obstante, para los begardos, Dios no es superado. Se encarna en el individuo como desahogo soberano de la naturaleza que él oprime. Este es el tigre todopoderoso de la naturaleza, según Sade.

²⁰⁶ Método abortivo usado en todas las comunidades religiosas ortodoxas. La única diferencia aquí es el rechazo de todo sentimiento de culpa.

²⁰⁷ Porque, al no vivir en libertad de espíritu, cree en el pecado.

²⁰⁸ O «hasta que ella esté completamente satisfecha [*perficiet*]». Como en Cornelius y en la corriente del amor cortés, la iniciativa pertenece a la mujer. Los tres signos rehabilitan la Trinidad en la unidad del goce amoroso. El signo de la cruz se resuelve en un signo de vida donde se alinean la nariz (es decir, el sexo), la cabeza y el corazón.

²⁰⁹ El detalle de la comunión responde posiblemente a una pregunta del inquisidor Gallus. Las frases siguientes muestran, en efecto, la poca importancia otorgada a la comunión y a la confesión.

directamente al cielo del empíreo, aunque mueran sin extremaunción o comunión, que consideran como inventos de clérigos y sacerdotes. Dicen, además, que no hay ni infierno ni diablo, y que Dios no se confía a las manos de los sacerdotes en la transubstanciación del pan durante la misa; pues los sacerdotes no están ni en la gracia ni en la caridad, y esto es algo que no puede realizar alguien que no se haya retirado del común de los mortales: «Y jamás he visto un sacerdote así, por eso ninguno de ellos pueda consagrar el cuerpo de Cristo».

La verdad, dicen ellos, se encuentra solamente entre los pobres y no entre los sacerdotes, [tan] dados a la vanidad. Como los sacerdotes no poseen a Dios, no conocen la verdad. Así que los pobres de Cristo no tienen necesidad de contarles la verdad. Del mismo modo, no deben confesar sus secretos a los sacerdotes ni obedecer al clero. No reconocen ni el ayuno ni las otras buenas obras.

Cuando el pobre de espíritu se ha separado de toda criatura,²¹⁰ accede a la dignidad y comparte la naturaleza divina. No tiene, entonces, necesidad de honrar a los santos.

Si un hermano que debe comulgar tiene hambre antes de la misa, que coma y comulgue después. Así como el espíritu actúa libremente, así la carne puede libremente y sin pecado llevar a cabo la obra de la naturaleza con una mujer o con varias. Si la naturaleza ha sido debilitada en alguna medida, conviene reconfortarla, ya sea mediante el robo o la rapiña; porque, para el hombre libre, todo lo que Dios ha creado es de todos.²¹¹

«Si alguien te dice: “Hermano, soy tan libre como tú, pues mi nobleza pertenece a la misma naturaleza que la tuya”, respóndele: “Si has pasado tu vida tomando como modelo la vida de Cristo, como lo he hecho yo, entonces eres libre de vivir [como quieras]. En mi caso, he pasado mi vida en el desprecio que suscita la pobreza, y gracias a Cristo, he soportado muchos tormentos”.²¹²

«Si entro en una taberna y como y bebo sin tener con qué pagar, puedo irme libremente sin el menor pecado. Y, si alguien tiene la impertinencia de exigir que pague, soy libre de darle una paliza al demandante, sin pecar; porque Dios se ha atribuido todos los bienes para que me sirva de ellos y los transmita a la eternidad».²¹³

²¹⁰ Deja de ser creado para convertirse en creador.

²¹¹ Cf. Dolcino, así como la tendencia anabaptista de los münsteritas y los partidarios de Battenburg.

²¹² La perfección del pobre toma aquí un giro elitista. El ascetismo de la iniciación ha pagado el derecho a entrar en una comunidad que se identifica con el Dios tiránico de la supervivencia.

²¹³ El potlatch, o consumo de bienes, es la forma acelerada de la destrucción mercantil.

Si una hermana de la libertad va a la casa de un hermano, después de haber comulgado, y le dice: «Hermano, te pido caridad, duerme conmigo»,²¹⁴ que él no diga: «He comulgado», sino que practique la obra de la naturaleza, valerosamente, dos o cuatro veces, para satisfacer a la naturaleza, sin escrúpulos y sin confesión.

Si desea llevar a cabo el acto de sodomía con un hombre, que lo haga libre y lícitamente. Y sin ningún sentimiento de culpa, de lo contrario no sería libre de espíritu.

Si un hermano que todavía es novicio comete grandes pecados, que no diga que son graves, sino veniales. Porque los sacerdotes divulgan lo que oyen y, como no están en la verdad de la perfección, es importante no revelarles todo.

A los que están en la verdadera libertad, les dicen también que nadie puede darles órdenes ni excomulgarlos ni prohibirles ninguna cosa. Ni el papa ni el arzobispo ni ningún ser vivo tiene autoridad sobre ellos: son libres, no están sujetos a la jurisdicción de ningún ser humano. Por eso no se preocupan en absoluto de las reglas y los mandamientos de la Iglesia.

La confesión

«Confieso haber vivido en pecado durante ocho años. Creí que era verdad todo lo que he dicho antes. No me consideraba en estado de pecado porque estaba en la libertad de espíritu. Por eso nunca he visto como pecado nada de lo que he hecho: comer carne durante la Semana Santa y en la Vigilia de los Apóstoles, entregarme a la lujuria, engañar a las personas, robarles, golpearlas. No me he confesado cuando he querido comulgar».²¹⁵

Entre los doscientos begardos y partidarios de la libertad, difícilmente se encuentra uno que no adhiera a los artículos antes citados.

De la misma forma, el begardo Alberto²¹⁶ ha sostenido que el que vive en la verdadera libertad puede, bajo el capuchón, pronunciar una buena misa como el sacerdote, pues puede unirse a Dios tal como el sacerdote ante el altar.

La aniquilación de la economía terrestre devuelve a la eternidad la economía celeste. La mentalidad de los begardos de Colonia encuentra su expresión moderna con bastante facilidad en el hedonismo suicida —actualmente fomentado por los sectores de lo consumible— de los condenados a la supervivencia.

²¹⁴ Cf. la noción de caridad de los amaurianos.

²¹⁵ La confesión se detiene aquí. Gallus añade enseguida una observación tomada al azar de los comentarios no catalogados por el notario de la oficialidad.

²¹⁶ El hermano de Juan no estaba adherido a la orden de los dominicos.

La comunión frecuente del cuerpo y la sangre de Cristo o la celebración múltiple de misas no hace a un hombre santo o más santo; porque vemos claramente que los sacerdotes que celebran la misa diariamente son tan malos, e incluso peores, que los que rara vez comulgan o asisten a misa.²¹⁷

También dice que el hombre libre de espíritu disfruta más auténticamente de Dios que el que se levanta cada noche para orar de rodillas; y que, en la elevación del cuerpo de Cristo, el hombre no es transportado a regiones superiores.

Todo lo que el hombre hace de la cintura para abajo no es pecado. En Brünn, vi a un begardo dar la comunión a una beguina con la que, en mi presencia, había copulado toda la noche.

Solo los hombres estúpidos, dicen ellos, se preocupan por la pasión de Cristo; en lenguaje vulgar, llaman a estas personas *Blowchweg*.

El hombre debe superarse a sí mismo y mantenerse en estado de observación, y entonces podrá actuar como desee. No debe ayunar ni hacer buenas obras, pues tal actitud obstaculiza [la perfección] más de lo que la fomenta.

No están obligados a ver el cuerpo de Cristo si lo pueden evitar sin causar un escándalo; porque están convencidos de que el hombre libre de espíritu posee tan bien el cuerpo de Cristo en su corazón como el sacerdote en sus manos. Es así como escuché decir a una beguina que esos malditos sacerdotes se comportan tanto como Dioses en la iglesia que un hombre ya no puede encontrar descanso allí.

El infierno no es más que la propia voluntad del hombre. Allí no hay fuego natural. Cuando un hombre rompe su propia voluntad, también rompe su propio infierno.²¹⁸

Dicen y creen firmemente que todos los pecados carnales y contra natura no son pecados. Muchos begardos no creen en los pasajes de la Escritura relativos al símbolo de la fe. La palabra del begardo es más fuerte que la del predicador, pues el begardo ha estudiado su doctrina en el libro de la Trinidad,²¹⁹ mientras que el sacerdote la estudió en las pieles de ternera [de los pergaminos].

Alberto fue interrogado por el padre Gallus, de la orden de los dominicos, quien le preguntó sobre lo que los begardos reconocen como

²¹⁷ Argumento retomado por el ateísmo.

²¹⁸ Cuando se despoja de las preocupaciones dictadas por la sociedad e identifica su voluntad con la del Dios que lleva en sí. Esa falsa voluntad, que el Libre Espíritu incita a romper, es lo que el cristianismo llama «libre albedrío».

²¹⁹ Es decir, en él mismo, que es la unidad. La experiencia vivida de la subjetividad se opone a la abstracción de los clérigos.

principios fundamentales, pues no consideran el pecado de sodomía como pecado y ni siquiera admiten que tal pecado existe. Esto es lo que respondió:

«Lo he pensado y creo firmemente lo que todos los begardos creen: el hombre puede alcanzar tal grado de libertad que se vuelve libre de espíritu. Entonces, los pecados mortales son tan veniales que el agua bendita los borra. Si uno considera los pecados mortales como pecados, entonces no es libre de espíritu. Todo pecado, que es mortal en sí, es venial. Por eso, cuando uno se confiesa, conviene confesar solamente pecados veniales, sin importar lo grande que puedan ser tus pecados». Actúan así solo para complacer a las personas y hacerse pasar por santos frente a ellas.

«En esta miserable libertad de espíritu, yo, el hermano Juan de Brünn, con mi hermano Alberto, he permanecido durante veinte años. Yo creía en lo que ha sido descrito. Nunca consideré que fuese pecado. Nunca nos hubiésemos confesado si no hubiéramos temido a los hombres, y muchas otras cosas que no han sido escritas en este libro». Tómese nota aquí de los errores de los herejes registrados en las *Clementinae*.²²⁰

Sobre las monjas de Schweidnitz

78. El 7 de septiembre de 1332, el inquisidor Johannes Schwenkenfeld, que será asesinado en 1341, comenzó una investigación en Schweidnitz²²¹ sobre las actividades de una congregación de *caputiatae*, es decir, beguinas o monjas que viven fuera de las reglas reconocidas por la Iglesia. El interrogatorio se llevó a cabo en el refectorio del claustro de los dominicos. En presencia del inquisidor y de diez clérigos, dieciséis novicias testifican contra sus maestras.

Con excepción de dos, que mantienen una reserva altiva, las acusadas «viajan» y se alojan en otras casas o beguinajes (las actas mencionan Estrasburgo, Bratislava, Aix-la-Chapelle). No se emplea la tortura, pero el recordatorio insistente de las *Clementinae* generalmente hace que la

²²⁰ W. Wattenbach, «Über die Sekte der Brüder vom freien Geiste» en *Sitzungsberichte der königlichen preussischen Akademie der Wissenschaften*, Berlín, 1887, vol. XXIX. Confesión de Juan de Brünn, pp. 529-537 (texto en latín).

²²¹ Chemnitz, en Silesia. Hoy, y temporalmente, la ciudad es conocida como Karl-Marx-Stadt. [Recibió tal nombre durante la República Democrática Alemana, N. de E.]

testigo considere prudente y oportuno balbucear uno que otro artículo. Los testimonios destacan evidentes similitudes entre los begardos de Colonia, de los que era parte Juan de Brünn, y la congregación de Schweidnitz, llamada por las monjas, desde su fundación en 1306, «Comunidad de las hijas de Udillynde».²²²

79. *Interrogatorio de las monjas de Schweidnitz* (extractos):

Hedwige de Bratislava,²²³ interrogada bajo juramento, reporta que a sus ojos el estado de perfección en el que ellas se encuentran les permite considerar como igualmente meritorios el reposo, la vigilia, la comida, la bebida y el ayuno. Las obras que realizan para Dios son todas iguales, porque su ser es su propia obra.

En su casa, poseen un pequeño cuarto donde nadie entra, salvo las maestras. Desean recibir en su secta a muchachas muy jóvenes, que puedan instruir según sus propósitos, y no a mujeres viejas que no pueden ser educadas como las jóvenes; porque, según precisan, no puedes enseñarle trucos nuevos a un perro viejo.

Se golpean hasta sangrar con unas correas y cordones anudados con púas. Así hay que actuar, dicen, para domar a la naturaleza.

Como Hedwige ha señalado, sucedió que, estando varias de ellas en la habitación, la primera sale y se postra en el umbral, la segunda pasa por encima y se postra a su lado, la tercera hace lo mismo, y así sucesivamente hasta que todas habían salido. Esto sucedió en Bratislava y Hedwige participó de ello. [...]

Desde la recepción, afirma Hedwige, se les enseña a las jóvenes a privarse de comer, de beber, etcétera, hasta que sean perfectas. Aquellas, sin embargo, que las maestras consideren que han llegado a la perfección pueden y deben saciarse en razón de las privaciones antes soportadas.

[A las novicias jóvenes], les aseguran que es absolutamente innecesario poseer vestimentas. Si llega una con prendas bellas, se las apropián, pues están reservadas para las perfectas. Y la visten con trapos que apenas la cubren.²²⁴

²²² Probablemente se trata del nombre de una fundadora.

²²³ Primera testigo. Las maestras, también llamadas Martas, han tenido especial cuidado en mantenerse lo más lejos posible de las novicias. Lo que estas últimas informan de su actividad secreta proviene, la mayor parte del tiempo, de una imprudencia o indiscreción.

²²⁴ Literalmente, «con una túnica que deja las piernas desnudas». Cf. la túnica remendada de la que habla Juan de Brünn.

¿Y si se niega a entregar su ropa? Entonces le dicen: «No mereces una vida de pobreza».

Las he escuchado decir que el ser humano solo se realiza en la medida en que es perfecto; quienes están en tal estado de perfección y libertad de espíritu no tienen que obedecer a nadie.²²⁵

Cuando Hedwige les dijo: «Debo confesarme porque tejí durante la semana de Pentecostés»,²²⁶ respondieron: «Es inútil que te confieses, lo que has hecho son buenas obras». Según ellas, el pecado es lo que va en contra de sus voluntades.

Les dicen a las novicias: «Haz lo que te ordenamos y ya no pecarás, pues no ordenamos nada que pueda ser pecado». [...]

Ella ha escuchado a Gertrude de Civitatis, aquí presente, sostener que, así como Dios es Dios, también ella era Dios con Dios. Y lo mismo ocurre con Cristo, que jamás se separa de Dios. Y, si se entrega a cualquier impureza,²²⁷ su igualdad con Dios la hace inmediatamente conforme a Dios en su pureza original.²²⁸

Y, cuando Hedwige la reprendió por sus palabras hirientes, las otras la defendieron. [...] Dijeron: «Nosotras observamos el libro de la vida, pero los sacerdotes y los predicadores atienden a las pieles de ternera [los pergaminos]. Queremos cerrar nuestra casa y hacer lo que nos place». [...]

Según Adelheide,²²⁹ sus enseñanzas incitan a las novicias a entregarse a tales mortificaciones que algunas caen en la locura. Una de ellas, que fue encontrada entre las leprosas, perdió la razón después de unos ejercicios de una naturaleza particular y de mortificaciones insensatas. Cuando se le preguntó a una llamada «de Glatz» porque no comía, aunque yacía moribunda, vencida por la enfermedad, respondió: «Porque he alcanzado tal perfección que no necesito comer ni beber, pues Cristo me ha saciado». Su presunción la volvió loca.

²²⁵ Hedwige repite aquí un artículo de las *Clementinae*. Sin embargo, no hay duda de que, siguiendo el ejemplo de Margarita, Bloemardinne o la hermana Katrei, las monjas de Schweidnitz se comportan como perfectas.

²²⁶ Las maestras obligan a las novicias a trabajar todos los días, incluidos los domingos y durante las fiestas religiosas.

²²⁷ Literalmente, «si alguna impureza la toca».

²²⁸ Gertrude de Civitatis, más tarde, confesó haber pasado más de veinticuatro años en la comunidad. «Interrogada por el inquisidor, respondió de forma enrevesada y casi críptica». Las novicias la consideran como la principal autoridad espiritual de Schweidnitz.

²²⁹ Segunda testigo.

Adelheide ha escuchado decir de aquellas que las frecuentaban que llaman a su secta «Unión de las hijas de Udillynde» y que tenían varios principios. Primero, sus palabras dulces y halagadoras atraen por igual a vírgenes y señoras, cualquiera sea su estado o condición. Entonces, las persuaden de someterse a su autoridad y a su voluntad, de no preocuparse de las órdenes monásticas ni de la Iglesia ni de nadie. Luego, les recomiendan vivir en la casa de la congregación, quedarse en la cocina o en los otros cuartos y no ir a la iglesia a escuchar sermones. Según ellas, deben creerles y el señor Dios las inspirará tan pronto hayan quebrantado su propia voluntad y se hayan entregado a las obras de caridad. [...]

[Ellas las incitan a actuar] de una forma que rompe su naturaleza y su voluntad. Hedwige de Bratislava lo confirma cuando cuenta que un día, para su gran horror, encontró una oruga cocida entre las verduras. Aunque las maestras la animaron a comérsela y a vencer su naturaleza, ella se negó y huyó llorando.

Adelheide habla de una gata muerta que una de las novicias descubrió en una fuente; había que desollarla para luego cocinarla. A raíz de la repugnancia que experimentó, intentó evadir tal obligación. Pero ellas la obligaron a sacar la grasa de la gata y a juntarla para engrasar sus zapatos. Y, para conquistar su horror natural, la enviaron a vender la piel a la plaza pública. Eso pasó en Estrasburgo.²³⁰ [...]

Esto es lo que Adelheide escuchó de una fuente confiable: cuando las que han alcanzado la supuesta libertad y se creen perfectas y plenamente ejercitadas salen de la casa de la congregación, es para deleitarse, en toda ocasión, con los begardos.

Comen carne en Pascua y durante las vigiliass de los apóstoles, cada vez que pueden sin riesgo de escándalo. No se avergüenzan de esto, no lo confiesan y no tienen, por así decir, ningún escrúpulo.

Entre los begardos y esas mujeres que dan muestras de una aparente santidad y de la más austera pobreza se cometen, cuando se presenta la ocasión, todas las obscenidades y todos los pecados de Sodoma.

Adelheide afirmó lo que sigue con total certeza, ya que lo escuchó de una [novicia] a quien le ocurrió y de muchas otras que habían tenido experiencias similares. Abusan de su condición de compañeras y se entregan a manoseos recíprocos e impúdicos en la región anal.

Preludian sus goces tomando turnos para meter la lengua en la boca de la otra. Toda ocasión es buena para esto, incluso en la iglesia, durante el sermón, la misa y otros servicios divinos.

²³⁰ El libelo pseudo-eckhartiano *Daz ist swester Katrei* circula allí en aquel momento.

Al profesar la opinión de que no hay nada infame que no sea lícito, han atraído y siguen atrayendo a bandidos, incluidos algunos religiosos de órdenes reconocidas, sacerdotes y miembros del clero secular.

Un día, Adelheide estaba sirviendo comida a los begardos en su casa, aquí mismo, en Schweidnitz. Cuando luego quisieron hablar con las beguinas, le gritaron: «¡Vete, no tienes nada que hacer aquí!».

Adelheide escuchó estas palabras de la boca de Gertrude de Civitatis, aquí presente: «Si Dios ha creado todo, entonces, yo he compartido su creación con él o he creado todo con él. Y soy Dios con Dios, y soy Cristo, y soy más». [...]

Catherine²³¹ cuenta que un begardo, miembro de una secta de Glogovia,²³² le había dicho cuando estaba sola en la iglesia: «Si te conquistas a ti misma, si en tu vida las virtudes superiores logran la victoria sobre las inferiores, entonces alcanzarás la perfección y tendrás un espíritu sutil. A decir verdad, hasta ahora, has mostrado un espíritu tosco. Una vez que seas perfecta, nada de lo que sucede en la caridad de Dios²³³ podrá dañar tu castidad. No cometerás pecado».

Cuando las mujeres sienten vergüenza e intentan resistir los impúdicos manoseos en los senos y otros lugares, los begardos y las monjas dicen que eso es el signo de un espíritu tosco. [Añaden:] «¡No has podido tener, en toda tu existencia, suficiente espíritu para comportarte como cortesana [*curialiter*] o para exhibirte ante un hombre!».

Margarita²³⁴ las ha escuchado decir que querían fortificar al ser humano tentado por la concupiscencia. Y he aquí de qué forma: si el objeto [del deseo] es una mujer, hay que renunciar a ella, huir y buscar a un hombre.²³⁵ Lo importante, sin embargo, es ser siempre dos.

Margarita se escandalizó cuando oyó tales declaraciones. O ella había escuchado mal o eso era malo. Pero una experiencia le confirmó su pernicioso sentido. Un día que estaba perturbada, una de ellas la tomó entre sus brazos y le dijo palabras tales que su carne quedó inesperadamente conmocionada. Entonces, la que la abrazaba le confió: «Si consientes a mis deseos, te revelaré cierto secreto que eres capaz de escuchar, un secreto tal que nunca querrás dejarnos».²³⁶ Esta mujer era Ana la Ciega.²³⁷

231 Tercera testigo.

232 Quizás Gleiwitz, en Silesia.

233 El sentido que el Libre Espíritu atribuye a la palabra *caridad* se refiere al placer amoroso (*Fac mihi caritatem, conjaceas mihi*).

234 Pintora. Novicia y cuarta testigo.

235 Ya sea para llegar a la indiferencia del libertinaje o a un estado donde el deseo es irrefrenable y, de alguna manera, puro.

236 Cf. Francisca Hernández.

237 E. W. McDonnell, *The Beguines and Beghards in Medieval Culture*, New Brunswick,

Sobre Tomás Scoto

80. Tomás Scoto, de quien Álvaro Pelagio habla en su *Collyrium contra haereses* [Colirio contra las herejías], publicado en 1344, ocupa, respecto a la corriente del Libre Espíritu, una posición marginal. Aunque no llama a la superación de Dios en el goce inmediato, enfatiza la parte de ironía antirreligiosa que se permiten de buen grado los partidarios del Libre Espíritu. Al prefigurar a Herman de Rijswick y a los escépticos del Renacimiento, aporta un precioso testimonio sobre ese derrotero racionalista, materialista y ateo que la historia oficial siempre ha negado y a través del cual el pensamiento separado expresa su rechazo del mundo religioso.

Dominico, luego franciscano, se dice que Tomás Scoto habría enseñado en Portugal en las Escuelas de Decretales durante la primera mitad del siglo XIV, lo que lo convierte en contemporáneo de Bloemardinne, Juan de Brünn y Eckhart. Después de discutir con él en Lisboa, Álvaro Pelayo hizo que lo metieran a la cárcel y luego, con toda probabilidad, que lo quemaran. Además de la acusación de necromancia y magia, el autor del *Collyrium* revela diecisiete cargos en su contra:

1ª. Dijo que era fábula la longevidad de los antiguos patriarcas.

2ª. Que la profecía de Isaías (c. 7): *Ecce virgo concipiet*, no se entendía de la Virgen María, sino de alguna criada o concubina del profeta, debiendo tomarse la palabra virgo en el sentido de *puella* o de *adolescentula* [muchacha joven].

3ª. Que tres impostores habían engañado al mundo. Moisés a los judíos, Jesús a los cristianos y Mahoma a los sarracenos.

4ª. Enseñó en las Escuelas de Decretales de Lisboa que las palabras de Isaías *Deus fortis, pater futuri saeculi* no se referían a nuestro Señor Jesucristo.

5ª. Que después de la muerte las almas se reducían a la nada.

6ª. Que Cristo era hijo adoptivo y no propio o natural de Dios.

7ª. Negaba la perpetua virginidad de nuestra Señora.

8ª. Dijo en las escuelas que la fe se propagaba mejor por razones filosóficas que por la Escritura, y que el mundo estaría mejor gobernado por los filósofos que por los teólogos y canonistas.

9ª. Defendía el concubinato de los frailes y hablaba con poco respeto de San Agustín y de San Bernardo.

10ª. Negaba que Cristo hubiese dado postetad a San Pedro, ni a sus sucesores, ni a los obispos.

11ª. Era *preadamita*.²³⁸

12ª. Admitía la eternidad del mundo.

13ª. Negaba el juicio final, la resurrección de los muertos y la gloria futura.

14ª. Tenía a Aristóteles por más sabio que Moisés y por mejor hombre que Cristo (*qui fuit homo malus et suspensus pro suis peccatis, et qui parabat se cum mulierculis loquentibus*) [hombre malo, colgado por sus pecados y que tenía relaciones con prostitutas, a las que se dirigía].

15ª. Blasfemó de la Eucaristía y del poder de las llaves [sacramentos].

16ª. Atribuía a arte mágica los milagros de Cristo.

17ª. Erraba en materia de sacramentos.²³⁹

Sobre Juan Hartmann

81. El 26 de diciembre de 1367, en Erfurt, Juan Hartmann, originario de Oßmannstedt, conocido entre los begardos con el nombre de *Spinner* («el Tejedor»), comparece ante Walter Kerling, inquisidor nombrado por el papa Urbano V y que goza de la estima del papa y del emperador.

Las preguntas del interrogatorio se basan en las *Clementinae*. Por su facundia, las respuestas sobrepasan ampliamente, sin embargo, la mera aprobación obligatoria. La plétora de informaciones y la ironía, a la que Kerling se entrega a su manera, denotan, en el acusado, una completa ausencia de ilusión respecto de la suerte que le espera.

Sin duda, Hartmann es uno de los dos condenados enviados a la hoguera en Erfurt, durante 1368, por Walter Kerling, a quien se le atribuye la ejecución de siete begardos (de un total de cuarenta acusados) el mismo año en Nordhausen (Turingia).

*Interrogatorio de Juan Hartmann de Oßmannstedt*²⁴⁰

En nombre de Dios. Amén. En el año 1367, 6º deposición, el 26 de diciembre, de la nona a las completas, en Erfurt, diócesis de Maguncia,

²³⁸ Era *preadamita* tres siglos antes que Isaac La Peyrère.

²³⁹ Menéndez y Pelayo, *op. cit.*, libro tercero, cap. 4, sección V.

²⁴⁰ Texto *in extenso*.

bajo el pontificado de nuestro muy santo padre en Cristo, nuestro maestro monseñor el papa Urbano V, en el alodio de nuestro honorable maestro en Cristo, el arzobispo de Maguncia, en el gran estuario, comparece públicamente, en presencia de mi notario, de los notarios públicos y de los testigos abajo firmantes, en presencia del venerable fraile religioso Walter Kerling, dominico, maestro de teología sagrada e inquisidor de la perversión herética, delegado por la autoridad apostólica a varias regiones de Alemania, un cierto begardo de nombre Juan Hartmann, del pueblo de Oßmannstedt, de la diócesis de Maguncia, conocido como Juan el Tejedor entre los begardos.

Primero, juró, en buena y debida forma, por los Santos Evangelios de Dios, decir la verdad, ahora y siempre. A la pregunta del inquisidor Walter: «¿En qué consiste la libertad de espíritu?», responde: «Consiste en que el remordimiento de conciencia deja de existir por completo, de modo que el hombre se vuelve incapaz de pecar».

Con respecto al tema del primer artículo de las *Clementinae* (*Ad nostrum*): «Si, en la vida presente, un hombre se encuentra en esa contemplación de la que hemos hablado, en el más alto grado de perfección experimentado originalmente cuando estaba en el abismo de la divinidad, ¿existe una diferencia entre Dios y él?», responde que, en tal perfección, y en el más alto nivel, él es uno con Dios y Dios con él, en una unidad en la que nada puede diferenciarlos. Agrega: «En esto consiste la verdadera libertad del espíritu. Así, cesa todo remordimiento de conciencia y tal hombre se vuelve impecable».

A la pregunta de si el hombre que se encuentra aquí abajo en tal estado de contemplación puede progresar más, responde: «No, en tal libertad, no hay más progreso. El que ha alcanzado tal grado de perfección se ha vuelto absolutamente inaccesible al pecado». Sobre el segundo artículo de las *Clementinae*, *Quod jejunare*, afirma que no se debe ni rezar ni ayunar una vez alcanzado el nivel de perfección; el poder de los sentidos está así sometido al espíritu y a la razón; y entonces es lícito conceder al cuerpo cuanto le place.

Sobre el tercer artículo, *Quod illi qui sunt*, dijo: «Los que se encuentran en dicho grado de perfección y en el espíritu de libertad ya no están obligados a obedecer a los hombres, ni a ningún precepto cualquiera que sea, ni a los reglamentos de la Iglesia: son verdaderamente libres. Tal hombre libre es rey y amo de todas las criaturas. Todo le pertenece. Tiene derecho a usar todo lo que le agrada. Y si alguien intenta impedirsele, tendría justificación para matar al que lo obstaculiza y despojarlo de sus bienes. Al matarlo, lo devolvería a su principio original. Puede emprender legítimamente todo lo que garantice su placer».²⁴¹

²⁴¹ Hartmann comparte con Juan de Brünn la idea de que identificarse con Dios

En lugar de renunciar a un acto al que incita la naturaleza, sería mejor que toda la tierra pereciera. Esto vale, afirmó, tanto para un pueblo como para todos.

¿Puede un hombre libre de espíritu hurtar legítimamente una copa de oro de su propietario y apropiársela para su uso? Sí. Además, sería preferible, dijo, robar una copa de oro que un montón de trapos.

Y si el emperador le impidiera apropiarse de un objeto para sus fines personales, ¿lo mataría? Su respuesta implica una distinción: si el emperador no es libre de espíritu, lo mataría sin dudar. Pero, si el emperador alcanza, en la libertad del espíritu, la más alta perfección, entonces cabe la duda, y no desea pronunciarse por el momento.

Sobre el tema del cuarto artículo, *Quod homo ita poteste*, esto es lo que dijo: «Un hombre como él, que ha alcanzado, al comienzo, el grado de perfección, se asegura también, de ahora en adelante, la beatitud final. Es el grado de perfección que, en la vida, otorga esta beatitud y él lo alcanzaría en la felicidad de la vida si solamente el cuerpo no fuera mortal».

Según él, un hombre libre de espíritu es tan feliz como el bienaventurado Pedro o la bienaventurada Virgen María en los cielos o en la vida beatífica.

Una vez unido a Dios en tal grado de perfección, ¿se puede prescindir de intermediarios? Sí. En tal estado, ni los ángeles ni María podrían establecer una distinción entre Dios y él mismo.

En la unidad de la esencia divina y de las tres personas de la Trinidad, el hombre de libre espíritu que llega a su grado de perfección [el de Hartmann] es lo que quiere ser en la deidad: Padre o Espíritu Santo. De esto deduce que, en el plano divino, el Hijo es su hermano y que es consustancial con él.

A propósito del quinto artículo, *Quinto quod quolibet intellectualis*, afirma que la nobleza de espíritu es una con Dios, pues viene del flujo de la divinidad y del reflujo en deidad. Ahí se encuentra la pura y verdadera beatitud.²⁴²

El libre de espíritu no tiene ninguna necesidad de la luz de la gloria que se eleva para ver a Dios y gozar de él en la bienaventuranza, ya que no existe ninguna separación con Dios.

es identificarse con la naturaleza desnaturalizada, con la crueldad del desahogo, que ilusoriamente se presenta como liberación.

²⁴² La conciencia donde Dios es percibido como flujo permanente del ser identificado con el ser de Dios y liberado de todo imperativo que no proceda de tal encarnación. A diferencia del refinamiento del amor, que realiza la superación de Dios y de la naturaleza desnaturalizada, Hartmann escoge identificarse con el Dios de la vida economizada e invertida.

Donde aparece esta luz esencial —Dios—, allí, toda luz creada es tiniebla y oscuridad. Entre la divinidad y el libre de espíritu no hay lugar para la palabra vulgar.

En cuanto al sexto artículo, *Sexto quod in actibus*, confirma que un hombre de espíritu libre se vuelve incapaz de cometer una falta. Puede hacer todo lo que quiera y todo lo que desee. Si su naturaleza lo induce al acto del amor, puede entregarse legítimamente a él con su propia hermana o con su madre, en cualquier lugar, incluso sobre el altar.²⁴³

Por lo demás, a raíz del parentesco de naturaleza, es más natural hacer el amor con su propia hermana que con otra mujer.

Agrega: «El hombre perfecto y libre revoca lo que se considera como virtudes, pues no está sometido a ninguna ley, ni a las reglas de la Iglesia ni a ningún otro precepto. Es libre de espíritu, es *ein freie Geist*, lo que significa “un hombre libre”. Solo los espíritus poco avanzados en espiritualidad están obligados a observar las leyes y los preceptos de la Iglesia». Esas gentes que viven bajo la ley son las que un hombre libre como él llama seres toscos.

El que haya conocido carnalmente a su hermana no la ha vuelto ni menos virgen ni menos casta. Por el contrario, la unión carnal ha acrecentado su castidad.

¿Y sobre unirse con una muchacha? Ni él ni ella pierden su virginidad. Es más, si ha perdido su virginidad después de haber sido violada por otros, ella la recobra yéndose a la cama con un hombre libre en estado de perfección.

Y dio el ejemplo de diez hombres que conocieron carnalmente a una muchacha. Uno de ellos, el más tosco de cuerpo y también de capacidades naturales, la poseyó primero. Luego siguieron los otros, hasta el último, que era el más pequeño, el menor entre ellos. Pues bien, si el último que la posee es libre de espíritu, la chica corrompida recobra, gracias a él, la virginidad que los otros le han quitado.

Ocurre con las mujeres, según él, como con los terneros y los bovinos: así como estos fueron creados para el hombre, que puede consumirlos, las mujeres fueron creadas para que las utilicen quienes viven en el Libre Espíritu.²⁴⁴

«Pero», pregunta el inquisidor, «si dos hombres, los dos libres de espíritu, quieren conocer a una chica, ¿cuál deberá preceder al otro?»

²⁴³ La precisión del altar, a la que recurre Kerling, responde a los fantasmas de la libido eclesiástica.

²⁴⁴ La vulgaridad misógina y la explotación escolástica que tiene lugar a continuación revelan que entre el verdugo y la víctima existe un acuerdo tácito respecto al Dios del patriarcado.

— Como antes, respondió, el que está en el más alto nivel de libre espíritu debe unirse primero con ella, luego el otro.

— ¿Y si ambos son igualmente libres de espíritu?

— Entonces, que lancen un dado, y la suerte decidirá quien la conocerá primero».

A la pregunta: «¿Era Cristo libre de espíritu?», respondió: «No». Prueba esto a través del Evangelio. En su Pasión, en efecto, Cristo ha dicho: «Padre, si es posible, aparta esta copa de mis labios, no según mi voluntad, sino según la tuya». Para él, Cristo alcanzó la verdadera libertad solamente en la víspera del *sabbat*, después de su muerte en la cruz. Esta es la razón por la cual el sexto día de la semana se llama, en lenguaje vulgar, *fristag* («día de libertad»).

Cuando se le preguntó si, después de su resurrección, Cristo conoció carnalmente a María Magdalena, respondió que eso era objeto de serias y profundas investigaciones. Y, aunque sabía a qué adherirse, no quería dar su opinión. Pero, dijo burlonamente, el inquisidor debería tener la bondad de decirle si el hombre y la mujer, como afirman algunos, se mezclan en la vida futura como aquí abajo. Porque, si ese no es el caso, los hombres preferirán sin duda quedarse aquí con sus esposas en lugar de aspirar a una vida futura.

María no fue libre de espíritu, pues de lo contrario no habría lamentado con tanta frecuencia la ausencia de su hijo: «Por desgracia, querido hijo mío, por desgracia, ¿cuando te volveré a ver?».

En cuanto al séptimo artículo, *Septimo quod mulieris osculum...*, precisa que el acto carnal, al que la naturaleza empuja al ser humano, no es pecado para el hombre de libre espíritu. Pero algunos abrazan y besan mujeres para que sus asuntos no se distingan de los de otros hombres y que nadie pueda decir de ellos que son imbéciles [*gabhardi*] y no saben comportarse como hombres [?].

Sobre el octavo artículo, *Octavo quod...*, dice que el hombre de libre espíritu prescinde con justa razón de todos los mandamientos de la Iglesia y no está sujeto a ninguna regla. En la contemplación interior, no es conveniente participar en la elevación del cuerpo de Cristo para no ser perturbado en la pureza y la elevación de su [propia] contemplación. Eso sería perder su tiempo con el mundo exterior.

No hace falta que el hombre perfecto en la libertad del espíritu reciba ningún sacramento, cualquiera que sea, a menos que se desvíe hasta el punto de querer perderse.²⁴⁵

²⁴⁵ «Perdese» es someterse a los imperativos de la supervivencia (apropiación, poder, sumisión, sentimiento de culpa...), en oposición al fortalecimiento de la subjetividad, que supone volverse indiferente al mundo exterior.

Incluso si se desvía hasta ese punto, todavía es posible que encuentre a Dios en el juego de los alimentos tanto como en el sacramento de la eucaristía; sin embargo, es necesario que de aquel juego obtenga mayor placer.²⁴⁶

Si no ha sido bautizado y nadie lo sabe, no tiene que preocuparse mucho de ello, a menos que haya resuelto perderse. Si un pagano está en la libertad de espíritu, no tiene necesidad del bautismo.

De la misma forma, el hombre de libre espíritu no tiene necesidad de confesarse porque no puede cometer falta y prescindir de todo sacramento.

Nadie puede expresar la verdad de la iluminación, salvo aquel que la ha encontrado en sí mismo y es verdaderamente libre. Sería bueno entonces que el inquisidor le mostrara el más profundo reconocimiento por las revelaciones con las que lo ha iluminado. En su opinión, tales revelaciones valen más que todo el dinero que los cónsules de Erfurt guardan en su torre.²⁴⁷

Se le preguntó, entonces, si estaba diciendo esas cosas por locura del corazón, debilidad del cuerpo o cualquier otra enfermedad. De ninguna manera, respondió. Habla con toda sinceridad, porque esas concepciones las ha encontrado dentro de sí.

Solo expresa la verdad de tales propuestas aquel que las ha experimentado en sí mismo. Los predicadores predicán y enseñan a partir de libros; en su preocupación por los pergaminos, olvidan lo que enseñan. Pero quien percibe las cosas en la íntima profundidad del abismo divino puede hablar como él.

Durante los nueve años que ha vivido en libertad, nunca experimentó el más mínimo sufrimiento corporal. No estaba ni disminuido ni debilitado, ni tomaba ningún medicamento.

Pero cuál era la causa de su palidez,²⁴⁸ le preguntaron, ¿se debía a alguna debilidad? Según él, era resultado de una debilidad, pero no quiso revelar la causa por el momento.

¿Le permitía la libertad de espíritu negar [lo que había confesado]? Sí. Si su cuerpo se hubiera visto amenazado, habría podido, para preservarse, negar legítimamente y abjurar sin pecado tantas veces como fuera necesario. Al jurar y renegar de este modo, no habría mentido,

²⁴⁶ Extraer de cada cosa y oportunidad —incluso del pan y el vino de la mitología cristiana— lo que ofrece de goce posible abre paso al Dios que cada cual lleva en sí. Descartadas hoy todas las divinidades, puede resultar útil considerar esta opción.

²⁴⁷ Pero Kerling no está en condiciones de comprender que la riqueza de la vida prevalece sobre el dinero.

²⁴⁸ El inquisidor ironiza sobre los efectos de la detención. Sin embargo, no parece que se haya aplicado la tortura.

sino que habría dicho la verdad. Si, por ejemplo, hubiera conocido carnalmente a su propia hermana y fuera acusado de ello, tendría derecho a negarlo y a jurar que no es así. Al actuar de esta forma, un hombre de Libre Espiritu no miente, pues quiere decir con eso que no lo ha hecho en la eternidad. No tiene que expresarse en el marco temporal. Si puede así engañar al inquisidor y a su acusador, es porque dice la verdad sobre la base de la libertad, donde no puede existir la menor mentira.²⁴⁹

Sobre los Hombres de la Inteligencia

82. El 12 de junio de 1411, Willem van Hildernissem, de la orden de los carmelitas, comparece ante el inquisidor Henri de Selles, quien actuaba en nombre del tribunal episcopal de Cambrai. Se le acusa de haber ejercido, junto con un laico entonces difunto, Gilles de Canter (o Gilles el Cantor o Aegidius Cantor), ciertas responsabilidades en un grupo de Libre Espiritu constituido en Bruselas bajo el nombre de Hombres de la Inteligencia.

Willem había nacido en Malinas.²⁵⁰ Tenía por hermano a Jan van Hildernissem, clérigo de una parroquia de Nekkerspoel, en Flandes, hasta 1394. En 1527, un descendiente de los Hildernissem, el hermano Adrián, sigue profesando entre los carmelitas de Malinas.

Según Goyers, Willem habría sido lector de escrituras sagradas en el claustro de los carmelitas de Tirlemont. Se ignoran por completo las razones de su encuentro con Gilles, un laico sexagenario e *illiteratus*, que según algunos era de familia noble. No se descarta que los haya acercado un interés compartido por las teorías de Bloemardinne, especialmente vigentes entonces por cuanto se nutrían de ese fondo inagotable donde el apetito de goce descubre en sus refinamientos posibles una justificación absoluta para su libertad.

Así como ningún inquisidor se había atrevido a atacar a Bloemardinne —excepto Ruysbroeck, que, en su asilo de Groenendael, todavía se abstiene de nombrarla (como si flotara una bruma de pasión entre el joven párroco de Santa Gúdula y la señorita Heilwige)—,

²⁴⁹ Wattenbach, *op. cit.* Confesión de Juan Hartmann, pp. 538-543 (texto en latín).

²⁵⁰ L. W. Az, «De ketter Willem van Hildernissem» en Frédéricq, *Mélanges*, p. 259. [En el original, no se incluye la referencia bibliográfica completa de *Mélanges*, N. de T.].

también vemos que los partidarios del grupo liderado por Gilles y Willem intentan asesinar, al cruzar un vado, a Henri de Selles, que estaba vinculado precisamente a la abadía de Groenendael, la ermita donde Ruysbroeck muere en 1381. Por otra parte, circulaba en Bruselas una canción que ridiculizaba al inquisidor.²⁵¹ Designado por el obispo de Cambrai Pierre d'Ailly, amigo de Gerson, Henri de Selles, cuya misión era extirpar las secuelas del movimiento difundido casi un siglo antes por Bloemardinne,²⁵² logra que Willem abjure y culpe al difunto Gilles de la parte más subversiva de la doctrina. Willem es condenado a tres años de prisión y luego a la reclusión en un monasterio de su orden.²⁵³

La suavidad del castigo se explica, tal vez, por el apoyo que el grupo encuentra tanto en la clase trabajadora como en los notables de Bruselas (las reuniones se celebran en una torre que pertenecía a un escabino).

83. Artículos presentados para la retractación de Willem van Hildernissem:

1. El susodicho seductor laico [Gilles de Canter] ha repetido muchas veces a varios oyentes: «Soy el salvador de los hombres. A través de mí verán a Cristo, tal y como ven al Padre por la mediación de Cristo».²⁵⁴
2. Al final, el diablo será salvado. Pero entonces ya no será el diablo, y el magnífico Lucifer será el más humilde. Al final, todos serán salvados.²⁵⁵
3. El diablo no condujo al señor Jesús a lo alto del templo.
4. Un día que iba por su camino, contaba Gilles, el Espíritu Santo lo inspiró y le dijo: «Has llegado al estado de un niño de tres años. Ya no ayunará, muy por el contrario, comerás productos lácteos durante la cuaresma. Que así sea también con los hombres y las mujeres de tu secta. Que no se

²⁵¹ J. Latomus, *Consendoca*, Amberes, 1664.

²⁵² Frédéricq, *Corpus...*, *op. cit.*, pp. 266-267.

²⁵³ Robert Lerner entrega otra versión del juicio. Afirma que Willem era todavía lector del claustro de los carmelitas de Tirlmont en 1422 (Lerner, *op. cit.*, p. 158, nota 82).

²⁵⁴ Gilles es presentado aquí como heresiarca y seductor. Más probablemente, se considera a sí mismo como el iniciador de un método de autorrealización según el cual Dios se realiza en el individuo por medio de una inspiración que Gilles llama Espíritu Santo y Groddeck, Ello.

²⁵⁵ La tesis ya se encontraba entre los amaurianos. Cada persona garantiza su propia salvación al acceder, por la conciencia, a la cualidad de ser.

preocupen de ayunar. Cuando puedan hacerlo sin llamar la atención de las personas externas, que coman carne en las fiestas y en Cuaresma». ²⁵⁶

5. No se preocupan ni de estatutos ni de preceptos ni de mandamientos de la Iglesia, tampoco de oraciones, porque Dios hace lo que tiene intención de hacer y lo que quiere, y no hay ninguna necesidad de dirigirle oraciones. ²⁵⁷

6. No se preocupan de confesarse, pero, solo con el fin de evitar vejaciones, se presentan de vez en cuando ante un sacerdote. Le confiesan algún pecado venial y guardan silencio sobre sus lujurias criminales y los pecados mortales. De este modo, como han reportado algunos de ellos, no pueden ser acusados de indiferencia [hacia la Iglesia o de falta de fe]. ²⁵⁸

7. No aceptan ninguno de los rigores de la penitencia, pues estiman que no hay escasez de ella [en la vida]. ²⁵⁹

8. Entre las mujeres de su secta, existe una que rechaza hacer el amor con cualquiera. Por tal motivo, debe soportar muchas burlas de parte de los otros miembros de la secta, hombres y mujeres, que la reprueban por abstenerse de toda relación carnal. ²⁶⁰

9. El susodicho Gilles tiene una manera particular de hacer el amor —la cual no es, sin embargo, contra natura— y que, según afirma, Adán usaba en el paraíso. El hermano Willem no lo ha seguido en este camino. ²⁶¹

²⁵⁶ El estado de infancia es el signo de la inocencia adánica tal y como se manifiesta en la tercera edad de Joaquín de Fiore. Expresa así el despojamiento de la coraza de supervivencia de lo que surge el ser de goce que es el niño, antes de que la sociedad lo encierre en el molde económico. La inocencia recreada se equipara con la relación amorosa, fundamento de una nueva sociedad. Es la emanación de la vida, en oposición al Dios de justicia, de intercambio y de sacrificio, base de los Estados y las religiones. En su retractación, Willem deberá renegar de la siguiente proposición: «Los que juzgan o dirigen reproches a los pecadores pecan más que los que son juzgados por ellos o agobiados con sus reproches».

²⁵⁷ Dios deja de existir como objeto exterior. Dios se niega y supera en el impulso de vida.

²⁵⁸ Cf. los begardos.

²⁵⁹ La idea ya estaba presente entre los amaurianos. La supervivencia que nos es impuesta constituye en sí una penitencia de la que es preferible deshacerse.

²⁶⁰ Interrogado al respecto, Willem declara: «Nunca he escuchado acerca de tal cosa». ¿Por qué una muchacha estaría en un grupo donde es objeto de desprecio? Hay que suponer, más bien, que se trata de una iniciación con una fase de noviciado que los miembros atraviesan para acceder a la revelación del misterio del amor. Los artículos 8, 11 y 12 destacan la variedad de comportamientos (posiblemente jerarquizados): castidad, libertinaje, consagración natural al amor, así como a comer y a beber. En la cima se encuentra la concepción de Bloemardinne, el amor seráfico, según el cual lo divino se aniquila en el goce.

²⁶¹ Considerando que la inocencia implica el fin del miedo y del sentimiento de culpa, Gilles practica ya sea la técnica tántrica del orgasmo transformado en iluminación o la eyaculación retenida para permitir a la mujer gozar sin riesgo de embarazo. El goce,

10. Se han fabricado un lenguaje particular: llaman al acto de amor «placer del paraíso» o «actividad» [ascensión]. Así, pueden evocar, en términos irreprochables y sin que otros los comprendan, tales actos libidinosos.²⁶²

11. Entre ellos se encuentra una mujer anciana, que el susodicho laico ha llamado Serafín. Ella ha declarado abiertamente que está permitido hacer el amor fuera del matrimonio sin pecado. De hecho, tal acto es totalmente natural, como beber y comer. Pero aquel es reprobado y los otros dos no. Por eso, no deja de sorprenderse, junto con otras, de la ceguera de los hombres que comúnmente piensan así.²⁶³

12. Una de ellas, que está casada, no hace ninguna diferencia entre un hombre y otro. Los admite a todos, indistintamente, dependiendo de la hora y el lugar. Esta es una práctica bastante común entre las mujeres del grupo.

13. El hermano Willem no ha entregado plenamente su confianza a nadie. No comparte con cualquiera su convicción íntima, a saber, que los del grupo se entregaban, sin remordimiento ni temor de Dios, al acto de la unión carnal.

14. Según el hermano Willem, todos sus actos pueden justificarse o excusarse con referencia a las Santas Escrituras, a excepción del coito condenado por la Iglesia. Así que tomó la costumbre de recomendar la prudencia a sus discípulos cuando hablaran de esta población ilícita.²⁶⁴

equiparado con la penetración de Dios en uno mismo (con la licuefacción en la eternidad, como dice Juan de Brünn), abole el sentimiento de culpa. Los neófitos pasan así de la inocencia de la castidad a la inocencia del placer experimentado sin culpabilidad.

262 Este es el «séptimo cielo» del lenguaje popular. Aquí se observa no solo un lenguaje secreto, en uso entre ciertas monjas, sino también una apropiación del lenguaje teológico disuelto en su realidad carnal tal y como Dios se abole en el gozo absoluto del amor.

263 El nombre de Serafín evoca el recuerdo de Bloemardinne, que equiparaba el amor seráfico y el amor carnal. La vieja dama tal vez conoció a sus discípulos. El sentimiento, popular, de que hacer el amor pertenece a la naturaleza, tal y como beber y comer, amerita reconocerse aquí no como una culminación, sino como un comienzo, como la materia prima sometida a un proceso de refinamiento, como el goce bruto decantado y purificado hasta ese amor seráfico donde cada ser particular se percibe en el devenir del flujo amoroso —en el sentido en el que los físicos hablan del flujo de la materia increada—, en la atracción del goce universal. Es lo que evoca un artículo abjurado por Willem: «El acto de amor puede realizarse según la naturaleza y con tal intención que vale tanto como la oración dirigida a Dios». Frédéricq, *Corpus...*, *op. cit.*, p. 277.

264 La defensa de Willem consiste en pretender que ignoraba la iniciación amorosa practicada por Gilles. (Abjura, además, de una proposición que recuerda las tesis de Willem Cornelius de Amberes: «Una mujer depravada que no tiene marido o medios de subsistencia vale tanto como una virgen»). Su rol parece haber sido enseñar a los novicios el *détournement* de las Escrituras para que cada uno de ellos, lavado del pecado por la iniciación erótica de Gilles, se encuentre en capacidad de justificar su elección y persuadir a otros. El párrafo 20 sugiere que, siguiendo el ejemplo de algunas sectas gnósticas, el reclutamiento de adherentes se dejaba a las mujeres.

15. Como algunos hablaban sobre la obligación en la que se encontró el hermano Willem de renegar de las tesis que había predicado, la mencionada Serafín respondió: «No las ha renegado, solamente ha precisado: “No he dicho esto, sino aquello”; y, añadiendo o restando una palabra a su discurso, corrigiendo su forma de expresarse, salió del paso impunemente». De modo que se consideró que había confirmado sus proposiciones en lugar de renegarlas.²⁶⁵

16. Vinculan todos sus actos contrarios e infames a la voluntad divina diciendo que Dios así lo quiso, no tanto por su voluntad permisiva como por su voluntad benéfica y eficaz.

17. Se reúnen, fuera de los muros de Bruselas, en una torre que pertenece a un escabino de la ciudad y celebran ahí sus conventículos.²⁶⁶

18. Dicen que la época de la antigua ley era la edad del Padre y la época de la nueva ley, el tiempo del Hijo. Ahora ha llegado la era del Espíritu Santo, que llaman el tiempo de Elías. Las escrituras ahí son abolidas, de modo que aquello que antes se consideraba verdadero ahora se niega, incluida la doctrina católica y las verdades católicas que predicán la pobreza, la continencia y la obediencia. Según ellos, lo contrario a estas verdades es lo que debe difundirse en el reino del Espíritu Santo.²⁶⁷

19. Atribuyen al Espíritu Santo sus más íntimas sugerencias o inspiraciones. Es de esta fuente que el susodicho laico ha extraído frecuentemente muchas de sus profecías. Por una inspiración de este género así recibida, recorrió, un día, un largo camino, en completa desnudez, llevando sobre la cabeza una bandeja de carne destinada a algún pobre.²⁶⁸

²⁶⁵ Aunque, en un primer momento, se permite cierta duda sobre la buena fe de su abjuración, Willem será obligado enseguida a precisar que reniega sin reservas de cada uno de estos artículos. Pero, entre los adeptos al Libre Espíritu, es claro que abjurar y mentir al inquisidor no constituye una mentira en sí misma. La abjuración no significa nada, solamente responde a la necesidad de escapar de un castigo (*cf.* Hartmann).

²⁶⁶ Willem declara que había estado una sola vez en la torre, hacía tres años, y solamente para descubrir el origen de los rumores que circulaban en Bruselas sobre Gilles de Canter. No habría ido hasta allí, precisó, si hubiera podido prever que se encontraría en una asamblea de mujeres. La torre permite imaginar una especie de logia semisecreta donde estratos populares y notables se frecuentan por una voluntad común de «volver a la inocencia». El mismo fenómeno de confluencia social se atestigua entre los eloístas de Amberes. En el «paraíso», los miembros de la clase privilegiada, insatisfechos con los placeres mesurados del dinero, se reúnen con las personas de la clase desfavorecida, que descubren, en la ausencia de bienes, el derecho a la gratuidad de los goces.

²⁶⁷ El elemento joaquinista, siempre vivo, se vuelve a encontrar entre los picardos o adamitas de Bohemia y, más tarde, entre los anabaptistas de Münster.

²⁶⁸ Además de la resolución de obedecer a sus impulsos, la desnudez del adamismo se mezcla aquí con la parodia bufonesca del Cristo que ofrece su carne a los hombres.

20. Se sorprenden de que uno haga la señal de la cruz y preguntan: «¿Eres tan digno de ser bendecido?». De la misma manera, los seguidores de la secta, especialmente las mujeres, han persuadido a varios hombres honestos de no predicar, ni en público ni en secreto, la castidad o la virginidad, y de no recomendar la continencia. Ellas aseguraban que ninguna era virgen, salvo con una excepción, a quien llamaban la sabiduría.²⁶⁹

21. En relación al purgatorio, igual que con el infierno,²⁷⁰ defienden ideas opuestas a las de la Iglesia. Y, para hablar de estos asuntos, usan una manera especial y engañosa.²⁷¹

Sobre los picardos o adamitas de Bohemia

84. En el seno del movimiento husita, que se desarrolla tras la ejecución de Jan Hus, en Constanza, hacia 1445, y libera a Bohemia del yugo de la Iglesia, los taboritas se asemejan a esa corriente valdense donde el Libre Espíritu a menudo se ha abierto camino a través de la pobreza voluntaria.

Alrededor de 1418,²⁷² llegan a Bohemia grupos de picardos²⁷³ que escapan de la persecución montada contra los Hombres de la Inteligencia o que buscan en la insurrección husita la oportunidad de entregarse impunemente a la práctica de la libertad.

La doctrina picarda predomina sobre todo en las regiones de escasa influencia taborita, como las de Zatec, Plzen y Praga. Se manifiesta bajo una forma edulcorada en el campo cerrado de las disputas teológicas en figuras como Sigmund de Repan y, principalmente, en Martín Húska, conocido como Loquis, que predica una forma de dulcinismo que

²⁶⁹ Resulta difícil determinar si la relación con las agapetas y algunos gnósticos se trata de una cuestión de resurgimiento o influencia (lo que supondría la transmisión de una doctrina secreta). Aquello que ellas llaman la sabiduría, y que es virgen, sería, en este caso, la Sofía. Pero tal vez es una forma de referir con malicia a la única virgen del grupo, mencionada en el párrafo 8.

²⁷⁰ Cf. los amaurianos.

²⁷¹ Frédéricq, *Corpus...*, op. cit., pp. 266-267.

²⁷² Lawrence de Březová, «De gestis et variis accidentibus regni Boemiae» en *Fontes rerum bohemicarum*, Praga, 1893, p. 431.

²⁷³ Algunos han querido ver en la palabra *pikarti* una traducción de *begardi*. Sin embargo, Silvius habla de un «picardo originario de la Galia Bélgica». Véase Aeneas Silvius [Enea Silvio Piccolomini, papa Pío II], «De hortu et historia Bohemorum», en *Omnia opera*, Basilea, 1551.

evoca el fin de los tiempos y el reino de los santos.²⁷⁴ Vendrá, según él, «un nuevo reino de santos sobre la tierra, y los buenos no sufrirán más». Y agrega: «Si los cristianos tuvieran que sufrir de este modo siempre, no quisiera ser servidor de Dios».²⁷⁵

En febrero de 1421, Lawrence de Březová registra, en su crónica, un avance del Libre Espíritu en los entornos taboritas:

Desgraciadamente, a causa de esta herejía los hermanos que viven en Tabor se dividieron en dos facciones: una picarda y otra taborita. El partido más fiel, los taboritas, expulsó a más de doscientos hombres y mujeres infectados por la herejía picarda.²⁷⁶

El término *adamitas*, con el que Beausobre los designará,²⁷⁷ alude a las costumbres de inocencia edénica que comienzan a difundir abiertamente en ese entonces. Según Laurent:

Mientras deambulaban por bosques y colinas, algunos de ellos cayeron en tal grado de demencia que hombres y mujeres se quitaban sus vestidos y andaban desnudos diciendo que las vestimentas habían sido adoptadas a causa del pecado cometido por los primeros padres, pero que ellos estaban en un estado de inocencia. Debido a una locura similar, imaginaban que no era pecado si uno de los hermanos tenía comercio carnal con una de las hermanas. Y, si la mujer daba a luz, ella decía que había concebido por el Espíritu Santo.²⁷⁸ [El bautismo no existe, porque] los niños de padres que viven en santidad [es decir, los miembros de la comunidad] son concebidos sin el pecado mortal original.²⁷⁹ [...] Le rezan al Dios que poseen en ellos diciendo: «Padre Nuestro que estás en nosotros...».²⁸⁰

²⁷⁴ J. Latomus, *Corsendonca*, Amberes, 1664.

²⁷⁵ C. A. C. von Höfler, «Geschichteschreiber der husitischen Bewegung in Boehmen» en *Fontes rerum austriacarum*, Viena, 1856-1866, sección 1, vol. II, IV, VII.

²⁷⁶ Lawrence de Březová, *op. cit.*, p. 475.

²⁷⁷ I. de Beausobre, «Dissertation sur les adamites de Bohême» en J. Lenfant *Histoire de la guerre des hussites*, Ámsterdam, 1731, vol. II, pp. 304-349.

²⁷⁸ Lawrence de Březová, *op. cit.*, p. 475.

²⁷⁹ *Ibidem*, p. 495.

²⁸⁰ *Ibidem*, p. 517.

Martín Húska se mantiene al margen de la radicalización picarda. Fiel a la tradición apostólica, recupera de las reivindicaciones más moderadas en una defensa del modernismo religioso por entonces preocupado de disputas escolásticas sobre la eucaristía.

El verdadero portavoz de la comunidad picarda, cuya autonomía durará desde diciembre de 1420 a enero de 1421, es Petr Kániš, apoyado por hombres y mujeres del pueblo, Rohan el Forjador, Nicolás, llamado Moisés, Adán, María. Los cronistas se indignan con los sermones que predicán en las tabernas y con la licencia sexual celebrada por todos en el grupo.

El líder del partido taborita, Nicolás de Pelhřimov, publica un tratado contra Petr Kániš y, hacia mediados de abril, Jan Žižka, el responsable militar, envía su ejército contra los expulsados de Tabor. Cincuenta prisioneros, entre los que se encontraba Petr Kániš, serán quemados en Klokoty. Los supervivientes de la comunidad picarda se retiran entonces no lejos de Tabor, donde se organiza la resistencia bajo la dirección de Rohan el Forjador. El 20 de abril, después de violentos combates, Žižka los derrota y envía a veinticinco prisioneros a la hoguera. Otros son quemados en Praga, sin que el movimiento desaparezca completamente. El 21 de octubre de 1421, unos partidarios de Kániš, refugiados en un bosque en los alrededores de Bernatice, son capturados y ejecutados, excepto uno, que fue conservado vivo para que entregara información sobre la doctrina del grupo. Otros ocuparán brevemente el fuerte de Ostrov antes de extenderse por el sur. De su larga retirada proviene posiblemente la acusación de dedicarse al pillaje y asegurar su subsistencia por medio de razias contra las aldeas.

Aunque Martín Húska había abjurado y se desvinculó de los picardos desde marzo de 1421, el terror generalizado lo convirtió en una víctima expiatoria. Cuando se dirigía a Moravia, con Procopio el Tuerto, cayó en manos del barón husita Bořek. Žižka expresó el deseo de que los dos hombres fuesen quemados en Praga. Sin embargo, por miedo a disturbios —pues Martín tenía muchos seguidores en la ciudad—, los magistrados enviaron a su verdugo a Roudnice, donde, después de largas torturas, Martín y Procopio fueron ejecutados.

Sobre Herman de Rijswijck

85. El movimiento de desacralización, que el cisma de la Iglesia reformada va a recuperar como racionalismo de derecho divino, devuelve el Espíritu Santo a su naturaleza humana de intelecto. A diferencia del tratamiento que le reserva el Libre Espíritu, Dios ya no se resuelve aquí en un flujo pasional del que el cuerpo es el matraz alquímico y la conciencia, el principio de transmutación. El ateísmo, que pretende revocarlo, lo conserva, en realidad, como separación desantificada, lo preserva confinado en el principio de la intelectualidad, que gobierna el cuerpo individual y social.

Herman de Rijswijck no pertenece al Libre Espíritu, sino al librepensamiento. Se inscribe en la línea de intelectuales lúcidos cuya audacia reside no tanto en la concepción crítica como en la temeridad que los empuja a desafiar la hoguera para difundir abiertamente aquello que piensan secretamente los desheredados de todos los tiempos desde el instante en que escapan del control de los sacerdotes y del miedo: que no hay Dios, que el mundo ha existido por toda la eternidad, que las religiones son el tejido de absurdidades con el que se visten los imbéciles.²⁸¹

Al igual que Tomás Scoto, Herman de Rijswijck habría desaparecido de la memoria, regularmente depurada por la Iglesia y el poder, si no hubieran existido, en el propio seno del clero, por algún efecto malicioso, unos verdugos que perpetuaron la memoria de sus víctimas.

86. *Actas de acusación de Herman de Rijswijck:*

En el año 1502, Herman de Rijswijck fue condenado a prisión perpetua por el hermano Jean Ommaten, profesor de teología sagrada, inquisidor de la orden de los dominicos.

He aquí los principales artículos heréticos que le costaron, en castigo, la prisión perpetua. Dijo, primero, que el mundo ha existido toda

²⁸¹ En el otro polo de la enajenación social, la misma opinión alimenta la arrogancia de los amos, que no admiten ninguna limitación a su voluntad de poder.

la eternidad²⁸² y no ha comenzado con la creación, que es una invención del estúpido Moisés, como se dice confusamente en la Biblia.

Segundo, Dios jamás creó a los ángeles, buenos o malos, porque esto no se menciona en ninguna parte de nuestras Escrituras. No hay un infierno como lo imaginamos. Después de esta vida, no vendrá ninguna otra en particular. Muerto Sócrates, su alma muere tal como ha comenzado con su cuerpo.

El muy erudito Aristóteles y su comentarista, Averroes, fueron los más cercanos a la verdad.

Cristo fue un imbécil, un ingenuo quimérico y seductor de los hombres sencillos. Y sostengo que ese Cristo ha condenado al mundo entero y no ha salvado a nadie. Porque, de hecho, los hombre se matan entre sí a causa de él y su bufonada evangélica [*suum Evangelium fatuum*]. Todos los actos de Cristo son contrarios al género humano y a la justa razón. Niego abiertamente que Cristo sea hijo del Dios todopoderoso. Rechazo el hecho de que la ley mosaica haya sido recibida en un encuentro con un Dios visible. Estimo que nuestra fe es una fábula, como lo prueban las bufonadas de nuestras Escrituras, las leyendas bíblicas y el delirio evangélico. Considero que nuestro Evangelio es falso, pues quien puede crear el mundo sin encarnación puede salvarlo sin encarnación.

He confesado todos estos artículos y otros parecidos de mi boca y con la mente sana, frente al inquisidor, el notario y los testigos. Y agregó: nací cristiano, pero no soy cristiano, pues los cristianos son perfectamente estúpidos.^{283 284}

Tras ser condenado a prisión perpetua en la Haya, Herman logra escapar. Arrestado y juzgado como relapso por haber difundido «muchos libros escritos de su puño y letra», es llevado a la hoguera el 15 de diciembre de 1512 por el inquisidor Jacob van Hoogstraten. Sus libros son quemados con él.

²⁸² Mientras que el partidario del Libre Espíritu estima que, al ser Dios, pertenece a la eternidad de la vida (Dios disuelto en la fuerza atractiva del amor), el ateísmo se desembaraza de Dios restituyendo al mundo su eternidad. Se trata de la traducción objetiva, científica, de la filosofía panteísta de la Edad Media.

²⁸³ El elitismo de la vida mejor, reivindicado por el Libre Espíritu, se convierte aquí en la superioridad de la conciencia lúcida. Hay que comparar el caso de Herman de Rijswijck con el de Tomás Scoto.

²⁸⁴ Frédéricq, *Corpus...*, *op. cit.*, p. 452.

Sobre los alumbrados

87. Es en 1512, según Bataillon, cuando aparece por primera vez el calificativo *alumbrado*, aplicado a un franciscano «alumbrado con las tinieblas de Satán».²⁸⁵

En Toledo, donde quizás ha sobrevivido clandestinamente la antigua influencia de los sufíes heterodoxos, se forma un grupo alrededor de Isabel de la Cruz, quien ha alcanzado tal reputación de santidad que la Iglesia duda en perseguirla, a pesar de que sus teorías recuerdan a las de Margarita Porete.

El 23 de septiembre de 1525, el gran inquisidor Manrique promulga, en Toledo, un edicto contra los alumbrados. Entre las cuarenta y ocho proposiciones condenadas, un cierto número de ellas, mezcladas con otras de origen luterano, pertenecen a la corriente del Libre Espiritu.

Arrestada en 1529, Isabel de la Cruz es condenada a prisión de por vida. Un año más tarde, uno de sus discípulos, el padre Juan López, es quemado en Granada.

El cronista Alfonso de Santa Cruz ha dejado una lista de los principales artículos condenados durante el juicio de los alumbrados en Toledo:

Decían que *el amor de Dios en el hombre es Dios* [...].²⁸⁶ Afirmaban que en el *dexamiento* o éxtasis se alcanzaba tal perfección, que los hombres no podían pecar mortal ni aun venialmente, y que *dexado* o *alumbrado* era libre y exento de toda potestad y no tenía que dar cuenta de sus actos ni al mismo Dios, puesto que se *dexaba* o entregaba a Él [de ahí su rechazo a sacramentos, oraciones, buenas obras].

[...] Llamaban a la hostia consagrada *pedazo de massa*; a la cruz, *un palo*, y a las genuflexiones, *idolatría*. Tenían por supremo triunfo el aniquilar la propia voluntad [...].²⁸⁷ [Caen incluso en la] negación

²⁸⁵ M. Bataillon, *Erasmus y España. Estudios sobre la historia espiritual del siglo XVI*, Ciudad de México, FCE, 1966, p. 68.

²⁸⁶ La fórmula es atribuida al padre Alcázar, amigo de Isabel.

²⁸⁷ Cf. Nietzsche: «¡Oh, tú mi voluntad, tregua de toda miseria, tú mi necesidad! ¡Defiéndeme de todas las pequeñas victorias! ¡Azar de mi alma, que yo llamo destino! [...] ¡Guárdame y resérvame para un gran destino!» (Federico Nietzsche, *Así habló Zaratustra*, Santiago de Chile, Ercilla, 1933, p. 172).

del infierno. Lejos de llorar la pasión de Cristo, hacían todo placer y regocijo en Semana Santa. Afirmaban que el Padre se había encarnado como el Hijo. Creían que hablaban con el mismo Dios *ni más ni menos que con el corregidor de Escalona*. Para acordarse de nuestra Señora miraban el rostro a una mujer en vez de mirar una imagen. Llamaban al acto matrimonial *unión con Dios*. La principal dogmatizadora de la secta parece haber sido una beata toledana llamada Isabel de la Cruz, asistida por cierto P. Alcázar.²⁸⁸

Al mismo tiempo, un grupo de alumbrados se desarrolla alrededor de la beata Francisca Hernández, originaria de Canillas, cerca de Salamanca. Hacia 1519, su corte se compone de clérigos jóvenes: Bernardino Tovar, el franciscano Gil López, el bachiller Antonio de Medrano, cuya relación amorosa con Francisca es denunciada a la Inquisición, que condena a los amantes a vivir separados.

La santa parte entonces a Valladolid, donde vive sucesivamente con Bernardino Tovar y con el banquero Pedro Cazalla. Parece haber existido un centro oculto, llamado «paraíso», donde la inocencia edénica presidía los refinamientos del amor. La diversidad de comportamientos aparece allí, como entre los Hombres de la Inteligencia, donde coexisten la castidad, el libertinaje y el «fino amor». Durante el juicio, Antonio de Medrano declara que, desde que había conocido a Francisca, Dios le había dado la gracia de no experimentar deseos carnales, de modo que podía acostarse con una mujer en la misma cama sin perjuicio para su alma. En cambio, Francisco Ortiz afirma: «Después de haber tenido relaciones con ella durante aproximadamente veinte días, me di cuenta de que había adquirido más sabiduría en Valladolid que si hubiera estudiado veinte años en París. Porque no era París, sino el paraíso lo que podía enseñarme esta sabiduría».

Se consideraba que Francisca Hernández había alcanzado tal grado de santidad que la continencia ya no le era necesaria. Pero lo esencial de su enseñanza se sustenta sobre todo en esa impecabilidad conferida por el amor, que el teólogo Melchor Cano expresa con una fórmula característica del comportamiento de Libre Espíritu: «Quitar el miedo y poner seguridad».²⁸⁹

²⁸⁸ Menéndez y Pelayo, *op. cit.*, libro quinto, cap. 1, sección II.

²⁸⁹ Bataillon, *op. cit.*, p. 176.

Haciendo uso de la práctica contraria con los consabidos refinamientos, la Inquisición, después de haber arrestado en 1529 a Francisca Hernández y a María Ramírez —su sirvienta—, consigue, mediante el terror de la tortura y del quemadero, que ambas mujeres denuncien como luteranos a Bernardino Tovar, su hermano y otras catorce personas.

La ironía policial que consiste en tachar de luteranismo a personas que Lutero y Calvino persiguen con su execración —los llaman «libertinos espirituales»— oculta, empero, una precaución estratégica más elemental. En muchas regiones de España, los alumbrados tienen tal fuerza que la Iglesia no osa atacarlos de frente y prefiere identificarlos con los reformados, cuya condenación no suscita controversia. Son tan numerosos en Sevilla que la Inquisición renuncia a intervenir. «La mayor parte de la ciudad está infectada», reporta una carta de la época. «No hay duquesa o marquesa, mujer de alta o baja condición, que no tenga que reprocharse algún error de esta herejía».²⁹⁰

El misticismo —primero considerado sospechoso y luego respaldado por la ortodoxia— de Teresa de Ávila y de Juan de la Cruz encauzará hacia éxtasis menos carnales las pasiones que en los instintos naturales descubren hasta una forma de divinizarse.

El grupo de Llerena (Extremadura) da testimonio de la persistencia del movimiento en la segunda mitad del siglo XVI. En 1578, un dominico, Alonso de la Fuente, que atacaba a los alumbrados en un sermón, fue interrumpido por una mujer de la ciudad que le dijo: «Padre, la vida que ellos llevan es mejor que la vuestra y su doctrina también es mejor». Perseguida luego por el Santo Oficio, confiesa el nombre de sus compañeras y compañeros.

La enseñanza era transmitida por ocho miembros del clero secular, cuyas dos figuras principales, Fernando Álvarez y el padre Chamizo, recomendaban a los novicios orar y meditar sobre las heridas de Cristo crucificado con tal ardor que despertaba una emoción violenta, rubor en el rostro, sudores, dolor en el pecho y náuseas para culminar en un movimiento del deseo que llamaban «licuificarse en el amor de Dios».²⁹¹

²⁹⁰ *Dictionnaire d'histoire et de géographie ecclésiastique*, París, 1930, t. II, p. 180.

²⁹¹ Cf. el «alma aniquilada» de Margarita Porete y el *totaliter liquefactus* de Juan de Brunn.

Vueltos impecables por el éxtasis orgásmico, acceden al estado de perfección y tienen fundamentos para seguir sus deseos, rechazar a la Iglesia, su autoridad y sus ritos. La acusación los describe como begardos sumidos permanentemente en una suerte de exaltación interior.

Además de Álvarez y Chamizo, a quienes se les reprocha haber iniciado en los goces celestes a treinta y cuatro personas, el grupo de Llerena y de los alrededores incluye a Juan García, clérigo de Almendralejo; al bachiller Rodrigo Vásquez, sacerdote de La Morera que declarará: «Si los turcos han podido capturar y gobernar España, es porque cada uno de ellos vivía como quería»; al doctor Cristóbal Mejía, clérigo de Caza-lla; a Pedro de Santa María, un franciscano de Valladolid de sesenta y tres años; a Francisco de Mesa, un cura de Zafra que cuando hablaba de la pasión de Cristo repetía de buen grado: «¿Para qué preocuparse cada día de la muerte de este hombre?».

En Zafra, los seguidores se reunían en casa de Mari Gómez,²⁹² viuda de Francisco García, de Barcarrota. Entre los más entusiastas, un zapatero de Llerena, Juan Bernal, tenía la intención de ir a la corte a presentar una exposición en defensa de los alumbrados.

El grupo había existido durante cuatro años cuando, en 1578, se le encarga al obispo de Salamanca, Francisco de Soto, dirigir una investigación. Su muerte en Llerena, el 21 de junio del mismo año, se atribuye a los alumbrados, que lo habrían envenenado. La mayoría de ellos pereció en la hoguera.²⁹³

Sobre los eloístas y Eloi Pruystinck

88. Eloi —que las crónicas amberinas llaman Loy o Lodewijck de Schaliendecker (o Eloi el Techador) y la *Summa doctrinae* [Suma de la doctrina], Eligius Pruystinck— pertenece al entorno proletario. Se trata de un hombre «*illiteratus et mechanicus*», «*die geen geleerdeyt hennede*» (un

²⁹² En el original, el nombre consignado es «Lari Gómez», pero se trataría de un error. Véase Menéndez y Pelayo, *op. cit.*, libro quinto, cap. 1, sección IV. [N. de T.]

²⁹³ Se ha querido vincular a los alumbrados con los guerinetes, iluminados, partidarios del abad Guérin, cura de Roye, perseguidos, en 1643, en Picardía y Flandes.

individuo sin instrucción).²⁹⁴ El acta de acusación confirma su oficio de «techador de pizarra». Habría habitado en el corazón del popular barrio de Saint-André, en la Rijke Beukelaarstraat.²⁹⁵

Hacia 1520, a raíz de su auge económico, Amberes es testigo de una proliferación de fortunas personales, que aún no se sabe si se multiplicarán en ganancias o en dádivas. La nueva ola de iniciativa individual empuja desordenadamente, hacia la orilla de una sociedad esterilizada por sus arcaísmos agrarios, el credo que los reformados descubren en un capital divino, el librecambio, que funda un contrato social sin Dios, y las audacias de la empresa privada, donde el hombre de negocios se considera de buen grado como un demiurgo.

En los años de fermentación intelectual, a menudo teñidos de protestantismo, es probable que Eloi haya frecuentado las reuniones secretas en Eikerstraat, donde la Escritura se comentaba libremente, antes de que interviniera la justicia. Tal vez allí haya enfrentado a David Joris de Delft,²⁹⁶ cuya presencia en Amberes está demostrada en 1524. La obra de Joris aparecida en 1542, *Wonderboeck* [Libro de las maravillas], revela la influencia de Eloi y lleva la huella de las divergencias que oponen a ambos hombres.

Jules Frederichs publicó un breve texto de Joris contra el Techador:

Sobre lo que significa exactamente ser pobre de Espíritu: contra la doctrina

y las enseñanzas de Eloi el Techador.

«Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos» (Mateo 5:3)

En vista de que participamos de la imagen y de la gloria de Dios, y que somos creados para alabarlo [...]

Algunos, sin embargo, han estimado que yo realmente había querido (o así parecía) atribuir demasiado poder al hombre; que, lejos de haber sido creado por Dios, lo había creado yo mismo. Pues bien, no permitiré que se atribuya semejante disparate a mi pensamiento.

²⁹⁴ E. van Meteren, *Histoire der Nederlanden*, Ámsterdam, 1623.

²⁹⁵ Papebrochius, *Annales Antwerpienses*, Amberes, 1845.

²⁹⁶ R. H. Bainton, *David Joris WiedertÄufer und Kämpfer für Toleranz in XVI Jh.*, Leipzig, 1937.

Expondré cómo debe entenderse esto. Al hacerlo, demostraré que no busco mi propia gloria, sino solo la gloria de Dios; que quiero indicar y magnificar la única puerta que conduce al Señor, a saber, la que se encuentra en todos los santos o creyentes. Con esto, pretendo reducir y aniquilar mediante un poderoso ataque a algunos que niegan la resurrección [...]

«Felices los pobres de espíritu, porque el reino de los cielos les pertenece».

Con ello, algunos pretenden demostrar que solo los que no tienen voluntad, ni posesiones, ni conocimientos son verdaderamente pobres de espíritu. Esto lo vuelven a explicar según su interpretación, que toman por verdad, porque se burlan del arrepentimiento y la penitencia. Y dicen que son burros los que se preocupan por el Señor, que buscan hacer el bien y cumplir la voluntad más querida de Dios según el Evangelio.

Pues, por mucho que el hombre quiera cumplir la voluntad más querida de Dios, de ninguna manera es pobre, porque todavía tiene la voluntad de cumplir la voluntad divina. El hombre estaría vacío si actuara como si no existiera, como si no quisiera y no deseara nada, ni a Dios ni a la Verdad ni a sí mismo, pues, estando vacío, se reconocería como tal y no querría ninguna otra cosa más que a sí mismo (lo que, sin embargo, es de nuevo él mismo, como se dijo anteriormente): lo que Yo quería era Yo y lo que era Yo era lo que Yo quería, etcétera.

De este modo, rezamos a Dios (dice él) para que nos haga perder a Dios, para no vivir en absoluto ni a nosotros mismos ni a la verdad ni a Dios y su conocimiento. No vivir ni sentir ni saber que Dios vive en nosotros; perder su voluntad, su conocimiento y su vida, a la vez la de Dios y la propia (o la de cualquier Criatura); y, además, no ocupar ningún lugar en el sistema universal donde Dios podría actuar para manifestarse mediante algún signo distintivo: he aquí, según sus enseñanzas, lo que principalmente define a un hombre pobre, etcétera.²⁹⁷

Mientras que Eloi desarrolla posiciones que se vinculan a la corriente del Libre Espíritu, David Joris se lanza a la batalla campal, inaugurada por Lutero y Calvino, que dispersa una sinfín de papas que fundan nuevas Iglesias sobre la piedra de tropiezo de sus problemas personales.²⁹⁸ Menos ingenuo y menos escrupuloso que Pruystinck, Joris, perseguido

²⁹⁷ J. Frederichs, *De Secte der Loïsten*, Gante, 1891.

²⁹⁸ Dejando de lado cualquier razón de Estado, resulta interesante comparar la actitud de Enrique VIII con la del heresiarca Nicolás Frey, que escribe a su amante: «He visto en la Trinidad que debía romper la cabeza de mi primera mujer para que se cumplan las profecías del Antiguo y del Nuevo testamento» (Jundt, *op. cit.*, p. 198).

desde los Países Bajos hasta Suiza por la policía ecuménica de la Inquisición, del Consistorio y de los humanistas delatores, vivirá del dinero de sus discípulos y morirá posiblemente en Basilea, después de haber llevado una vida de rico notable bajo el nombre de Juan de Bruges.²⁹⁹

En febrero de 1525, Eloi parte a Wittenberg para persuadir de la justicia de sus concepciones al hombre que toda Europa observa, Lutero, liado en su repentina gloria y cuya sombra, desproporcionada en relación con la mezquindad del individuo, se extiende sobre el mundo. ¿Conoció a Hans (o Johannes) Denck, que fue desterrado de Nuremberg, a los veintitrés años, por haber revelado cuarenta paradojas de la Biblia, y que admitió en su *Confesión* que no tenía «más guía que el mundo interior de Dios, que viene del Espíritu Santo»?³⁰⁰ No hay ninguna prueba de ello, pero hay varios puntos de acuerdo entre ambos hombres.

Eloi enfrenta a Felipe Melanchthon en presencia de Lutero, que, escandalizado por las opiniones de su interlocutor, detecta en ellas el rastro del diablo y alerta a los reformados de Amberes sobre el «*Rumpelgeist*»:

Lutero — *A los cristianos de Amberes*

[...] Me he enterado de cuán agitadas están en vuestro país las mentes llenas de errores que se esfuerzan por obstaculizar el progreso de la verdad cristiana; sé que hay entre vosotros un demonio encarnado que quiere induciros al error y desviaros de la verdadera comprensión del Evangelio para haceros caer en sus tinieblas. Para permitir os evitar más fácilmente sus embustes, quiero contar os algunas de sus proposiciones: «Cada hombre», según él, «tiene el Espíritu Santo; el Espíritu Santo no es más que nuestra razón. —Cada hombre tiene la fe; la naturaleza me enseña a hacer a mi prójimo lo que quisiera que él hiciera conmigo; tener fe es querer actuar de esta forma. —Todos tendrán vida eterna; no hay infierno ni condenación; solo la carne será condenada. —Los malos deseos no violan la ley en tanto mi voluntad no ceda al deseo. —El que no tiene al Espíritu Santo tampoco tiene pecado, porque no tiene la razón». No hay hombre que no quiera ser más sabio que Lutero; es a costa mía que todos quieren ganar sus espuelas. Vuestro demonio, cuando estaba conmigo, negó todos estos artículos, aunque se

²⁹⁹ Dos años después de su muerte, su cadáver, identificado como resultado de una denuncia, será exhumado y quemado.

³⁰⁰ Kolde, «Zum prozess des Johann Denk “und der drei glottosen maler von Nürnberg?” en *Kichengeschichtlich Studien Herman Reuter Gewidmet*, 1890.

demonstró que eran suyos y aunque se traicionó a sí mismo defendiendo muchos de ellos. En verdad, es una mente inconstante y mentirosa, llena de audacia y de insolencia, que se permite a la vez afirmar una cosa y negarla, que no se atreve a mantener nada de lo que ha dicho, y que solo ha venido aquí para presumir haber discutido con nosotros. Sostenía con energía que los mandamientos de Dios son buenos y que Dios no quiere que exista el pecado, lo que le concedo con gusto; lo único que se negaba obstinadamente a admitir es que Dios, aunque no quiere el pecado, permite, sin embargo, que reine sobre los hombres. No dudo de que él me representa entre vosotros como si hubiera dicho que el pecado es querido por Dios. [...]³⁰¹

La carta³⁰² no tiene fecha, pero su redacción probablemente se sitúa alrededor del 27 de marzo de 1525, día en que Lutero escribe a Espalatino:

Existe aquí una nueva especie de profetas venidos de Amberes, que afirman que el Espíritu Santo no es otra cosa que la inteligencia y la razón natural. ¡Con cuánta furia Satán se desencadena por doquier contra la Palabra! Considero como una de las señales de advertencia del día del Juicio Final el hecho de que Satán ve venir este día y que, por esta razón, vomita toda su ira.³⁰³

De vuelta en Amberes, Eloi continúa su actividades de agitación. Con toda probabilidad, conoce al humanista Johannes Campanus, un hombre gentil, un soñador desprovisto de agresividad y poco preocupado de actuar como gurú.³⁰⁴ Su proyecto, *Sobre la posibilidad de la unión entre cristianos y turcos* (1546), se inspira en parte en las ideas de Eloi.³⁰⁵

³⁰¹ Jundt, *op. cit.*, pp. 122-123.

³⁰² El notario Bertrijn parece estar evocando una segunda carta, pues atribuye a Lutero una fórmula que no aparece en la epístola a los reformados. En ella, Pruystinck es descrito como una «serpiente que se esconde entre las anguilas». Véase G. Bertrijn, *Chronijck der Stadt Antwerpen*, Amberes, 1879.

³⁰³ M. Lutero, *Werke (Kritische Gesamtausgabe)*, Weimar, 1883-1908, vol. XVIII, pp. 547 y sigs. Traducción al francés en Jundt, *op. cit.*, p. 99.

³⁰⁴ S. Dunin-Borkowski, «Quellen zur Vorgeschichte der Unitarier des 16 Jh.» en *75 Jahre Stella matutina*, 1931.

³⁰⁵ En 1530, Melanchthon rechazará toda conversación con Campanus y exigirá su arresto. Este será encarcelado durante veinte años y, luego del asunto de Servet, quemado por Calvino en 1553.

En febrero de 1526, Eloi y nueve de sus amigos son arrestados por crimen de herejía y lectura de libros prohibidos. El día 25 son condenados a penitencia pública, un castigo liviano, debido a la relativa moderación penal que la regenta, Margarita de Austria, había alentado en los Países Bajos.³⁰⁶ Hostiles a toda forma de martirio, Eloi y sus compañeros no dudan en renegar y retractarse. El hecho de que los *pectoralia*, con los que los acusados son ridiculizados, lleven las efigies de Lutero y que en los relatos del *écoutête*³⁰⁷ se nombre a los culpables como luteranos es el efecto ordinario de la malicia inquisitorial, encantada de amalgamar la corriente libertaria y el ascetismo luterano.

De los otros ocho acusados —un encuadernador; su sirviente Peter; Jan Schoelant; la esposa de Adrien Formant y su hermana; Roch de Kelnere, tundidor; maestro Pierre Barbier y Rut, fabricante de medias—, ninguno volverá a encontrarse, en 1544, en las garras de la justicia amberina.

Condenado, tras enmendarse honorablemente, a llevar una señal en el pecho que lo designaba como hereje, Eloi, según van Meteren, habría simulado una devoción tan perfecta que los magistrados lo eximieron de tener que llevar aquella marca difamatoria.

Protegido así por la sombra de la justicia, el grupo se ocupa con una energía reavivada por la propensión popular a disfrutar que ha suscitado la peste de 1530 en su fase menguante. Fruto de la inspiración de Eloi o de las obras de Dominic de Uccle (o Dominicus van Oucle) —a quien la acusación de 1544 describe como «escritor de todos sus libros»—, se publican y difunden textos eloístas en los Países Bajos y Alemania.³⁰⁸ Entre los numerosos adeptos, van Meteren revela la presencia de algu-

³⁰⁶ El juicio fue realizado, no obstante, por el inquisidor Ruward Tapper, futuro proveedor de hogueras, a quien Nesen —el amigo de Erasmo— llama en su diatriba contra los profesores de la Universidad de Lovaina: «El más malo de todos los hombres, a pesar del tartamudeo de su lengua viperina».

³⁰⁷ Nombre que se daba a un funcionario señorial que tenía a su cargo los poderes judiciales y policiales en los países germánicos durante la Edad Media. Véase A. Berthelot, et al., *La grande encyclopedie, inventaire raisonné des sciences, des lettres et des arts*, t. 15, París: Lamirault, 1885-1902, p. 516. [N. de T.]

³⁰⁸ Hasta el día de hoy, ninguno de estos textos ha sido encontrado. Es probable que, al igual que los tratados espirituales denunciados por Calvino, su lectura subversiva proceda no tanto del significado literal como de un desciframiento, en cierto modo, a la luz del deseo.

nos burgueses,³⁰⁹ «los mejores, los más ricos y los tenidos en la más alta estima se disponen a vivir los unos con los otros alegremente y de forma epicúrea». Más adelante, habla de sus «opiniones impías, indulgentes con el mundo y la carne, y que se burlan de la religión católica romana y de la reformada tratándolas como tonterías».

Al rechazar poco a poco la disimulación, los eloístas se revelan con una imprudencia que pasa por desfachatez ante los ojos de algunos. De este modo, Carnovianus —de paso por Amberes en 1533, donde el 3 de mayo asistió a una ejecución de herejes— evoca con indignación a los «iluminados» amberinos en una carta enviada en 1534, desde Fribourg-en-Brisgau, a Johannes Hess de Breslau. Escribe: «Estos hombres son mucho más perversos y obstinados que los anabaptistas». Aunque no los nombra, los eloístas son el único grupo, en aquella época, que puede, «por su perversidad y obstinación», suscitar más odio que los anabaptistas en un austero reformado.

En 1531, Margarita de Austria cede la regencia de los Países Bajos a su sobrina, María de Hungría, hermana de Carlos V, que estaba decidida, tal como escribe en una carta a su hermano, a perseguir a los herejes «que estuviesen o no arrepentidos, con una severidad suficiente para extirpar su error de un golpe y sin otra consideración que la de no despoblar completamente las provincias».

En 1534, el arresto del joyero francés Christophe Héraul en Amberes permite identificar a uno de los adeptos de Eloi, que figura en la lista de condenados de 1544. Tras huir de París, donde es acusado de luteranismo, Héraul cae en manos de la justicia amberina el 24 de diciembre.³¹⁰ La orden de encarcelamiento encontraría su justificación en el hecho de que el joyero no poseía ningún certificado, ni de la autoridad eclesiástica ni de la laica. Ningún cargo será presentado contra Héraul: puesto en libertad, escapa de hecho a la acusación de relapso, durante el juicio de 1544, que le habría valido la hoguera.

³⁰⁹ Los ricos encuentran en el grupo una inocencia para gozar que ni todo el oro del mundo puede proporcionarles mientras permanezcan bajo el control de la Iglesia pagando, con remordimientos y misas expiatorias, la redención de sus pecados.

³¹⁰ J. Frederichs, «Un luthérien français devenu libertin spirituel» en *Bulletin d'histoire du protestantisme français*, París, 1882, vol. XLI, pp. 250-269.

No se puede excluir que, por un tiempo, la persecución de los anabaptistas haya desviado de los eloístas la fría mirada del monstruo inquisidor. Al burlarse del bautismo y rechazar, simultáneamente, la tiranía y la violencia mesiánica de los seguidores de Melchior Hoffmann y Juan de Battenburg, los eloístas no tomaron parte en el golpe militar de los anabaptistas amberinos para apoderarse del ayuntamiento el 11 de mayo de 1535, un intento que terminó en una masacre de münsteristas.

Mientras se multiplican las ordenanzas y los edictos contra los herejes, el asedio de Amberes ofrece un nueva prórroga a Eloi y a sus amigos. En 1542, el duque Guillermo de Güeldres, tomando partido por el rey de Francia en la guerra que lleva contra Carlos V, envía a Campine al condotiero Maarten van Rossum, que marcha sobre Amberes. Entre los jefes de milicias que defendían la ciudad, el cronista Papenbrochius revela los nombres de los van Berchem, discípulos de David Joris. Es por medio de los joristas que la represión caerá sobre los eloístas.

Desde hace varios años, las autoridades civiles y eclesiásticas han estado especialmente empeñadas en aplastar una forma específica de anabaptismo, una especie de anabaptismo individualista que lidera el autor de *Wonderboeck*. En Deventer, una redada de la policía, en 1544, permite el arresto de Juriaan Ketel, un amigo de David Joris. Sometido a una tortura extraordinaria, denuncia como afiliados a la secta a Corneille van Lier, señor de Berchem (una localidad cercana a Amberes); a sus dos cuñados, Joachim y Regneir van Berchem; y a la madre de ellos. Nombra, además, a Geerit Kersemaker, al joyero Christophe Hérault y a un «techador de pizarra».

El 8 de julio, el magistrado de Deventer informa a la gobernante, María de Hungría, y a las autoridades amberinas. Por su lado, los protestantes reaccionan. En 1544, Vallerand Poulain, de Estrasburgo, escribe a Calvino: «Nuestros hermanos de Valenciennes, que recientemente nos habían traído algunos escritos de los quintinistas, se han vuelto a casa. [...] Me alegro de que os levantéis en armas contra los quintinistas. [...] Mi hermano Raymond me ha escrito que estos horrores están siendo difundidos actualmente en la Baja Alemania por la acción de unos tales David y Eloi. Aún no me ha enviado la exposición de su doctrina como prometió. Tan pronto lo haga, os la enviaré». Es muy probable que la «exposición de la doctrina» anunciada por Raymond Poulain sea la *Summa doctrinae* publicada por I. von Döllinger.

Eloi fue arrestado el 15 de julio, en la víspera o el mismo día, e inmediatamente torturado. Del primer interrogatorio se desprende que, nueve o diez años antes, Héroult habría comprado un opúsculo a «*Lodewyck Pruystinck, schaellideckere van zynen ambachte*»;³¹¹ que el mencionado Loy (cuyo nombre se registra aquí como Johannes Denck) le rogó a la Santa Iglesia para que le ayudara a creer en la resurrección del cuerpo, pero que no lo consiguió y que considera que los cuerpos son mortales y las almas son eternamente salvadas en Dios.

El primer juicio, el de 1525, había sido realizado por la Inquisición. El segundo es llevado a cabo por la magistratura civil, espoleada por la gobernante, María de Hungría, que exige una justicia expedita e implacable. La policía arresta a Christophe Héroult el 14, 15 o 16 de julio. Luego captura a Juan Davion (un rico burgués originario de Lille), a Juan Dorhout (un pobre regatón), a Dominic de Uccle (el escriba o el autor de los opúsculos), a Germain Bousseraille (un campesino pobre), a Gabriel von Hove (un rico mercader de pescado), a Herni de Smet (o Smits, pintor y ceramista), a Cornelis vanden Bossche (grabador y escultor), a Aerden Steenaerts, a Adriaan Stevens y a Jan van Heer.

Los seguidores de Pruystinck ya no son un puñado como en 1526. Ahora se cuentan por miles. Muchos se fugan. Se exilian a Inglaterra, donde probablemente se reunirán con los familistas de Hendrik Niclaes, Alemania y Austria. Evitarán Holanda, donde culminaba la represión contra los anabaptistas y los joristas.

A comienzos de septiembre, Davion y Dorhout, arrestados en Amberes, son confrontados con Pruystinck y Héroult, prisioneros en el castillo de Vilvorde, cerca de Bruselas. Alrededor del día 14, Dominic de Uccle, capturado en Rosendael, es transferido al castillo Steen de Amberes. Ahí, tras enterarse de las torturas que había sufrido Eloi, aprovecha una ausencia de su celador para estrangularse en su celda.

En los primeros días de octubre, De Smet, Steenaerts, Bousseraille, van Hove y Stevens son arrestados en Amberes. Vanden Bossche y van Heer escapan por poco. El día 8, Christophe Héroult y Jan Dorhout son condenados a muerte. Son decapitados al día siguiente. Casi al mismo tiempo, De Smet se las arregla para huir. Enviado de vuelta a Amberes el día 18, Eloi firma su sentencia de muerte el 24 de octubre.

³¹¹ «Eloi Pruystinck, techador de oficio». [N. de T.]

El día 25 es quemado extramuros. Davion, Bousseraille y van Hove solo caerán bajo la espada del verdugo el 28 de febrero de 1545. El 18 de marzo, Steenaerts cierra la lista oficial de ejecutados. Stevens es dejado en libertad y paga una multa. El 20 de diciembre de 1561, van Heer, que está refugiado en Londres, obtendrá la amnistía por buena conducta y volverá a Amberes.

Hay muchas razones para creer que la historia de los eloístas no termina aquí. Dejando a un lado su influencia sobre los quintinistas, los familistas, el círculo de Dirk Coornhert e incluso sobre los ranters, sería interesante estudiar más de cerca el movimiento iconoclasta, las manifestaciones anticlericales populares y los «*affaire de mœurs*»³¹² de la época. El 2 de octubre de 1550, por ejemplo, se informa acerca de un grupo de hombres y mujeres que profesan y practican la libertad sexual en las cercanías de Alost. En 1561, se atribuye a la misma banda el ataque a un convento de dominicos cerca de Brujas.³¹³ Sin duda, las hazañas de Jacob Gherraerts, conocido como el Holandés, líder de una «secta de asesinos y ladrones», evocan más a los seguidores de Battenburg que a los pacíficos eloístas, aunque la doctrina de Eloi no sugiere que los que quieran vivir a su antojo deban dejarse arrastrar a la muerte sin defenderse.

89. A falta de libros y opúsculos de Dominic de Uccle —que el análisis de los *Index librorum prohibitorum* [Índice de libros prohibidos] y el azar de las investigaciones algún día sacarán a la luz—, solo contamos con la carta de Lutero, un fragmento de David Joris, la *Summa doctrinae* y las crónicas locales para dar testimonio de la doctrina eloísta. Las teorías de Quintín y de Pocque, tal y como las resume Calvino en su diatriba contra los libertinos espirituales, reflejan bastante las de Eloi Pruystinck y parecen desprenderse de estas. Finalmente, la *Respuesta apologetica de Philips van Marnix de Santa Aldegunda a un afamado libelo que ha sido publicado [...] por un cierto libertino, que se dice gentil-hombre alemán y que llama a su libelo Antídoto o contraveneno, etcétera*, aparecida en Leiden durante 1598, contiene, además de referencias a David Joris, proposiciones de origen manifiestamente eloístas.

³¹² El término se utiliza para describir incidentes que involucran infracciones de las leyes relacionadas con la moral pública, especialmente en el contexto de escándalos de naturaleza sexual. [N. de T.]

³¹³ L. P. Gachard, *Correspondance de Phillipe II*, Bruselas, 1848-1960.

La *Summa doctrinae*, que muy probablemente se debe a la pluma de Raymond Poulain, refleja las confesiones de los eloístas y, en consecuencia, el aspecto menos comprometido de sus opiniones y de sus comportamientos (desde el primer interrogatorio, Eloi reconoce la negación de la resurrección, el escepticismo, la oposición entre justicia y misericordia, así como la paradoja del ser animal y espiritual).

La exposición, cuyo tono impasible está destinado a inflamar la imaginación de Calvino, da a conocer así las ideas y los procedimientos reconocidos públicamente por los acusados y atestiguados en sus opúsculos. Pero tal lenguaje es a la vez verdad y disimulación.³¹⁴

La actitud y el proceder pertenecen innegablemente a la tradición escéptica, incluso socrática. Sin embargo, la duda difiere aquí, por su uso, del ideal racionalista y tolerante de Montaigne, de Rabelais, de Coornhert, incluso de La béatitude des Chrétiens ou le Fléau de la foy [La beatitud de los cristianos o el flagelo de la fe] de Geoffroy Vallée, de las mofas de Noël Journe³¹⁵ o de los *Discourses on the Miracles of Our Savior in View of the Present Controversy Between Indidels and Apostates* [Discursos sobre los milagros de nuestro Salvador a la vista de la actual controversia entre infieles y apóstatas] de Woolston, a los que las alusiones a Cristo reportadas por la *Summa doctrinae* hacen pensar.

Cuando Pruystinck afirma ante Lutero: «Cada hombre tiene el Espíritu Santo; el Espíritu Santo no es más que nuestra razón», no se trata de un simple sesgo racionalista, sino más bien de una subversión del lenguaje dominante, codificado según el dogma de las Escrituras. La traducción de la Biblia ha dado a Lutero la oportunidad de arrebatar a Roma el monopolio del significado impuesto, según el cual toda vida debe ordenarse cristianamente. Pero, ¿cómo reclamar la autoridad de la única interpretación posible cuando los textos sagrados están desde entonces al alcance de todos? El arma de los profetas protestantes contra la autoridad de Roma se ha vuelto contra ellos a la velocidad de difusión de la imprenta.

A la luz de la racionalidad alentada por los progresos de la mercancía, la Escritura se revela a la vez como una trama de absurdidades y una

³¹⁴ Cf. *Summa doctrinae...*, p. 210.

³¹⁵ *Croyants et sceptiques au XVI siècle. Le Dossier des épicuriens*, Actas del coloquio de Estrasburgo, 1981.

«posada española»,³¹⁶ donde cada cual encuentra aquello que trae consigo. La ruina del lenguaje sagrado y su *détournement* definen en esencia la técnica mediante la cual los eloístas y sus émulos intentan vivir según sus deseos mientras disimulan lo carnal bajo las ambigüedades de lo espiritual. Farel no se equivoca cuando juzga a los libertinos más peligrosos que los papistas, «pues el papista, confesando que existe un sentido literal e histórico, no condena en absoluto aquel sentido; pero el libertino, diciendo que en todas las Escrituras hay un doble sentido, uno literal y otro espiritual, condena el literal y solo reconoce el que llama espiritual».³¹⁷

Marnix de Santa Aldegunda lo expresa sin rodeos:

Sostenían que las ceremonias y los sacramentos no era más que un juego de niños y que la palabra contenida en las Escrituras no era la verdadera palabra de Dios, sino solo su corteza o vaina, y que servía tanto a los herejes como a los ortodoxos.

En la elaboración del acta de acusación del libertino al que responde, Marnix escribió:

Se burla de las oraciones de la Iglesia, incluso, señores, de las oraciones que se hacen a Dios para vuestra salvación y prosperidad y para el bien y el reposo de todo el pueblo. Expone con mofas las predicaciones de la palabra de Dios diciendo que son sílabas muertas y sin eficacia. Calumnia el orden y la disciplina eclesiástica calificándolas de tiranía e inquisición de España. Rechaza las escuelas, los colegios, las universidades. Se ríe de las interpretaciones y los comentarios de las santas y doctas figuras [...].³¹⁸

La *Summa doctrinae* también destaca que los maestros y los expertos son convertidos en blancos de burlas por los eloístas, quienes, según David Joris, «tratan de burros a los que se preocupan por el Señor, buscan hacer el bien y respetar la más querida voluntad de Dios según el Evangelio».

³¹⁶ En el original *auberge espagnole*. Expresión utilizada durante el siglo XVII para describir las posadas en España donde no se servían comidas y los viajeros debían encargarse de su alimentación. Por extensión, la expresión también refiere a una situación donde cada uno comprende lo que quiere. [N. de T.]

³¹⁷ Jundt, *op. cit.*, p. 147.

³¹⁸ Marnix de Sainte Aldegonde, *Correspondance et Mélanges*, ed. Lacroix y Willem, Bruselas, 1860.

No solo repudian toda forma de Iglesia, de poder, de ritos, de sacralidad, de juicios, sino que también parecen haber roto los límites que la apropiación del dinero pone a la libertad de los goces. Sin pretender aplicarles la declaración de Calvino sobre Pocque y Quintín —«el trabajo no era algo que consideraran conveniente»—, es significativo que ninguno de los acusados haya dejado, según los relatos del *écoutête*, el más mínimo bien mueble o inmueble. Hay toda razón para creer que el dinero puesto a disposición de los eloístas —y que servía para la vida gozosa, para la impresión y difusión de opúsculos e incluso para la protección y las huidas de los simpatizantes amenazados por la represión— provenía de riquezas a las cuales los burgueses habían renunciado no por ascetismo o espíritu de sacrificio, sino por uno de esos arrebatos de humanidad donde la pasión de gozar rompe los mecanismos de la ganancia. Entre los eloístas, los pobres acceden así a una existencia sin preocupación financiera, gracias a una toma de conciencia donde los ricos se entregan a los placeres sin tener que temer en adelante ni los remordimientos, ni el pecado, ni las angustias de los poseedores, ni el resentimiento de los desposeídos.

Hay que mencionar aquí una leyenda que avalan Cohn y Guarnieri, y que encuentra su origen no en un hecho histórico, sino en la novela de George Eekhoud *Les Libertins d'Anvers. Légende et histoire des loïstes* [Los libertinos de Amberes. Leyenda e historia de los eloístas].³¹⁹ Según Eekhoud, que a su manera fue el Dumas de Eloi Pruystinck, los eloístas tenían la costumbre de vestirse con ropas de seda, que imitan los harapos y atuendos de los obreros, sobre las cuales Hérault representaba hábilmente, por medio de gemas y diamantes, las manchas de yeso o los flujos biliares que identifican al albañil o al pescador. Eekhoud afirma haber obtenido la información de una tradición oral todavía viva alrededor de 1900 en el barrio de Saint-André.

90. Extracto de la *Histoire der Nederlanden* [Historia de los Países Bajos] de van Meteren:

[...] Sin embargo, ella [la Inquisición] parece haber frenado sin duda numerosas formas de herejías groseramente disimuladas, que se mezclaron

³¹⁹ G. Eekhoud, *Les Libertins d'Anvers. Légende et histoire des loïstes*, París, 1912.

por lo general con las reformas del cambio de religiones y causaron, desgraciadamente, varios problemas en Alemania y en los Países Bajos, además de conseguir muchos adeptos en diversas ciudades, como los anabaptistas de Amsterdam, cuya fe perturbada los hace correr desnudos por las calles, como reportan muchas historias. Lo mismo aplica para los de Münster y los partidarios de David Joris, etcétera.

Alrededor de 1540,³²⁰ un burgués de Amberes se subleva, un techador de pizarra llamado Loy que, desprovisto de toda cultura, consigue, sin embargo, persuadir diestramente a mucha gente de que no había resurrección de los muertos después de la vida terrestre, que la muerte natural era la resurrección, que el alma (un alma que no podía pecar) retornaba entonces a Dios, de donde había salido, que el tormento innato del cuerpo, la miseria humana y la descomposición de la carne eran el verdadero infierno y que no había nada más que esperar o temer, etcétera.

Esta doctrina era agradable y placentera para el mundo, pero no era la doctrina sabia e inteligente que proclama que el hombre, la más miserable de todas las criaturas, ha sido creado, sin embargo, a imagen de Dios y que por eso participa de la sabiduría, de la justicia, del poder, de la gracia y del amor de Dios, que vuelve al hombre sensato a la vez que contento y temeroso; de modo que el hombre razonable encuentra por eso un placer sin igual en agradecer a Dios su amor y en alabar eternamente el nombre de Dios, pues estima haber sido creado un poco mejor que las otras criaturas.

Muchos defensores de la religión opondrán resistencia a las ideas nuevas [de Eloi]. Por eso el hereje Loy, por cuyo nombre sus seguidores eran llamados «loístas», fue objeto de persecuciones. Pero como este, por miedo al peligro, no se había mostrado terco ni obstinado ni líder de secta, como la mayoría de los otros, los magistrados de Amberes solamente lo condenaron a llevar en el pecho un signo distintivo, en estaño, que lo señalaba como hereje. El ladino era tan buen hipócrita que obtuvo el perdón de los párrocos, como si su herejía no fuera más que palabras vacías, malignamente interpretadas en su contra. Mostró gran remordimiento, respetó escrupulosamente la doctrina católica romana siguiendo la misa diariamente con tanta devoción como ostentación, de modo que se reconcilió completamente con la Iglesia. Luego,³²¹ viajó a través de Alemania, donde comenzó a difundir su doctrina entre la gente.

Como pretendía defender sus enseñanzas por medio de escritos, algunas personas diligentes lo incitaron a discutir con el erudito Felipe Melanchthon en presencia de Martín Lutero. Ahí sus herejías fueron

³²⁰ La actividad de Eloi se remonta, en realidad, a 1525.

³²¹ Error de van Meteren.

expuestas y sus argumentos, refutados. Lutero le dijo abiertamente que estaba poseído por el diablo. Después de eso, cuando partió de vuelta a Amberes, Lutero y Melanchthon procuraron que los magistrados de la ciudad fuesen informados de que había, entre sus burgueses, un hereje alborotador. Indicaron cuáles eran sus argumentos y herejías, y a través de qué escritos se difundían, etcétera.

Por eso los magistrados mantuvieron a Loy bajo vigilancia, aunque estas advertencias, que provenían de herejes, fuesen en sí sospechosas. A final de cuentas, muchos seguidores se reunieron alrededor de él, entre los cuales se encontraban algunos de los burgueses más ricos y respetados. Empezaron a vivir los unos con los otros de forma epicúrea y alegre estimando haber encontrado el verdadero saber y el descanso de la conciencia, y ahuyentando de sus corazones toda contestación interior y espiritual.

Loy les distribuía pequeños libros donde estaban expuestas sus herejías. Por eso fue arrestado en virtud de los edictos, al igual que muchos de estos ricos burgueses. Dos de ellos fueron decapitados. Enseguida, el propio Loy fue condenado a la hoguera por haber continuado difundiendo su doctrina herética pese a su promesa. Aunque estaba dispuesto a retractarse, fue quemado alrededor de 1546³²² mientras oraba a Dios que le concediera una muerte rápida, que llamaba el juicio.

Después de él, fueron decapitados Jean Davion y un tal Germain, así como un rico mercader de pescado, quienes, en calidad de burgueses ricos e importantes, habían solicitado durante mucho tiempo el perdón de la corte de la reina María, la regenta. Según parece, manifestaron arrepentimiento, pero fue en vano. Otros prisioneros huyeron, se escaparon y se esparcieron en masa por Inglaterra, Alemania y otros lugares.

Apoyándose en el rigor de los interdictos, los magistrados consideraron de la mayor urgencia frenar por todos los medios la propagación de opiniones tan impías, que eran tan indulgentes con el mundo y la carne, se burlaban de las religiones católica romana y reformada tratándolas como tonterías, y se esforzaban en hacer la suya mucho más católica, es decir, más sensible a lo vulgar.

En lo que respecta a los ateos, los libertinos, los adeptos a Hendrik Niclaes, la «Familia del amor», los fanáticos (o iluminados), todas estas personas que no tenían intención de morir como mártires ni por religión ni para defender palabra o acción, sí, contra tales herejías disimuladas y escondidas por el ardid, los edictos tenían, empero, su razón de ser. Sin embargo, como el partido político y los católicos romanos

322 Exactamente en 1544.

querían mantener su supremacía y dar una lección al pueblo, crearon una confusión entre las distinciones [confundieron el protestantismo y las sectas].³²³

91. *Esencia de la doctrina de ciertas personas, hoy descubiertas en grandes cantidades en Amberes y aquí y allá en Brabante y Flandes, y que son llamadas unas veces eloístas, por el nombre de su inspirador, Eloi, un obrero inculto, y otras libertinas, a causa de la libertad carnal que parece permitir su enseñanza:*

En primer lugar, se apoyan sistemáticamente en los términos de la Escritura según los cuales Dios, por su ley, amenaza con tormento y condenación a todos los hombres, cristianos, judíos, turcos, mientras que, por su palabra, promete la salvación a todos los hombres.

Por tanto, las amenazas de la ley, así como las promesas del Evangelio, se dirigen simplemente a todos los hombres, pues Dios no hace acepción de personas (Epístola de Pablo a los romanos 2:11; Epístola de Pablo a los efesios, 6:9).

Si alguien dice: «Solo el que cree será salvado», responden primero que la fe es un don de Dios; por consiguiente, que no pertenece a la voluntad divina exigir a nadie lo que no ha dado, pues nadie puede poseer lo que no ha sido dado por ella.

Y luego, preguntan, ¿quién osaría arrogarse la fe y afirmar que lo que él cree es verdadero? Dado que todos pueden ser engañados por la fe, hay que admitir necesariamente que los hombres no son en absoluto salvos por la fe, sino que lo son por la sola misericordia divina, que Dios ha prometido conceder a todos los hombres.

Además, si la fe y la oración pudieran hacer que Dios se inclinara hacia la compasión, eso significaría que Dios es cambiante e inconstante, lo que es incompatible con su naturaleza.

Finalmente, si alguien estima que Dios toma su fe en consideración y que por ella puede quitarle su salvación, entonces tiene una representación idólatra de la fe. Y, preguntan, ¿por qué habría dado Dios inicialmente la fe para ser retribuido a cambio si todo viene de él y por él?

Acumulan sólidos testimonios de las Escrituras, según los cuales Dios amenaza con el juicio y la condenación a todos los que transgreden su ley. Pero todos los hombres transgreden la ley. De ello necesariamente se deduce, entonces, que todos son condenados. Y para citar

³²³ Frederichs, *De Secte...*, *op. cit.*

testimonios: «Maldito todo aquel que no permaneciere en todas las cosas que están escritas en el libro de la ley, para hacerlas» (Epístola de Pablo a los gálatas, 3:10). Y: «Porque todos los que sin ley han pecado, sin ley también perecerán; y todos los que bajo la ley han pecado, por la ley serán juzgados; porque no son los oidores de la ley los justos ante Dios, sino los hacedores de la ley serán justificados» (Epístola de Pablo a los romanos, 2:12-13).

A esto oponen las promesas divinas, a través de las cuales Dios afirma que quiere tener misericordia de todos y asegurar para todos la remisión de los pecados, como se atestigua en Jeremías: «He aquí que vienen días, dice el Eterno, en los cuales haré nuevo pacto con la casa de Israel y con la casa de Judá. [...] Pero este es el pacto que haré [...]. Daré mi ley en su mente, y la escribiré en su corazón [...] porque perdonaré la maldad de ellos, y no me acordaré más de su pecado» (31:31-34).

Sostienen que tales afirmaciones son contradictorias, pues Dios a la vez castiga y perdona los pecados. Porque, si castiga, ¿como podría perdonar?, y si perdona, ¿cómo podría castigar?

Agregan: si Dios condenara a todo el mundo, ¿dónde quedarían su misericordia y sus promesas? Y si salvara a todo el mundo en virtud de su misericordia universal, ¿qué lugar sería dejado a su justicia? Y, si condenara a unos según su justicia y salvara a otros según su misericordia, entonces Dios estaría mostrando con ello acepción de persona [humana], un hecho absolutamente ajeno a su naturaleza.

Por eso es necesario que la justicia de Dios se manifieste por igual en todos los hombres; y, paralelamente, que su misericordia y su promesa de salvación sean concedidas a todos los hombres para que su verdad aparezca en todas las palabras divinas y no pueda variar. «Porque el cielo y la tierra pasarán, mas mis palabras no pasarán» (Mateo 24: 25; Marcos 13: 31, Lucas 21: 23).

Es un hábito entre ellos —y es su forma de razonar— comparar la Escritura con la Escritura, es decir, confrontar la ley a las promesas. En realidad, para las personas sencillas e inconsecuentes, todas estas cosas parecen diversas y contradictorias; y, cuando se encuentran con alguien, se dedican especialmente a sembrar la duda y la incertidumbre en el interlocutor. Y creen de buen grado que las Escrituras son contradictorias, pues no pueden encontrar acuerdo en los diversos pasajes.

A quien les pregunta: «¿Cómo hacer para comprender la Escritura de manera coherente?», responden: «No somos ni eruditos ni doctores. Y tú, ¿qué piensas de estos pasajes de la Escritura? Por nuestro lado, buscamos un maestro que pueda por fin liberarnos de tales escrúpulos».

Esta es la jugarreta que puede esperarse más a menudo cuando comparan pasajes de la Escritura aparentemente oscuros y contradictorios y los presentan a las personas. Así: «Y si alguno no tiene el Espíritu de Cristo, el tal no es de él» (Epístola de Pablo a los romanos, 8:9); y sin embargo, «Mi espíritu no permanecerá en el hombre para siempre, porque él es carne» (Génesis, 6:3); y «los que viven según la carne no pueden agradar a Dios» (Epístola de Pablo a los romanos, 8:8). ¿Quién podría entonces afirmar que tiene el espíritu de Cristo y no confesar que aún está en la carne?

Igualmente, está escrito: «Ninguno que es nacido de Dios practica el pecado, porque la simiente de Dios permanece en él» (Juan, 3:9). Y, por el contrario: «Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos» (Juan, 1:8).

Y, del mismo modo, Cristo dice a los judíos: «Destruyan este templo y lo volveré a construir en tres días» (Juan, 2:19). Ordena así que lo maten. ¿Por qué atribuir, pues, la muerte de Cristo a los judíos? Y si Dios ha endurecido el corazón del faraón, ¿cuál fue entonces su responsabilidad?

Presentan referencias de esta especie tanto a personas incompetentes como a expertos, quienes discuten entre ellos y de maneras diversas, que sería tedioso repetir. Así pues, al darse cuenta de que las personas están turbadas y abrumadas por la duda, las instan a explicar los puntos difíciles de la Escritura y entran en la confrontación (lo que no harían si no pensarán que tienen la fe).

Vinculan lo que llaman conciliación con el séptimo capítulo de la Epístola a los romanos, que consideran conforme a su opinión. Pablo establece ahí que el ser humano es doble: por un lado, un ser animal, exterior, carnal, nacido de la carne y de la sangre, incapaz de percibir lo divino; y por otro, un ser interior y espiritual, nacido de Dios. Entre estas dos partes hay una lucha incesante: si la carne codicia, etcétera, y si el espíritu, etcétera.

El componente animal del hombre es infiel a la ley divina. Desobedece y busca la voluptuosidad. Por el contrario, el componente interior, creado a imagen de Dios y nacido de Dios, jamás aprueba las obras de la carne. Las combate sin descanso, sufre con esta rebelión de la carne y deplora su desafortunada esclavitud, que le impide actuar como quiere.

Por eso el espíritu jamás comete pecado, incluso si la carne peca. Y, de la misma forma, tal y como la carne no puede dejar de pecar, el espíritu no puede pecar, ya que proviene de Dios. Por eso se ve obligado a exclamar: «¡Miserable de mí! ¿quién me librará de este cuerpo de muerte?» (Epístola de Pablo a los romanos, 7:24).

Vinculan los pasajes precedentes y otros parecidos de la Escritura a estos dos componentes del hombre y sostienen que esas referencias pueden concordar fácilmente con la existencia misma de esta dualidad. De hecho, la justicia de Dios se manifiesta en el ser animal y exterior del hombre, pues aquel es afligido por males diversos, castigado y condenado a una penosa muerte.

Se deduce que todo hombre exterior está condenado *de facto* y que todo hombre interior es libre y salvo *de facto*. De esta forma, la justicia y la misericordia encuentra su cumplimiento.³²⁴

92. Última confesión de Eloi Pruystinck (24 de octubre de 1544):

A continuación, la descarga hecha por Eloy Pristin en favor de Jehan Davion.

Hoy, 24 de octubre de 1544, Eloy, techador de pizarra, declaró, bajo juramento y al borde de la muerte que debe ocurrir mañana, que Jehan Davion no le ha dado un centavo a él, Eloy, o a algún otro hombre, para hacer imprimir (en ningún lugar, ya sea Alemania, Austria o cualquier otro país) ninguno de sus libros y tampoco conoce el sello de dicha imprenta, y declara el susodicho Eloi que nunca tuvo ninguna disputa o debate con el mencionado Davion en relación con la fe cristiana, ni tampoco trajo este a nadie ante dicho Eloy por esta causa o para sostener alguna disputa relacionada con la Santa Escritura. Dijo y declaró además que cualquier otra confesión o argumento que había hecho antes tanto delante de monseñor el procurador general y comisario de la corte de nuestro Señor el Emperador como delante de monseñor el margrave, el *écoute*, el burgomaestre y los escabinos de Amberes fue hecha bajo tortura, y por tanto, para mantener y prolongar su vida, y desea entonces que la misma sea revocada, de modo que ningún perjuicio pueda caer sobre el susodicho Davion. Y el mencionado Eloy, para purgar su conciencia, dijo, por su parte de paraíso, por su bautismo y amarga muerte que será mañana, que esta confesión era verdadera. Y esto en presencia del hermano Nicolás Buysscher, el hermano Sebastián van Runne y el hermano Jacques du Boys, los frailes jacobinos, Jacques au Theaulme, Cornelis au Ancre, Christian de Ridder, Lieven de Backere, todos burgueses de la ciudad de Amberes, y Guillaume, panetero de la reina, etcétera.

³²⁴ Döllinger, I. Von, *Beiträge zur Sektengeschichte*, Múnich, 1890, t. II, pp. 664-668, núm. LXII. El texto en latín se encuentra también en Frederichs, *De Secte...*, *op. cit.*

Como testimonio de la verdad de lo anterior, cada uno de ellos puso aquí su firma de puño y letra. Así firmaron: hermano Nicolás Buysse, Jacop vanden Bossche, yo Eloy.³²⁵

Sobre Quintín Thierry y los libertinos espirituales

93. Alrededor de 1525, mientras en Amberes Eloi el Techador usaba las Escrituras para justificar la búsqueda de los placeres y los encantos de la existencia, Coppin de Lille, conocido por las alusiones cáusticas de Calvino,³²⁶ profesa una enseñanza similar en su ciudad natal. No lejos de ahí, en Tournai, un sastre llamado Quintín Thierry³²⁷ abandona su oficio y su ciudad para ir a Francia, donde se extendía una mentalidad social a la vez desvinculada del dogma católico y reticente hacia el luteranismo. En cualquier caso, Quintín y un compañero, Bertrand des Moulins, casi no tienen dificultades para despertar simpatías. Antoine Pocque de Lille y Claude Perceval, probablemente originario de Ruan, ayudan a Quintín tras la muerte de Bertrand des Moulins. En París, Quintín se enfrenta a Calvino, que más tarde se jactará en su libelo de haberle «cerrado el pico». Muchos artesanos de la capital compartían las opiniones del de Tournai.

Por su lado, Pocque llega a Estrasburgo donde, usando el doble lenguaje de la devoción, engaña al luterano Bucero y obtiene de él cartas de recomendación para los reformados de otras regiones. Sin embargo, desde 1538, el mismo Bucero había puesto en alerta a la reina Margarita de Navarra, autora de los cuentos galantes del *Heptamerón*, quien acogía, en su corte de Nérac, a los innovadores amenazados por la política de su hermano Francisco I, fueran cuales fueran sus opiniones. Pocque empujó la insolencia y la provocación hasta el punto de encontrarse con Calvino, pero este, más desconfiado que Bucero, no le dio ninguna recomendación.

³²⁵ Frederichs, *De Secte...*, *op. cit.*

³²⁶ J. Calvino, *Contre la secte phantastique et furieuse des libertins, qui se nomment spirituelz : avec une épistre de la mesme matière, contre un certain cordelier suppost de la secte, lequel est prisonnier à Roan*, Génova, 1547.

³²⁷ También llamado Quentin Tieffry y Quentin el Costurero.

La corte de Navarra se mostraba, en cambio, cercana a un discurso que diera la mejor de las razones del cielo a los placeres terrestres ordinarios que se practicaban frecuentemente en este tipo de sociedad. ¿Acaso no se había atribuido a «la Margarita de las margaritas»³²⁸ la redacción del libro de Porete, *El espejo de las almas simples*? Al describir la pequeña corte de Nérac, Jundt señala: «Es cierto que ahí se hablaba mucho de piedad interior, pero la gente se entregaba alegremente a los placeres de la vida».³²⁹

En 1543, Pocque y Quintín reciben una calurosa acogida en la corte de Margarita. Allí desarrollan la idea de que no hay ningún pecado en entregarse a los deleites del amor y que seguir las libertades de naturaleza es precisamente resultado de la presencia de un Dios de bondad universal en cada persona.

Cuando las acusaciones de Calvino —contenidas en su tratado *Contre la secte phantastique et furieuse des libertins qui se nomment spirituelz* [Contra la secta fantástica y furiosa de los libertinos, que se llaman espirituales]— llegaron a Nérac, solo despertaron desprecio y reprobación. Margarita expresó muy claramente el menosprecio que sentía por este escrito dirigido «contra ella misma y contra sus servidores»³³⁰ e hizo saber al autor que no deseaba tener entre sus cercanos a un hombre tan despreciable. Sin embargo, su insistencia acabó por alarmar a Margarita, a la que sus simpatías por un partido perseguido por su hermano ponía en una situación peliaguda. Así pues, decidió evitar, además de la ira de Roma, la de Ginebra.

Pocque y Quintín regresaron a los Países Bajos, donde los secuaces de Calvino, los Poulain y sus amigos, no habían permanecido ociosos. El 13 de septiembre de 1542, en Valenciennes, Hugues Lescantelier, cervecero de Maire-lez-Tournai, y Caso Hocq fueron decapitados por haber apoyado una «nueva secta llamada libertina».

³²⁸ Apelativo de Margarita de Navarra, llamada también Margarita de Francia, Margarita de Valois, Margarita de Alençon, Margarita de Angulema o Margarita de Orléans. La palabra *margarita* en latín significa perla. Por tanto, la expresión puede entenderse en el sentido de: «la Perla de las margaritas». [N. de T.]

³²⁹ Jundt, *op. cit.*, p. 128.

³³⁰ *Ibidem*.

Lescantelier había proclamado su estado de impecabilidad, mientras Hocq, al redescubrir las tesis del cristianismo gnóstico primitivo, explicaba que Cristo no había muerto en la cruz, sino que solamente había abandonado la apariencia humana que había adoptado para manifestarse en la tierra.

En 1546, denunciado por Calvino a las autoridades católicas de Tournai, que tomaron sus cargos del libelo de este, Quintín es arrestado junto con algunos de sus seguidores, zapateros, carpinteros y otros artesanos. Apresado, según Calvino, porque había atraído a su secta a varias damas de la ciudad, Quintín será ahorcado y quemado. Tres de sus amigos perecen por la espada.

Quintín compartía con Jacques Gruet el mismo desprecio por los supuestos apóstoles. Calvino se indigna: «Había hecho comentarios sarcásticos acerca de cada uno de los apóstoles para volverlos despreciables. De este modo, llamó a San Pablo, “olla rota”; a San Juan, “joven idiota” en su acento picardo; a San Pedro, renegador de Dios; a San Mateo, usurero».³³¹

Quintín rechaza toda forma de Iglesia, rituales y sacramentos. Cuando Dios murió en la cruz tras su descenso a la tierra, implicó con esto que abolía el pecado. Desde entonces, se trata de seguir las inclinaciones propias sin preocuparse de nada. Quintín y sus seguidores celebran la pasión amorosa, esa que ofusca a Calvino con una intensidad que dice mucho de sus propias concepciones sobre la materia:

Estos desgraciados profanan el matrimonio y mezclan a los hombres con las mujeres como burdas bestias en función de la concupiscencia que les guía. [...] Bajo el nombre de matrimonio espiritual, esconden esta brutal corrupción: llaman movimiento espiritual a la furiosa impetuosidad que empuja e inflama a un hombre como un toro y a una mujer como una perra en celo [...]. También arrojan a una confusión similar los bienes, y dicen que es la comunión de los santos que nadie posea nada como suyo, sino que cada uno tome lo que pueda conseguir.³³²

Jundt aporta otros datos:

³³¹ Calvino, *op. cit.*, p. 113.

³³² *Ibidem*.

Alrededor de 1546, su doctrina fue enseñada en Ruan por un anciano cordelero que tenía entre sus prosélitos a varias damas de familia noble. Al año siguiente, fue encarcelado bajo el cargo de reformador. Calvino, a quien fueron comunicados sus escritos, los refutó en una epístola dirigida a la comunidad reformada de Ruan. Una vez puesto en libertad, el cordelero publicó contra esta epístola su *Bouclier de défense* [Escudo de defensa], ante lo cual Guillaume Farel respondió con *Glaive de la Parole* [Espada de la palabra] en 1550. En Francia, los últimos vestigios de los libertinos espirituales se encuentran en el Nivernés, en Corbigny; en 1559, Calvino escribió a los reformados de esa ciudad para ponerlos en guardia contra las maquinaciones de los herejes. Algunos escasos indicios aún dan cuenta de la presencia de herejes en las ciudades del Rin además de Estrasburgo. Viret, en una carta a Rodolphe Walther, uno de los teólogos de Zurich, informa sobre la existencia de la secta en la Baja Alemania en 1544, y Calvino da a entender que ese mismo año la herejía contaba con seguidores en Colonia. En 1545, la comunidad valona de Wesel declaró en su confesión de fe que rechazaba, entre otros errores, los de los libertinos.³³³

94. Extractos de la *Chronique* [Crónica] de Pasquier de le Barre:

Alrededor del mes de noviembre del año 1546, corría el rumor en Tournay de que un hombre bastante anciano, llamado Quintín Thiery, que había estado al servicio de la reina de Navarra, se había retirado en la mencionada ciudad y era jefe de la secta de los que son llamados quintinistas —por el nombre del susodicho—, que poco antes había causado, por su doctrina, que fueran decapitados en la ciudad de Valenciennes dos individuos de su secta y defensores de su opinión, uno llamado Huchon de le Garde, cervecero, y el otro Jano.³³⁴ Tras ser informado sobre la condición del mencionado Quintín, el magistrado de Tournay consideró que aquel pertenecía a la perniciosa secta libertina. Y para evitar que el susodicho sembrara su perversa y peligrosa doctrina en aquella ciudad, este magistrado hizo que fuera aprehendido y tomado prisionero el susodicho Quintín Thiery y algunos de los que

³³³ Jundt, *op. cit.*, p. 131.

³³⁴ El 13 de septiembre de 1542, en Valenciennes, «Hughes Lescantelier, cervecero, nativo de Mere lez Tournay [Maire], y Caso Hocq, nativo de esta ciudad» son condenados a tener «la cabeza cortada» por haber apoyado una «nueva secta llamada libertina». Hughes Lescantelier, en particular, había afirmado que, «después de que los hombres son lavados [...] de sus pecados, ya no pecan más», mientras que su compañero negó la resurrección de Cristo y declaró «que Jesucristo no fue colgado en la cruz, sino el diablo en un cuerpo fantástico». Biblioteca municipal de Valenciennes, ms. 699, *Registre des Choses communes*, folio 44.

diariamente lo frecuentaban y conversaban con él, que por ello fueron sospechosos de estar igualmente manchados y de mantener la opinión de los libertinos, a saber, Jehan Leconte, tejedor; Jehan Hugo, zapatero; Nicolás Scrabe, conocido como Magret; Jehan Marliere, conocido como Brevin; Pasquier Caudron, fabricante de géneros de punto y otros.³³⁵

Todos estos prisioneros fueron muchas y diversas veces interrogados sobre su fe, vida, conversaciones y doctrina en la sala del consejo de la mencionada ciudad (en presencia de monseñor el príncipe d'Espinoy, señor de Anthoing, en ese tiempo gobernador del mencionado Tournay, de los miembros del Consejo de la Bailía de Tournesis y de los rectores y los jurados de la citada ciudad). Los cuales, sobre las mencionadas preguntas particularmente hechas, respondieron de manera diversa como lo estimaban conveniente, de modo que, después de muchas confrontaciones y testimonios de las afirmaciones proferidas en diversos lugares, presentadas varias veces y en días distintos, tanto individualmente como en compañía de los susodichos Quintín Thiery, Jehan Leconte, Jehan Hugo y Nicolás Scrabe, conocido como Magret, se encontró que sus discípulos fueron (incluso por sus propias confesiones) afectados y convictos de pertenecer a la mencionada secta libertina. Razón por la cual, el susodicho Quintín, como jefe de dicha secta, fue condenado a ser quemado en el mercado después de ser estrangulado, y, respecto a los susodichos Leconte Hugot y Magret, fueron condenados a ser decapitados, lo que se hizo poco después.

¡Cosa asombrosa³³⁶ que Quintín Thiery fuera jefe de la mencionada secta libertina de los quintinistas y hubiera sembrado sus errores y perversas opiniones en muchas áreas y regiones, como el reino de Navarra, donde fue residente y pensionista de la reina, Poictou, Limousin, París, Amberes, Valenciennes, Tournay y otras ciudades cercanas! Ciudades y regiones de las cuales, sin embargo, siempre se veía forzado a ausentarse cuando su doctrina malvada y perversa se hacía conocida; de otro modo, habría recibido el castigo que merecía, lo que habría sido mejor, pues no habría sido la causa de la seducción y pérdida de

³³⁵ Jean Lecomte, originario de Arras, era fabricante de telas de lana ligera; Jean Hugo, de Arras igualmente, era zapatero; Nicolás Scrabe, conocido como Magret, de Tournai, era carpintero; sobre Jean Marliere, conocido como Brevin, no sabemos nada de su origen ni de su oficio. Estos cuatro libertinos pueden ser identificados a través de fuentes de archivo. Por el contrario, el fabricante de géneros de punto Pasquier Caudron solo es mencionado por Pasquier de le Barre. G. Moreau, *Histoire du protestantisme à Tournai*, Bruselas, 1962, p. 285.

³³⁶ A partir de aquí, Pasquier resume el tratado de Calvino contra los libertinos. Calvino nos enseña que Quintín Thiery fue «convicto» por su libro «con lo cual la justicia [...] se sirvió».

tantas almas. Y, a pesar de que el susodicho Quintín Thiery no sabía leer ni escribir, y por tanto forjó su secta y opinión sobre la base de su propio sentido, rechazando todas las Santas Escrituras y constituciones de la Iglesia, aduciendo y declarando, cuando alguien citaba algún pasaje de las Santas Escrituras para confrontar y destruir sus opiniones, que «la letra mata y el espíritu vivifica».

Sostenía muchas opiniones locas, absurdas y deshonestas contra el honor de Dios, la bendita y gloriosa Virgen María, las santas palabras y constituciones de la Iglesia católica, algunas de las cuales señalo aquí para que el lector pueda ponerse en guardia contra ellas en los tiempos por venir.

En primer lugar, afirmaba que no convenía vivir según los Evangelios, que estaba mal seguirlos y de igual manera las otras escrituras santas, que Dios había dado a los hombres el poder y la autoridad para hacer lo que quisieran y vivir según sus voluntades y placeres. No cometían ningún pecado, pues Dios con su muerte había perdonado y abolido todos los pecados. Que los que creían otra cosa vivían de acuerdo con el diablo y no según Dios.

Que los hombres podían acostarse con cuantas mujeres quisieran y encontraran, pues Dios no había ordenado el matrimonio, y que una niña pobre de vida ligera era tan buena frente a Dios como la Virgen María.

Que no había resurrección, que el alma volvía a Dios y no el cuerpo, que era una vasija de tierra y, una vez muerto, parecía una vasija rota que ya no tiene nada.

Que el hombre no podía cometer pecado y que es Dios quien comete el pecado en el hombre, que si alguien veía o suponía que una persona había cometido un pecado, el pecado regresa al que veía o suponía.

Que no es pecado matar a un hombre, porque esto era semejante a que una vasija de tierra rompiera otra vasija de tierra.

Que debían prestarse a sus esposas, actuar de otro modo sería una falta de caridad, que el hombre no pretende pecar, que Dios hace todo en el hombre.

El susodicho Quintín mantenía sus opiniones de formas diferentes y contrarias, pues algunas veces rechazaba completamente las Santas Escrituras, como fue dicho antes, y otras las usaba y citaba para sus propósitos personales, como cuando afirmaba que nuestro Señor Jesucristo había muerto por los pecados y que el pecado murió con él, y pretendía inferir de esto, como fue dicho antes, que el hombre ya no puede cometer pecado, porque Cristo ya no puede morir por nosotros, y aducía, en respuesta a diversas proposiciones respecto a la Virgen María, que san Pablo dijo que somos el templo de Dios, que si Nuestro Señor habitó en la Virgen

María, también hizo lo mismo en nosotros. El susodicho Quintín sostenía varias otras opiniones y errores, que tendían completamente a la libertad de la carne, y que tomaría demasiado tiempo listar.³³⁷

95. *Contre la secte phantastique et furieuse des libertins, qui se nomment spirituelz: avec une épistre de la mesme matière, contre un certain cordelier suppost de la secte, lequel est prisonnier à Roan* [Contra la secta fantástica y furiosa de los libertinos, que se llaman espirituales: con una epístola sobre el mismo tema, contra un cierto cordelero, miembro de la secta, que está prisionero en Ruan], por Juan Calvino (extracto):³³⁸

Porque ya no hay menester³³⁹ de que un hombre sea instruido en otra escuela más que en la suya³⁴⁰ para saber blasfemar contra Dios destruyendo la verdad con artimañas maliciosas. [Calvino denuncia enseguida la experiencia de esas personas que] inducen a los sencillos a una vida disoluta [...] para que sin el menor escrúpulo cada cual satisfaga su apetito; abusan de la libertad cristiana para dar rienda suelta a toda licencia carnal. [...] Detractan todo lo que no entienden y encuentran su felicidad en sus placeres caducos. [...] Como si quisieran llevar a sus oyentes por encima del cielo, los atraen a placeres carnales y los hacen caer en las concupiscencias de las que se habían apartado. [...] Y san Judas dijo [...] «estos maldicen lo que no conocen; y en lo que por instinto comprenden, se corrompen como animales irracionales». [...]

Porque hacen creer que el hombre se atormenta en vano si tiene escrúpulos por algo; antes bien, cada uno debe dejarse llevar por su espíritu. De este modo, confunden todo orden, se burlan del temor de Dios, que tienen los fieles, y de la mirada de su juicio, así como de toda consideración de honestidad humana. Y esta es la libertad que prometen, que un hombre esté tan entregado a todo lo que su corazón desea y codicia, que no encuentre dificultad alguna,³⁴¹ como si no estuviera sujeto a la Ley o a la razón,³⁴² porque esa es una servidumbre de la que no quieren oír hablar. [...]

³³⁷ G. Moreau, *Le Journal d'un bourgeois de Tournai (Pasquier de le Barre)*, Bruselas, 1975.

³³⁸ He modernizado la grafía cuando me pareció conveniente.

³³⁹ «Porque jamás es necesario».

³⁴⁰ Efectivamente, lo único que instruye el Libre Espiritu es escucharse y aprender de uno mismo.

³⁴¹ «Para obtenerlo».

³⁴² Para la Iglesia, la ley divina y la razón humana son inseparables.

Hace unos quince años o más, un tal Coppin, flamenco natural de Lille, comenzó a agitar esta basura en su lugar de origen, hombre ignorante y cuyo único medio para avanzar era su audacia, de acuerdo con [lo] que dice el proverbio de que un tonto no duda de nada.

Luego surgió otro, llamado Quintín, que ha conseguido hacer tanto ruido que ha extinguido el recuerdo del primero. [...] Es de la región de Hainaut o de por ahí cerca. No sé cuánto tiempo hace que llegó a Francia, pero han pasado más de diez años desde que lo he visto allí.

En ese entonces, era acompañado por un tal Bertrand des Moulins, que luego se convirtió en Dios o nada, según su opinión, es decir, que murió para este mundo.

[...] Hubo también un tercero llamado Claude Perceval. Todos ellos han trabajado tan duro que han infectado a muchos en Francia: tanto que no hay lugar donde hayan vivido que esté del todo puro de su corrupción.³⁴³

[...] Es cierto que tuvieron un ayudante que no he mencionado todavía; era un ruin sacerdote llamado *messire*³⁴⁴ Antonio Pocque, al que también conozco desde hace tres años.

Lo que hizo que Quintín y su compañero se transformaran de sastres en doctores era que amaban que les dieran de comer a su gusto y que el trabajo no era algo que consideraran conveniente.

[...] Por eso decidieron ganarse la vida parlotando tal como los sacerdotes y monjes lo hacen cantando. [...]

[Calvino lamenta tener que manchar su papel con tales personajes, pero:] Qué otra cosa puedo hacer cuando veo que cuatro granujas, que son ya la causa de la ruina de más de 4.000 hombres, todavía siguen buscando, al menos tres de ellos, invertir la verdad de Dios. [...]

[Según él, son peores que el papa, que deja en pie alguna forma de religión, mientras que:] El único propósito de ellos es amalgamar cielo y tierra, aniquilar toda religión, borrar todo conocimiento de la comprensión humana, apagar las conciencias y no mantener diferencia alguna entre los hombres y las bestias. [...]

Los quintinistas tienen una lengua salvaje en la que graznan tanto que casi no se oye nada más que el canto de los pájaros. No es que usen palabras distintas, sino que esconden tan bien su significado que nadie sabe de qué están hablando ni qué es lo que quieren afirmar o negar. Es verdad que hacen esto por malicia [...]. Jamás revelan los misterios de

³⁴³ «Que haya escapado completamente de su corrupción».

³⁴⁴ Título de honor que se otorgaba antiguamente a personas importantes o de la más alta nobleza. [N. de T.]

la abominación que se esconden en sus expresiones, salvo a quienes ya han tomado los votos. [...]

[Calvino se jacta de haber derrotado a Quintín en ocasión de una justa oratoria en la que se enfrentaron]. Sostienen que no hay más que un solo espíritu, el de Dios, que existe y que vive en todas las criaturas. [...]

Consideran que el diablo, el mundo, el pecado son una imaginación que en realidad es nada. [...] [Estos son] pensamientos vanos que se deben olvidar como canciones. [...] En lo que respecta al pecado, no dicen únicamente que es una privación del bien, sino que es un *cuidar*,³⁴⁵ que se desvanece y se abole cuando ya no se le hace caso. [...]

Enseñan que ya no hay que perder el tiempo con este *cuidar*, visto que el pecado está abolido, y que es una locura atormentarse por ello como si fuera algo. De igual manera, dicen que el hombre está compuesto de su cuerpo y un *cuidar*, y afirman que el hombre natural saca su alma del diablo y del mundo, y sin embargo que eso no es más que un humo pasajero y no una cosa permanente.³⁴⁶ [...]

Dicen que Dios hace todo. [...] Este pedazo de rústico de Quintín se encontraba una vez en una calle donde un hombre había sido asesinado. Había allí un fiel que dijo: «¡Ay! ¿Quién ha cometido este malvado acto?». Incontinentemente, respondió con su acento picardo: «Ya que quieres saber, fui yo». El otro, como lo haría cualquier persona asombrada, le respondió: «¿Cómo puedes ser tan cobarde?». A lo que replicó: «Yo no lo soy. Es Dios». El otro preguntó: «¿Cómo puedes imputar a Dios los crímenes que ordena que sean castigados?». Ante lo cual este hombre inmundamente vomitó su veneno aún más enérgicamente y dijo: «Sí, eres tú, soy yo, es Dios. Porque lo que sea que tú o yo hagamos, es Dios quien lo hace, y cualquier cosa que Dios haga, nosotros la hacemos, porque Él está en nosotros». [...]

¿Alguien ha estado comportándose de forma lujuriosa? No debería ser vituperado. Porque eso sería blasfemar a Dios. ¿Desea un hombre a la mujer de su vecino? Debería disfrutarla si tiene la oportunidad. Porque puede tener seguridad de que solamente está cumpliendo la voluntad de Dios, y cualquier cosa que haga será un acto divino. En lo que respecta a los bienes, quien pueda apoderarse de ellos, ora por medios sutiles, ora por violencia, que lo haga con audacia. Porque no hará nada que Dios no apruebe. Que el que haya agarrado lo que pudo no se

³⁴⁵ Del latín *cogitare*, «pensar». El *cuidar* es, para Quintín, la representación del mundo tal como la impone falsamente el mito. Llama a rechazarlo en nombre de la libertad de naturaleza.

³⁴⁶ Lo mismo propone Margarita Porete, el alma se desprende del mundo y se aniquila en Dios para lograr la voluntad divina en la libertad de naturaleza.

preocupe por la retribución. Porque es completamente inconveniente corregir a Dios.³⁴⁷ [...]

Este es precisamente el principal objetivo que tienen: adormecer las conciencias para que cada uno sin preocupación haga en adelante lo que quiera y lo que sea que su corazón desee. [...] Después de haber soltado la brida a todos para que hagan lo que les plazca, bajo el pretexto de dejarse guiar por Dios, deducen, a partir de este mismo principio, que es erróneo juzgar. [...]

Cuando, en verdad, se trata de gozadores que solo se burlan de todo lo que sucede sin tomarse nada en serio por temor a matarse de melancolía, salvo cuando las cosas no se hacen a su gusto. [...] Todo su placer consiste en pasar un buen rato y no preocuparse. Han oído esa frase de Salomón de que el espíritu triste seca los huesos. De este modo, por miedo a debilitarse, encuentran formas de pasar un buen rato. Así, al considerar bueno todo lo que debe afligir y atormentar a los hijos de Dios, no tienen ocasión de enfadarse. He aquí como, al disfrutar tanto del mal como del bien, sacan provecho de todo.³⁴⁸ [...]

Dos de estos hombres fueron ejecutados en Valenciennes por haber dicho que Jesucristo no murió en la cruz, sino solo el *cuidier*. ¿Acaso no es un hermoso comienzo hacer de Jesucristo un fantasma del que no sabemos nada? [...] Todo se reduce aquí a que lo que hizo y sufrió es solo una farsa o una lección moral que se escenifica en un patíbulo para que nos figuremos el misterio de nuestra salvación. [...]

Quintín se encoleriza cuando le preguntan sobre su comportamiento. ¿Cómo, dice, podría comportarse mal Jesucristo? [...] Dado que somos Jesucristo, el único asunto es que lo que ya ha sido perfecto en nosotros sea reiterado.³⁴⁹ [...] La regeneración es volver al estado de inocencia en el que estaba Adán antes de pecar. Pero consideran que ese estado de inocencia significa no ver diferencia alguna entre blanco y negro, pues el pecado de Adán fue comer el fruto de la ciencia del bien y del mal. Por eso, mortificar al viejo Adán es no discernir más como si se tuviera conocimiento del mal, sino dejarse llevar por el sentido natural, como un niño pequeño.³⁵⁰ Dan base a este argumento usando precisamente los pasajes en los que se nos recomienda la simplicidad infantil. [...] Si ven a un hombre que tiene dificultad para hacer el mal, le dicen: «Oh Adán, todavía estás ahí. El viejo hombre todavía no ha sido crucificado en ti». Si ven a un hombre que teme el juicio de Dios,

³⁴⁷ Cf. los begardos de Colonia.

³⁴⁸ Esto es desviar [*détourner*] en favor de la vida aquello que la niega.

³⁴⁹ La misma idea se encuentra ya entre los amaurianos.

³⁵⁰ Cf. Gilles de Canter.

le dicen: «Todavía puedes sentir el sabor de la manzana. Pero cuídate de que ese trozo no se atore en tu garganta». [...]

A aquellos que ningún caso hacen del pecado, los llaman criaturas nuevas, pues están libres del *cuidar* y, por eso, ya no tienen pecado en ellos. [...] Cuando este *cuidar* se abole, no hay ya diablo ni mundo, según su opinión.³⁵¹ [...]

[Dicen] que es solo matrimonio carnal cuando el hombre no entrega su corazón a la mujer o cuando la mujer no tiene ningún placer con su marido. [...]

Estos desgraciados profanan el matrimonio y mezclan a los hombres con las mujeres como burdas bestias en función de la concupiscencia que les guía. Y, bajo el nombre de matrimonio espiritual, esconden esta brutal corrupción: llaman movimiento espiritual a la furiosa impetuosidad que empuja e inflama a un hombre como un toro y a una mujer como una perra en celo.³⁵² Pero, a fin de no dejar ningún orden entre los hombres, también arrojan a una confusión similar los bienes, y dicen que es la comunión de los santos que nadie posea nada como suyo, sino que cada uno tome lo que pueda conseguir.³⁵³

Sobre Hendrik Niclaes y los familistas

96. Fundada hacia 1540 por Hendrik Niclaes, la Familia del Amor —con frecuencia identificada erróneamente como una secta anabaptista— pretende restablecer la inocencia de la comunidad humana original. Su organización incluye a un obispo, cuya autoridad está respaldada por doce sabios y cuatro clases de sacerdotes. Todos donan sus bienes personales a la secta. Contaba con un número bastante grande de fieles, especialmente en los Países Bajos y en Inglaterra, donde su existencia está demostrada todavía en el siglo XVII.

Nacido en 1502, se considera que Hendrik Niclaes tuvo sus primeras visiones a los nueve años, mientras asistía a una escuela latina. A los doce años, trabaja en el negocio familiar y lo toma a su cargo tras la muerte de su padre. Tras ser arrestado en 1529 acusado de luteranismo,

³⁵¹ El fin de la conciencia mistificada, con su concepción del mal, del pecado y de la penitencia, concede la inocencia a la libertad de naturaleza.

³⁵² Esta es la traducción calvinista de la pasión amorosa, donde los amantes, como niños, sueñan con crearse un mundo de inocencia sin pecado ni restricción.

³⁵³ Calvino, *op. cit.*, pp. 10-117.

parte a Ámsterdam, donde permanecerá nueve años antes de convertirse en sospechoso de anabaptismo. En 1541, vivió en Emden donde tiene un floreciente negocio de lanas. Viaja frecuentemente a Amberes, donde su amigo, el impresor Cristóbal Plantino, habría inspirado varios de sus textos.

A los cincuenta y nueve años, nuevas visiones proféticas y la publicidad que les hace le valen la tortura. Huye a Kempen, en Overijssel, y luego a Londres, un exilio temporal, ya que se sabe que Niclaes salva oportunamente a Plantino de la ruina al transportar a Colonia el material tipográfico amenazado de incautación durante las actuaciones judiciales contra el impresor por herejía. Las disensiones en el grupo ensombrecieron sus últimos años. Muere en 1580. Nippold le atribuye una cincuentena de opúsculos difundidos clandestinamente.

La doctrina de Niclaes predica el amor, la tolerancia y el respeto mutuo, y rechaza el Dios de justicia en beneficio del Dios de bondad. Del milenarismo toma la pretensión de actuar como mediador de la revelación divina y de anunciar la nueva era, en la que desaparecerán los antagonismos entre las peronas.

Su discípulo principal fue su servidor, Hendrik Jansen, llamado Barrefelt, sin duda, a raíz de su lugar de nacimiento: Barneveld. Cuando rompe con Niclaes en 1573, adopta el nombre de Hiel, que en hebreo significa «vida única en Dios». Tras ganar la amistad de Cristóbal Plantino, comienza a profetizar por cuenta propia, tal vez en Inglaterra, donde la Familia del Amor existirá durante casi un siglo. Muchos de estos adeptos se unirán a los ranters. Su doctrina religiosa se asemeja a la de Hans Denck.

«El Padre se humaniza a sí mismo con nosotros según el hombre inferior y nos edifica según el hombre interior en un Espíritu con él. El alma del hombre no es una criatura, sino una porción del Dios increado». Por eso, se llamaba a sí mismo «un hombre a quien Dios resucitó de entre los muertos, a quien llenó y ungió con el Espíritu Santo, un hombre iluminado con el Espíritu de la verdad celeste y la luz verdadera de la esencia perfecta, un hombre deificado con Dios en el espíritu de su amor, y transformado en el ser de Dios». Según él, Cristo es solo «la imagen del ser a la diestra del Padre»; ya no debe ser considerado como una figura histórica, sino como una «condición» común a todos los que viven en unión con Dios. De este principio metafísico, deducía

que el pecado ya no existe en el corazón de los regenerados: él y sus discípulos «solo dicen las tres primeras partes de la oración dominical en sus oraciones, porque, según ellos, no pecan visto que han nacido de Dios»; de ello también derivaba a la vez la inutilidad de las ceremonias religiosas y la indiferencia ante ellas: «Estos Amantes viven y mueren sin bautismo ni sacramento» o, mejor dicho, consideraban que el bautismo de los niños era un acto sin valor que estaba permitido a unos descuidar y a otros realizar. Se diferenciaban, en este aspecto, de los anabaptistas, con los que probablemente habría que vincularlos históricamente. Hendrik Nicolaes basó su doctrina en la teoría de las tres edades: «Moisés predicó la esperanza, Cristo enseñó la fe, él mismo anunció el amor que une todo. El primero entró en el atrio del templo, el segundo en el santuario, él mismo penetra en el sanctasanctorum». ³⁵⁴

El puritano John Knewstub decía de Nicolaes: «H. N. trastornó la religión. Construyó el cielo aquí en la tierra, hizo hombre a Dios y Dios al hombre». [...] El cielo existía cuando los hombres reían y estaban alegres; el infierno era la aflicción, la desgracia y el dolor». ³⁵⁵

Sobre los ranters

97. Lutero y Calvino habían removido del pecado el contrato de seguro que la Iglesia romana imponía mediante la confesión y la redención. El pecado, que ya no se aliviaba con el pago de una tarifa, era aún más terrible de soportar para la criatura expuesta a las tentaciones libidinosas del Maligno.

En la tradición del Libre Espíritu, los ranters o divagadores afirman, mediante el derecho imprescriptible a gozar de los beneficios de la existencia, su rechazo absoluto de todo sentimiento de culpa.

En una reunión de *ranters*, de la que tenemos una referencia (hostil), la variada compañía se reunió en una taberna, cantó canciones blasfemas con la conocida música de los salmos y participó de un festín comunal. Uno de ellos partió un trozo de carne de vaca diciendo: «Esta es la carne

³⁵⁴ *Ibíd.*, p. 201.

³⁵⁵ C. Hill, *El mundo trastornado. El ideario popular extremista en la revolución inglesa del siglo XVII*, Madrid, Siglo XXI, 1983, pp. 15-16.

de Cristo, tomad y comed». ³⁵⁶ Otro vertió una jarra de cerveza en la chimenea diciendo: «Esta es la sangre de Cristo». Clarkson llamaba a la taberna la casa de Dios; un vino seco era la divinidad. Incluso un enemigo puritano de los *ranter*s expresaba lo que casi es una admiración envidiosa hacia el buen humor de las dionisiacas orgías de los *ranter*s: «Son los más alegres de todos los demonios para improvisar canciones lascivas [...] para los brindis, la música, la obscenidad descarada y el baile». ³⁵⁷

Un *ranter*, recordando espontáneamente las bromas que, en 1359, habían provocado el destierro de tres hombres alegres de Estrasburgo, afirmaba: «Si yo adorara al sol o a la luna, o a ese cacharro de peltre que está encima de la mesa, nadie tendría nada que decir al respecto». ³⁵⁸ El capitán Francis Freeman, gran aficionado a las canciones lascivas, declaró que veía a Dios en la mesa y en el candelabro.

El capitán Underhill devolvía las especulaciones teológicas a sus orígenes y sentido terrenales con igual lucidez y humor cuando explicaba que «el espíritu le había introducido el testimonio de la libre gracia mientras se encontraba disfrutando con moderación de la vitualla llamada tabaco». ³⁵⁹

Algunos *ranter*s negaban la existencia de Cristo o, afirmando ser Cristo o Dios, se concedían alegremente todo tipo de licencias.

Si existía un Dios, proclamaba Jacob Bauthumley, estaba en el propio Bauthumley y en todo ser viviente, en «El hombre y la bestia, el pez y el ave y todas las cosas verdes, desde el cedro más alto hasta la hiedra que crece en la pared». «No existe fuera de las criaturas». Dios está en «este perro, en esta pipa, está en mí y yo estoy en él». ³⁶⁰

Activos entre 1649 y 1651, los *ranter*s no formaron grupos organizados y ninguno de ellos reclamó el título de líder o gurú. Se contentaban con llevar una vida alegre y divulgar la buena conciencia. Es

³⁵⁶ Estas palabras recuerdan las de Claushorn y sus amigos, desterrados de Estrasburgo en 1359. Este era el tratamiento corriente que se le daba a Dios cuando la alegría y la bebida desataban la lengua de esa religión que la anudaba.

³⁵⁷ *Ibidem*, p. 189.

³⁵⁸ *Ibidem*, pp. 188-89.

³⁵⁹ *Ibidem*, p. 188. Un espíritu similar anima, en el siglo XVIII, la obra poética *Jubilate Agno* [Regocijaos en el cordero] de Christopher Smart.

³⁶⁰ J. Bauthumley, *The Light and Dark Sides of God*, 1650, p. 4 [Bauthumley citado en Hill, pp. 194-195, N. de T.].

una desgracia que el campesino escocés llamado Jack fuera ahorcado en 1656 por haber negado la existencia del cielo, del infierno, de Dios y de Cristo, pues los ranterers se arrogan, por el gusto de la existencia terrenal, el deber de evitar el martirio mediante una pronta retractación.

98. Abiezer Coppe, natural de Warwick, estudiante en Oxford y luego predicador en el ejército, tenía treinta años cuando se ganó la reputación de ranter o divagador. En 1649, publica *Some Sweet Sips, of Some Spiritual Wine* [Algunos dulces sorbos de un vino espiritual] y, siempre con el mismo sentido de aliteración, *A Fiery Flying Roll* [Un rollo volador ardiente].

Aquí, no hay ninguna profecía falsamente dictada por Dios. El mensaje procede de «mi más excelsa majestad y eterna gloria (en mí) [...] que soy el amor universal y cuyo servicio consiste en la libertad perfecta y en el puro libertinaje». Proclama: «El pecado y la transgresión estaban finiquitados», pues Dios, «ese todopoderoso nivelador», «trastornaría, trastornaría y trastornaría».³⁶¹

Al principio, Coppe se alinea con el ala radical de los niveladores. Llama a cortar «el cuello del horrible orgullo», causa de todo derramamiento de sangre. Obispos, reyes, señores y poderosos de este mundo deben desaparecer para que «la paridad, la igualdad y la comunidad de bienes» garanticen el reinado de «el amor universal, la paz universal y la libertad perfecta».³⁶²

La «prevaricación» de los niveladores intensifica su sentimiento de una unidad necesaria entre el goce individual y la lucha solidaria contra los poderosos. Coppe cuenta cómo, en plena calle, lanza su desprecio contra hombres y mujeres de alto rango atacando a los carruajes y sus ocupantes. «No te desentieras de tu propia carne, de un inválido, un vagabundo, un pordiosero, [...] son tu propia carne». Dirigiéndose a los ricos, los amenaza:

Tienes muchos talegos de dinero, y he aquí que Yo (el Señor) vengo como un ladrón en la noche, con mi espada desenvainada en la mano, y como ladrón que soy digo: ¡Entrega tu bolsa, entregala, señoritingo! ¡Entrégala o te corto el cuello!

³⁶¹ Hill, *op. cit.*, p. 199.

³⁶² *Ibidem*.

Digo (una vez más), entrega, entrega mi dinero [...] a los vagabundos, a los ladrones, a las putas y a los rateros, que son carne de tu carne, y tan buenos ante mis ojos como tú mismo todos ellos, que están destinados a morir de hambre en cárceles pestilentes y mazmorras inmundas [...]

La peste de Dios se encuentra en vuestras bolsas, en vuestros graneros, en vuestras casas; la peste porcina se llevará a vuestros puercos (¡oh, vosotros, gordos cerdos de la tierra!), que dentro de poco serán sacrificados y colgados del techo, excepto...

¿No visteis mi mano, este último año, extendida?

No lo visteis.

Mi mano está todavía extendida...

Vuestro oro y vuestra plata, aunque no podáis verlo, están corrompidos [...]

El moho de vuestra plata, os digo, roerá vuestra carne como si fuera fuego [...] Tened TODAS LAS COSAS en común o, de lo contrario, la peste de Dios pudrirá y consumirá todo lo que tenéis.³⁶³

Pero, al mismo tiempo, percibe una garantía de paz y una salvaguardia contra la violencia en la felicidad de servir a sus placeres:

No por las armas; nosotros (santamente) desdeñamos hacer la guerra por cualquier cosa; preferimos estar borrachos perdidos todos los días de la semana y yacer con putas en el mercado; y para nosotros son acciones tan buenas como la de despojar de su dinero a los pobres campesinos esclavizados y maltratados.³⁶⁴

En 1650, el Parlamento condena a la hoguera el libro *A Fiery Flying Roll* por contener «muchas horribles blasfemias»,³⁶⁵ y envía a Coppe a la prisión de Newgate. A cambio de su liberación, escribe una retractación parcial, luego una más completa, pero con reservas maliciosas que sugieren la falta de sinceridad de la acción.³⁶⁶ Tras la Restauración, la prudencia

³⁶³ *Ibidem*, pp. 199-200.

³⁶⁴ *Ibidem*, p. 199.

³⁶⁵ *Ibidem*

³⁶⁶ De este modo, no evita ironizar a la manera de Jacques Gruet o de Noël Journet: «Dios prohíbe matar, pero dice a Abraham que mate a su propio hijo; prohíbe el adulterio, pero dice a Oseas que tome por esposa a una prostituta». Denuncia a «la comunidad que es pecadora», pero añade que «si la carne de mi carne está a punto de perecer [...] si yo tengo pan, este será o debería ser suyo». Obligado a reconocer la

le prescribe cambiar de nombre. Ejerció la medicina y se ganó el aprecio de la pequeña localidad de Barnes, en Surrey. Tenía suficiente sentido del humor como para ser enterrado en la iglesia parroquial.

99. Predicador itinerante nacido en Preston, Lawrence Clarkson, criado en el puritanismo, pronto desarrolló igual aversión por el conjunto de sectas y la profesión clerical: «Miles de personas mejores que vuestros curas párrocos han conocido el patíbulo. Es más recomendable robar una bolsa en un camino real que obligar a los parroquianos a mantener a los que buscan su ruina, cuya doctrina es venenosa para las conciencias».

Nivelador en 1647, reúne a los ranters y sostiene que al estar Dios en todos los seres vivos y en la materia, toda acción viene de él y nada es pecado ante sus ojos, ni siquiera la crucifixión de Cristo. No hay ningún cielo ni infierno fuera del hombre. Declara públicamente no creer «en Moisés, ni en los profetas, ni en Cristo, ni en los apóstoles».

No existen en Dios actos tales como la embriaguez, el adulterio y el robo [...] El pecado tiene su concepción solamente en la imaginación [...] Cuando haces un acto, sea el que sea, en luz y amor, es claro y hermoso, aunque ese acto sea llamado adulterio [...] No importa lo que digan las Escrituras, los santos o las Iglesias; si el que está en tu interior no te condena, no serás condenado.³⁶⁷

«Nadie», escribe, «puede estar libre de pecado hasta que, en puridad, se ejecute como si no fuera pecado. Porque yo juzgué como puro para mí lo que para un entendimiento tenebroso era impuro».

Vivió alegremente, en la dulzura y el amor, vagando por la región con la señora Star, aventurándose con otras mujeres, pero preocupándose «por los dineros para mi mujer» y divirtiéndose en una asamblea de divagadores donde «la criada del doctor Pager se desnudó e hizo cabriolas».³⁶⁸

noción de pecado, declara: «La colocación de redes, cepos y trampas para los pies de nuestros vecinos es un pecado, tanto si los hombres imaginan que lo es como si no; y lo es también no suprimir las pesadas cargas, no dejar que el oprimido sea libre, no aliviar toda opresión y no repartir pan a los hambrientos [etc., etc.], [...] tanto si los hombres imaginan que lo es como si no» (ibídem, p. 201).

³⁶⁷ Ibídem, p. 203.

³⁶⁸ Ibídem, p. 205.

Detenido en 1650, alegó sus derechos como «súbdito libre», fue condenado al destierro e indultado, probablemente, tras una retractación. Desde entonces, se volvió más tranquilo, versado en magia y astrología, para luego convertirse a la secta de Muggleton, uno de los muchos grupos que ha continuado hasta nuestros días en las brumas del milenarismo y del Apocalipsis.

100. Zapatero como Jakob Böhme, Bauthumley cae en manos de la justicia en 1650 por haber publicado *The Light and Dark Sides of God* [Los lados claro y oscuro de Dios]. Acusado de blasfemia, le perforan la lengua con un hierro candente. Milton le admiraba y compartía muchas de sus ideas.

La luz de Dios se manifiesta ante su presencia en todo ser y en toda cosa:

«Toda flor o hierba del campo, por pequeña que sea, es lo que es porque existe el ser divino, y en la medida en que se aparta de él se convierte en nada, y así hoy está vestida por Dios y mañana es arrojada al horno». «Todas las criaturas del mundo [...] no son más que una sola». «No hay nada que participe de la naturaleza divina ni que sea de Dios, sino que es Dios». Dios no puede amar a un hombre más que a otro: para él todos son iguales. Dios «habita real y sustancialmente tanto en la carne de los hombres y criaturas como en el hombre Cristo». Donde Dios mora está «todo el cielo que yo espero disfrutar en mi vida».

El pecado pertenece al lado oscuro de Dios. Es una ausencia de luz. «La razón por la cual llamamos a algunos hombres malvados y a otros piadosos no es algo que se encuentre en los hombres, sino por la forma en que el ser divino se presenta más o menos gloriosamente en ellos [...]». «Dios no es más movido a la cólera por el pecado de lo que se siente atraído a bendecir mi santidad». Y precisa: «De acuerdo con el designio de su voluntad, los que crucificaron a Cristo no hicieron algo peor que los que lo aceptaron».³⁶⁹

Bauthumley niega la existencia de un infierno y del diablo en tanto que ser real. La resurrección es un acto puramente interno y no se encuentra en el más allá.

³⁶⁹ *Ibidem*, p. 208.

También acabó siendo un ciudadano respetable en su ciudad natal, Leicester, donde se convirtió en bibliotecario.

101. Se dice que Thomas Webbe, rector de Langley Burhill, prometió solemnemente no cobrar diezmo a sus feligreses. Su popularidad, ya garantizada por una medida que ninguna Iglesia había tolerado, aumentó seriamente cuando proclamó desde el púlpito que esperaba vivir lo suficiente para ver «que en Inglaterra no existiera nada parecido a una parroquia o a un ministro». Para difundir tales declaraciones, el párroco Meslier tomó más tarde la útil precaución de morir con anticipación en Francia.

Webbe fue acusado de haber organizado, en la década de 1650, «una Babel de profanidad y comunidad». Admirador de Coppe, dejó una frase destacable en una carta a Joseph Salmon: «El Señor permite que podamos conocer el valor del infierno con el fin de que podamos desdeñar para siempre el cielo».

En 1650, los notables, ansiosos por deshacerse de él, hicieron que fuera juzgado por adulterio, un delito que por entonces se castigaba con la horca. Fue absuelto. Se dice que aseguraba «vivir por encima de las leyes y que para él era legal yacer con cualquier mujer». Se le atribuye la ingeniosa ocurrencia de que «no existe más cielo que la mujer ni más infierno que el matrimonio».³⁷⁰ Sus enemigos acabaron condenándolo al destierro.

102. Richard Coppin representa el ala moderada de los ranters; se satisfacía con un panteísmo donde la teología prevalece sobre el rechazo a los imperativos sociales y morales. «Dios está todo en uno y, por consiguiente, está en todos», escribió en *Divine Teachings* [Enseñanzas divinas]. «Todo lo que está en mí está en ti; el mismo Dios que habita en uno habita en otro, y así en todos; y en la misma plenitud en que está en uno está en todos».³⁷¹ La resurrección consiste en salir del sepulcro, que está en nosotros y en las Escrituras, para renacer como «El hombre nuevo [que] no peca».

³⁷⁰ *Ibidem*, p. 215.

³⁷¹ *Ibidem*, p. 209.

Coppin rechaza la Iglesia en nombre de su propia experiencia en el Señor. Refiriéndose al decreto de 1650, que había abolido la presencia obligatoria en el oficio dominical, habla de «la ley anticristiana que obligaba a los hombres a asistir a la iglesia».³⁷² Arrestado en 1655, Coppin fue condenado a seis meses en prisión.

103. Vicario de Reading y luego rector de Bradfield, John Pordage —el discípulo de Böhme— atrae la atención de la justicia, en 1655, por haber difundido opiniones de ranters. Niega la existencia histórica de Cristo; cree en la presencia de Dios en cada persona; rechaza el pecado; considera que el matrimonio es una institución maligna; anuncia que pronto no existiría en Inglaterra ni Parlamento, ni magistrados, ni gobierno; y señala que esos poderes superiores le tenían tan sin cuidado «como el polvo que pisaban sus pies».³⁷³

Su amigo Thomas Tany, conocido como Theaureaujohn, cree que ningún hombre puede perder su salvación. Pero va más lejos y afirma que toda religión es «una mentira, un engaño, una trampa, porque solo existe una verdad, y esta verdad es el amor». También exigía que las tierras del pueblo fueran devueltas al pueblo. En 1654, Tany tuvo un gesto ejemplar y de una rara audacia. Con bella concisión crítica, quema la Biblia en St George's Fields, «porque el pueblo dice que esta es la Palabra de Dios y no lo es».³⁷⁴

³⁷² *Ibidem*, p. 210.

³⁷³ *Ibidem*, p. 213.

³⁷⁴ *Ibidem*, p. 214.

Esbozo de una alquimia del yo

Sobre la creación de uno mismo

104. No hay eternidad más que en el corazón del presente, en el libre goce de uno mismo. Pero el camino, que parte de lo vivo de cada ser con la promesa de volver allí, se extravía con tal perfección en el laberinto del tiempo perdido que, al regresar, solo encuentra un cadáver momificado en sus recuerdos.

A lo largo de su supervivencia —que es la historia de la infancia exiliada en beneficio de la decrepitud—, la humanidad ha pagado las arras de su renegación a una sociedad en comandita de bonificaciones sociales hoy acorralada en la bancarrota. El único privilegio de nuestra época es que, a falta de una estafa que funcione más a largo plazo, cada persona está obligada a no quitarle los ojos de encima a una convergencia donde su miserable existencia, despojada de placeres reales, está próxima a la riqueza que podría extraer de ella si se atreviera a dar prioridad a la parte de vida relegada al subsuelo.

No conozco nada más odioso que esa obligación de hacer que todos —según la fórmula consagrada— se ganen la vida perdiéndola; sin embargo, celebro que surja, de la creciente dificultad para subvencionar la supervivencia, una conciencia individual fundada ya no sobre el trabajo colectivo y las miserias del egoísmo arribista, sino sobre su contrario, sobre la invitación a devenir uno mismo, a crearse generando las condiciones del propio goce.

Mientras la Historia contemporánea escribe el último capítulo de la supervivencia con una pertinente mediocridad, el fin del siglo XX se

apresta a descubrir bajo sus pasos el territorio inexplorado de la vida. Dentro de algunas décadas, sin duda, nada será más común que ir en busca de la maravilla de lo vivo como se va en busca de setas. Permítase, pues, que todavía sorprenda que la mayor pasión arraigada en el corazón de los seres humanos nunca haya tenido una existencia oficial.

Paradójicamente, en su reivindicación de inmediatez, la Edad Media se muestra más próxima a nosotros que el periodo que se extiende desde el Renacimiento hasta los años sesenta, cuando las generaciones, confrontadas al devenir histórico, engancharon ilusoriamente el bienestar al anzuelo de los progresos futuros.

La virulencia de la propaganda eclesiástica prueba que muchos se preocupan menos de la orientación hacia el infierno o el paraíso que de la satisfacción compulsiva de los deseos naturales. Acontecimiento afortunado, con la salvedad de que el hedonismo, agobiado por el chantaje de la Iglesia y la amenaza de las hogueras, favorece más el viaje epicúreo, rebajado en nuestros días al precio de la mercancía y del trabajo devaluado, que la emancipación pública de las conciencias.

Me complace rendir homenaje a la alianza de la lucidez y el placer, y sacar de las sombras y del silencio a quienes celebraron la verdadera vida durante unos siglos en los que su mentira se desplegaba con la violencia de lo reprimido. Incluso si a veces cultivan su propia impotencia, incluso si sucumben a esa corrosión del desprecio a la que los arrastra el sentimiento de una evidente superioridad sobre el ganado encarcelado y sus perros guardianes.

El siglo donde Dios y Marx acaban de morir enterrando a sus muertos les debía una señal de reconocimiento. ¡Pero cuidado, plañideros de Dios que llamáis a las puertas de las bancarrotas ideológicas! No existe ningún puesto vacante para un nuevo refrito del Libre Espiritu. Porque el lenguaje dominante ha cambiado de palabras; porque Dios, con el colapso del poder religioso, ha sido higiénicamente evacuado en beneficio de trascendencias más mezquinas e igualmente fecales. Pero, sobre todo, porque la actitud elitista remite al pensamiento separado: la función intelectual lleva la marca indeleble de la supervivencia.

No hay otra guía para la emancipación de todos que la voluntad individual de vivir, que crea a su alrededor las condiciones de su victoria sobre el absolutismo de la muerte a crédito.

105. La alquimia es, en su concepción fundamental, la puesta en marcha de un proceso que acelera la purificación que supuestamente lleva a cabo la naturaleza en su seno para transformar los metales toscos en elementos nobles, simbolizados por el oro. El hecho de que, en su origen, se desprenda de la ciencia sagrada de los sacerdotes permite suponer que procede de una práctica más antigua, lo que se manifiesta especialmente en la preocupación por la *unidad*, tal y como se revela en el andrógino del matrimonio alquímico y en la inseparable transmutación del metal y el alquimista.

Así como la *religio* es la unidad mítica que sustituye la unidad de un desarrollo humano en el entorno natural, el *Ars magna* de los sacerdotes del Intercambio usurpa los derechos de una alquimia en la que el ser humano extrae, de la materia que lo compone —cristales minerales, savias vegetales, impulsos animales—, la creación de una humanidad capaz de humanizar a la naturaleza por completo.³⁷⁵

La verdadera alquimia es la transmutación de la vida elemental en vida humana; es a partir de aquí que surgirá la civilización destinada a reemplazar a la civilización bárbara y primitiva del trabajo. Tomo como signo precursor de esto la apasionada atención que se está prestando actualmente al nacimiento y a la infancia.

Traer al mundo a un niño apenas comienza a distinguirse de la simple reproducción de esclavos intelectuales y manuales. Está surgiendo una conciencia que percibe en cada nacimiento el esbozo de una creación a perfeccionar, de una vida a salvar antes de que el universo cerrado de la mercancía la asfixie en el aire contaminado de la rentabilidad.

¿De dónde proviene este supuesto sufrimiento ontológico, esta dificultad para vivir de la cual manadas de filósofos han extraído incansablemente su inspiración, si no es de la estasis impuesta, por las necesidades de supervivencia, a la creación única y simultánea de lo cotidiano y del goce de uno mismo?

La creación prohibida es el corazón maltrecho que imprime un ritmo melancólico a los logros artísticos más felices. Pero, incluso si sustituye a la vida y usurpa los derechos de la verdadera creación, el arte

³⁷⁵ Como lo sugiere la intuición genial de Fourier.

guarda tan bien la reminiscencia de la gratuidad que debe venderse al precio de la gloria para escapar del desprecio con el que la razón del lucro envuelve toda pérdida de beneficios.

El colmo de tal descrédito encuentra su expresión adecuada en el título de «Creador» que se concede a un Dios que ha extraído de su sustancia un universo donde la criatura, desposeída de sus recursos, parte de la pobreza para progresar hacia su nulidad. Un valle desértico irrigado por lágrimas es una creación lamentable, y cuánto se entiende que se hayan considerado superiores a Dios quienes intentaron fundar la inmediatez de un paraíso sobre la tierra!

Sobre la *materia prima*

106. La corriente que se esconde en la denominación clerical de «Libre Espiritu» traza, bajo las nervaduras de lo cotidiano, un camino más secreto y menos tolerable que el magisterio alquímico y su degeneración en la génesis de la obra de arte.

La alquimia se sitúa, desde el comienzo, en la impostura; para vencerse de ello, basta considerar a qué reduce la *materia prima*, la materia bruta que pretende transmutar: a la mineralidad, al elemento natural más inerte, el más fácilmente explotable.

Tal pobreza solo ha podido nacer del pensamiento separado de los herreros sacerdotales, curas que imitan al Dios que han engendrado, el Espíritu soberano que otorga la dignidad del oro a los productos de baja extracción, de una naturaleza desnaturalizada: roca, plomo, cobre, hierro. De este modo, el espíritu celeste aureola con su perennidad el amasijo de materia vil y corruptible que constituye el cuerpo.

Pero, en la unidad de lo que vive, no hay más que materia humana, es decir, humanizada y deshumanizada a la vez, en la certidumbre e incertidumbre de las opciones, en los llamamientos a la rentabilidad y su rechazo, en la confusión de lo oscuro y lo luminoso.

En la medida en que es posible hablar de una claridad del Libre Espiritu, me parece que yace en la correspondencia de la *materia prima*

y el cuerpo sensual fraccionado, reprimido bajo la férula de la mente, condenado a desahogos compulsivos, la propia faz de la vida invertida por la torsión permanente de la muerte.

Este caos natural que promueven las sociedades gobernadas por el espíritu de poder y de lucro, desde las más policiales a las más primitivas, constituye la materia de una alquimia vivida, cuyo control debe pertenecer a cada individuo en particular. Es el elemento primordial que necesita ser refinado gradualmente hasta la etapa de la piedra filosofal, ese estado tan a menudo evocado como «perfección», donde la creación permanente del Yo devuelve a la vida todo lo que toca.

El acto inicial consiste en reconocer la *materia prima*, la materia del goce de uno mismo, liberada de lo que la oculta y la mantiene bajo su control. Todos los adeptos del Libre Espíritu afirman que la vida es la vida inmediatamente presente. No existe ni infierno, ni resurrección, ni juicio final, ni controlador divino, ni Iglesia, ni poder laico. No se preocupan de ninguna disputa política, filosófica o religiosa, y los enfrentamientos sociales les interesan solamente cuando abren, a su favor, la puerta de la emancipación absoluta que reivindican. Conscientes de que Dios ha sido creado a imagen de su enajenación, destituyen el gran Objeto productor y exterior, cuyo espíritu implica servidumbre y tiranía, se hacen Dioses terrestres en el flujo, sin principio ni fin, de una atracción universal que llaman Amor. Pasar, a través de los caminos del amor, de la naturaleza tosca de los deseos a la libertad sin trabas de la naturaleza recreada es el proyecto formado durante unos siglos cerrados al progreso de la historia y que reaparece hoy como la única alternativa a la ruina del sistema económico y a la quiebra de la garantía de supervivencia.

La materia bruta viviente —es decir, en estado de exuberancia sensual— se manifiesta en los seres humanos en razón inversa al poder que detentan en la organización económica y social. El descrédito, incluso el desprecio, que manifiesta la mentalidad del *vir economicus* hacia las mujeres, los niños, los sencillos es prueba suficiente de su carácter alegremente irreductible a la función dirigente. La mujer, ser lascivo, inútil y dañino —salvo como madre o puro objeto—, suscita el horror hasta en la feminidad que los machos adoradores del menhir patriarcal y celeste reprimen en los bajos fondos de su ser.

El ancla de las misoginias se hunde en la profundidad de las aguas originales, en esa humedad sexual tan esencial para la obra alquímica. Mareas, pantanos, savias conmovedoras y lunares, ¿no es este el entorno natural en el que se ha formado el cuerpo, la matriz cósmica de la que este se nutre antes de que la seque un accidental refluo de la vida?

Los sencillos forman la parte húmeda del cuerpo social. ¿Acaso no se comportan como las mujeres y los niños, a quienes, por temor a que hagan alguna estupidez o bestialidad, hay que conducir con mano firme y castigar para amar?³⁷⁶ Los clérigos —los que nuestra época llama «intelectuales» porque se enorgullecen más fácilmente de la enajenación de la cabeza que de la enajenación del cuerpo— conceden a la Iglesia una vocación alquímica cuando tratan a los sencillos como una variedad de sátiros, brutos y monstruos apenas surgidos de la animalidad por un caos natural destinado a ser dominado, ordenado y purificado mediante la inteligencia conjunta de Dios y de su clero. El magisterio divino transmuta el plomo del *vulgum pecus* en una aureola pontifical, proceso a la vez espiritual y material, que la inteligencia perversa de Satán y sus esbirros —los que se niegan a pagar el diezmo y adhieren a la herejía— invierte, devolviendo el oro de Roma, por involución, al plomo. ¿Acaso no es esto, en la mirada miope de la ortodoxia y de su inseparable heterodoxia, el reconocimiento absoluto de la *materia prima*, de la materia natural en la que se mezclan lo humano y lo inhumano?

Pero, al contrario de la perspectiva de Dios y del diablo, que reduce la partida a un ganador y un perdedor, según la competencia animal reproducida en la civilización mercantil,³⁷⁷ todo está en juego al comienzo de esta libertad sensual que aún no descifra muy bien la garra de hierro de los sacerdotes y de los policías de todo tipo. Porque aquellos a quienes la luz del espíritu vuelve ciegos a su propio cuerpo no conciben el sentimiento de que existe un derecho irrefrenable a seguir los propios deseos y a gozar hasta la saciedad del poco de vida concedido a cada uno que evade la represión absoluta, tal y como tampoco entienden que la vida se encuentra donde comenzó, más allá del bien y del mal.

³⁷⁶ La oración remite al refrán «*qui aime bien, châtie bien*», cuya traducción podría corresponder con el refrán castellano «quien bien te quiere te hará llorar». [N. de T.]

³⁷⁷ Las experiencias de armonía entre animales considerados hostiles y personas prueban que la agresividad animal ha sido aguzada, la mayor parte del tiempo, por la agresividad de los depredadores de rostro humano.

El Libre Espíritu parte de la *materia prima* de la vida en el sentido de que se zafa del puño eclesiástico y secular. Su consciencia echa raíces ahí gracias a una alquimia donde nada es al final que no haya sido al comienzo, según la proposición que Hipólito de Roma atribuye al gnóstico Simón: «Toda tierra es tierra, y poco importa dónde se siembre. La promiscuidad de hombres y mujeres, esa es la verdadera comunión».³⁷⁸

Sobre el atamor

107. Es, para el atamor de los alquimistas —el horno donde se refina la *materia prima*—, un lugar primordial, evidente y secreto, tangible e invisible, próximo y lejano: el cuerpo. El cuerpo, doblegado y fragmentado por ese espíritu que ha salido de él y que es, con la ayuda de Dios, poco más que un excremento de arriba. El cuerpo, sin el cual nada existe y que la existencia rebajada al pensamiento reduce a nada. El cuerpo, llamado «prisión de la conciencia» y que, en la totalidad que le confieren los más raros ardores del goce, es la propia conciencia que se apodera de los placeres y desanuda las insatisfacciones, la única conciencia del universo donde estamos siempre presentes, el fuego, el crisol y la materia de la alquimia individual y colectiva.

El lugar de la tierra y del cuerpo es secreto únicamente en razón de la condenación celestial que lo alcanza. Pero lo es doblemente: a la vez como búsqueda inicial del goce y como retorno del goce prohibido que se desahoga en la rabia desesperada de sus inversiones. El fuego de la muerte enmascara el fuego de la vida, la pasión de destruir recubre, hasta sustituir, la pasión de crear y de crearse.³⁷⁹

La economía se ve, se exhibe a plena luz del día, donde solo se revela, en última instancia, la economía en la diversidad de sus

³⁷⁸ El término *promiscuidad* tiene, en la mentalidad clerical de Hipólito, el sentido peyorativo de *more ferarum*, «acoplamiento indiferenciado». Se trata, en realidad, de la unión sexual librada del sentimiento de culpa, de la contrapartida a pagar, tal y como la alquimia de lo vivo pretende refinarla mediante la reconciliación del hombre, de la mujer y de la naturaleza. De la misma forma, la palabra *comunión* es la caricatura cristiana de la armonía, de la atracción universal, que Margarita Porete llama «Amor».

³⁷⁹ Contrariamente a la idea de Bakunin (la pasión de la destrucción es una pasión creadora), solo la pasión de crear y de crearse rompe las trabas sin forjar otras nuevas.

representaciones. Por el contrario, el goce, en tanto que elemento irreductible a la economía, permanece oculto, sumergido en la noche, condenado a los subterráneos de la intimidad y de la interioridad.

Pero el ojo de la economía pretende abarcar lo que es rechazado en la oscuridad. La tiranía mercantil no percibe la vitalidad que la niega, pero ve la parte de vida que ella misma niega al reprimirla. El único lugar secreto que conoce y reconoce es el cuarto de la basura donde se amontona desordenadamente lo que es inútil o perjudicial para la reproducción del lucro y del poder, sus propias formas caducas, las religiones arcaicas.³⁸⁰ Sus *loca infesta* son atormentados por orgías rituales donde reina la hidra de la feminidad; así, asume que en cada persona existe un cuarto oscuro dedicado al desencadenamiento de «pasiones inconfesables».

En la perspectiva mercantil, la interioridad —necesariamente sospechosa, pues lo que se oculta es por definición inconfesable— solo existe en tanto que exterior invertido.³⁸¹ Ahí dan vueltas las frustraciones, los deseos insatisfechos, las satisfacciones contenidas en la angustia del remordimiento, de la penitencia, de la degradación.

Esta maldición que albergan vergonzosamente la caverna y el pensamiento, ¿acaso no es el infierno de la ignorancia del que hablan los amaurianos? Y la proposición frecuentemente atribuida al Libre Espíritu, «lo que el hombre exterior hace no puede manchar al hombre interior», ¿acaso no le devuelve al atañor su función de disolver, en lo subjetivo y lo viviente, el mundo de la objetividad mercantil, el mundo exterior y hostil a lo humano?

108. Así como el lenguaje alquímico no obedece esencialmente al deseo de mantener a distancia a los profanos, el *détournement* de la expresión religiosa tampoco tiene como principal objetivo alejar las sospechas, como cree el inquisidor encargado de reprimir a los Hombres de la

³⁸⁰ Para la ortodoxia, los refugios de la insumisión son unas catedrales entregadas a la infamia, retrotraídas a los cultos prohibidos: paraíso de Colonia, *skolae*, *Busskeller*, *Heidenlöcher*, *Erdstölle*, hasta los *escrennes* o fosas de tejedores, lugares de veladas donde, entre comentarios osados e irreverentes, se gestan aventuras amorosas.

³⁸¹ Del mismo modo, lo subterráneo es el revés de esas excrecencias que forman los pilares de apuntalamiento del poder celeste: túmulos, menhires, pirámides, templos, cruces y catedrales.

Inteligencia. ¿Cómo reducir a un léxico oculto, que duplica y ridiculiza la acepción oficial, el uso de palabras claves: *paraíso* para decir «inocencia de los placeres», *pido caridad* que adquiere el sentido de «hazme el amor», *éxtasis* devuelto a «orgasmo», sin mencionar los libros devocionarios que se entienden de una manera bastante diferente?

Lo que sucede es que las palabras cambian de centro de gravedad. Otra realidad las guía, una que no es la realidad moldeada por la economía, sino la realidad subyacente de lo vivo. Bajo las palabras, pagadas por el sentido dominante para proclamar por todas partes que no hay más referencia que el poder, fluye una fuente viva: sexualidad original, vientre cósmico donde la libertad fetal aspira a desarrollarse, conciencia subjetiva donde la mente y el cuerpo rompen su separación en la unidad de cada goce. El lenguaje subvertido es el laberinto y el hilo de Ariadna que conduce al centro de la vida, a las gestaciones contenidas en todos y que la necesidad económica paraliza y corrompe con su negatividad universal, con su inhumanidad fundamental.

Sobre lo negativo y su tratamiento

109. Lo negativo es la totalidad de la supervivencia. Es la realidad reducida a la perspectiva mercantil, una realidad que agota su devenir en el alfa y el omega de un imperativo fundamental, que la concepción mítica denomina «Dios» y la ideología de las sociedades industriales, «necesidad económica».

Al negar al ser humano e invertir su crecimiento, dicha negatividad funda una dialéctica de muerte donde toda vida se convierte en la nada a la que está inicialmente condenada. Por eso la Historia se ilumina con la luz de la desesperación, la emancipación engendra ahí nuevas esclavitudes, la ley es la de la decadencia gradualmente llevada al absoluto por el aburrimiento de un perpetuo recomienzo. ¡Y cuántos llantos filosóficos desde que un falso cambio de orientación hizo que la evolución humana se apartara de la facultad de crear hacia la necesidad de trabajar! ¡Y cuántas lágrimas imbéciles por la tristeza de la inexorable condición del Hombre, por esa impostura rentabilizada que llama «existencia»³⁸² a un callejón sin salida!

³⁸² *Destinée* en el original. El término refiere al destino entendido en un sentido no determinista. En francés existe una diferencia sutil, pero importante, entre *destin* y

Tras diez mil años de lamentos y unos cuantos de bancarrota, confesados y corroborados cada día, quizás a la conciencia del siglo XX le parezca que el sentido de la existencia es crear la vida y acrecentar los goces, no acumular dinero devaluado, enorgullecerse de un poder impotente y producir una miseria en vías de desarrollo.

Inherente a la sensación de mutación que debe haber inspirado el uso del fuego y las ternuras del amor cuando el ser humano se descubría a sí mismo, el inconsciente alquímico continúa dominado por la nostalgia de una creación permanente. El calor húmedo combinado con el calor seco separa lentamente los metales «viles» de la putrefacción que portan dentro de sí y los decanta hasta provocar la aparición de un elemento de vida pura que purifica y vivifica todo lo que toca. Considero que el medio para identificarse con la lucha de cada instante de la que brota el contagio luminoso de la piedra filosofal y el elixir de la juventud es la búsqueda del goce tal y como la emprende espontáneamente la primera infancia. Esta voluntad de tomar posesión del propio cuerpo y de sentirse cada vez mejor en él, hasta que el mismo entorno se alíe a la práctica de la felicidad, es la única riqueza que devuelve a su verdadera vanidad las aventuras cuyas cuentas han sido cerradas por la muerte, me refiero a las innumerables existencias brillantes, oscuras, estúpidas, inteligentes, reales o esclavas que se han sucedido en la repetición de los mismos motivos.

110. Los dioses son la absoluta negación de la vida. No hay más que dioses de supervivencia, tal y como no hay otro axioma en nuestra sociedad que la economía. En consecuencia, la divinidad y su producto se ven, se escuchan, se tocan, se experimentan como si fueran positividad pura, la única realidad, el único movimiento donde cada elemento se convierte en su contrario, el ciclo absoluto del Ser y de su Nada. Por

destinée. El primer término hace alusión a un camino impuesto a un individuo por fuerzas exteriores e irrevocables y evoca, por tanto, un cierto carácter de fatalidad y pasividad. El segundo, además de ser el participio pasado femenino del verbo *destinar*, también es un sustantivo que refiere a la suerte particular de una persona, pero en el sentido de un camino que puede construirse voluntaria y conscientemente. A propósito de ambos términos, el autor señala en una obra posterior: «La *destinée* nunca sigue el rastro del *Destin*» (Vaneigem, R., *Propos de table*, París, Le cherche midi, 2018, p. 32). [N. de T.]

más que no nos bañemos dos veces en las mismas aguas, el río sigue estando contaminado en su origen. A esta dichosa consternación se reduce el discurso filosófico de toda la humanidad. ¿Quién podría sorprenderse de que a algunos les baste estar amargados para parecer lúcidos?

La identificación con Dios, que reivindicaban muchos adeptos del Libre Espíritu, indica, desde el comienzo, la trampa a la que se expone cualquiera que no se libere de ese señuelo que es la existencia economizada que se afirma como modo único de existencia.

La autodeificación, según Juan Hartmann, el autor de *Así fue hermana Katrei*, Gertrude de Civitatis e incluso Quintín Thierry,³⁸³ hace de cada persona Dios y diablo, bueno y malo, superhombre o subhombre, *coincidentia oppositorum*, mundo dominante y mundo dominado: nada más y nada menos que el universo totalitario de la supervivencia, la realidad reducida al intercambio universalizado.

Proclamarse Dios es heredar fatalmente su mentira o, si se prefiere, su verdad autoritaria. Comportarse como amo de las criaturas y de las cosas (*cf.* Hartmann, *Así fue hermana Katrei*), descartar toda mala conciencia sin importar lo que se emprenda, es subordinarse al proceso artificial de la naturaleza desnaturalizada. Tales comportamientos — que Sade y Nietzsche justificaron como estrategias de cualquier revolución— son al *proyecto de realización de la vida* lo que el charlatanismo de los hacedores de oro es a la Gran Obra alquímica. El metal del ser deificado no es más que el plomo del poder bajo la apariencia dorada de la libertad.

111. En lo inmediato, me parece que no hay nada que merezca ser tratado con más cuidado y al mismo tiempo más secundariamente que la supervivencia.

Espero que esta por fin deje de aparecer ante los ojos de todos con la solemnidad presuntuosa de una prioridad, como si se tratara de sobrevivir primero para vivir después, si es que queda algo por lo que vivir. (Pero la práctica demuestra que someterse a la supervivencia mata la vida tanto como el trabajo destruye la creatividad).

³⁸³ Y, entre los heresiarcas que extraen del Libre Espíritu los elementos de su poder, Nicolás de Basilea, que confiere santidad e impecabilidad a quien le promete obediencia.

No se trata aquí de ignorar la supervivencia. Por lo demás, ¿cómo podríamos hacerlo? Que baste con devolverla, mediante la inversión de perspectiva, no a una condición, sino a una consecuencia de la voluntad de vivir. La forma en la que comienza a ser abordada la cuestión de la salud me asegura que cierta conciencia está hoy receptiva de lo vivo.

Durante mucho tiempo, la enfermedad y el miedo que ella despierta han gobernado la salud. En la lucha contra los tormentos que la asediaban sin descanso, la salud era asunto de brujos, de curanderos, de médicos. Cada enfermedad ponía en marcha un sistema de alarma y de pánico, que el hombre de ciencia mantenía con cuidado en el instante mismo en que intervenía para apaciguar los efectos. Sin embargo, nadie ignora hoy que la virtud curativa del médico y de su arsenal químico es, la mayor parte del tiempo, inoperante, incluso nociva, si el paciente no ha decidido enérgicamente vivir y se siente motivado no por el rechazo a sufrir, sino por la voluntad de gozar plenamente de sí.

De la misma forma, la idea de vitalidad tampoco tiene sentido si la atención asustada que acompaña a las preocupaciones de supervivencia —encontrar suficiente dinero o crédito para conseguir comida, techo, ropa— no da paso a una dialéctica de vida, a la exigencia de deseos enraizados en el corazón, a una existencia que descubre su carácter único en una exuberancia donde positivo y negativo, placeres y displaceres, acuerdos y desacuerdos laten al ritmo de la vida hasta quedar sin aliento, hasta disolverse en un punto final que no tiene nada en común con esa muerte que gobierna a la sociedad de supervivencia y convierte su marchitamiento en el signo distintivo de los seres y las cosas.

No hay nadie que no se comporte como un alquimista que destila a cada instante su propia substancia. Pero la Gran Obra está invertida y corrompida: lo mejor conduce a lo peor, la creatividad se convierte en trabajo, la riqueza del ser se pierde en tener, la autenticidad se transforma en parecer, la agonía comienza al nacer. La incitación milenaria a producir la propia desgracia ha impregnado tanto el imaginario que, desde el arte hasta la ensoñación, solo vemos escenarios negativos, amores condenados de antemano, fracasos inevitables, caídas programadas, victorias amargas o alegrías en la senilidad.

Detener el hastío de sobrevivir exige un tratamiento de lo negativo dirigido según una alquimia que abole la supervivencia en la vida, crea la materia humana a partir de lo que es radicalmente humano: la búsqueda del goce.

La construcción de una naturaleza que se emancipa de los mecanismos que la desnaturalizan muestra confusamente sus signos premonitorios en las risas y en la incompreensión divertida con que las jóvenes generaciones acogen la farsa política, el chantaje de la inseguridad y de la guerra, las manifestaciones de autoridad, las actitudes de racismo y de desprecio, y esa rigidez impuesta por el culto a la mercancía militarizada, fundamento de nuestra bella civilización.

¡Dejemos que los condicionados por la miseria usen sus últimas energías para reintegrarse en la miseria del trabajo, para encerrarse en la trampa del fracaso informático! Es lo mínimo que la defensa de la vida fomente la buena conciencia de prácticas individuales y colectivas. La fórmula podría resumirse de la siguiente manera: un mínimo de supervivencia al servicio de un máximo de vida.

La obligación de pasar por los canales de la mercancía —es decir, la necesidad de disponer de un poco de dinero— incita, pues, a usar con toda naturalidad cualquier facilidad que garantice a cada persona el tiempo de entregarse a los placeres de ser para sí y de crear.

Por más transitoria que sea, la solución que consiste en desarrollar el absentismo en el trabajo asalariado o extraer prestaciones por desempleo con las que cuidar un jardín me parece un mejor uso de la deuda nacional que las inversiones en una economía fracasada o ese subsidio a la escuela del crimen que es el presupuesto de un ejército más inútil y ridículo que nunca.

Si la vida ha podido resistir la opresión de una economía soberana, ¿cómo no va a triunfar, hoy, sobre sus ruinas? Y, si la necesidad de asegurar la supervivencia amenaza a las ciudades modernas con la más arcaica hambruna, ¿por qué la repulsión que provoca un sistema de inhumanidad rentabilizada no habría de alentarnos a fundar, sobre su antagonismo absoluto, el goce inmediato y sin contrapartida? De las fábricas en desuso surgirán algún día talleres de creación capaces de satisfacer lujosamente el equipamiento material de los deseos de vida.

112. El elemento más radical del Libre Espiritu está asociado a una alquimia de la realización individual donde la creación de un estado superior de existencia (la famosa perfección) se obtiene mediante un despojamiento gradual del control económico dominante.

Subsiste la ambigüedad respecto del sentido del despojamiento y también respecto del estado de perfección, que se comprende unas veces como estado de realización y otras como creación permanente de uno mismo. En las comunidades donde los perfectos explotan el masoquismo de novicias y novicios (Colonia, Schweidnitz), el despojamiento toma el cariz de una prueba ascética. Sin embargo, la idea de que hay que merecer una vida feliz pagándola con restricciones equipara la felicidad con una compensación, con un desahogo que es su propia negación. Lo sabemos bien: una de las leyes que con mayor seguridad corrompe los placeres es la que pretende satisfacer la voluptuosidad desalentándola inicialmente. Por lo demás, la forma imperativa que algunos atribuyen a la voluntad de despojarse del viejo mundo reproduce con mucha claridad los mecanismos de la sociedad mercantil y de su poder separado como para que pueda surgir de ahí una verdadera emancipación. Dicho esto, la corriente del Libre Espiritu identifica lo negativo con una notable lucidez, sin importar cuánta reserva exija su tratamiento. Es el trabajo, la obligación, el sentimiento de culpa, el miedo, el dinero y el tener, la compensación del parecer, el intercambio y, de forma menos evidente, la voluntad de poder.

Dado que el saludable rechazo del trabajo no procede explícitamente de una voluntad de crearse y de crear las condiciones para el goce de uno mismo, se desprende que el mínimo de supervivencia se garantice frecuentemente por medios discutibles y aleatorios: contribución financiera de los feligreses (en el caso de los amaaurianos con toda probabilidad), mendicidad (Porete, las beguinas y los begardos), robos, desvíos de fondos, captación de herencias (los amigos de Juan de Brünn, la comunidad de Schweidnitz), aportes personales de miembros ricos (los Hombres de la Inteligencia, los eloístas, los alumbrados), apañíos diversos (Quintín), explotación de las mujeres (Hartmann); todas estas son formas que los revolucionarios modernos, sea que desprecien o no el trabajo, no siempre han desdeñado, a pesar de la emancipación que preconizan.

Del mismo modo, el rechazo de toda obligación, aunque se encuentre de manera reiterada en el discurso del Libre Espíritu, suscita algo de desconfianza cuando se acompaña de ese elitismo en el que anida la vieja separación del espíritu, la pretendida superioridad de la intelectualidad. Afortunadamente, la desaparición del sentimiento de obligación, de culpa y de miedo procede, la mayoría de las veces, de una suerte de irreprimible exuberancia de vida.³⁸⁴

En su concepción radical —cuando no reivindica su carácter humillante—, la práctica de la pobreza voluntaria recusa el *tener* en tanto que obstaculiza la libertad del *ser*. El dinero mendigado, encontrado o robado por la comunidad de Colonia no es ni capitalizado ni ahorrado; anulado en festines, es «enviado a la eternidad», acompañado, cuando fuere necesario, por quien se aferra a este argumentando sus prerrogativas de propietario.

Bajo el cilicio y los harapos, las beguinas de Schweidnitz están vestidas con ropa preciosa (robada a las novicias). En su preocupación por un lujo que no perjudique a nadie, los eloístas se visten con ricas prendas de seda que imitan las ropas de trabajo (las del yesero, del techador, del pescador...).

El vagabundeo que los clérigos les reprochan es, de hecho, una búsqueda amorosa permanente, el paso de un lugar de placeres a otro.

La búsqueda de una vida auténticamente vivida funda una crítica de la apariencia, del parecer, lo que el lenguaje de nuestra época llama «rol» y «espectáculo». En nombre de la libertad de naturaleza, refinada por la relación amorosa o «matrimonio espiritual», Quintín Thierry y sus amigos rechazan el *cuidar* o representación mítica en la que todas las personas están comprometidas, en contra de sí mismas, como seres económicos y no como seres de deseos. De la misma forma, la desnudez, cuando no expresa la apuesta miserabilista de Cristo —como en Francisco de Asís o Jacopo de Todi—, manifiesta el desprecio por la representación social ligada a la vestimenta. La desnudez de Gilles de

³⁸⁴ No puede insistirse lo suficiente, actualmente, en la importancia de acabar con el miedo. El miedo es peor que el peligro, al que atrae y suscita. La supervivencia no es más que miedo socializado. La vida se ha extraviado tanto allí que, cuando aquella se ve amenazada, se cree que todo está perdido y se olvida que hay una manera feliz de deshacerse de la supervivencia: disolverla en la vida.

Canter reconecta con la inocencia del niño, para quien el mundo se ordena todavía según las líneas de la satisfacción y no según los parámetros del deber.

A diferencia del odio a sí mismo, en el que se hunde el místico para la más grande gloria de Dios, la concepción que el Libre Espíritu difunde de la «pobreza de espíritu» implica un despojamiento del control del mundo dominante, con sus goces obstruidos y autodestructivos, sus imperativos de poder y de lucro, su contaminación mercantil generalizada. Deshacerse de la docta ignorancia, de toda una ciencia fundada sobre la desgracia individual, es entrar en el camino condenado por la economía: la gaya ciencia, el conocimiento a través del principio del placer.

En el Libre Espíritu existe un *amor fati* que no puede confundirse con el fatalismo, sino que compromete a cada persona a confiar en la voluntad, abusivamente llamada «divina», que lleva dentro de sí. Dios y la naturaleza desnaturalizada que ha producido son así superados en una subjetividad que *es*, al transformarse, el sentido mismo de un universo devuelto a la expansión de la vida.

La *indifferentia*, o *apatheia*, que ofende a Ubertino de Casale, enseña únicamente a perder todo miedo y todo respeto por la sociedad de supervivencia a fin de perseguir la realización propia como un microcosmos dotado de todas las posibilidades de vida.³⁸⁵

Lo que en realidad milita contra la corriente del Libre Espíritu —al menos, según los testimonios que conocemos— es su tendencia intelectual. Esta aparece cada vez que la conciencia mistificada se somete al escalpelo de la crítica y no a la devastación de la vida sin reservas.

Actualmente, es legítimo asumir que la única forma adecuada de tratar lo negativo, lejos de residir en un pensamiento agudo, pero separado —y por eso igualmente negativo—, se encuentra en una vivacidad que lo disuelve poco a poco.³⁸⁶ De hecho, no es la lucha contra lo negativo la que debe ganarse, sino la conquista de lo vivo en una sociedad en decadencia.

³⁸⁵ Margarita Porete: «Y así, no desea —dice Razón— ni desprecio ni pobreza, ni martirio ni tribulaciones, ni misas ni sermones, ni ayunos ni oraciones» (*op. cit.*, p. 66).

³⁸⁶ Hay que comprender en este sentido la idea de los amaurianos y los Hombres de la Inteligencia de que el propio diablo, la imagen negativa de Dios, será salvo. La negatividad dominante (la de Dios y la del diablo) da paso a un movimiento radicalmente distinto.

Solo lo que fortalece la vida puede llegar a poner fin a lo que la corrompe. La risa que hace estallar en pedazos la seriedad de toda autoridad y el don que arrasa con el valor fundamental del intercambio participan de una alquimia del yo cuyo coronamiento es el amor, la piedra filosofal donde la existencia se reaviva y se crea verdaderamente.

Sobre el amor refinado como creación de un mundo nuevo

113. En el amor a la vida está la totalidad del amor. La corrupción de uno lleva a la corrupción del otro. Como no hay nada tan incompatible con la economía como el amor y la vida, una suerte común los condena a la no realización, una opinión milenaria los clasifica como quimeras. En el orden de cosas —que es la fatalidad inhumana de una humanidad de productores—, la vida y el amor no existen, no pueden existir.

Sin embargo, el mundo cambia de base. No según las trepidaciones, tan desesperadamente esperadas, de la *Grand Soir*. No por aquellas revoluciones que solo fueron —incluso en la propia resolución de los que creían liderarlas— las contorsiones de la mercancía en mutación. El colapso de nuestra civilización y la desnaturalización de la tierra se encuentran de pronto *en otro lugar* y *en otro tiempo* para quienes rechazan pudrirse en la decrepitud de la rentabilidad y del poder concurrencial. Si la vida surge y provoca estragos en los circuitos de mil muertes cotidianas, laboriosamente programadas, es porque la supervivencia ya no logra bloquearla bajo el peso de su impostura.

Como enseñan ahora los niños, el placer de vivir ya no tiene que afirmarse pagando tributo a la retórica de su fracaso. A pesar de las viejas opresiones, el amor a uno mismo, tal y como se descubre en la infancia y en la nueva conciencia de los amantes, irradia de una potencia de la que el poder industrial, perfectamente concentrado en la irradiación nuclear, habrá sido el sucedáneo mortal. Por eso considero que la demanda amorosa de ser todo, en todo momento y en todo lugar, constituye la única alternativa a la sociedad mercantil.

O bien la economía conseguirá que lo vivo se pierda, o bien la sociedad se fundará sobre el predominio de los deseos liberados de la inversión mercantil. O bien pereceremos en la estupidez creciente del

lucro y del prestigio promocional, o bien la primacía del goce arruinará el trabajo a través de la creatividad, el intercambio a través del don, el sentimiento de culpa a través de la inocencia, la voluntad de poder a través de la voluntad de vivir, las satisfacciones angustiosas a través del ritmo natural del placer y del displacer.

Una apuesta está abierta. Entre la propensión a abandonar lo mejor por lo peor y la transmutación del Ello individual; entre el autodesprecio, esa virtud que enorgullece al esclavo y lo hace entregarse a un guía —político, sacerdote, médico, psicoanalista, pensador, institución, gobierno—, y un arte de gozar, pacientemente decantado de las impregnaciones de la muerte.

El movimiento del Libre Espíritu ha planteado la pregunta en el momento histórico en que el proceso mercantil comenzaba su aceleración. El fin del siglo XX escuchará la respuesta en la explosión final de la máquina deshuesadora de individuos. Pero, en las palabras peligrosamente arrancadas al lenguaje de Dios, así como en las palabras arrastradas hoy en la burla de una supervivencia insignificante y de una vida que no tiene un sentido reconocido, actúa el mismo ciclón del goce que, con su violencia atemporal, barre la historia. La búsqueda de un amor a inventar en la pura materia de lo humano funda la medida universal de una sociedad radicalmente nueva.

114. El mundo no ha hecho más que transformarse conforme a las leyes de la economía. Ha llegado el tiempo de crearlo según la armonía de los placeres. En su extrema originalidad, el Libre Espíritu funda sobre la energía protoplásmica de la vida³⁸⁷ el proyecto de su Gran Obra, la transmutación de la *materia prima* —del Ello— conducida a través de depuraciones sucesivas hasta el punto de fusión en el que el goce, al no tolerar nada más que a sí mismo, tenga el poder absoluto de trazar desde la línea del corazón la única línea del destino que importa.

El proyecto onírico de una atracción universal es ahora la única realidad que permite poner sobre sus pies el mundo al revés antes de que nos aplaste con su absurdidad. Para romper el empecinamiento

³⁸⁷ La «*nahmlose Wilde*» de la que habla Suso y que el mundo dominante corrompe en voluntad de poder.

resignado que tantas personas ponen en buscar y venerar lo que las mata, confío en la comunicación que se establece entre los gérmenes de vida presentes en todas partes y que alimenta —tal y como las «manos verdes» nutren la planta— la atención apasionada que cada cual presta al refinamiento de sus placeres.

La piedra filosofal que devolverá la humanidad a la vida de la que ha sido separada por la economía se encuentra en el corazón de la experiencia amorosa. Es ahí donde el cuerpo aprende a revocar el sentimiento de culpa y a descubrir la inocencia. Es ahí donde se abole su fragmentación en principio intelectual y principio manual, pues la mano devuelta a lo sensual y la intelectualidad a la conciencia sensible del placer³⁸⁸ participan de esa alquimia que, según Meyrinck, invierte los conocimientos e introduce el de la cabeza en el cuerpo y el del cuerpo en la cabeza. Ahí, finalmente, se esboza el universo del don. No el sacrificio implicado por la ley de los intercambios, sino el amor a uno mismo desembarazado del egoísmo individualista y de sus apropiaciones privativas; el amor a uno mismo que se enriquece con eso que ofrece.

Sin embargo, son tan numerosas las pruebas de la supervivencia —lo negativo— que se necesita de una convicción que escapa a la razón y tan loca como el amor absoluto por la vida para llegar al corazón del amor. Porque cada persona llega a sí solo partiendo de sí, en una lucha cotidiana donde interfieren las obligaciones imbéciles del trabajo y del dinero, las trampas arcaicas de miedos y reproches, la multiplicidad de anclajes al viejo mundo.

Cada cual es su propia fatalidad. Para premeditarla y predestinarla, solo cuento con los arrebatos y las resacas de mi voluntad de vivir. Es ahí, al menos, donde quiero apostar todo. ¿Pero quién puede pretender que no anidan en él o en ella los pájaros negros que llevan a la hoguera? Los maleficios de la supervivencia gobiernan hasta los gestos que los exorcizan. El espacio y el tiempo que nos son asignados son muy estrechos para la vida.

Sin embargo, nada me impedirá distinguir, a la sombra de los patíbulo, de las prisiones, de las fábricas, en la clandestinidad de las

³⁸⁸ Esto es evidente en el poder absoluto de las caricias, pero también en los signos de los que se sirven las beguinas de Colonia o en el gesto popular de insertar dos dedos fálcos en el repliegue vaginal de la otra mano.

ciudades y de esos bosques de los que emergen una bella mañana los Papagenos y las Papagenas, la muchedumbre insólita de quienes han vivido y tratan de vivir en ruptura con los imperativos de la supervivencia. Tal muchedumbre está dentro de todos nosotros. No hace falta más que escucharla por encima de los vanos griteríos de la muerte.

